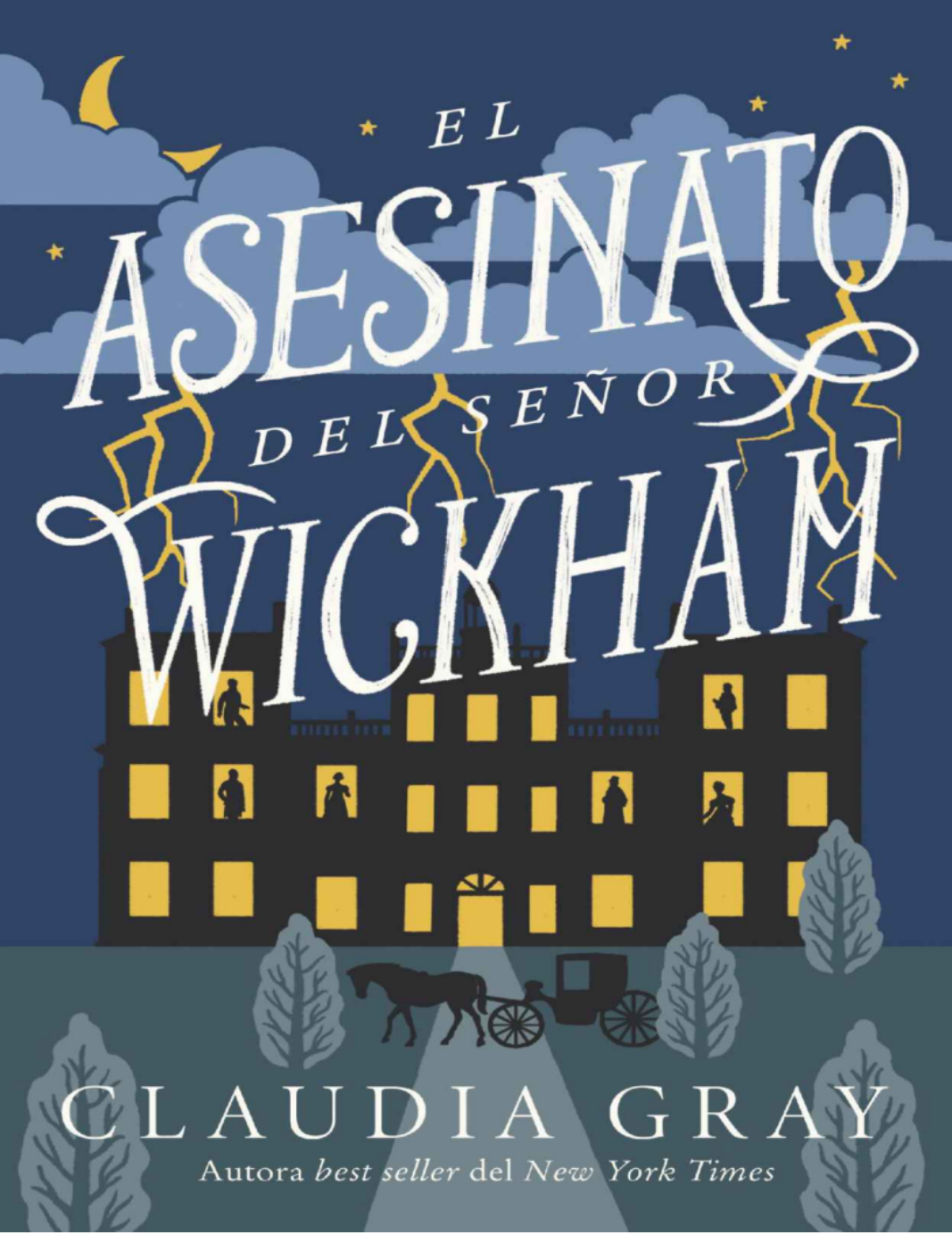
EL ASESINATO DEL SEÑOR WICKHAM



CLAUDIA GRAY

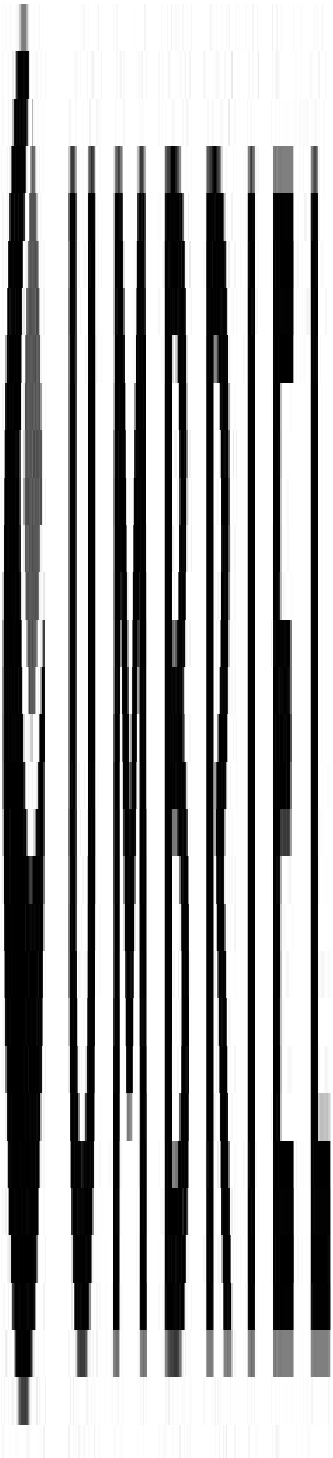
Autora *best seller* del *New York Times*

EL DIVINO DEL SEÑOR

EL ASESINATO DEL SEÑOR WICKHAM

CLAUDIA GRAY

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Murder of Mr. Wickham*
Editor original: Vintage Anchor Publishing, un sello de Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House LLC
Traducción: Leire García-Pascual Cuartango

1.ª edición: agosto 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2022 by Claudia Gray
All Rights Reserved
Edición publicada por un acuerdo con Vintage Anchor Publishing, un sello de Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House LLC.
© de la traducción 2023 *by* Leire García-Pascual Cuartango
© 2023 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19497-86-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Paul Christian,
a quien admiro y amo apasionadamente.

Nota de la autora

El asesinato del señor Wickham transcurre en 1820, justo al inicio de la Regencia. Las novelas de Jane Austen se publicaron con pocos años de diferencia, en el caso de sus tres primeros libros, y muchos años después de que los escribiese. Esto esconde el hecho de que sus novelas abarcan casi todo el periodo de la Regencia, durante el que la moda y los modales cambiaron. Así que mientras que podemos encontrar indicios de qué novelas fueron anteriores y cuáles posteriores, la única que puede fecharse es *Persuasión*, que data de 1814-1815.

He aprovechado esa falta de fechas claras para asignar un marco temporal a los acontecimientos principales de cada una de las otras novelas de la siguiente manera:

Orgullo y prejuicio: 1797-1798
La abadía de Northanger: 1800
Emma: 1803-1804
Mansfield Park: 1816
Sentido y sensibilidad: 1818-1819

Con esto he hecho un poco de trampa, ya que hay indicios de que *Emma* probablemente viniese después de *Sentido y sensibilidad*, pero no está tan claro.

También me he inspirado en una de mis adaptaciones favoritas de los libros de Jane Austen: la película de 1995 de *Sentido y sensibilidad*, para poder llenar un detalle importante que está desconcertantemente ausente en el libro: el nombre del coronel Brandon. En la película le llaman Christopher y, para aclararlo todo un poco más, a su protegida se la llama Beth.

En otras partes he usado el término *gitanos* para referirme a la gente que viene de Roma o a los viajeros. Este es el término que se usaba durante la Regencia inglesa y probablemente sea el único que los personajes conocerían. Espero que estas breves menciones no sean excesivamente hirientes y que el contenido de la novela no refleje estereotipos dañinos.

Prólogo

Junio de 1820

La boda del señor y la señora Knightley de Donwell Abbey había sido una sorpresa para todos aquellos que los conocían desde hace tiempo y ninguna sorpresa para aquellos que no les conocían casi nada.

—Pero si siempre han estado enfrentados —protestó su hermana, Isabella, una mujer discreta y delicada, en cuanto leyó la carta con la noticia.

—Quieres decir que se pelean como perros y gatos. —Fue la respuesta contundente de su marido.

Como no era solo el cuñado de la novia sino también el hermano pequeño del novio, había sido testigo de todas sus riñas con cierta exasperación.

Ambos tenían parte de razón. Emma Woodhouse y George Knightley discrepaban en muchos aspectos: la necesidad de que un caballero bailase en las fiestas, el decoro de llegar en carruaje en vez de a caballo y, sobre todo, las perspectivas matrimoniales de todos los que les rodeaban. Las ilusiones de Emma la habían llevado a menudo a cometer errores, pero al final no había dudado en unir a la pareja más improbable de todas: la suya.

Sin embargo, la gente común de la villa de Highbury estaba mucho menos sorprendida. El señor Knightley era el hombre más rico y codiciado del lugar; Emma Woodhouse, la dama más rica y codiciada. Esa clase de individuos solían enamorarse el uno del otro con bastante frecuencia. ¿Por qué habría de extrañar que esto demostrase ser tan cierto en Highbury como en cualquier otra parte?

En lo que todos habrían estado de acuerdo si se les preguntaba era en lo feliz que estaba el matrimonio. Durante dieciséis años habían vivido como marido y mujer. Emma Knightley le había dado a su esposo dos hijos preciosos: una niña llamada Henrietta, que nació en su segundo aniversario, y un niño llamado Oliver, que la siguió cinco años después. A estas alturas estaban bien instalados en Donwell Abbey, eran la imagen de armonía familiar… excepto ese día.

—¿Por qué no debería un hombre hospedar a nadie en su casa? —dijo Knightley desde el aparador sirviéndose el desayuno—. Darcy y yo éramos buenos amigos en Oxford, y es un hombre con un patrimonio considerable. ¿Por qué su mujer no sería bienvenida en Donwell?

—¡Oh! Sigues malinterpretándome —replicó Emma, cabreada—. No es que el señor y la señora Darcy no sean bienvenidos de por sí. ¡Es que les has invitado a la vez que al resto de nuestros huéspedes!

—¿No le puede ofrecer Donwell camas y techo a todos? ¿Somos tan pobres que una casa llena de huéspedes nos llevará a la bancarrota?

Emma le dedicó una mirada severa, una que había aprendido de él, hacía mucho tiempo.

—Lo que quiero decir es que no podemos atender a tantos huéspedes al mismo tiempo.

Knightley suspiró.

—Quizá *tú* no deberías haber invitado a tu primo…

—Pero Brandon se acaba de casar y he oído que su mujer es una joven particularmente encantadora. Debemos conocerla, ¿verdad?

—O a la hija de esa salvaje novelista de la que te hiciste amiga en Bath…

—Catherine Tilney no es para nada salvaje, y tampoco sus libros. Es una mujer completamente respetable y la esposa de un vicario. Su hija Juliet está tan sola en Gloucestershire… debería ver más mundo.

—O a nuestros arrendatarios. ¿Quién habría imaginado invitar a que se quedasen sus arrendatarios?

Ahora Emma sabía que estaba en su terreno.

—¡Cualquiera que haya oído hablar del horroroso estado de Hartfield insistiría en que les debemos un lugar decente donde

quedarse mientras esperan a que terminen las obras!

(Su anciano padre se había negado a hacer cambios en la casa en sus últimos años, incluso los que concernían la seguridad).

Esto, Knightley se detuvo a considerarlo.

—En ese caso, lo entiendo. Solo es una por una obra…

—Una escalera se derrumbó. —Emma se cruzó de brazos para enfatizar su mensaje, aunque no necesitaba ningún énfasis para su argumento.

Knightley asintió lentamente.

—Este verano es demasiado caluroso para que surjan más problemas. ¿No están sufriendo ya demasiado? Además, el capitán Wentworth y su mujer parecen amables e inteligentes. Espero con ansias conocerlos.

En un momento como ese, Emma nunca dejaba pasar la oportunidad de aferrarse a su ventaja.

—¿Y quién fue el que invitó a sus parientes a quedarse?

—Sin embargo, mi invitación no tenía fecha alguna. No podía anticipar que Bertram traería a su mujer a vernos *ahora*.

Con unos puntos ganados, pensó que sería más inteligente dejar atrás el tema. No era de las que se lamentaba cuando las cosas se complicaban, disfrutaba de los retos.

—Debemos sacarle todo el partido que podamos. En vez de unos pocos invitados deberíamos dar una fiesta de verdad. Esa sería la mejor solución.

—Incluso aunque no sea «la mejor solución» —dijo Knightley—, daremos una fiesta y haremos que sea la mejor de todas.

Si la boda de Emma y Knightley les había sorprendido a algunos, el anuncio del compromiso entre Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy les había dejado a todos anonadados.

Por aquel entonces, todos los que rodeaban a Elizabeth sabían que Darcy era un hombre orgulloso y desagradable, tan impresionado por su propia riqueza y patrimonio que escasamente se dignaba a hablar en actos sociales. También sabían aquellos que frecuentaban la

compañía de Darcy que Elizabeth Bennet no era más que una chica de campo sin relaciones de valor, sin dote de ningún tipo y, por lo tanto, sin esperanza de casarse bien.

Si no hubiese sido por el señor George Wickham probablemente nunca hubieran descubierto la verdadera naturaleza del otro, ni tampoco la suya propia. Ciertamente, no habrían pasado los últimos veintidós años felizmente casados.

Bueno, pensó Elizabeth Darcy, *veintiún años felizmente casados.* Ese último año no contaba.

Estaba sentada en su cama, mirando fijamente el vestido que su doncella le había preparado. Era amarillo, el color favorito de Elizabeth. Sin duda por eso lo había escogido. El tono era un intento para ayudarla que dejase de vestir de negro, gris y lavanda.

Han pasado ocho meses, se recordó. *Es hora de dejar atrás el duelo*.

Pensando en eso se levantó del colchón. Sin embargo, antes de que pudiese llamar a la doncella para que la ayudase a vestirse, Darcy entró en el dormitorio.

Tenía el mismo aspecto de siempre. La ropa de caballero no cambiaba demasiado al entrar o salir del periodo de duelo. Para su marido, había poco que hubiese cambiado. A veces, a Elizabeth le parecía que no le había afectado en absoluto la tragedia del invierno pasado.

Ella, en cambio, se sentía completamente distinta; pasó de ser esa persona alegre y entusiasta para convertirse en una sombra de lo que había sido. Pasiva, insignificante, oscura.

No le extrañaba que Darcy y ella ya no tuviesen casi nada que decirse.

—Aún no estás lista —dijo.

Otros maridos podrían haber hecho que ese comentario sonase mordaz. Pero viniendo de Darcy tan solo era una constatación de los hechos, sin juicio alguno.

—Si prefieres que nos marchemos mañana…

—No, no —insistió Elizabeth—. Ya deben de haber recibido nuestra carta. Sería descortés llegar tarde.

¡Si tan solo no hubiese aceptado la invitación a esa fiesta con gente que no conocía y a tener que pasar semanas fuera de su propia casa!

En aquel momento había pensado que cambiar de aires les ayudaría. Dejaría atrás lo que conocía por un tiempo, se permitiría ver un condado que nunca había visitado y haría nuevos amigos. (Elizabeth pensaba que los nuevos conocidos solían caer en una de dos categorías principales: aquellos a quienes merecía la pena conocer y aquellos que eran una constante fuente de diversión). Sin embargo, ahora que había llegado la hora, el mero esfuerzo de prepararse para el viaje le parecía insalvable. ¿Cuánto peor podría ser la visita en sí?

La mirada de Darcy se posó en su vestido. Comprendía el significado que tenía tan bien como ella.

—Siempre he creído que el amarillo era tu color —murmuró, sin alzar la vista hacia ella.

Bajo el horrible frío que se había instalado en su matrimonio como la nieve en invierno, él seguía siendo su Darcy. Para ella, que antes se reía todos los días, una sonrisa ahora le resultaba algo desconocido, pero bienvenido.

—Entonces lo llevaré para ti.

La ternura en su mirada como respuesta la llenó de algo parecido a la esperanza. Cuando Darcy abrió la boca para volver a hablar, ella se inclinó hacia delante con avidez, pero entonces escuchó cómo llamaban a la puerta, seguido del sonido de las bisagras al abrirse.

—¿Madre? —Su hijo mayor, Jonathan, entró en la habitación—. Oh, perdonadme. No quería molestar.

—No molestas —le dijo Elizabeth amablemente—. Nunca podrías hacerlo.

A decir verdad, ya lamentaba el cambio de comportamiento de su marido: formal en vez de familiar, distante en vez de cercano. Se había apartado, casi como si acabasen de dejar entrar a un extraño. Jonathan sacaba eso de su padre.

¿O era él quien sacaba eso de su hijo?

Elizabeth se había preguntado más de una vez cómo podía haber dado a luz a un hijo que hiciese que su padre pareciese… informal. Tranquilo. Incluso, *relajado*. Siempre había sabido que su vivacidad ablandaba a su marido, mejorando su estado de ánimo; había creído ingenuamente que sus personalidades se mezclarían al crear las de sus hijos, con el mismo resultado. En cambio, sus hijos menores, Matthew

y James, a veces parecían haber heredado su buen humor (probablemente el doble en el caso de James).

Pero Jonathan… oh, él era tanto inteligente como educado, un hijo obediente y un hermano generoso, su orgullo y alegría. Era la viva imagen de su padre cuando era joven, si los cuadros de Pemberley mostraban la verdad, lo que le convertía en un joven extremadamente apuesto. La rigidez que tanto le había disgustado al principio de Fitzwilliam Darcy también estaba presente en su hijo. Con Jonathan, sin embargo, ese rasgo dominaba tanto su carácter en público que temía que nunca siguiese el ejemplo de su padre.

Siempre se saca un poco del carácter de tu madre o de tu padre, se recordaba Elizabeth de vez en cuando. *¿Por qué entonces te sorprendes continuamente del comportamiento de tu hijo mayor?*

A veces, Elizabeth deseaba que algo, o alguien, cambiase el comportamiento de Jonathan del mismo modo que ella había cambiado el de su padre. Pero después pensaba en su hijo, tan honesto, fiel y completamente él mismo, y odiaba pensar que pudiese tener que cambiar. Si tan solo pudiese transformar el mundo que le rodeaba para que todos pudiesen ver al Jonathan que ella conocía.

Pero el mundo no era fácil de cambiar.

—El mozo quiere llevar mi baúl al carruaje. Creí que primero debía preguntarles a ambos si están completamente seguros de que he de ir con ustedes —dijo Jonathan.

—Ciertamente, debes —le urgió Elizabeth. Viajar, conocer a nuevas personas, eso seguro ayudaría a que su hijo estuviese más relajado y a ampliar sus cocimientos. Vivir en Pemberley podía hacer que sus habitantes olvidasen que el mundo era mucho más grande y hermoso—. Hemos estado esperando emprender este viaje juntos.

Jonathan inclinó levemente la cabeza.

—Me preocupa Pemberley. Están a punto de traer las flores de sauco para infusionarlas y alguien debería quedarse en casa para actualizar los libros de contabilidad…

—El señor Abbott tiene los asuntos bien controlados —dijo Darcy, con un toque de severidad en su tono—. He confiado en su supervisión durante varios años. Si te quedases para supervisarlos junto a él lo tomaría como una señal de desconfianza y, por lo tanto, el mayor de

los insultos.

—Yo… no había pensado en eso —dijo Jonathan. Elizabeth vio cómo se sonrojaba, mortificado—. No tenía intención de difamar al señor Abbott.

Darcy hizo un sonido que, en un hombre de menor rango, se habría considerado un suspiro.

—Por supuesto que no. Aunque me acabas de recordar que he de hablar con Abbott antes de partir. Deberías venir conmigo, para conocer mejor todo lo que hace por nosotros.

Jonathan no se movió, pero Elizabeth pudo ver cómo las sombras caían sobre sus hombros. Su hijo mayor se esforzaba por hacer siempre lo correcto, por estar a la altura de las expectativas de su padre y de la sociedad… y, aun así, a pesar de su inteligencia, parecía que siempre había algo que no entendía.

Padre e hijo salieron y el breve momento íntimo que Elizabeth había compartido con Darcy se marchó con ellos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Edmund Bertram por tercera vez en varias horas—. El calor es insoportable. Si estás fatigada podemos parar en una posada cercana.

Su esposa, Fanny, negó con la cabeza. No le gustaba molestar al resto con sus problemas, ni siquiera a su querido Edmund.

—No, no. Me encuentro perfectamente.

—Dirías eso incluso aunque te cayeses y te abrieses la cabeza.

Fanny se las apañaba para estar alegre para su marido.

—Entonces sería una inconsciente, ¿no?

—Además de incapaz de decir nada. Tienes razón. —Edmund tenía una sonrisa pequeña y cuidada.

Ella siguió mirando por las ventanas del carruaje. Fanny siempre había encontrado su mayor consuelo en la naturaleza, en los bosques y en el campo, en cada árbol y flor. Normalmente habría sentido una enorme curiosidad al observar el follaje desconocido, pero hoy no podía permitirse el perderse en él. El miedo se aferraba a ella con sus garras, negándose a soltarla.

Fanny siempre había sido una mujer asustadiza. De pequeña la habían sacado de su caótica familia para que viviese con sus familiares más ricos, Sir Thomas y Lady Bertram. Su mansión y sus modales la habían intimidado tanto que había pasado de su tranquilidad habitual a un silencio absoluto. Solo una persona había sido realmente amable y cariñoso con ella: su primo Edmund.

A medida que se hacían adultos, la profunda gratitud de Fanny hacia él se había transformado en amor. Sin embargo, la preocupación y admiración de Edmund hacia ella, no. En cambio, cayó bajo el hechizo de una nueva y alegre joven del barrio, una tal Mary Crawford. Ni todos los celos del mundo podían ocultar el hecho de que Mary brillaba con luz propia, era ingeniosa, tenía talento musical y, a veces, era profundamente cariñosa con Fanny. Pero bajo todo ese brillo, Fanny tenía claro que la moral de Mary no era como debía ser.

Edmund no lo había visto. Continuó ajeno a los defectos de Mary durante muchos meses, excusando lo que no podía pasarse por alto, mientras que el ánimo de Fanny se hundía cada día un poco más. Habían llegado incluso hasta casi comprometerse, la petición estaba casi en boca de Edmund, antes de que Mary mostrase finalmente cómo era en realidad. Y después de aquello…

Era lo que ocurrió «después» lo que Fanny no llegaba a comprender. En un año, Edmund se había recuperado de su enamoramiento con Mary Crawford lo suficiente como para proponerle matrimonio a Fanny. Ella había aceptado su propuesta con lágrimas de felicidad. Pero incluso siendo tan feliz seguía siendo consciente de que Edmund nunca la había cortejado como había hecho con Mary. Su rostro nunca había adquirido esa delatadora mezcla de deleite y vulnerabilidad que le gritaba al mundo que estaba enamorado. Sus rutinas diarias apenas se habían alterado. Un día Fanny era su prima; al siguiente era su esposa, viviendo en la vicaría con él al igual que habían vivido juntos en Mansfield Park.

(La diferencia principal de la que no podía hablar, ni apenas podía pensar, era que por la noche se acostaban en la misma cama. Lo que ocurría allí… era placer, Fanny no podía negarlo, pero seguía siendo un misterio para ella. Algo que pertenecía a la oscuridad. Algo que Dios había querido que sucediese entre esposos por razones que Fanny

no intentaba comprender).

Sin duda, estaba mal querer algo más. Edmund era su marido, el resultado de todas las esperanzas que siempre había tenido pero de las que no se había permitido hablar. Su vida era modesta pero cómoda. Dios no les había bendecido con hijos, lo que después de cuatro años de matrimonio era preocupante, pero aun así Fanny rezaba en la iglesia por ello con la certeza de que sus oraciones algún día tendrían respuesta. No dudaba de que Edmund la amaba. Pero no pensaba que la amase tanto como ella lo amaba a él.

Ciertamente haría falta un amor grande y poderoso para poder enfrentar los problemas que la atormentaban.

—Estás muy callada —dijo Edmund, rompiendo el silencio.

Inclinando la cabeza, Fanny asintió.

—Es como soy.

Algunas veces, en los instantes más sombríos, se preguntaba si Edmund echaba de menos el rápido ingenio de Mary Crawford que, aunque a veces fuese insensible o incluso inmoral, nunca cesaba de ser interesante.

—Es cierto, pero no es eso, Fanny —la reprendió Edmund con cariño—. Algo te ha estado preocupando estas últimas semanas, ¿no es así?

—No, no.

—Una esposa debe ser sincera con su marido. —La voz de Edmund había adquirido el tono sermoneador propio de un vicario, lo que no era de extrañar, ya que esa era su profesión—. Los vínculos sagrados del matrimonio lo exigen.

Fanny, profundamente devota, por lo general disfrutaba de sus sermones. Hoy, en cambio, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Estoy bien, no desconfíes de mí.

—Confío en ti más que en nadie —dijo Edmund con cariño—. Está bien, Fanny. No te preguntaré más por ello de momento.

De momento. Esas palabras la golpearon como dos latigazos, o como ella pensaba que se sentiría al recibir un latigazo por la vívida descripción de William en una de sus cartas más preocupantes. Edmund volvería a preguntarle, tendría que contárselo y, aun así, no podía hacerlo. ¿Cómo podría ser fiel a su marido y a su hermano a la

vez?

La carta más reciente de William descansaba en su maleta de viaje, a los pies de Edmund, dolorosamente presente como si fuese una tercera persona cabalgando con ellos, mirándola fijamente, juzgándola.

—Sí, eso está mejor —dijo Marianne Brandon, agradecida por respirar el aire fresco que se colaba por la ventana que acababan de abrir en el vagón —. Viajar en verano puede ser tan odioso. Qué suerte tenemos de que las carreteras no estén llenas de polvo.

Su marido tenía la mirada grave y preocupada que tan a menudo mostraba cuando intentaba cuidar de ella.

—¿Entonces no te preocupa la luz del sol?

Marianne tardó un momento en comprender lo que quería decir Brandon.

—Yo no me rebajo, como hacen algunos, a ridiculizar a los que se broncean en verano. Quizá no sea refinado, pero muestra su amor por el aire fresco y la naturaleza, y eso lo considero más que agradable. ¿Así que por qué me debería preocupar? —dijo sorprendiéndose a sí misma. Su matrimonio aún era algo nuevo—. ¿Pero tanto te disgusta cuando una mujer está bronceada?

—Pienso lo mismo que tú. Aquellos que aman la naturaleza no deberían reprimirse —coincidió Christopher Brandon. ¿Eso era un indicio de cariño en su tono? Si tan solo estuviese segura—. No te contengas por mí.

Marianne no tenía intención de hacerlo. Solo deseaba saber qué pensaba su marido sobre… bueno, sobre *cualquier cosa*, además de sobre ella.

Llevaban cinco meses casados y este continuaba siendo un misterio. Encerrado en sí mismo. Lejos de ella. Iba en contra de todo lo que sabía sobre el matrimonio y mucho más de aquello que se basaba en el amor más profundo. ¿Cómo podía un hombre irse con ella a la cama cada noche y, en cambio, ser incapaz de hablarle abiertamente, sin reservas? Marianne había creído una vez que eso era

imposible.

No hacía ni dos años que Marianne había conocido a un joven llamado Willoughby que parecía personificar todos sus ideales del héroe romántico: guapo, elegante, apasionado por la poesía y el arte. Luego supo que Willoughby había jugado con los sentimientos de una joven y la había dejado embarazada, de hecho, esa joven era la protegida del coronel Brandon. La tía de Willoughby le había desheredado y sus ideales románticos habían quedado desechados en favor de otra esposa, una que venía con una dote de cincuenta mil libras bajo el brazo.

El corazón de Marianne había quedado destrozado. Y lo que es peor, había permitido que su propio desamor la debilitase. Cuando contrajo una fiebre severa no había tenido la fuerza suficiente para luchar contra ella. Así que se había puesto terriblemente enferma, tanto, que incluso estuvo a punto de morir.

Su hermana Elinor siempre la instaba a aprender de este incidente. Gracias a su enfermedad, Marianne había aprendido dos valiosas lecciones: que tenía que ser dueña de sus emociones, tanto por su bien como por el de su familia; y que el coronel Brandon, mayor y más callado como era, había demostrado ser un hombre en el que podía confiar plenamente.

¿No podía la confianza llevar al amor? Tenía esperanzas de que así fuera.

Elinor finalmente había conseguido influir sobre Marianne, y por lo tanto, los factores prácticos habían intervenido en su decisión de aceptar la propuesta de matrimonio de Brandon. El coronel Brandon tenía un buen hogar y carácter. Era respetado por sus amigos y apreciado por su familia. Con un marido así, Marianne sabía que siempre la tratarían con bondad y respeto. Era demasiado fácil, pensó, subestimar el valor de sentirse totalmente segura.

Sin embargo, había jurado hacía tiempo que *nunca* se vendería al matrimonio solo por riqueza. Marianne había aceptado la propuesta de Brandon después de que empezase a sentir por él aquello que una mujer debía de sentir hacia su marido.

Ya no le incomodaba su edad (treinta y siete, dieciocho años más que ella), ni su naturaleza taciturna y firme, tan distinta a la suya.

Aun así, seguía siendo consciente de que ella había sido la primera en enamorarse, no del hombre en sí, sino del amor que él sentía por ella. Ser objeto de una devoción tan gentil y desinteresada, sentirse protegida con tanta ternura y sin intención de obtener una recompensa a cambio, ¿quién no se sentiría atraído? Era el amor de Brandon, su fervor, que aunque estaba enterrado en lo más profundo de su ser, como las brasas encendidas en la ceniza de una hoguera, lo que la había convencido de convertirse en su esposa.

Sentía que una mayor comprensión e intimidad se despertarían con el tiempo. De hecho, su cariño hacia Brandon aumentaba cada día.

Sin embargo, cinco meses después de su boda, él seguía completamente cerrado a ella.

De niña, Marianne siempre había respondido ante una puerta cerrada lanzándose contra ella. Los corazones cerrados habían demostrado ser algo más complicado.

El término *economizar* sugiere las admirables cualidades de la prudencia y el ahorro. Sin embargo, también sugiere una pérdida, que por muy intachable que sea, nunca es de admirar. Eso fue lo que le ocurrió al capitán y a la señora Wentworth.

Su fortuna de veinticinco mil libras se había desvanecido casi al completo de la noche a la mañana.

Uno podría haber esperado que la pérdida le pesase más a Anne Wentworth. Como hija de Sir Walter Elliot, estaba acostumbrada a vivir a lo grande desde su juventud. Sin embargo, nunca le habían gustado los lujos, y había pasado más momentos felices en las casas humildes de los marineros que en la elegante Kellynch Hall de su infancia. Cuando se casó con un hombre de la marina, pasó varios años en el mar con él y no sintió como si le arrebatasen nada. El camarote de un capitán podía ser cómodo y agradable para una joven pareja, incluso aunque no fuese lujoso.

Fue el capitán Frederick Wentworth quien se sentía más descontento con su cambio de circunstancias. Su riqueza no había sido hereditaria, se la había ganado sirviendo valientemente a la nación.

Conseguirla había sido su mayor orgullo, y perderla su mayor vergüenza.

El dolor era la peor parte porque no se lo merecía. Por ley debería haberle pertenecido a otra persona, a un individuo que parecía totalmente inmune al aguijón de la vergüenza.

Por eso, que la escalera de su hogar temporal se hubiese derrumbado para Anne era un inconveniente, pero para Wentworth era indignante.

—Permitir que los inquilinos se muden a una casa insegura, ¡a una casa que está a punto de caerse abajo sobre nuestras cabezas! —Wentworth echaba humo por las orejas mientras su único criado cargaba las maletas en el carruaje—. Es inconcebible. Ningún hombre decente dejaría una casa en esas condiciones.

—Ningún hombre decente atribuiría a la malicia lo que se puede explicar fácilmente por la ignorancia —respondió Anne.

Escarmentado, Wentworth bajó la cabeza.

—Sí, nos dijeron que no había vivido nadie en la casa en dos años. El señor Knightley no lo podía haber sabido. Pero cuando pienso en lo que podría haber pasado si hubieses estado en la escalera cuando se cayó…

—*No lo estaba* —dijo Anne con firmeza, pero posando suavemente la mano sobre el brazo de su marido. Sabía que no podía soportar pensar en decepcionarla o hacerle daño de nuevo.

Aunque la culpa de eso la tenía otro…

—Gracias a Dios, Anne —pronunció Wentworth con un tono bajo que dejaba entrever su emoción—. No sé cómo podría soportarlo sin ti.

—No necesitas saberlo —prometió—. Me quedaré a tu lado mientras el destino lo permita.

Aquello no fue tan reconfortante como pretendía, ya que ambos sabían lo cruel que podía ser el destino.

—Ojalá hubiésemos podido comprarte ropa nueva —dijo la señora Tilney mientras ataba la cinta de la capa de su hija—. Pero tienes muy

buen aspecto, querida.

—Gracias, mamá —respondió Juliet.

Juliet Tilney, que acababa de cumplir diecisiete años, se había vuelto mucho más consciente de su aspecto en el último año. Cuando era más joven había sido más bien lo que llamaban marimacho, atraída por los juegos de niños y aficionada a trepar a los árboles. Su padre la había regañado unas cuantas veces, pero su madre siempre había dicho que era exactamente igual a ella cuando era joven. ¿Y es que ella no había desarrollado interés por las muselinas y los bailes —y por los vicarios jóvenes y guapos— cuando era propio que una chica lo hiciese?

En realidad, a Juliet aún le gustaban los juegos de niños, y continuaría escalando los árboles si se lo permitiesen sus vestidos. Al contrario que su madre, y como el resto de los adultos, no entendía por qué no le gustaban las muselinas, bailar y una emocionante partida de petanca. Quizá cuando fuese mayor la respuesta sería tan clara para ella como lo era para el resto.

Juliet era consciente de que la llevaban a esta visita no únicamente porque viese más mundo, sino con la esperanza de que se relacionase con gente que, con el tiempo, le presentase a un joven prometedor. Ciertamente, iba a conocer a gente muy interesante, al menos según la carta de la señora Knightley, que su madre había leído en voz alta más de una vez. Un capitán de la marina, eso sonaba emocionante. Un coronel que había servido en las Indias Occidentales y que podía hablarle de lo grande que era el mundo. El vicario no sonaba tan interesante; al final, Juliet era la hija de un vicario. Pero lo compensaba un tal señor Darcy que poseía Pemberley, una finca tan grande que su fama había llegado incluso hasta Gloucestershire.

Y, por supuesto, sus esposas. Juliet también estaba deseando conocerlas. Los hombres interesantes solían casarse con mujeres interesantes. Si no, había aprendido que era un indicio de que el hombre no era tan interesante como sus credenciales.

—Surrey —dijo la señora Tilney, pensativa—. Debes decirme si está lleno de setos.

Las preguntas sobre el paisaje solo significaban una cosa.

—¿Estás pensando en ambientar una novela en Surrey? —preguntó

Juliet.

—Es una posibilidad. —La señora Tilney siempre se imaginaba al detalle todos los lugares sobre los que escribía.

Juliet se rio. Admiraba la imaginación ilimitada de su madre, pero nunca cesaba de sorprenderle cómo podían surgir sus ideas de la más mínima chispa.

—¿Voy a ser tu investigadora, entonces? ¿Para ambientar tu próxima gran aventura?

La señora Tilney posó la mano sobre la mejilla de su hija.

—Espero que la próxima aventura sea la tuya.

Durante los cinco años anteriores, por fin habían relegado permanentemente a Napoleón Bonaparte a la isla de Santa Elena. Aunque Gran Bretaña, y toda Europa, aún recordaban cómo se había escapado de Elba, no parecía probable que pudiese volver a hacerlo. El antes gran Napoleón se había hecho mayor y los informes coincidían en que su salud seguía empeorando. Las guerras que habían marcado tan profundamente a tantas naciones habían terminado.

Vendrían otras guerras, por supuesto. Puede que incluso llegasen pronto. Pero serían guerras como las de antaño, entre las familias gobernantes, que se batían en duelo por territorios previamente definidos. Seguramente nunca más habría un conflicto tan impactante como la campaña de Bonaparte.

La Marina Real británica había demostrado ser la gloria de la nación y la mejor del mundo. Nadie podía desafiarles en los mares, algo que habían demostrado más de una vez. En cuanto a sus victorias, en Europa también las celebraban. Sin embargo, había quienes no habían elegido bando en las guerras: las milicias. Napoleón nunca había conseguido la fuerza, o la oportunidad, necesaria para invadir Inglaterra. Los miles de jóvenes que se habían unido a las milicias destinadas para protegerse de una invasión de este tipo llevaban uniformes, habían entrenado y les admiraban y, además, sufrieron pocas bajas. Algunos de esos hombres simplemente estaban agradecidos de que nunca hubiesen llegado a invadirlos. Otros, menos

conscientes de los horrores de la guerra y más ávidos de reconocimiento, lamentaban profundamente la paz.

Los que más la lamentaban eran los más avaros. Había fortunas que se podían ganar en tiempos de guerra y que, de otro modo, estarían fuera del alcance de un hombre de clase media que quería hacerse rico.

Pero uno siempre se podía hacer con una fortuna si se tenía voluntad. George Wickham lo sabía bien.

Wickham se alisó el chaleco y se pasó una mano por el cabello. Estaba surcado de canas y su chaleco le apretaba más en la cintura que antaño, pero todavía tenía una buena percha. Lo sabía por las miradas interesadas que se seguía ganando de las mujeres… aunque ahora estas no fuesen tan jóvenes, e incluso aunque se fijasen en él menos que antes. Si tuviera que casarse de nuevo, podría hacerlo de forma más ventajosa que antes. Sin embargo, Wickham ya no necesitaba casarse por dinero. Había conseguido probar la riqueza y no tenía intención de vivir sin ella nunca más.

De hecho, su próxima aventura podría darle unos cientos de libras más, si cierto señor y señora Knightley de Surrey amaban de verdad a su familia.

Capítulo uno

Esto no es como Northanger, pensó Juliet, con la emoción aumentando a medida que el carruaje se acercaba a la mansión donde iba a pasar las próximas semanas. *¡Donwell es una abadía de verdad!*

No tenía las torres desmoronándose, ni aleros los góticos, pero Donwell Abbey lucía su antigüedad con más orgullo que la casa de su tío. A medida que el carruaje se acercaba cada vez más a la puerta principal, los ojos de Juliet contemplaban las vidrieras, los árboles antiguos y escarpados, una capilla a la distancia y lo que con suerte parecía ser la figura de una gárgola.

Respiró profundamente para tranquilizarse. Ya habría tiempo para entusiasmarse y emocionarse después. Primero tenía que causar buena impresión, parecer obediente, tranquila, educada y complaciente. Juliet no estaba segura de ser ninguna de esas cosas; pero tenía que parecer que lo era, o nadie querría conocerla. Su institutriz se lo había explicado infinidad de veces. Lo que no le había explicado era qué sentido tenía pretender ser alguien que no era para que la gente se acercase a ella. Una vez que la conociesen se darían cuenta de que estaba actuando, lo que para Juliet iba en contra del objetivo en sí mismo.

Si les preguntaba a sus padres por ello, su padre le diría que estaba siendo una tonta. Su madre la miraría de esa manera tan suya que decía: *el mundo es un lugar ridículo, hija mía. Aprovéchalo*.

Juliet tenía la intención de aprovechar al máximo la visita. Había esperado demasiado tiempo vivir su propia aventura.

No hay nada tan estimulante para la sociedad establecida de un vecindario como un nuevo conocido. La familia del recién llegado había de ser identificada, debía ser evaluado su carácter, persona y fortuna, y habían de invitarle a bailes y cenas. Si estaba casado, habría una esposa y quizá hijos que conocer, si no, habría que empezar a encontrarle pareja. Un recién llegado proporcionaba un nuevo oído comprensivo para escuchar las historias de lamentos que ya han perdido su poder en aquellos que ya las habían escuchado antes; o se reía de los chistes que para el resto ya están demasiado manidos. Incluso puede que tenga sus propias historias que contar.

Aun así, no siempre es agradable ser el recién llegado. Se le presenta a demasiada gente al mismo tiempo y, al principio, tiene problemas para recordar correctamente sus nombres y circunstancias. Está de forma constante bajo el escrutinio del resto y es consciente de ello. Mientras que hay a quienes les encantan ese tipo de atenciones, a otros les parecen inquietantes.

¿Lo peor que puede pasar? Una reunión donde prácticamente todos son recién llegados para el resto. Todo el mundo está bajo escrutinio; nadie está realmente relajado. Ese es el estado en el que se encuentra la fiesta en Donwell cuando llegaron los primeros carruajes. Pero Emma Knightley fue la anfitriona ejemplar, que ayudó a que se formaran las primeras conexiones sin problema alguno.

—Ambas son grandes amantes de la poesía por lo que sé —dijo Emma—. Y de las novelas. Me temo que nunca he sido una ávida lectora, sin importar todas las listas de libros que he hecho.

Marianne se las apañó para no reírse. Con el amor que sentía por su hermano Edward había aprendido que era posible poseer un alma refinada y, aun así, no amar la poesía. Sin embargo, mientras Emma se paseaba por el grupo, Marianne no se pudo resistir a hablar.

—No me puedo imaginar mirando los títulos de las grandes novelas y poemas de nuestro tiempo y no encontrar algo de mi interés.

—Yo tampoco —coincidió Juliet, quizá con demasiado entusiasmo—. A veces me paso la mitad de mi día leyendo. Madre dice que debería reprenderme por ello, pero ella era igual a mí cuando era joven, y lo sigue siendo, la verdad.

Juliet estaba ansiosa porque le gustase la señora Brandon y por gustarle a ella también. Eran las más cercanas en edad de todas las mujeres presentes, con tan solo dos años de diferencia. (La señora Knightley tenía una hija de prácticamente su edad, pero sus hijos estaban visitando Brighton con unos amigos de la familia). Así que Juliet anhelaba que la señora Brandon se convirtiese en su principal amiga en esa fiesta. Era muy guapa y elegante, pero no de la manera rígida y formal que Juliet odiaba. Había fuego en su interior, uno que escaseaba entre sus conocidos.

La curiosidad brillaba en los ojos de la señora Brandon.

—He oído que su madre es autora y que, si ella es la «Dama» entre ciertos títulos, entonces algunas de mis historias favoritas son suyas.

Juliet deseaba poder coincidir con su entusiasmo. Pero el decoro no permitía que una mujer reconociese su propia autoría, ni la de su madre. Esto le parecía una regla innecesaria y desagradable, pero sus padres le habían enseñado a seguirla.

—Oh, no podría decirlo.

Aun así sintió cómo el orgullo sonrosaba sus mejillas y estaba segura de que la señora Brandon lo había notado.

Su sonrisa se amplió.

—No importa, puedo decir que su madre aprecia lo poético e inteligente. ¿Quién más llamaría a su hija Juliet? Es encantador.

—Gracias.

El nombre poco común de Juliet había atraído de vez en cuando comentarios desagradables; no era bíblico ni tradicional y, por lo tanto, era sospechoso. Tampoco se podía considerar a la señorita Capuleto como el ideal de la belleza de una mujer joven. Sin embargo, la admiración de la señora Brandon parecía sincera, así que Juliet siguió hablando.

—Mi hermana se llama Theodosia y nuestro hermano pequeño, Albion.

—Qué *espléndido* —el rostro de la señora Brandon se iluminó de satisfacción y Juliet supo que ya eran amigas.

En el otro extremo del salón se estaban llevando a cabo más presentaciones.

—Coronel Brandon, ¿tengo entendido que estuvo algunos años en el ejército? —La sonrisa de Emma se relajó mientras su invitado asentía—. ¡Bueno! Entonces tiene que hablar con nuestro buen inquilino, el capitán Wentworth de la marina.

Brandon y Wentworth intercambiaron una mirada que ningún ciudadano de a pie podría haber interpretado. Era la mutua comprensión de que estaban ante aquellos que nunca habían estado en el ejército. Del tipo de personas que hacían suposiciones extrañas, como si la idea de que servir en la marina y en el ejército fuesen lo mismo, a excepción de que uno era en tierra y el otro en el mar.

En realidad, había múltiples diferencias. Por ejemplo, el rango en los escalafones de la marina estaba determinado en gran medida por los méritos, los oficiales del ejército se solían elegir más por su riqueza que por sus habilidades. Esto significaba que muchos oficiales del ejército miraban a los marineros como si fuesen advenedizos, demasiado orgullosos de su posición en la vida. También significaba que la mayoría de los marineros asumían que los oficiales del ejército eran… bueno, el término más educado era *zoquetes*.

Ni Brandon ni Wentworth hicieron tales suposiciones. Brandon era un juez astuto del carácter de los demás; sus primeras impresiones de Wentworth no eran infalibles, pero reconocía el buen sentido común cuando lo veía en los ojos de un hombre.

—¿Cuándo volverá a la mar? —preguntó Brandon.

Era una pregunta lo bastante común para hacérsela a un hombre de la marina, por lo que no estaba preparado para la forma en la que la mandíbula de Wentworth se tensó o para el ligero cambio en el tono de voz en su respuesta.

—Esperaba permanecer en casa con mi familia durante más tiempo, pero nuestra situación actual no lo permite.

Si Wentworth había esperado alguna vez una estancia más larga en Inglaterra, entonces su suerte había decidido que no sucedería. Brandon conocía a algunos oficiales de la marina que habían perdido los galardones que ganaron en la guerra, tales galardones podían ser impugnados y los barcos que antes se consideraban justos se demostraba más tarde que eran buques con derecho de paso. Pensaba que esos asuntos se habían resuelto hacía años, pero él no era

marinero.

—Todavía espero que mis asuntos se arreglen de una manera más satisfactoria. —Wentworth no sonaba como un hombre con demasiada esperanza, pero una sombría determinación remarcaba cada una de sus palabras—. Si fracaso… entonces tendré que embarcarme en el próximo barco que merezca la pena con destino a las Indias, y mi mujer e hijo habrán de pasar más tiempo solos.

Brandon miró a su mujer, Marianne. Hablaba animadamente con la señorita Tilney, su sonrisa le parecía más cálida que una hoguera. Conocía la crueldad de que te apartasen de aquellos a los que amabas.

—Serví durante varios años en las Indias —dijo Brandon. Aunque simpatizaba con Wentworth, tan solo podía ofrecerle un consejo. Un consejo era mejor que nada—. Si aún no ha viajado allí estaré encantado de responder a todas sus preguntas.

Wentworth sonrió de forma desigual.

—De hecho, tengo varias.

—¿He oído al señor Bertram decir que tiene un hermano en la marina? —Emma intentó hacer contacto visual con Fanny Bertram, pero la joven apartó la mirada—. El marido de la señora Wentworth también está en la marina. ¡Es capitán, nada menos!

Fanny alzó la mirada inmediatamente; cualquier conexión con William, aunque fuese leve, captaba toda su atención, especialmente ahora. Pero no había soñado con que encontraría una simpatía tan instantánea y sincera como la que vio en el rostro de Anne Wentworth.

—¿Dónde se encuentra su hermano? —preguntó Anne con dulzura —. ¿Ha tenido alguna noticia de él últimamente?

—Oh, sí —se apresuró a responder Fanny—. William es un corresponsal fiel. Es teniente a bordo del *Tiberius*, patrulla las aguas que rodean Santa Elena.

La sonrisa de Anne era tan dulce como su mirada.

—Mientras que los corsos respiren, necesitaremos que haya barcos en esos mares, pero creo que su hermano está tan a salvo como es posible para un oficial de la marina.

William estaba en un peligro tan grande como el que podría

enfrentar en cualquier batalla. Al menos si un hombre sobrevivía a la batalla, volvía a estar a salvo…

Las lágrimas brotaron de los ojos de Fanny y Anne le apretó la mano.

—Se encuentra mal. Permítame que le traiga una copa de vino.

Iba en contra de la naturaleza de Fanny el aceptar favores en vez de ofrecerlos ella. Tampoco bebía mucho vino, pero si esto desviaba la mirada perspicaz de Anne Wentworth durante un momento…

—Sí, por favor. Es muy amable.

Algo en la expresión de Anne le sugería que entendía la verdadera razón por la que Fanny había aceptado su oferta. Pero tan solo dijo:

—Por supuesto. Volveré con su vino con la siguiente campanada.

Según el fino reloj dorado que había en la repisa de la chimenea, no serían en punto hasta dentro de cinco minutos; eso era mucho más tiempo del necesario para ir a buscar una copa de vino. Afortunadamente, Anne parecía estar dándole a Fanny un maravilloso tiempo a solas.

¡Qué bien se sentía que te comprendiesen!

Fanny casi siempre era tímida con sus nuevos conocidos. Anne Wentworth, sin embargo, parecía una persona tanto genuina como comprensiva, alguien en quien se podía confiar. Estaba agradecida de que esa fiesta, una reunión tan grande y desconocida, y por lo tanto aterradora para ella, le hubiese dado una potencial amiga.

Sin embargo, seguía sin tener a nadie en quien poder confiar plenamente.

En general las mujeres de la fiesta lograron conversar fácilmente entre ellas. Cuando los intereses personales no coincidían, hablaban de sus familias. Emma encontraba nuevas razones para reírse con todos los juegos y caprichos de sus hijos, la voz de Anne se endulzaba todavía más cuando hablaba de la hija que había tenido con Wentworth, una niña llamada Patience, que se encontraba en esos momentos con su familia en Uppercross. A Fanny le interesaba tanto oír hablar sobre los hijos del resto que Juliet se preguntó si estaría embarazada. La cintura de los vestidos se había bajado un poco en el último año, pero aún permitía que una madre pudiese guardar el secreto por unos meses

más.

Juliet se habría sentido fuera de lugar en una conversación tan centrada en las preocupaciones de una mujer casada si no hubiese sido por Marianne Brandon. Ni las mujeres solteras ni las recién casadas se esperaba que se quedasen embarazadas de inmediato o que centrasen sus vidas en aquellos hijos que aún no habían nacido. Y aunque escuchaban con educación y hablaban civilizadamente con el resto, también tenían conversaciones privadas sobre los vestidos. (Marianne había pedido hace poco su vestido de novia, y le hizo mucha gracia oír que el padre de Juliet era un experto de las muselinas, más que cualquier mujer que hubiera conocido). Se bebió té y todo el mundo sonreía; sí, la fiesta había empezado con buen pie para las damas.

Los hombres del evento no tuvieron tanta suerte. A nadie le disgustaba nadie, pero los temas de conversación eran más bien escasos.

—Seguro que pueden cazar mucho en estos terrenos, señor Knightley —dijo Brandon.

Cualquier caballero habría estado de acuerdo o le habría explicado dónde se podía encontrar la mejor caza. Pero Knightley negó.

—Me temo que no, Coronel. La caza nunca ha estado entre mis aficiones. Le ahorra a uno el gasto en armas y perros, aunque, por supuesto, tengo un perro a pesar de todo. —Sonrió con cariño hacia el pequeño mestizo blanco y negro que dormitaba frente a la lumbre—. Pierre se gana su sustento durmiendo mucho la siesta y moviendo la cola cuando algo le divierte.

Eso le ganó una tenue sonrisa de Brandon, que valoraba el cariño hacia los animales, pero provocó miradas de preocupación de los menos sentimentales Edmund Bertram y del capitán Wentworth.

El resto de los temas resultaron igual de poco inspiradores. Bertram habló de sus sermones con una piedad que los demás admiraban de lejos, pero para los que no podían encontrar ningún tipo de fervor evangélico. A Wentworth le decepcionó ver que ninguno de ellos era especialmente aficionado a la pesca. Los silencios se prolongaban entre las palabras hasta el punto de sentirse incómodos.

Se esperaba que la fiesta durase al menos un mes. Knightley esperaba en silencio que se les ocurriera algo de lo que poder hablar

en ese tiempo.

Entonces su mirada se fijó en Emma, que reía a carcajadas con Anne Wentworth. Su mujer conseguía encontrar la manera de que todo pareciese fácil. Normalmente lo conseguía. Pocos se podían resistir al encanto de Emma; Knightley lo sabía bien, porque lo había intentado. En vez de eso, ahora él sonreía obligado y Emma llevaba un anillo de boda.

Knightley había predicho que la cena les daría algo de lo que hablar, aunque solo fuese para alabar la sopa blanca. Poco antes de la comida, sin embargo, la salvación llegó de un modo mucho más bienvenido. Se animó en el momento en el que se escucharon las ruedas de un carruaje en el camino de la entrada.

Unos minutos después, el mayordomo entró en el salón y anunció:

—El señor y la señora Darcy de Pemberley, junto con el señor Jonathan Darcy.

Knightley solo había visto a Darcy tres veces tras sus días en Oxford y no le había visto en absoluto en la última década. Se sorprendió momentáneamente al ver las canas plateadas que surcaban sus sienes o las líneas de expresión en las esquinas de sus ojos. *Sin duda*, se recordó, *es doblemente asombroso con ese aspecto*. (A veces Knightley echaba de menos la moda de las pelucas empolvadas, que habían sido tan frecuentes en su juventud; habían ocultado tan elegantemente el cabello canoso de un hombre cuando este se hacía mayor o incluso la pérdida de dicho cabello).

Pero ningún cambio por la edad podría haber evitado la sonrisa que se extendió por el rostro de Knightley.

—¡Darcy! Mi querido amigo. Gracias a Dios que has conseguido llegar.

—El tiempo parece estar cambiando —dijo Darcy, observando a través de una de las ventanas, más allá de las cuales se podía apreciar el cielo oscureciéndose. Él también estaba sonriendo—. Es un placer volver a verte, Knightley. Supongo que recordarás a mi mujer.

Knightley recordaba muy bien a Elizabeth Darcy. Tan solo la había visto una vez, poco después de su boda. Al principio le había sorprendido que Darcy decidiese casarse con una mujer sin que le importasen ni su familia ni su fortuna, un enlace imprudente para un

hombre altamente prudente. Sin embargo, después de hablar por primera vez con la señora Darcy, Knightley lo entendió todo. Sí, era amable, pero la amabilidad era la última de sus cualidades. Su luz era el contraste perfecto para las sombras de Darcy, y su carácter fuerte brillaba tanto como su ingenio.

El rostro de Elizabeth seguía siendo tan bello como hacía años, pero parecía que su chispa se había apagado. No había sentimiento en su cordial saludo; a Knightley le dio la impresión de que simplemente se dejaba llevar mientras su mente se encontraba en algún lugar lejano, sin mirar a su marido a los ojos. ¿Es que tenían problemas Darcy y su mujer?

Es más probable que solo esté cansada por el viaje, se reprendió Knightley. *Estás siendo tan fantasioso como Emma.*

Y ahora tenía el placer de conocer al hijo de su viejo amigo.

—Qué bien que también nos acompañe el joven Darcy.

Jonathan se irguió rápidamente. Muy tieso. Un criado habría estado más relajado.

—Su esposa me honró con una invitación, señor. No podía rechazarla.

Knightley no había estado al tanto de ese detalle en la invitación de los Darcy. Su mirada se dirigió al momento hacia la joven señorita Tilney, de cabello oscuro y hermosa, sentada en la silla que mejor se veía desde la entrada a la sala. Su mirada se encontró con la de su mujer, y esta agachó la cabeza ligeramente, sin temer que hubiese descubierto sus verdaderas intenciones.

Haciendo de casamentera de nuevo, pensó. *¡Oh, Emma!*

—Por supuesto, esperaba que hubiese más jóvenes aquí para que los conociera —murmuró la señora Knightley al oído de Juliet, a medida que el grupo comenzaba a desplazarse al comedor para cenar—. Pero se dice que Jonathan Darcy es de la mejor clase de joven. Diligente con sus estudios, heredero de un gran patrimonio, y bastante apuesto, ¿no cree?

—Bastante —dijo Juliet, y fue recompensada con una gran sonrisa, como si hubiese dicho algo gracioso.

En realidad, decir que Jonathan Darcy era apuesto era tan digno

de mención como decir que la hierba era verde. Alto, con el pelo casi tan oscuro como el suyo, de porte aristocrático: ¿Quién *no* le encontraría apuesto?

Juliet no estaba segura de poder aspirar a tan buen partido. Tan solo tenía una pequeña dote que ofrecer y no tenía intención de pasarse el resto de su vida disculpándose por ese hecho. Aun así, cuando se dio cuenta de que las normas de etiqueta exigían que Jonathan la acompañase a cenar, sintió un aleteo en el estómago por la anticipación que debió hacer que sus mejillas se sonrojasen.

Pasaron al comedor los últimos como requerían las normas de etiqueta. Jonathan se colocó junto a ella —¡tan alto!— y dobló el brazo ofreciéndoselo a ella para que lo tomara. Su antebrazo era firme y musculoso incluso a través de la tela de su elegante chaqueta, un detalle del que Juliet nunca se había percatado en ningún otro hombre.

—¿Practica esgrima, señor Darcy? —se aventuró.

Jonathan medio giró la cabeza hacia ella, aparentemente sorprendido.

—¿Disculpe?

—Tan solo pensé… —Juliet sabía que no podía admitir que sentía curiosidad por sus brazos musculados—. Es un pasatiempo bastante común entre los jóvenes caballeros…

Las finas y afiladas facciones de Jonathan podrían haber estado fácilmente cinceladas en mármol.

—El momento para hablar es durante la cena, ¿no es así?

Juliet giró la cabeza para mirar al frente. Esperaba que sus mejillas sonrojadas disimularan la indignación que sentía. ¡Menudo presumido! Un presumido maleducado, además. ¿No se suponía que los presumidos debían al menos prestar atención a las normas de etiqueta? Eso era lo único bueno que tenían.

Cree que está por encima de su compañía, pensó Juliet. *Al menos, por encima de mí.*

Oh, bueno. Sin importar lo que la señora Knightley hubiese pretendido, Juliet no había acudido a Donwell Abbey con la intención de conseguir un marido. Había venido para aprender más sobre el mundo. De momento había descubierto que los jóvenes caballeros

podían ser muy apuestos y *muy* groseros a la vez.

Se había equivocado.

Jonathan solía hacerlo. A veces pensaba que la gente fuera de su familia eran especies totalmente diferentes, como los absurdos hombres que describe Plinio el Viejo que tenían los pies vueltos del revés. ¿Por qué le resultaba tan sencillo hablar con Madre y Padre, con sus hermanos, o incluso con los sirvientes de Pemberley, y en cambio le resultaba tan complicado mantener una conversación con cualquier otro?

En sus primeros años de vida había estado rodeado de aquellos que le conocían y amaban, incluyendo a los sirvientes más ancianos, que lo adoraban; e incluso de los habitantes de la pequeña ciudad cercana de Lambton. Cualquier persona con la que hablase tendría que presentarse primero, y en el cálido santuario que le ofrecía la casa de su infancia, rara vez había alguien que requiriese presentación. Jonathan se había sentido vagamente inquieto ante la idea de tener que ir a la escuela lejos de casa, pero Padre le había asegurado que era totalmente normal. A Jonathan le dijeron que sus compañeros serían tan cercanos como sus hermanos.

En vez de eso, la escuela había sido un infierno. Las caras desconocidas, la nueva manera de hablar, la jerarquía incierta, todo parecía estar diseñado para confundirle y desestabilizarle. Cuando sus compañeros se dieron cuenta de ello, se tomaron la libertad de usarlo para hacer que esa experiencia fuese un infierno que no parecía tener final. Jonathan había mantenido la cabeza gacha lo mejor que pudo y había trabajado duro para ganarse la aprobación del director, la única persona que le entendía.

Sus padres le habían asegurado que su situación mejoraría al año siguiente. Por lo tanto, sería mejor en la universidad. Oxford *era* un poco mejor, sobre todo porque las peores burlas ahora se consideraban un juego de niños. Pero Jonathan aún no tenía ni idea de cómo hablar con extraños, al menos no más que antes.

Por eso importaban las normas.

La sociedad tenía reglas. Era seguras, sólidas, inamovibles. Pasos dentro de un baile que él mismo había aprendido a ejecutar. Sí, el

resto podría pensar que era… rígido, o incluso frío, si se aferraba firmemente a tan solo mantener una conversación dentro de esos límites. Pero no pensarían que fuese ridículo. No pensarían que estuviese *equivocado*. Cuando Jonathan seguía las normas, estaba a salvo.

Contaba con que esas normas le ayudasen a conocer mejor a la señorita Tilney, una chica bastante guapa. Las normas también se suponía que le guiarían más allá de cuando ella le tomase del brazo, no le gustaba que le tocasen extraños, aunque al menos ese contacto se lo esperaba, por lo que se podía preparar mentalmente para ello. En vez de eso, en cuanto se habían tocado, la señorita Tilney se había desviado de lo que dictaban las normas y le había descolocado completamente. Había tenido la intención de volver a llevarlos hacia la seguridad de las reglas sobre los tiempos y las conversaciones convencionales. Y en cambio, a juzgar por sus mejillas sonrojadas, la había ofendido. Lo único peor que el miedo de ofender a alguien era el saber que ya lo había hecho. ¿Cómo iban a pasar una comida entera así?

No tan solo una, se recordó Jonathan. Un mes entero. Rodeado de extraños. Pensó que sería mucho más fácil pasar tiempo con amigos de sus padres, más que con los suyos; siempre se había relacionado con más facilidad con los adultos. Hasta ahora se sentía tan miserable como siempre. Esperaba desanimado una hora interminable de conversación tensa, con miedo a meter la pata, y una comida deliciosa que sería incapaz de digerir a causa del nudo en su estómago.

Se suponía que debía mantener una conversación con aquellos que se encontrasen a sus lados, pero nunca al otro lado de la mesa, exceptuando cualquier cosa que quisiese decirles a todos los presentes. Jonathan había esperado sentarse entre dos personas extremadamente habladoras. Se había dado cuenta de que con tales individuos a los lados a veces no necesitaba hacer nada más que asentir con la cabeza y murmurar monosílabos de vez en cuando. Y en cambio, aunque pareciese extraño, eran esas personas las que luego hablaban con más cariño sobre él con sus padres, que le transmitían los cumplidos con la sugerencia implícita de que eso, lo que quiera que acabase de hacer, era exactamente lo que tenía que hacer. Jonathan no les había

explicado la paradoja, en primer lugar porque no la terminaba de comprender. Parecía que a la gente no le gustaba escuchar tanto como que los escuchasen.

Por desgracia, en esa cena, Jonathan se encontraba entre la amable señora Wentworth y la silenciosa señora Bertram. Parecía que tenía por delante una larga e incómoda cena.

Sin embargo, en cuanto se pusieron las primeras soperas sobre la mesa, apareció el mayordomo, con aspecto desconcertado.

—Señor Knightley… hay un caballero que desea verle, señor.

Knightley frunció el ceño, como no podía ser de otra manera.

—Esto es bastante extraño, Greene.

—En efecto, señor. —El mayordomo parecía preferir estallar en llamas que mantener esa conversación, pero las miradas hacia atrás indicaban que no tenía elección—. Se lo he dicho, pero es muy insistente.

—Sí, lo soy. —Una voz masculina resonó a su espalda mientras una figura salía de entre las sombras en el umbral del comedor—. Muy insistente.

Se había abierto paso a la fuerza, sin esperar siquiera a que el mayordomo regresase, un acto descortés que resultaba bastante alarmante. Jonathan miró a su padre, a quien le disgustaba la descortesía casi tanto como a él.

Pero su padre no parecía ofendido o disgustado. Parecía… furioso. Su madre, en cambio, se había puesto cenicienta, tanto que Jonathan se preguntó si iba a desmayarse.

El hombre se acercó un poco más para que le viesen claramente. Tendía la edad del padre de Jonathan, vestía prendas a la moda, aunque quizá demasiado, lo suficiente como para considerarse llamativas. Su sonrisa era fina y fría. Al otro lado de la mesa, Jonathan vio cómo Anne Wentworth intentaba llamar la atención de su marido, que parecía estar hirviendo de rabia.

¿Se lo estaba imaginando o este hombre le resultaba… vagamente familiar?

La sonrisa del hombre se amplió.

—Bueno, bueno. Parece que no me faltan conocidos sentados a la mesa. Qué suerte habernos reencontrado.

Algunos miraban a su alrededor preocupados, pero Darcy simplemente inclinó levemente la cabeza y habló, con un tono tan frío como el hielo.

—Buenas noches, señor Wickham.

Capítulo dos

Habían sido tres veces ya en las que Fitzwilliam Darcy pensaba haberse librado para siempre de la odiosa presencia de George Wickham. Y las tres se había equivocado. Cuando se habían despedido hacía ocho meses parecía haber sido la última vez que se verían, pero no. El destino podía ser pernicioso.

—Ah —dijo Wickham, acercándose—. Veo que he sido un tanto inoportuno. En la ciudad, como sabe, está de moda cenar más tarde.

Knightley se puso de pie, pálido y erguido. Parecía como si odiase a Wickham tanto como Darcy.

—No se le ha invitado a venir en ningún momento.

La sonrisa de Wickham se ensanchó. De algún modo, en medio del enfrentamiento, el hombre parecía estar aún más tranquilo.

—Si esperase recibir una invitación para lo que me pertenece por ley… sí, señor Knightley, imagino que sería una espera bastante larga.

Los labios de Knightley se apretaron con más fuerza. El rostro de Emma estaba sonrojado con la ira mal reprimida. Pero no eran los únicos: la expresión de Wentworth era sombría, y su mujer estaba tensa, como si estuviese esperando tener que levantarse de un salto de su asiento para retenerlo en cualquier momento. La que peor estaba era su querida Elizabeth, completamente congelada en su asiento; tenía los dedos aferrando la empuñadura de su cuchillo. La desconfianza en el rostro de Jonathan hacia su tío contrastaba claramente con la preocupación por su madre.

En cuanto a los Brandon, los Bertram y la joven señorita Tilney todos parecían confundidos por el súbito y severo cambio de ánimo de sus compañeros. Ninguno había conocido a George Wickham y Darcy

envidiaba ese privilegio.

Un sonoro trueno retumbó por el aire, la casa e incluso el suelo. Un instante después las gotas de lluvia comenzaron a golpear las ventanas y el terreno, sacudiendo los cristales.

Darcy podría haber maldecido en voz alta. A juzgar por el golpeteo de los cascos que había escuchado antes, Wickham había llegado a caballo en vez de en carruaje, y ni la más odiosa compañía se podía echar a la calle con ese tiempo. Especialmente en un lugar tan montañoso como ese rincón de Surrey, al intentar montar a caballo con una tormenta así uno arriesgaba la salud y los nervios del caballo, e incluso su propia vida.

Wickham alzó una ceja, como si supiese lo que dictaban las normas de etiqueta que tenían atados de pies y manos a sus anfitriones.

—Parece que me quedaré un tiempo.

—Me temo que no podemos hacerle hueco en la mesa, señor Wickham. —La señora Knightley empujó su silla hacia atrás tan bruscamente como un niño maleducado. A Jonathan al menos le habrían regañado por ello de niño—. Permítame que le muestre su dormitorio, y que pida a los sirvientes que le lleven algo para cenar —dijo y con eso salió de la sala. Tras un instante Wickham inclinó la cabeza hacia la mesa, una media reverencia irónica, y la siguió.

¿Había hecho lo correcto? Las normas tradicionales no se podían aplicar en una situación como aquella. Jonathan les habría preguntado después por ello a sus padres si no pareciesen tan afectados. No, tendría que interpretarlo él solo.

Se extendió el silencio por la sala, completamente vacío de palabras y, sin embargo, asfixiante. Al final, Knightley se aclaró la garganta.

—Mis queridos invitados, debo pedirles disculpas. El caballero que acaba de llegar… no es amigo de esta casa. Sin embargo, hay asuntos entre nosotros que debemos resolver.

—Parecía extremadamente insolente —dijo la señora Brandon, de

manera muy directa—. Qué persona más desagradable.

En otras circunstancias, Jonathan habría pensado que ese comentario era grosero; esa noche, los invitados parecían libres de decir lo que opinaban, y a toda la mesa, además. Era comprensible, quizás, pero en su opinión sentaba un peligroso precedente.

—George Wickham es ciertamente desagradable —convino Knightley—, por muy hábil que sea en fingir no serlo.

Brandon habló por primera vez en toda la cena.

—¿Ha dicho… el señor *George* Wickham?

Knightley asintió.

—Un antiguo oficial del ejército, que ahora se cree administrador de inversiones. ¡Bah! Tan solo de las inversiones que funcionan para su propio beneficio y detrimento del resto.

—Ciertamente para el nuestro —dijo Wentworth, con la voz hueca.

Jonathan vio cómo la señora Wentworth hacía una mueca.

Pero se recuperó con rapidez, volviéndose hacia Darcy y preguntándole educadamente.

—¿De qué conoce usted al señor Wickham, señor Darcy?

—Crecimos juntos en Derbyshire —dijo Darcy. El tenedor de Brandon se estrelló contra el plato y Jonathan se preguntó: *¿Cómo puede seguir comiendo en esta situación?*—. Era el hijo del administrador de mi difunto padre. Cuando nos hicimos adultos nuestros caminos se separaron durante muchos años.

Para su sorpresa, fue Madre quien siguió el relato.

—Entonces el señor Wickham se casó con mi hermana Lydia.

Y Lydia y George Wickham habían tenido una hija.

Durante un momento, Jonathan recordaba a Susannah de forma tan vívida que podría haber estado sentada a su lado, riéndose como normalmente hacía, los rizos oscuros enmarcando su rostro redondo y sonriente. Para él siempre había sido más una hermana que una prima. Para sus padres, Susannah había sido más una hija que una sobrina. Sabía que los amaban profundamente, a él y a sus hermanos, pero también sabía que durante muchos años su madre y su padre habían querido tener una niña que nunca llegó.

Entonces, hacía ocho años, nació Susannah, la primera y única hija de sus tíos. Ni la tía Lydia ni el tío George habían estado demasiado

interesados en el tedioso día a día de criar a un hijo; tan pronto como Susannah nació la dejaron con su nodriza y la habían llevado a Pemberley para que pasase largos periodos con ellos. De hecho, Susannah había pasado más parte de su corta vida en aquella casa que en la de sus padres. Esto les beneficiaba a todos: a Madre y a Padre, que adoraban a la niña; a Jonathan y sus hermanos, que eran lo suficientemente mayores como para ver que sus rarezas podían ser tan divertidas como molestas; a la tía Lydia y al tío George, que no daban muestra alguna de echar de menos a su hija; y a la propia Susannah, que lloraba desconsolada antes de tener que volver a su casa y siempre se escapaba hacia Pemberley tan rápido como se lo permitían sus cortas piernecitas.

Nunca volvería a cruzar aquellas puertas.

De todas las insolencias, Emma estaba que echaba humo. *Presentarse en nuestra casa, ni corto ni perezoso, ¡y encima durante la cena! En la primera noche de una fiesta que estaba destinada a alegrar a las personas más perjudicadas por este hombre vanidoso y sin escrúpulos…*

—Nunca había sido huésped en Donwell Abbey, señora Knightley —dijo Wickham. La falsa cortesía se deslizaba por sus palabras como el aceite—. Parece un espléndido edificio antiguo, de la mejor clase.

—Preferiría que no fuese una abadía —dijo Emma, subiendo a toda prisa por la escalera mientras él trotaba a su espalda. Quizá se tropezase, se cayese y se abriese la cabeza. ¡Qué suerte sería aquello! —. Si mi querido marido hubiese heredado un castillo puede que hubiese tenido una mazmorra.

Al parecer, el señor Wickham no se sentía tan seguro como para responder.

Llegaron a lo alto del primer tramo de escaleras. Donwell, como muchas otras abadías, tenía en su interior una cámara con un techo altísimo que cubría tres pisos. Aparte de la escalera trasera de los sirvientes, este era el único camino para subir o bajar por la casa. Las habitaciones inferiores y las superiores ofrecían intimidad incluso con los arcos de mármol que enmarcaban cada una de las puertas y las

gruesas columnas que se alzaban como árboles creciendo en medio de ellas, pero no importaba cuánta calidad o comodidad le ofreciesen a Emma aquellas habitaciones, ninguna estaba nunca a más de dos pasos de esa gigantesca sala. Era uno de los pocos aspectos que a Emma no le gustaban de la casa, la manera en la que todos los pasillos llevaban el sonido, haciendo eco, arrojándolo hacia extraños rincones y recovecos, hasta que resultaba difícil saber de dónde provenía.

Emma bajó la voz hasta casi un susurro, para no molestar a sus invitados con más pruebas de la presencia del señor Wickham.

—Uno de los sirvientes no tardará en llegar para disponerle la habitación. ¿Ha traído algo de equipaje? ¿Algo más de ropa? Dado que ha llegado montando a caballo, parece algo improbable, pero la educación me exige preguntarlo.

—Solo tengo una pequeña maleta en mi alforja, que confío en que un sirviente hará llegar a mi habitación en breve. El resto de mis pertenencias me espera en Londres, señora.

Ella mordió el anzuelo con demasiada facilidad, demasiado rápido para reaccionar.

—Al igual que docenas de abogados, supongo.

Wickham se enderezó, con su sonrisa despreocupada aún más exasperante.

—Pueden pedir en vano. La ley está firmemente de mi lado, como muchas otras docenas de abogados han explicado ya.

—La ley —dijo Emma con desprecio—. Unos engaños con el lenguaje pueden absolverle de toda responsabilidad moral. Sabía desde el principio que estas inversiones tan solo conseguirían endeudar a aquellos que confiaron en usted.

El señor Wickham inclinó levemente la cabeza.

—Me duele molestarla más, señora Knightley. Aunque debo señalar que la naturaleza incierta de mi empresa se le dejó totalmente clara a los inversores, incluyendo a su cuñado. Él conocía los riesgos. Decidió asumirlos. No todos los riesgos acarrean una recompensa.

Lo más irritante era el hecho de que Wickham… no estaba del todo equivocado. ¿Cómo pudo John arriesgarse tanto con su dinero? Era el hijo menor, sí, pero lo que había heredado era más que suficiente para mantener a Isabella y a los niños con comodidad y elegancia. No tenía

ningún motivo para aspirar a una mayor riqueza.

Y, aun así, a John siempre le había gustado saber algo que el resto no sabía. Quizá, pensó Emma, esa había sido la verdadera tentación: el deseo de demostrar que era más listo que los que le rodeaban.

En vez de eso, el resultado fue la ruina. Solo la dote de Isabella les mantenía alejados de la pobreza más absoluta. En un año o dos se verían obligados a abandonar la casa de Londres. Hartfield les esperaría: el alquiler de los Wentworth solo duraría un año. ¿Pero podrían John e Isabella permitirse mantener la casa familiar de Emma?

Pensando aquello, era complicado que siguiese siendo una mujer civilizada. Lo mejor era terminar con ese encuentro tan rápido como pudiese.

—Por las escaleras, segunda puerta a la derecha —dijo. Dejar al señor Wickham en la segunda planta le mantendría alejado del resto de huéspedes, lo que beneficiaría a todos—. Se puede marchar de Donwell al alba.

—Sois la generosidad personificada, señora. —La burla en la voz de Wickham llevaba a Emma hasta el límite, oh, si tan solo pudiese empujarle por las escaleras, haciéndole caer hasta…

Emma se detuvo. Sin mediar ni una palabra más con Wickham, bajó corriendo por las escaleras hacia sus invitados.

En todas las cenas ocurren algunos imprevistos. Se derrama la salsa, la disposición de los asientos es incómoda. Una anfitriona experimentada y unos invitados simpáticos pueden suavizar esas pequeñas imperfecciones y permitir que la fiesta se desarrolle de forma agradable.

No había manera de suavizar la repentina aparición del señor Wickham.

Después de que la llama de la indignación se hubiese enfriado, siguieron cenando bajo incómodos fragmentos de conversaciones. Nadie se divirtió. Sin embargo, Marianne Brandon sospechaba que la conversación que mantendrían las mujeres después sería mucho más

interesante.

Cuando las damas entraron en el salón de las mujeres, la joven Tilney se sentó cerca de Marianne, lo que a esta le permitía acercarse a ella y murmurarle en el oído.

—Que terrible situación. Compadezco a nuestra anfitriona y al resto de los invitados.

—El señor Wickham parece un hombre bastante malvado —respondió Juliet, bajando la voz—. ¿Cómo es posible que tanta gente respetable haya sido engañada por su carácter?

El rostro de John Willoughby cruzó la mente de Marianne como una visión de un farolillo mágico, sombría y efímera.

—No toda la maldad se revela inmediatamente. A veces se disfraza de encanto al principio. Y el disfraz puede ser más convincente de lo que uno imagina.

Juliet apartó la mirada, como si intentase no ver algo que no debía reconocerse en la sociedad educada. Sin duda el tono de voz de Marianne la había traicionado más de una vez. Ya no amaba a Willoughby; su corazón le pertenecía a su marido. Pero algunas de las heridas que Willoughby le había infligido aún sangraban de vez en cuando.

Marianne buscó a su marido con la mirada, pero los hombres se habían internado en la habitación contigua para fumar sus puros. Sin embargo, Brandon estaba lejos para escucharla, y el presumido señor Bertram estaba contándole algo mientras Knightley los sacaba de la habitación. Mientras Marianne les observaba se dio cuenta de que su marido no estaba tranquilo. Tenía el semblante preocupado y la mirada oscura. ¿Estaba… enfadado? ¿Triste? No conseguía leerlo del todo como para saberlo, no todavía.

Quizá jamás lo conseguiría.

—Uno desearía saber más sobre lo que el señor Wickham ha hecho —dijo Juliet, bajando todavía más la voz. Antes de terminar de pronunciarlo ya se había sonrojado—. Aunque supongo que eso sería entrometerse, y no un tema del que merezca la pena hablar, especialmente si molestase a nuestros anfitriones.

—Por supuesto que no se debe curiosear, pero… es imposible no *querer* saberlo —admitió Marianne—. ¡Si tan solo tuviésemos algún

modo de averiguarlo! Por supuesto, los hombres están hablando sobre el tema con sus puros y brandy de por medio. Ellos tienen el privilegio de preguntar sin tapujos. Nosotras estamos maniatadas con las normas de etiqueta.

La mirada de Juliet se afiló con curiosidad.

—¿Lo estamos? —preguntó.

Entonces la señora Bertram se sentó junto a ellas. Aunque no parecía estar entrometiéndose en su conversación, tampoco habría podido evitar escuchar a hurtadillas, y Marianne sospechaba que lo desaprobaba.

Volvieron a los murmullos educados en torno al té y los pasteles. Con un suspiro, Marianne se preparó para preguntar sobre el tiempo en Northamptonshire. Otra vez.

—Maldito negocio —maldijo Frederick Wentworth mientras que su anfitrión, el señor Knightley, le encendía el puro—. ¿Con qué derecho se cree de pedir nada?

Había maldecido. ¡Había usado el nombre de Dios en vano! Jonathan Darcy se sonrojó. Pero ninguno de los otros hombres en aquella sala se mostró sorprendido y el rechazo tan solo se podía entrever en el rostro del señor Bertram. ¿Cómo podía ser?

Jonathan le dio vueltas al rompecabezas antes de recordar una norma de la sociedad que quizá lo explicase: Wentworth era un hombre de la marina. Los marineros eran conocidos por su lenguaje soez, tanto dentro como fuera del mar; pero era un elemento que no terminaba de encajar con una profesión por lo demás noble. Derbyshire no le había dado demasiadas oportunidades a Jonathan para conocer a hombres de la marina. En el futuro, decidió, no se dejaría sorprender tan fácilmente.

Para entonces, su padre había comenzado a hablar.

—El señor Wickham cree que el mundo le ha tratado de modo injusto —respondió Darcy—, aunque precisamente cuándo o en qué manera sería complicado de identificar para el más objetivo de los observadores. Siempre está buscando venganza por este trato injusto,

contra la sociedad en sí misma, y en particular contra cualquier persona que haya tenido la mala fortuna de cruzarse alguna vez en su camino.

El señor Bertram debía estar desconcertado por el giro que la tarde había tomado, y por la animosidad del grupo hacia un completo extraño, pero mantuvo el decoro mientras le daba una buena calada a su puro.

—¿Un plan de inversión, dijo?

—Uno al que confié el dinero que había conseguido en las guerras —respondió Wentworth. Su expresión era sombría y mientras que se estaba conteniendo, no podía ocultarla.

El dinero que había conseguido, pensó Jonathan. Para los hombres de la marina este podía marcar la diferencia entre una vida llena de privaciones y una más holgada. Durante las presentaciones habían mencionado que la señora Wentworth era la hija de Sir Walter Elliot, y por lo tanto de alta alcurnia. Quizá el dinero que había conseguido era lo que le permitió al capitán Wentworth casarse tan bien. Ahora, en vez de poder ofrecerle a su mujer una vida elegante como a la que sin duda estaba acostumbrada, la había empobrecido.

No, George Wickham había sido el causante de aquello. Cada oscuro pensamiento que Jonathan había tenido alguna vez hacia su tío surcó su mente, y no eran pocos.

—Mi hermano John también estuvo entre los que cayeron en los engaños de Wickham —dijo Knightley—. Las promesas que le hicieron eran espectaculares, así como los seguros que le dieron. Parece que hasta los cargos más altos del gobierno apoyaban el plan de Wickham, había incluso un conde entre sus filas.

—¿Qué conde? —preguntó Jonathan. Su tía Georgiana se había casado con el conde de Dorchester, Harold Bellamy, a quien sus familiares más pequeños llamaban tío Harry. Pero entonces se sintió estúpido por pensarlo. Si su tío hubiese estado involucrado en un lío de tal calibre, su familia lo habría sabido.

Knightley se limitó a encogerse de hombros.

—No conozco el nombre. Cuando escuché hablar por primera vez del negocio que tenían entre manos, le busqué en la copia de un amigo del *Debrett's Peerage*, pero he de confesar que el detalle me

pareció poco importante, comparado con el destino de mi hermano y el de tantos otros que sufrieron para beneficio de Wickham.

Le siguió un momento de tenso silencio que solo Bertram rompió.

—Al principio me ha sorprendido que no tenga su propia copia del *Debrett's*. La mayoría de los hogares elegantes tienen una. —Aunque solo fuese un vicario, Bertram era el de más alta alcurnia de todos los presentes, el hijo de un barón. Los padres de Jonathan se lo habían comentado antes, para que comprendiese las reglas de precedencia—. Pero se puede tener demasiado interés en esas cosas. A menudo no es más que vanidad.

—Siempre he dicho —afirmó Knightley— que cualquier conocido lo suficientemente cercano como para que me conmuevan sus nacimientos, muertes o bodas, sin duda me escribiría para informarme él mismo.

Darcy habló entonces.

—¿Su hermano tiene una lista con los inversores de Wickham?

Knightley se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Quizá la tenga entre mis papeles. Las motivaciones de la inversión de mi hermano importan mucho menos que los efectos de esta.

El coronel Brandon, que había estado de pie alejado del resto, habló.

—Parece como si el señor Wickham hubiese tenido un carácter muy poco respetable durante muchos años.

—Desde que nació, quizá —dijo Darcy—. Aunque lo pude ver claramente durante nuestros años universitarios.

Jonathan pensó que su padre sonaba tenso. Pero, de nuevo, siempre sonaba del mismo modo cuando hablaba de Wickham, incluso en el tiempo en el que Wickham todavía era el marido de la tía Lydia.

Knightley miraba fijamente a Wentworth. ¿Por qué? Wentworth se dio cuenta al mismo tiempo que Jonathan: estaba aferrando su puro con tanta fuerza que lo había terminado doblando. La ceniza aún encendida cayó al lado de su zapato, chamuscando la moqueta.

Eso, decidió Fanny, *es lo que traía el asociarse con personas inmorales*. Sentada en el borde de la sala, escuchó cómo Elizabeth Darcy les hablaba. Su discurso era demasiado libre, pero esclarecedor.

—Dicen que uno no puede elegir a su familia. —Elizabeth intentó sonreír, intentando aligerar los ánimos pero no consiguió engañarlas. Sus dedos continuaban trazando los bordados de su pañuelo, lo que dejaba entrever lo agitada que estaba realmente por dentro—. Ni siquiera la familia política. Aun así, como cualquier otro, había esperado que mis hermanas eligiesen correctamente. Todas lo hicieron, menos Lydia.

—¿Su hermana está…? —empezó Emma Knightley tentativamente.

—Murió hace tres años.

Fanny se sorprendió al escuchar la frialdad con la que Elizabeth lo dijo. Aunque amaba poco a Julia y con todo lo que odiaba a María, se había criado con sus primas como si fuesen sus hermanas, y sus muertes la sumirían en un profundo duelo. ¿Verdad? De repente no tenía ninguna duda sobre ello. Fanny se consoló sabiendo que a Edmund seguro que le entristecería, y que su querido marido no podía sufrir sin que Fanny sintiese lo mismo.

Elizabeth continuó hablando.

—Eso, al menos, no fue culpa del señor Wickham. Pero no era más marido que soldado.

¡Hablar así de la familia, aunque fuese política, incluso de alguien con tan mala reputación como la que parecía tener el señor Wickham! Fanny apenas pudo ocultar que se había sonrojado. No pensaba que Elizabeth Darcy fuese una mujer inmoral; había decencia y carácter en su comportamiento, a pesar de sus palabras. Pero esto sobrepasaba lo tolerable. Quizá los modales fuesen distintos en Derbyshire. Los modales, al fin y al cabo, no eran lo mismo que la moral…

Fanny se detuvo en sus pensamientos. La moral había demostrado ser algo más complejo de lo que siempre había soñado que fuese.

Los hombres se pasaron tanto tiempo con sus puros que las mujeres, finalmente, terminaron yéndose a sus respectivos dormitorios sin que las acompañase ningún caballero. Fanny se dio cuenta de que no le importaba la ausencia de Edmund. Una hora para ella, para pensar y rezar… sí, eso le vendría bien, más que cualquier otra cosa.

Pronunció los comentarios obligatorios sobre haber pasado una velada encantadora, rechazó la amable oferta de Emma Knightley de enviarle una doncella para que le ayudase, y se dirigió a su habitación.

Pero ya había alguien allí.

—¡Oh! Lo siento… —comenzó a decir Fanny, al principio estaba segura de que había entrado en la habitación equivocada. Pero reconoció su escritorio, sus cartas y al hombre que estaba allí sentado leyéndolas.

—Bueno —dijo George Wickham. Tenía una bota apoyada en el alféizar de la ventana mientras se reclinaba en la silla—. Una invitada inesperada. Qué honor.

¿De verdad pensaba ese hombre que le estaba buscando? Fanny se armó de coraje.

—Creo que esta es mi habitación y la de mi marido, señor.

Wickham frunció el ceño y después chascó los dedos.

—Ah, por supuesto. La señora Knightley querría haber dicho que tenía que subir otro piso más en vez de contar el que ya habíamos subido. Por favor, disculpe mi intromisión.

Su sonrisa era educada. No, los modales no eran lo mismo que la moral.

Mientras se levantaba para irse Fanny se acercó a su escritorio, organizándolo y agradecida de que las cartas en su pequeña alforja pareciesen seguir en su sitio. Suspiró aliviada, con un alivio que no habría sentido si hubiese levantado la mirada para ver la cara de Wickham al salir.

Chica estúpida, pensó Wickham, cerrando la puerta a sus espaldas, *mira que revelar tan fácilmente que tiene un secreto.*

Capítulo tres

A pesar de los fervientes deseos de los anfitriones e invitados de Donwell Abbey, la lluvia no cesó durante la noche. De hecho, redobló sus esfuerzos, cayendo con más fuerza y rapidez, convirtiendo todos los caminos en lodazales intransitables. El estado de los caminos lo confirmó un sirviente, que se había marchado hacia Highbury a primera hora de la mañana para recoger el correo. Incluso entonces, dijo, había sido difícil transitar los caminos. (El caballo tuvo que ser atendido rápidamente nada más volver a los establos mientras que el sirviente se preparaba una copa de brandy). El señor Wickham no se habría podido marchar ni aunque quisiese, aunque tampoco daba muestras de querer hacerlo. El resto, que puede que se hubiesen marchado para escapar de su compañía, estaban igualmente atrapados.

Las noticias se difundieron durante el desayuno. Mientras que servían la comida en un buffet con panes, embutidos y pasteles, los distintos grupos iban y venían, cada uno hablando de la noticia por turnos.

—Al menos Donwell Abbey tiene un segundo piso al que podemos exiliar a Wickham —le susurró Emma Knightley a su marido.

El capitán Wentworth (que estaba más cerca de Emma de lo que esta se había percatado) pensó: *Si las escaleras de esta casa hiciesen lo mismo que las de Highbury y colapsasen ese hombre no se volvería a acercar a ninguno de nosotros, o mejor aún, ¡puede que se derrumbasen sobre la cabeza de Wickham!*

Un poco más tarde Edmund Bertram intentó entablar una conversación cortés y educada.

—Parece que nuestro huésped no invitado va a quedarse un tiempo con nosotros. Supongo que todos tendremos que aprovecharlo.

Elizabeth Darcy dio un sorbo a su café.

—Lo que me pregunto es, ¿qué podemos aprovechar de tener aquí al señor Wickham?

Edmund pensó que esta situación podía ser un tanto satírica y, por lo tanto, inapropiada, así que decidió no seguir hablando del tema.

Juliet Tilney bajó tarde, en parte esperando no encontrarse al señor Wickham, pero sobre todo intentando evitar al joven señor Darcy. Evidentemente, llegó al comedor casi al mismo tiempo que Jonathan. A juzgar por el leve rubor que se podía entrever en sus pómulos altos, a él tampoco le gustaba demasiado el encuentro.

No es que sea grosero, ¡que lo es!, sino que todo el mundo sabe que lo invitaron por mí, o que a mí me invitaron por él. Todos pueden ver lo poco que le gusto. No importa que a mí tampoco me guste demasiado, él es rico y yo no, así que todo el mundo asumirá que he puesto mis miras en él. Juliet ardía de humillación. *Sin embargo, la fiesta durará poco más de un mes. Quizá sea tiempo suficiente para que el resto se dé cuenta de lo que realmente siento. Seguramente no pueden no darse cuenta de lo insufrible que es Jonathan Darcy…*

—Buenos días, señorita Tilney —dijo Jonathan mientras empezaba a llenarse el plato. Su tono… no era exactamente amable, pero tampoco era frío.

Habiéndose preparado mentalmente para que fuese descortés con ella, Juliet se encontró sin saber qué responder ante el saludo cortés.

—…Buenos días, señor Darcy. Confío en que haya dormido bien.

Jonathan parecía haberse quedado sin respuesta.

—Yo… no habría pensado que… sí, gracias.

¿Es que nunca había mantenido una conversación? El desprecio de Juliet se convirtió en asombro. ¿Los padres de Jonathan le habían mantenido toda su vida encerrado en el ático de la famosa Pemberley? Eso parecía algo sacado de una novela gótica, pero ¿cómo se podía explicar si no que no estuviese familiarizado con los detalles más básicos de mantener una simple conversación? O también podría ser un simplón, que necesita la bondad y tolerancia cristianas. Su comportamiento parecía indicar lo contrario, pero Juliet decidió no

hacer ninguna suposición.

Quizá lo mejor sería que hablase despacio y con paciencia.

—Espero que disfrute de su desayuno —dijo, pronunciando cada palabra con claridad.

Después se dirigió al sitio más alejado de la mesa del comedor, esperando que, al menos tendría la perspicacia social de no seguirla hasta allí.

Era un pequeño consuelo que, esta vez, Jonathan hubiese entendido lo que había hecho mal la noche anterior. Juliet Tilney se había dirigido a él de manera sencilla, como si solo fuese una mañana más. Sin duda ella pensaba que era así. Pero Jonathan sabía que no.

La distancia entre su familia y los Wickham siempre había sido la misma. A su tía Lydia siempre le habían permitido visitar Pemberley cuando su padre no estaba en casa; Wickham nunca había cruzado la puerta de entrada. Ni tampoco habían invitado ni a Jonathan ni a sus padres a visitarles; si se hubiese dado el caso, habrían rechazado la invitación de inmediato.

Pero aun así, cuando Jonathan era pequeño, había pasado un tiempo con ellos visitando a sus abuelos o a su tía Kitty, e incluso una vez con su tía Jane y su tío Charles. (El hogar de la tía Mary parecía tener la puerta tan firmemente cerrada para los Wickham como Pemberley. Esto no era ningún problema, ya que la tía Lydia había dejado bastante claro que no tenía ninguna gana de ir «a un lugar tan terriblemente aburrido como la casa de Mary»). Él tampoco podía eliminar su presencia de sus primeros y fundamentales recuerdos. A pesar de que habían pasado varios años y que el daño ya estaba hecho, a pesar del envejecimiento en el rostro de su tío que había hecho que le resultase un desconocido, Lydia y George Wickham eran su familia, tan unidos como alejados de él. Ni Jonathan ni sus hermanos podían siquiera mencionar el matrimonio de sus tíos delante de la tía Georgiana. La conexión llevaba consigo una energía salvaje y peligrosa que Jonathan nunca había llegado a entender del todo.

La tía Lydia había contraído viruela hacía tres años, cuando

Jonathan tenía diecisiete; y esta se la llevó incluso antes de que su madre hubiese recibido la primera carta informándole de que estaba enferma. Madre había llorado y Jonathan le había preguntado por qué. Ella había sentido el suficiente respeto por su hijo como para no mentirle.

—No lloro por la mujer en la que tu tía se había convertido —dijo—, sino por la mujer que podría haber sido.

Él había reflexionado sobre aquello hasta que creyó entenderlo. La tía Lydia no había estudiado nada y, aun así, era muy lista. Aunque su temperamento era cambiante y, muchas veces malo, también había sido capaz de divertirse incluso en los momentos menos especiales. Si se hubiese casado con más cabeza, sus virtudes podrían haber superado a sus vicios.

En algunas familias, la muerte de Lydia habría acabado con la relación que Wickham tenía con la familia Darcy. Pero no fue así. En vez de eso, esta se había enredado todavía más, se había vuelto más tensa, y finalmente venenosa.

Juliet Tilney no estaba fisgoneando, tan solo quería hacer una pregunta educada. No podría haber previsto que Jonathan se había pasado toda la noche despierto, intentando hacer oídos sordos a los murmullos enfadados de sus padres en la habitación contigua a la suya. A veces pensaba que uno de sus padres, o ambos, estaban a punto de ignorar todo tipo de decoro, cualquier norma de conducta que Jonathan conocía, y salir furiosos de su habitación para enfrentarse a Wickham en medio de la noche. ¿Cuántas veces había escuchado de boca de uno u otro palabras amargas sobre Wickham durante el último duro año? A menudo se preguntaba lo que sus padres harían si se volviesen a encontrar de frente con aquel malvado hombre.

Jonathan miró fijamente su desayuno, aún intacto. Tan solo se las había apañado para probar un par de bocados. Tenía el estómago de punta y no se podía concentrar en nada más que no fuese ese miedo implacable y silencioso que sentía cada vez que pensaba en lo que haría su padre en su inminente encuentro con el señor Wickham.

Habla con Padre, se dijo. Darcy era más honesto que la mayoría; a Jonathan le resultaba más sencillo entenderlo. (Madre hablaba

también con sentido común, pero a veces no terminaba de entender su carácter). Si su padre le decía que no se preocupase, que no tenía ninguna razón para temer que ese encuentro con Wickham se convirtiese en algo más que en algo simplemente incómodo, entonces Jonathan dejaría de preocuparse.

Tal vez entonces podría arreglárselas para mantener una conversación con una chica hermosa.

Así que Jonathan salió del comedor y se dirigió hacia la biblioteca, que presentía que sería donde se encontraría su padre a esas horas. En los días lluviosos como aquel, en los que no se podía cabalgar o pescar y no esperaban ninguna visita, solía escribir cartas o leer el periódico. La planta de Donwell era similar a la de otras abadías que Jonathan había visitado, así que se orientó fácilmente entre los pasillos en dirección a la biblioteca, y se detuvo frente al estudio del señor Knightley en el que había dos personas en aquel instante. A través de la puerta entreabierta Jonathan podía ver a dos hombres manteniendo una intensa conversación: su padre y el señor Wickham.

—…no conoce límites —le estaba diciendo Darcy—. La imprudencia que ha cometido viniendo aquí, entre toda esta gente para hostigarlos…

—Para conseguir lo que me pertenece por derecho —replicó Wickham.

Jonathan se apoyó en la pared para que no le viesen, sucumbiendo a escuchar su conversación a hurtadillas, algo que sabía que iba en contra de todas las reglas de sociedad, pero que de vez en cuando era un impulso irresistible.

—Parece que mi nueva riqueza le preocupa. Quizá siempre había creído que Pemberley y sus diez mil libras al año le hacían superior al resto. Ahora que yo también tengo mis diez mil, ha dejado de ser especial. Se ha convertido en alguien… común.

Darcy parecía más frustrado que insultado.

—Su ambición porque los demás le tengan en alta estima nunca me ha preocupado. Puede que le hubiese preocupado menos a usted si hubiese sido merecedor de la reputación que siempre había ansiado.

Si Wickham entendía la protesta no lo demostró.

—Estos asuntos no le incumben, Darcy. Ha sido un accidente que

terminásemos en la misma casa al mismo tiempo.

—Ya me quedé al margen una vez y le permití hacer lo que sabía que no debía —dijo Darcy, sin rastro de ira en su voz—. Eso le costó la vida a Susannah. Nunca jamás permitiré que haga daño a nadie más.

—Puede recrearse en el pasado todo lo que quiera —dijo Wickham—. Yo solo miro hacia el futuro. El mío será brillante. No piense en entrometerse en mis asuntos nunca más.

—Hablaba en serio —dijo Darcy, en voz baja y calmada—. Nunca permitiré que le vuelva a hacer daño a nadie más.

Wickham se limitó a salir al instante del estudio del señor Knightley, y casi chocó con Jonathan. La sonrisa de complicidad que le dedicó aumentó la vergüenza que ya sentía. Era horrible que te pillasen espiando, pero era mucho peor verse sorprendido por alguien que pensaba que eso significaba que no eras mejor que él.

Fue eso lo que le impidió acudir a su padre. Su decepción sería mucho más difícil de soportar que la mirada burlona de Wickham.

Al espiar tan solo me he enterado de algo incómodo, se dio cuenta Jonathan. *Y así, al avergonzarme, he perdido la oportunidad de hablar con Padre.* No había nada que hacer más que alejarse de allí en silencio, esperando no preocupar aún más a su padre e incapaz de calmar sus propias preocupaciones.

Si la señora Knightley no apreciaba la enorme biblioteca que tenía Donwell Abbey, Marianne Dashwood pretendía apreciarla por las dos. Aunque la fiesta se fuese relajando en los próximos días, Marianne tenía la intención de pasarse todas aquellas incómodas horas leyendo. Se paró frente a las estanterías, seleccionando un libro con cuidado. Se sabía los poemas de Cowper de memoria, pero volver a leerlos le haría feliz.

O eso había pensado antes de que el señor Wickham entrase en la biblioteca.

Los otros presentes, el señor Knightley y la señora Bertram, supieron contenerse para no alzar la mirada. Marianne no pudo hacerlo y tuvo la mala suerte de encontrarse con la mirada del señor

Wickham, que se dirigió hacia su lado.

—Buenos días, señora Brandon —dijo, todo cortesía—. Es un poco temprano para estar leyendo, ¿no es así?

—Me inclino a pensar que nunca es demasiado pronto para leer si la elección de dicha lectura es buena. —Marianne se aferró al volumen de Cowper con más fuerza, preocupada de que intentase quitárselo.

—Entonces posee usted una mente muy refinada, señora. —Wickham sonrió de forma tan encantadora que, por un instante, Marianne se preguntó si los demás estarían equivocados con respecto a él—. Me temo que otras damas se dejan distraer por asuntos más frívolos.

Los asuntos más frívolos son casi los únicos que se nos permiten, quiso replicar, pero se contuvo.

—Si no lee por la mañana, señor, entonces ¿qué le ha traído a la biblioteca a esta hora?

—Debería estar en otra parte, sabe, pero parece que no soy bienvenido en ciertos lugares.

La manera tan ligera y sencilla con la que lo dijo no pudo ocultar el hecho de que los anfitriones de Marianne, así como los otros presentes, parecían tener buenas razones para no quererle a su lado.

—Quizá pueda encontrar algo interesante a pesar de esta hora tan temprana —sugirió Marianne, ya que eso llevaría a Wickham hacia una actividad que no involucrase hablar con ella—. ¡Hay tanto entre lo que elegir! De hecho, me pregunto por qué la señora Knightley no es una ávida lectora, teniendo tantas tentaciones aquí.

Wickham parecía no haberles prestado atención a sus palabras.

—Su marido, señora Brandon, ¿dónde se encuentra?

—A esta hora imagino que estará con el resto de los caballeros. —Marianne abrazó el tomo de Cowper contra su pecho—. ¿Por qué lo pregunta?

—Creí haber notado cierta… distancia por su parte, como si no quisiese conocerme —dijo Wickham.

¿Quién *querría* conocer a alguien descrito como el señor Wickham? Marianne tuvo la decencia de no preguntarlo.

—Seguro que se equivoca, señor. Mi marido no sabe nada de usted como para despertar su animosidad.

—Eso parece —dijo Wickham—. Sin embargo, me lo pregunto. Y qué descuidado por su parte dejar sola a una esposa tan joven y encantadora.

Marianne tenía el suficiente sentido común como para saber cuándo la estaban provocando. Así que simplemente se alejó, se sentó y abrió su libro de poesía. ¡Lo orgullosa que estaría Elinor de ella por tener tanto autocontrol!

Aun así, las preguntas que Marianne deseaba formular todavía le ardían en la garganta, quemando como las brasas.

El espantoso tiempo había hecho que muchos abandonasen cualquier esperanza de pasar de manera agradable aquel día, atrapados con George Wickham como estaban. Pero Anne Wentworth estaba decidida a pasarlo de la mejor manera posible. Wickham no podía interrumpirla mientras bordaba, arruinar su sesión de piano o molestarla mientras estuviese inmersa en las páginas de una novela. Al esforzarse por mantenerse ocupada con tareas tan sencillas probablemente podría incluso olvidar que había un hombre tan desagradable en la casa.

Pronto encontró una manera mejor para distraerse: el sirviente de Donwell Abbey que había ido a recoger el correo trajo consigo no solo cartas para la señora y el señor Knightley sino también para Anne. Le había comentado a dónde se dirigía tan solo a algunos amigos, de los que habría estado encantada de saber cómo estaban. Pero ninguno la podría haber hecho sonreír más que el nombre que vio escrito en el sobre: el de su antigua compañera de clase y una de sus amigas más cercanas, la señora Smith.

Aunque normalmente una carta se solía leer en voz alta para que todos pudiesen escucharla, los miembros de esa fiesta seguían siendo desconocidos como para que esa correspondencia pudiese considerarse de interés general. Aferrando su carta, Anne se apartó a un rincón tranquilo del salón. Las nubes ocultaban casi por completo al sol, pero la atenta señora Knightley se había encargado de que encendiesen varias velas.

Querida señora Wentworth:
¡Y pensar que está leyendo esto en Surrey! Dicen que el campo es precioso, y seguro que la finca de los Knightley tendrá mucho espacio en el que pueda pasear, pensar y explorar, como tanto le gusta.

Anne miró a través de la ventana. Tan solo conseguía ver el trazado del campo tras las grises cortinas de la lluvia.

A decir verdad, estoy considerando emprender un viaje yo también pronto. La enfermera Rooke dice que le apetece alejarse de Bath un tiempo, y siempre ha sentido tanta curiosidad por Cornwall como yo. Mi salud ha mejorado lo suficiente como para pensar que el viaje no me causaría ningún mal, o al menos, ¡nada que no se pueda curar con el hechizo característico de la costa de Cornwall!

Eso era lo que Anne más admiraba de la señora Smith: su incansable buen humor, sin importar la situación en la que se encontrase. Otros, al verse incapaces de moverse sin un bastón o sin la ayuda de otra persona, se habrían lamentado de su situación. La señora Smith simplemente se deleitaba en lo que podía hacer, en lugar de pensar en lo que no podía. Incluso cuando estaba confinada en su alcoba, había encontrado la manera de disfrutar de la vida, ya fuese con visitas de amigos o cotilleando con su inteligente y vivaz enfermera. Pensó en primer lugar en los riesgos que conllevaría ese viaje y cómo podría solventarlos. *Si tan solo el resto tuviese esas mismas reservas de fuerza y esperanza,* pensó Anne.

Su mirada se dirigió hacia su marido, que estaba conversando con Darcy. Parecía mucho mayor de lo que había sido a esas alturas el año pasado.

> *Mis condolencias por la muerte de su prima Lady Dalrymple. Le gustaría saber que también hablé con su padre y su hermana en Bath para expresar mis condolencias en persona. Me recibieron más amablemente de lo que habría esperado, pero creo que les gratifica saber que otros entienden la profunda conexión que tenían con su difunta Señoría.*

Anne se mordió el labio inferior para contener una sonrisa. Su padre orgulloso y su hermana mayor más orgullosa si cabía no pensaban que ninguna «señora Smith» tuviese el estatus necesario para pertenecer a su círculo íntimo. Sin embargo, cualquiera sería un buen público ante el que mostrar el espectáculo de dolor desesperado que sentían por una mujer que apenas conocían pero cuyo título, en su opinión, les había otorgado más relevancia.

La señora Smith, por supuesto, comprendía todo aquello y tenía el tacto suficiente para no decirlo abiertamente, y aun así dejar claro lo que pensaba.

¿El capitán Wentworth y usted piensan quedarse otra temporada en Surrey? Sé que estar cerca de Londres es importante para usted ahora mismo. Hartfield parece un hogar maravilloso…

Esto le recordaba a Anne que aún no le había hablado a la señora Smith sobre la escalera que se había derrumbado.

…y parece que ya están haciendo algunos amigos en la villa de Highbury. ¡Esa señorita Bates parece todo un personaje! Yo diría lo mismo de la esposa del cura, la señora Elton, pero quizá con un tono distinto.

Parecía que los mejores esfuerzos de Anne por parecer educada con respecto a la señora Elton no habían servido para nada.

No evitaría que consiguiese todo lo que desease por nada en el mundo, mi querida amiga, y si su nuevo condado le agrada, debe quedarse allí como sea. Sin embargo, me temo que tendrá que elegir por razones menos jubilosas.

Perdóneme si la ofendo con esto. Ciertamente estoy traspasando las fronteras de lo que dictan las normas de una conversación educada, pero confío en que lo hago con mi más sincero deseo de que le sirva para algo. ¿Y quién podría hablar mejor de las penurias financieras que alguien que ha estado en esa misma situación? Cuando era pobre, enferma y sin esperanza alguna, usted fue mi amiga. Usted y el querido capitán Wentworth se preocuparon por mí, y fue gracias a sus esfuerzos que pude recuperar lo que me pertenecía. ¿Cómo podría no ofrecerles mi ayuda a cambio? No tengo ningún modo de luchar contra alguien tan vil como ese señor Wickham, pero no me faltan modos para ayudarles, si aceptan mi ayuda. Sería no solo un placer sino también un privilegio asistirles aunque fuese en menor medida. Por favor, quiero que sepa que sería un honor hacerlo. Esto podría reducir, aunque fuese en menor medida, la enorme deuda que siento hacia usted y su marido, aunque nada podría empequeñecer la gratitud que siento hacia ustedes. No necesita darme una respuesta ahora, pero le suplico que lo considere seriamente, sin tener en cuenta el orgullo. Este no tiene cabida entre los amigos.

Siempre suya,
Sra. Ronald Smith

Anne dobló con cuidado la carta para que Frederick no pudiese ver lo que contenía. Él no aceptaría ningún tipo de caridad, ni siquiera cuando se la habían ofrecido tan humildemente. En vez de eso, le horrorizaría el contraste (que, a decir verdad, le había sorprendido un poco a la misma Anne) de que la humilde viuda a la que una vez sacaron de la pobreza sea la que ahora estaba ofreciéndoles su ayuda.

Aquellas palabras: *sin tener en cuenta el orgullo.* Tal y como se encontraba mentalmente, Frederick las usaría en su contra. Incluso ahora, seguía creyendo que Anne aún tenía un poco de ese «orgullo de los Elliot».

Nunca conseguiría ver que el orgullo que estaba destruyendo su alma era el suyo propio.

Marianne Brandon *amaba* las tormentas.

Los vendavales azotando los árboles, los cielos encapotados, los brillantes relámpagos acompañados de truenos… ¿no era una tormenta, a su manera, tan hermosa como cualquier rayo de sol?

El resto había rezado en vano que la tormenta pasase, a pesar del cielo gris que tenían encima. Marianne había pensado que era más razonable esperar que la lluvia se convirtiese en una auténtica tormenta eléctrica. Sin embargo, al tiempo tampoco le habían importado sus deseos y continuó lloviznando interminablemente. Cuando la niebla no era demasiado espesa, la vista al otro lado de los terrenos de Donwell Abbey era muy pintoresca, así que Marianne estaba satisfecha… al menos, en ese aspecto.

En cambio, su inquietud iba toda dirigida a su marido. El coronel Brandon estaba más callado que de costumbre. Aunque no llevaban mucho tiempo casados, Marianne había adquirido el suficiente instinto propio de una esposa como para darse cuenta de que su marido había pasado de estar tranquilo a estar completamente ausente.

Tenía algo que ver con el señor Wickham. No con su llegada, a la que el señor Brandon parecía no dar importancia, al contrario que el

resto de los participantes indignados de la fiesta. No, el cambio había ocurrido cuando Brandon había confirmado el nombre completo de aquel hombre. Wickham también se había dado cuenta, lo que despertaba aún más la curiosidad de Marianne.

Su hermana Elinor, sin duda, le diría que no se entrometiese. Marianne había crecido respetando las opiniones de su hermana, pero eso no cambiaba el hecho de que a veces Elinor estuviera equivocada.

No podían hablar del tema abiertamente al estar rodeados de gente, pero cuando los Brandon se retiraron a su habitación a mediodía, ella aprovechó la oportunidad. Mientras que Brandon se ponía un abrigo apropiado para el té de la tarde, se sentó en el borde de la cama y se aventuró.

—La presencia del señor Wickham te preocupa, ¿no es así?

Brandon se detuvo a medio gesto, con el abrigo puesto solo sobre un brazo.

—No debe preocuparte.

—Cualquier cosa que te angustie me preocupa —insistió Marianne, entreteniéndose con sus pañuelos.

Él le dirigió entonces una mirada no muy ausente, que revelaba en ese momento lo mucho que su amor significaba para él. Sin embargo, su mirada volvió a distanciarse inmediatamente.

—No tenemos que hablar de ello.

—Pero quiero hablar de ello. Aborrezco cualquier secreto —dijo Marianne, con bastante malhumor—. Desde luego, entre un matrimonio no debería haber secretos.

El coronel Brandon respondió en voz baja.

—Esa no es exactamente la imagen de los matrimonios que he visto.

Marianne apenas pudo contener su temperamento.

—¿Y eso es todo lo que quieres de mí? ¿Que me dedique a hablar de muselinas o bordados y que solo te salude en el desayuno o en la cena?

—No, no lo es —dijo Brandon con verdadero sentimiento en la voz —. Pero hay cosas que no puedes escuchar.

—Puede que haya cosas que no pueda escuchar, en tu opinión —dijo—. Eso no cambia lo que ya sé. Ya conoces al señor Wickham. Él

hace como si no os conocieseis y pretende que no sabe lo que podría haber llevado a tal idea. Tú finges también, pero no eres tan buen actor.

Brandon siguió en silencio un momento antes de responder.

—Entonces ya sabes lo suficiente sobre el tema. Da gracias por no saber más.

—Nunca agradeceré la ignorancia —insistió Marianne.

Tenía que decirlo. Sin embargo, era lo suficientemente inteligente como para saber que esas declaraciones no solían tener el efecto que uno deseaba. Debía apelar a lo mejor del carácter de su marido, a algo en su interior, y entre ellos, que seguramente trascendiese a cualquier discusión que pudiese provocar el señor Wickham.

—Si no hablas conmigo ahora, que así sea. Pero te pido que no me protejas cuando no requiero protección. Eres mi marido. Si algo ha… ha hecho daño al marido de una, o le ha causado problemas, entonces es el privilegio de su mujer el escucharle como nadie en el mundo podría hacerlo. Soportar su dolor a su lado y, de ese modo, aliviar su sufrimiento. ¿Me negarías eso? —se levantó y comenzó a prepararse para la tarde, añadiendo—. Créeme, soy capaz de soportar eso y mucho más.

Mientras se arreglaba el cabello, el espejo de su tocador le mostraba el rostro de Brandon, enseñándole lo hondo que habían calado sus palabras. ¿Pero le habían conmovido lo suficiente como para que le contase la verdad?

Fanny Bertram consideró el día menos horrible que la mayoría. La luz de las velas había demostrado ser suficiente para que pudiese leer el tomo de poesía de Wordsworth, que le proporcionó disfrute suficiente para toda la mañana. Edmund había estado demasiado absorto en el periódico de Londres o hablando sobre el nuevo parlamento con su primo Knightley. Los dejó completamente embelesados en esa charla para irse a su cuarto a descansar un poco antes del té. Incluso una mañana tan tranquila como aquella la agotaba cuando la pasaba en compañía de alguien con quien no estaba del todo familiarizada. (La

única conocida en la que confiaba era la amable señora Wentworth, que había estado comprensiblemente ocupada con una carta que había recibido).

Al llegar a lo alto de la primera escalera, mientras se dirigía en silencio hacia su dormitorio, vio a una figura bajando las escaleras desde el segundo piso, el señor Wickham, por supuesto. Nadie dormía ahí arriba aparte de los sirvientes. Ella asintió civilizadamente, agradecida de no haberse topado con él en ninguna de las salas principales, donde podría haberse visto obligada a mantener una conversación.

Para su consternación, el señor Wickham se detuvo y le dedicó una sonrisa congraciada y poco convincente.

—Vaya, señora Bertram. Qué placer tan inesperado.

—Señor Wickham —dijo en un tono que no dejaba lugar a duda de que no quería mantener una conversación.

Sin embargo, este no se dejó disuadir.

—¿No le gustaría acompañarme a dar una vuelta? Creo que la galería cuenta con tapices que datan de cuando la abadía aún era nueva.

—Yo… —Los principios de Fanny eran firmes, pero sus modales no —. Le ruego que me disculpe, señor, estoy algo fatigada.

—¿De estar sentada todo el día? Seguramente un paseo le vendría bien.

Un paseo con cualquier otro podría haber sonado reconfortante.

—Debo rogarle que me deje marchar, señor Wickham. Estoy realmente cansada.

—No para esto. —Un tono desconocido había inundado la voz de Wickham—. Por favor, señora Bertram. Creo que al final se alegrará de otorgarme esta oportunidad para hablarme más de su hermano el marinero.

¿Quién le había hablado de William? Fanny no podía adivinarlo, pero supuso que alguien habría estado atrapado con este hombre durante el desayuno y que había hablado con él sobre cualquier cosa que se le había ocurrido. No les podía culpar por ello. Sin embargo, el interés de Wickham la sorprendió. Tanto que avivó el miedo en su interior, haciéndola temblar.

No. Nadie le podría haber contado eso. *Nadie lo sabe, excepto yo.*

Y su… su amigo, pero nadie más…

Fanny reunió todo el valor que pudo. Si este hombre de mala reputación estaba decidido a mantener una conversación con ella, lo mejor sería que la tuvieran abajo, cerca del resto.

—Muy bien, señor Wickham. Guíeme hacia la galería.

La galería de Donwell Abbey resultó ser más rica que la mayoría. La familia de Knightley había estado en posesión de la finca desde hacía casi trescientos años, y no solo habían conservado los tesoros originales de la abadía, sino que también habían aumentado el número de obras de arte con una elegante colección de bustos en mármol y bronce; tenían todos, desde Shakespeare a Lord Nelson; y numerosas pinturas al óleo. Estos cuadros databan de cuando las familias de Knightley y Edmund aún eran una sola. Un caballero con peluca del siglo diecisiete se parecía tanto a su Edmund que su ascendencia era innegable. Fanny sonrió orgullosa y decidió volver a pasar por ese sitio en un futuro próximo, más agradable, con su marido.

Wickham paseó junto a ella en un silencio aparentemente educado hasta que casi habían llegado al final de la galería, entonces se detuvo, lo que suponía que ella también había de hacerlo. Quizá quería desconcertarla y por eso se había colocado directamente frente a un cuadro que representaba una imagen de la mitología. Los antiguos habían tenido la desafortunada costumbre de ir siempre ligeros de ropa. Fanny esperaba que las sombras de la sala ocultasen su sonrojo.

—Dicen —comenzó Wickham—, que Donwell Abbey también tiene una gran armería, llena de armas que datan de la Edad Media.

—Esas cosas me interesan más bien poco —confesó Fanny.

—Es extraño que le importe tan poco lo militar teniendo en cuenta la profesión de su hermano. Su hermano se llama William Price, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿También tiene contactos en la marina, señor?

En vez de responder a su pregunta, Wickham continuó hablando.

—Debe querer mucho a William.

—Yo… espero que todos los hermanos quieran a sus hermanas. —

Fanny podía pensar en algunas excepciones, empezando con las dos hermanas de Edmund, pero nunca hablaría de temas familiares con un desconocido, mucho menos con uno que pareciese tener tan poca moral.

La sonrisa de Wickham nunca había parecido más cálida o genuina que cuando volvió a hablar.

—Su hermano le escribe como si fuese la única persona en el mundo en la que confía plenamente.

¿Cómo era posible que Wickham supiese aquello? Se preguntó Fanny, pero incluso antes de que hubiese formulado mentalmente la pregunta, supo la respuesta, ya que este le había puesto todas las pruebas ante sus ojos, aunque fuese durante un segundo.

Pensó en lo ocurrido la noche anterior: Wickham en su habitación por error, sentado a solas en su escritorio, la carta de William desprotegida en un cajón. *¡Pero la carta seguía allí después de que él estuviese en la habitación!* Fanny lo había comprobado, más por extrema cautela que porque hubiese pensado en realidad que el señor Wickham, una persona que era un completo desconocido para ella, hubiese rebuscado entre sus pertenencias.

Wickham debía haber vuelto a su habitación. Había buscado en su escritorio. Ella había guardado muchas de las cartas de William, pero solo había traído una consigo a ese viaje. Una que tenía el poder de decidir sobre la vida y la muerte de su hermano.

Lo que suponía que ahora ese poder lo tenía también el señor Wickham.

—Por favor —dijo Fanny con la voz rota—. Por favor, devuélvamela.

—Ah, señora Bertram. No tiene por qué temer. —Wickham parecía tan reconfortante. Tan sincero. Como si estuviese protegiéndola de todo mal, en vez de estar infringiéndolo—. Tengo intenciones de devolverle la carta, después de que se me recompense adecuadamente por ello, por supuesto.

Fanny sacudió la cabeza.

—No somos ricos. Edmund es vicario, nuestra parroquia es pequeña…

—¿No es el hijo menor de Sir Thomas Bertram de Mansfield Park?

Esa gran familia es muy conocida, así como su riqueza. Si su marido necesita una suma de digamos… quinientas libras, estoy seguro de que se la darán.

Quinientas libras. Fanny y Edmund apenas tenían quinientas libras con las que vivir al año. ¿Cómo se conseguía tal cantidad? Sí, si Edmund la pidiese, Sir Thomas accedería, pero querría saber el porqué. Y Edmund tampoco pediría nada sin exigirle a Fanny que le contase para qué la necesitaba.

—No se la darían sin una razón.

—Estoy seguro de que se puede inventar algo —dijo Wickham, reanudando su paseo hacia la puerta—. Siempre me sorprende lo ingenuas que pueden ser las mujeres.

—¡Yo no miento! —exclamó Fanny. Nada más que la mayor de las preocupaciones podría haber hecho que hablase así a un extraño.

—He descubierto que ayuda no pensar en ello como en una mentira —respondió Wickham—. Piense en ello como un medio para conseguir un fin más importante.

Dicho eso, se alejó de ella y salió de la galería. Fanny permaneció allí de pie, temblando y preguntándose cómo —o si— ella podría salvar la vida de su hermano.

Capítulo cuatro

—Esta locura ha durado demasiado —dijo Knightley— Si Wickham no puede ver lo que es justo, quizá entienda las razones.

Emma sintió un poco de esperanza por primera vez en todo el día. De momento parecía evidente que el clima no cambiaría a tiempo para que los caminos volviesen a ser transitables para el atardecer. Donwell Abbey tendría, por lo tanto, que seguir cobijando al señor George Wickham una noche más. Esa noche nadie la pasaría tranquilo, pero quizás pudiesen sacar algo útil de aquello.

—¿Qué quieres decir?

Knightley miró hacia la puerta de su estudio, que estaba cerrada a conciencia. Estaban tan solos allí como no podían estarlo en el resto de la casa, exceptuando su dormitorio.

—La considerable deuda que John le debe a Wickham nos amenaza a todos.

Para Emma, esa frase era demasiado dramática y, por lo tanto, para nada algo que diría Knightley. Por mucho que les doliese ver a sus hermanos en tales apuros económicos, Emma no se sentía amenazada por ello, tan solo muy cabreada.

Ese pensamiento se esfumó en cuanto Knightley continuó hablando.

—Me temo que el señor Wickham está en lo cierto en este asunto: su «plan de inversión» parece legal. Permitía que muchas personas invirtiesen fondos prestados además de su dinero, y así no solo ganaban su inversión inicial, sino también deudas de cientos o incluso miles de libras. Parecía ser un gran favor, una oportunidad de duplicar o triplicar su inversión, y muchos se aferraron a ella, incluyendo mi

hermano. Tan diabólico como es, nada va en contra de la ley. Por lo tanto, no podemos esperar una compensación por parte de los tribunales.

Emma siempre había pensado que Knightley encontraría una forma de salir de los problemas, pero parecía que se había equivocado. Nunca se le había dado bien escuchar un *no* terminante.

—Entonces parece que Wickham ya entiende las razones bastante bien.

—Cree que ningún caballero le llevará a juicio, tanto por la inutilidad de la demanda como por lo desagradable que es exponer asuntos personales en público —dijo Knightley—. Sin embargo, si John e Isabella estuviesen dispuestos a afrontar lo segundo, entonces creo que no deberíamos preocuparnos por lo primero.

Emma frunció el ceño.

—¿Por qué no? Ciertamente, si no se puede ganar la demanda, entonces es estúpido presentarla. Eso tan solo acarrearía un gasto inútil… —Bajó la voz hasta detenerse al darse cuenta de lo que Knightley estaba queriendo decir—. Un gasto que también tendría que afrontar el señor Wickham.

—¡Exacto Emma! John es abogado y puede presentar la demanda sin coste alguno. Dicen que un abogado representándose a sí mismo tiene a un idiota como cliente, pero en este caso, John no necesitaría ganar. Tan solo necesitaría mantener la demanda. —Knightley golpeó el escritorio para enfatizar sus palabras—. Cada mes que la demanda siga activa significaría más dinero perdido de las arcas de George Wickham. Un juez podría incluso cortarle el acceso a sus fondos durante el juicio. Es posible que ese tipo de casos se estanquen en los tribunales durante años.

—Así que te enfrentarás a Wickham con esto —dijo Emma, su imaginación ya se había adelantado a los acontecimientos—. Dile que si John e Isabella no pueden tener su dinero, o los pobres Wentworth, él tampoco podrá tenerlo.

—Precisamente —suspiró Knightley—, me temo que tendremos que pedirle menos de lo que les debe; si el señor Wickham no tiene un incentivo por el que evitar un juicio, si no puede sacar nada, puede que se atreva a enfrentarse a la demanda por puro rencor. Pero incluso

recuperar parte del dinero beneficiaría en gran medida a aquellos que cayeron en las garras del engaño de Wickham.

—¡Sabía que encontrarías una manera de salir de esta! —Emma dio una palmada y depositó un beso rápido en la mejilla de su marido —. Pero… ¿no deberías escribir primero a John para asegurarte de que está de acuerdo?

—Creo que no. Sería lo más adecuado, por supuesto, pero tenemos una oportunidad única ahora. Wickham está en nuestra finca, incapaz de irse a ninguna parte. Vino para cobrar lo que le debían; quizá incluso necesite el dinero. Es el momento de hacer un trato con él. —Después de considerarlo por un momento, Knightley añadió—. Sin embargo, debería hablar con el capitán Wentworth inmediatamente. Podemos obtener su consentimiento y el argumento puede ser más convincente si lo dan dos personas en vez de una.

Emma sintió cómo el alivio la inundaba tan profundamente que parecía que todo ya se había resuelto.

—Rezo para que así sea.

Tras el té, se dedicaron a otras cosas. Emma organizó una partida de cartas; Knightley se llevó a algunos de los hombres a su bodega para que eligieran los vinos para la cena. Darcy estaba entre ellos. Elizabeth decidió darse una vuelta por la casa, que le sorprendió por su grandeza y antigüedad. Pemberley era, sin duda, elegante e imponente, pero tan solo databa del siglo diecisiete. La estructura principal de Donwell se debía haber levantado cuatrocientos años antes. ¿Qué maravillas podía esconder?

Esa era su primera oportunidad para explorarla a solas, y no le había decepcionado. Saber que cualquier habitación en la primera planta que no estuviese reservada a los sirvientes estaría abierta a cualquiera hizo que Elizabeth pasease libremente por los pasillos. Aunque deseaba explorar la galería, su curiosidad se vio recompensada en primer lugar cuando encontró la pequeña armería de la abadía al girar la esquina. Había una armadura de verdad al lado de la chimenea, su coraza mostraba signos de haber sido dañada por

un mazo hacía mucho tiempo. Un mazo parecido al que colgaba a su lado, de un precario gancho; se preguntaba si habría sido el mismo que le había hecho esas marcas. *¿Muestra esta armadura cómo uno de los ancestros del señor Knightley murió?*, pensó, *¿o cómo terminó con la vida de otro?* Había varios cascos, escudos y banderines en las estanterías o colgados de las paredes. Elizabeth se podría pasar horas perdida en esa habitación, en toda la historia que había allí encerrada.

O eso pensaba, hasta que alguien irrumpió en la sala.

—Parece que compartimos gustos —dijo Wickham.

Elizabeth cerró los ojos un momento, reuniendo toda la fuerza que podía, y se volvió hacia él.

—¿Nuestras mentes son tan similares? No lo creo. Quizá sería más correcto decir que cuando nuestras opciones son limitadas, coincidimos.

—Tan ansiosa por distanciarse todo lo que pueda de mí. —Wickham se paseó tranquilamente hacia ella—. No siempre fue así.

Habían pasado muchos años desde que Wickham había tenido la audacia de recordarle a Elizabeth que hacía un tiempo habían disfrutado de la compañía del otro, que ella le había admirado más que a cualquier otro caballero que conocía. Brevemente.

—Todos hemos tenido episodios en nuestro pasado de los que nos arrepentimos profundamente —dijo—. Algunos más que otros. Prefiero reírme de los míos cuando puedo.

La sonrisa de Wickham se tensó, demostrando que la expresión amable que tenía no era más que una máscara.

—Yo me arrepiento de muy poco.

Elizabeth sabía que debería haber continuado hablando de la misma forma ligera y en tono de broma. Sin embargo, cuando pensó en Susannah le falló el ingenio.

—¿Cree, entonces, que no ha causado ningún daño?

—No, ninguno que no quisiese.

Sus palabras la atravesaron como una flecha, el dolor era tan agudo y real que no le habría sorprendido bajar la mirada y ver cómo su pecho se teñía de rojo por la sangre. ¿De verdad George Wickham podía ser tan insensible?

Era peor de lo que Elizabeth imaginaba, ya que no había pensado

en Susannah en absoluto. En vez de eso, siguió hablando.

—Estaba tan orgullosa de ponerse del lado de Darcy y rechazar mi mano. Todo lo que creía y toda la confianza que alguna vez me había tenido, la dejó de lado en cuanto consiguió llamar la atención de un hombre más rico.

Elizabeth se quedó boquiabierta. Más de veinte años después Wickham seguía enfadado porque hubiese creído a Darcy antes que a él, incluso después de que los hechos hubiesen demostrado sin lugar a duda que Darcy estaba diciendo la verdad mientras que Wickham estaba mintiendo. Durante todo ese tiempo había alimentado ese orgullo herido, olvidando convenientemente que había parado de cortejar a Elizabeth mucho antes de que Darcy le descubriese en su mentira y que ella no había llorado su ausencia. Era casi lamentable, esa creencia relegaba su mundo a solo aquello que había perdido.

Cualquier lástima que hubiese podido sentir por él se desvaneció en cuanto siguió hablando.

—Pensé en terminar con sus perspectivas matrimoniales. Mi consuelo fue que esas tan solo se debían a haber conseguido el precio adecuado.

—Quiere decir… —Se le rompió la voz, negándose a decir la verdad de la que acababa de darse cuenta en voz alta—. ¿Quiere decir que su boda con Lydia no tuvo nada que ver con ella? ¿Qué todo lo hizo para *hacerme daño*?

—Se considera demasiado importante —dijo Wickham—. Se olvida, señora, que conocía al señor Darcy antes que usted, y que mis resentimientos con él venían de hace tiempo.

Abrumada, Elizabeth no pudo seguir mirándole a los ojos. Miró fijamente hacia la pared, a un antiguo guantelete, con sus dedos de metal aún cerrados en un puño, mientras se esforzaba por entender lo que acababa de escuchar.

Desde que había recibido la noticia de que su hermana se había casado en secreto, a Elizabeth le había extrañado. Lydia había sido lo suficientemente tonta y cabezota como para hacer casi cualquier cosa, pero los motivos de Wickham se le escapaban. ¿Por qué Lydia? Nadie había podido ver que se profesasen ningún afecto especial. Lydia no tenía una dote que la hiciera elegible como esposa, pero no carecía de

amigos influyentes, lo que la convertía en una amante arriesgada. Elizabeth había decidido que eso probaba que ambas partes habían sido irresponsables, nada más y nada menos.

La verdad al fin había sido revelada. Con la cabeza fría, Wickham había seducido y casi arruinado a Lydia, con la única esperanza de arruinar a Elizabeth por el camino. Si no se hubiese visto obligado a casarse con Lydia, la arruinada reputación de la familia habría terminado con cualquier posibilidad de que las hermanas se casaran, no solo con las de Elizabeth, sino también con las de Mary, Kitty o incluso su querida Jane. La imagen de Jane separada de su querido Bingley le robó el aliento a Elizabeth. Todo eso para herir a Darcy, y le hubiese herido terriblemente.

Lo peor era saber que el plan de Wickham casi había funcionado. Si Darcy no se hubiese topado con Elizabeth en el momento en el que estaba tan vulnerable como para contarle lo que había ocurrido con Lydia, probablemente se habrían separado para siempre.

—¡Hombre despreciable! —dijo finalmente—. Cruel, falso, irremediable… ha demostrado estar por debajo del desprecio que le he profesado durante mucho tiempo. *Eso* lo habría creído imposible.

—Olvidáis, señora, que ya se me ha castigado debidamente por mis crímenes, pues ¿cómo se podría llamar sino a tantos años de matrimonio con Lydia? —Su sonrisa era menos cruel ahora, como si pensase de verdad que ella compartiría la broma. De hecho, Elizabeth sabía que Lydia no había sido mejor esposa para Wickham que él marido para ella.

Pero había motivos para ello, la mayoría no eran culpa de Lydia. Ella les había fallado, pero ¿es que ellos no le habían fallado a ella también, sobre todo Wickham?

Su silencio le dio la oportunidad a Wickham de escaparse, que estaba deseoso de aprovechar.

—No debería permanecer más tiempo aquí —dijo.

Sus pasos resonaron en el pasillo y ella lo escuchó marcharse con tanto disgusto como alivio. Elizabeth nunca estuvo segura de si se alejó porque le quedase algo de decencia o porque se hubiese dado cuenta de cómo ella se había acercado al mazo.

Los truenos resonaban con fuerza en Donwell Abbey, haciendo que algunos candelabros se tambalearan. (Y se oyó un fuerte golpe que resultó ser un mazo que se había caído en la armería, para horror de la señora Darcy, que consiguió escapar sin un rasguño). Marianne decidió que disfrutaría de la tormenta de verdad que por fin se les venía encima. Se instaló en el pequeño invernadero de la abadía desde donde podía ver cómo la lluvia caía con fuerza, deslizándose por los cristales. Aunque no habían encendido ninguna vela, por no poner en peligro a las plantas, su vista se iluminaba de vez en cuando por los relámpagos.

Marianne estaba sentada mirando el cielo, absorta admirando la lluvia, hasta que una voz la sacó de sus ensoñaciones.

—Sospechaba que podría encontrarte aquí.

Se volvió para ver a Brandon saliendo de entre las sombras.

—Tus suposiciones eran correctas. No me puedo resistir a una tormenta.

—Yo tampoco —dijo, sorprendiéndola—. Hay belleza cuando se desata la naturaleza.

—Eso es exactamente lo que pienso. —Era algo que Willoughby habría dicho, pensó Marianne, después se sintió culpable por ello.

Brandon se sentó junto a ella en el banco de metal del invernadero. Podía sentir el peso de las palabras que no se habían dicho, pesadas y sofocantes sobre ellos.

Hasta que, al final, él rompió el silencio.

—Querías conocer la historia detrás de mis asuntos con el señor Wickham —dijo Brandon—. No la hay. Para él soy alguien absolutamente desconocido. Sin embargo, tenemos una conocida en común, y su destino quedó completamente arruinado por su culpa.

El mero hecho de que su marido se estuviese abriendo por completo a ella era tan sorprendente para Marianne como la información en sí.

—Quieres decir… —dudó—. Le diste permiso a Elinor para compartir conmigo lo que le habías contado sobre… sobre…

—Eliza.

La voz de Brandon se volvió áspera al pronunciar el nombre de su amor de antaño. Los celos lucharon contra la preocupación en su interior, pero la preocupación ganó la batalla. Puso sus manos sobre las de él.

—¿Fue Eliza a quien Wickham conocía?

—Wickham fue su ruina. —Brandon se masajeó la frente durante un momento, pero eso reveló el cansancio que llevaba encima desde años atrás—. Eliza se vio empujada a un matrimonio que no quería, con un bruto que la maltrataba, pero seguía siendo una mujer respetable. Tenía su lugar en la sociedad. No estaba completamente perdida. Entonces un hombre que había conocido la persuadió para que abandonase su vida. En su lecho de muerte confesó que había estado esperando una anulación, aunque fuese poco probable, y que resolvería su fuga con un matrimonio. En vez de eso, su marido se divorció de ella, lo que la expulsó de la sociedad. Después se enteró de que Wickham ya estaba casado y que todo lo que le había dicho era una mentira. Todo, menos su nombre: George Wickham.

—Puede que no sea la misma persona —se aventuró Marianne—. El nombre no es poco común, ciertamente.

Brandon negó con la cabeza.

—No. Es él. Cuando descubrió que tenía una esposa también descubrió su nombre, se llamaba Lydia. Eliza sabía que se había criado en Derbyshire. Otra de las pistas que me dio fue que su matrimonio le había unido a una familia muy poderosa, pero una que apenas le toleraba. Por supuesto, con eso se refería a los Darcy de Pemberley. Y Wickham también estaba en el ejército.

Eran pruebas demasiado convincentes, aunque no definitivas. Marianne consideró rebatirlas, entonces recordó el oportunismo desvergonzado del hombre, cómo se deleitaba en los problemas que acarreaba a los demás. Wickham era precisamente el tipo de hombre que arruinaría a una mujer solo para divertirse.

Un hombre, en otras palabras, demasiado parecido a Willoughby.

No, era indudable que ese Wickham y este eran la misma persona.

Brandon continuó hablando.

—Abandonó a Eliza, la dejó sola para que sufriese y muriese de tisis. Le busqué durante años después de aquello, no para reprenderlo

por el papel que había ejercido en su caída en desgracia, sino para informarle de que tenía una hija. Para ver si con ello podía encontrar algún vestigio de algo que pudiese sentir por Beth, ya que no sería capaz de hacerlo por nadie más. Su carrera en el ejército fue larga y errática. Esto lo sé porque rastreé regimiento tras regimiento, averiguando que Wickham había pertenecido una vez a muchos de ellos, pero que le habían trasladado una y otra vez por deudas, escándalos o ambas cosas. Al final el rastro era demasiado débil como para seguirlo. Me resigné a que siguiese siendo un misterio, o eso pensé, antes de que confinasen a Beth el año pasado —se detuvo—. Tu hermana… supongo que te habrá informado…

—Elinor y yo no tenemos secretos, al menos no en ese aspecto. —Marianne había esperado durante mucho tiempo hablar con su marido sobre ese tema pero le aterraba demasiado. El momento al fin había llegado—. Conozco la situación de Beth. Espero que algún día puedas presentármela.

La mirada de Brandon se encontró con la suya. Al fin, pensó Marianne, ya no había muros entre ellos, no más murallas…

Los truenos rugieron de nuevo y él se alejó.

—No hay más necesidad de seguir enturbiando tu mente hablando de este tema.

El ánimo de Marianne se derrumbó, como una ola rompiéndose contra la orilla. No había nada más que decir, excepto palabras sin importancia; la sola idea la agotaba. Él se levantó para irse y ella no intentó detenerle.

Cuando llegó a la puerta del invernadero, sin embargo, le vino una pregunta a la mente.

—¿Vas a enfrentarte a él?

Brandon se detuvo en sus pasos durante un instante, pero su única respuesta fue el silencio cuando se marchó.

La idea de recuperar menos de lo que había perdido irritaba al capitán Wentworth. Sin embargo, la idea de no poder recuperar absolutamente nada le cabreaba todavía más. Por lo tanto, terminó

accediendo al plan de Knightley.

Cuando se lo contó a Anne, esta estuvo por completo de acuerdo con él, pero insistió en que ella también debía participar en la conversación.

—Esta clase de conversación, sobre dinero y demandas legales, no es algo que una mujer debería escuchar —dijo, intentando disuadirla.

—Y aun así me estás hablando justamente de eso ahora. —Una pequeña sonrisa de complicidad se deslizó por los labios de Anne—. Lo que quieres decir es que piensas que no es apropiado que el señor Wickham y el señor Knightley sepan que yo lo sé.

Tenía una forma desagradable de tergiversar las palabras a veces.

—De todos modos, será una conversación desagradable y me gustaría ahorrarte ese mal trago.

—Prefiero enfrentarme a lo desagradable que negar su existencia —dijo Anne—. No dudes de que seré lo suficientemente fuerte para estar a tu lado. Para defenderte, incluso si fuese necesario, aunque sé que nunca lo será.

Sus palabras impresionaron tanto a Wentworth que tuvo que pasar una hora antes de que este se diese cuenta de que ella podría tener otro motivo para querer asistir a la reunión: mantener a raya su temperamento. Tenía que admitir que su preocupación no estaba infundada. Además, para cuando se dio cuenta de ello ya estaban en el estudio del señor Knightley y el señor Wickham estaba en la puerta.

—Me ha sorprendido su invitación, señor —le dijo Wickham a Knightley.

Saludó al capitán Wentworth con un vistazo rápido, que iba cargado de desprecio.

—Pensé que no le gustaba mi compañía, a juzgar por la fría bienvenida en Donwell Abbey. Y, sin embargo, ahora está impaciente por hablar.

Knightley no era un hombre que se dejase provocar fácilmente.

—Le gustaría saldar una deuda. Nosotros estamos intentando que nuestras familias no caigan en la ruina. —Eso dolió, Wentworth sabía que Knightley no habría dicho la palabra «ruina» tan a la ligera si la deuda hubiese sido suya en vez de su hermano, pero tendría que soportarlo—. Sin embargo, hay una forma en la que ambos podemos

conseguir lo que queremos.

—Imposible —dijo Wickham—. Piensa ofrecerme una mísera parte de lo que se me debe en realidad y salir corriendo a los tribunales a la primera de cambio.

Wentworth se puso tenso. ¿Cómo sabía Wickham lo que planeaban ofrecerle?

Porque alguien ya se lo había ofrecido antes. Otro desgraciado arruinado por los planes de Wickham que había intentado escaparse de la trampa y había fracasado.

Anne estaba de pie en un rincón, en silencio y observando la escena. Su rostro tranquilo no daba muestra del desprecio que debía sentir.

¿Pero era solo a Wickham a quien odiaba?

Qué orgulloso eres, ladró una voz en su cabeza, la que intentaba con todas sus fuerzas no escuchar pero que nunca conseguía silenciar. *Su familia la convenció de que te rechazase porque no tenías nada. Pensabas que les habías demostrado que no estaban en lo cierto. No era suficiente duplicar tu riqueza, no, tenías que endeudarte para intentar triplicarla, para conseguir una cantidad de dinero que no podrías haber gastado en toda una vida. En vez de eso, lo que has conseguido es atrapar a Anne en la misma vida contra la que le advirtieron: luchando por salir adelante, sin seguridad, degradada a ojos del mundo.*

Y no es el único daño que le has hecho, no ha sido lo único que ha perdido por tu culpa…

Imperturbable, Knightley siguió adelante.

—Le ofrezco más de lo que obtendría si mi hermano decidiese llevar el asunto ante los tribunales.

—Su hermano el abogado. Cree que a un hombre de leyes no le cuesta nada presentar una demanda ya que no tiene que buscar abogado. —Wickham fue hacia la caja de puros y la abrió como si le perteneciera—. Para un abogado, el tiempo es dinero. Todas las horas, días, meses o años que el señor John Knightley pase luchando inútilmente conmigo representan el tiempo que no podrá pasar trabajando para sus clientes habituales. ¿Quiere que se arruine el doble? Para fastidiarme, supongo que sí se lo permitiría. Pero no me apetece perder mi tiempo y, por lo tanto, he de rechazar su propuesta.

Wickham dio vueltas al puro entre sus dedos perezosamente, como si esperase que alguien le ofreciese un encendedor.

Fue ese gesto arrogante lo que quebró por completo la paciencia de Wentworth. Dio un paso adelante, hasta situarse a escasos centímetros de Wickham, usando cada uno de los diez centímetros de altura que le sacaba.

—Cree que está por encima de nosotros, ¿verdad? Hijo de un administrador…

—Veo que el señor Darcy ha compartido mis orígenes —dijo Wickham—. Yo nunca los he negado.

Pero no lo dijo con tanta ligereza como la que pretendía. Su rostro era el de una rata inmunda intentando abandonar el barco.

—Mentiroso y estafador, y se atreve a pavonearse por ahí como si fuese un caballero.

—¿Y usted, señor? —Wickham alzó la barbilla, aunque seguía intimidado por la altura y la ira de Wentworth—. ¿Un caballero? He oído que no es algo común para los oficiales de la marina.

—Oh, ambos somos de baja alcurnia —dijo Wentworth—. La diferencia radica en cómo nos hemos comportado.

—Yo lo he hecho sabiamente, he de decir. Usted, en cambio…

Wentworth empujó a Wickham hacia atrás, haciéndole tambalearse.

—Es un tramposo y un cobarde —dijo Wentworth—, y llegará el momento en el que tendrá que responder por ello.

Habría seguido, tenía mucho más que decir con respecto a los pecados del señor Wickham, si Anne no hubiera acudido a su lado.

—Querido —murmuró en voz baja y amable—, no te rebajes a comportarte de ese modo. No se merece que te humilles.

Siempre sabia, su Anne. Siempre prudente y justa.

Sin embargo, cuando Wickham se marchó y llamó su atención, Wentworth pudo ver algo que nunca habría pensado ver en la mirada de su mujer: un destello de odio puro.

Jonathan Darcy había esperado que la visita de su tío no alterase

durante demasiado tiempo la fiesta de los Knightley. La lluvia ya la había alterado bastante, en su opinión. Ansiaba que todo regresase a su cauce, que la fiesta se sumiese de nuevo en un patrón que pudiese comprender.

En cambio, a medida que avanzaba la tarde, esta se volvía cada vez más caótica en vez de menos. En lugar de quedarse con uno o dos grupos en alguna habitación, los invitados y anfitriones se reunían en pequeñas y reservadas parejas o incluso se alejaban por su cuenta. La cena, pensó, proporcionaría la oportunidad perfecta para encarrilarlo todo.

Aunque la cena también tenía sus complicaciones. ¿Wickham tomaría asiento o no? Si lo hacía, los ánimos seguirían tensos, y serían impares a la mesa, lo que era de mala educación. Si no, entonces excluirían a un invitado, lo que era increíblemente grosero, incluso cuando este no había sido realmente invitado.

Mientras se reunían para la cena, Jonathan se dio cuenta de que los Knightley habían optado por incluirle. Wickham estaba impasible al fondo de la sala, aceptando que sería el último en entrar sin tener que decírselo. ¿Qué pensarían los demás? Con cuidado de no ser descarado con su mirada, Jonathan los observó de uno en uno.

Su madre: inusualmente callada y pálida. Su padre: inusualmente sonrojado e inquieto.

El señor Knightley: como de costumbre aunque con el ceño fruncido. La señora Knightley: sin sonreír, algo que Jonathan se había fijado que hacía cada vez que la veía.

El capitán Wentworth: mirando a Wickham con furia mal disimulada. La señora Wentworth: observando a su marido como si temiese que fuese a cometer una estupidez.

El señor Bertram: bastante despreocupado, si acaso algo satisfecho de sí mismo. La señora Bertram: nerviosa y asustada, incluso más que antes. Jonathan ya se había dado cuenta de que le incomodaba estar rodeada de desconocidos, y por eso la comprendía tanto.

El coronel Brandon: no miraba a Wickham a conciencia, su interés, irónicamente, lo demostraba con su falta de este. La señora Brandon: mirando abiertamente a Wickham con rechazo, sin que le importase quien la viese.

Juliet Tilney, que estaba al lado de Jonathan: estudiando al resto por turnos, exactamente lo que Jonathan había estado haciendo.

Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que la había pillado y después bajó la mirada. Pero sus ojos se encontraron y él no observó vergüenza (por su falta de modales) ni rechazo (por su propia falta de estos). Normalmente a Jonathan le resultaba difícil mantenerle la mirada a alguien, pero no en ese momento. Su mirada era casi… de complicidad.

Alguien más sabía lo que pensaba. Alguien más se sentía excluido de ese encuentro, lo suficiente como para poder juzgarlo desde fuera y no desde dentro. Alguien se sentía como él. Era una sensación que Jonathan casi nunca había sentido antes. Como si algo que hubiese estado atado con fuerza en su interior por fin se hubiese soltado, no del todo, tan solo un poco, pero lo suficiente.

Le tendió su brazo con más gracia que la noche anterior, y le pareció que ella también lo tomaba más alegremente.

La cena comenzó como de costumbre. La silla de Wickham estaba, efectivamente, encajada de forma incómoda entre el señor Knightley y Madre. Sin duda, Knightley estaba pasando el mal trago como cualquier anfitrión haría, y habían situado a Madre, como su antigua cuñada, a su otro lado porque suponían que era la única que sería capaz de tolerar al hombre, pero Jonathan sabía que ella desearía estar en cualquier otro lugar que no fuera en presencia de Wickham.

Este parecía complacerse en entablar conversación, a pesar —o puede que a causa de— del hecho de que nadie quisiese hablar con él, con una amplia sonrisa.

—Señora Wentworth, si no recuerdo mal, ha estado en el mar con su marido en más de una ocasión —dijo.

—En efecto, lo he hecho. —La voz de Anne Wentworth era tan suave y lisa como el cristal, aunque mucho menos transparente—. Así que estoy doblemente agradecida por la buena comida que han dispuesto nuestros anfitriones, ya que no se puede imaginar las cenas que nos veíamos obligados a tomar en altamar. Incluso he comido pulpo.

—¿Pulpo? —Juliet Tilney consiguió soltar una risita y poner cara de asco al mismo tiempo, una reacción que compartieron algunos de

los presentes.

Wickham, sin embargo, seguía concentrado en seguir su primera línea de preguntas.

—¿Entonces supongo que estará contenta de estar de nuevo en tierra… permanentemente?

—Sí, cuando se haga justicia ya no se verá obligada a sufrir en el mar —espetó el capitán Wentworth.

Su mujer le miró con aparente preocupación, que Jonathan supuso que se debía a la mención de la «justicia». Eso debía referirse a la estafa de Wickham de alguna manera, y a juzgar por el brillo en la mirada de su tío, había disfrutado recordándoselo a los Wentworth. Jonathan sintió una oleada de ira irrefrenable. Qué vergüenza tener de familiar a un hombre que no solo continuaba haciendo daño a los demás sino que se deleitaba con ello.

Después de esto, al menos, Wickham no volvió a hablar. Todo el mundo cenó en silencio, excepto el señor Bertram y Juliet Tilney. El señor Bertram tenía opiniones sobre cómo se debía comportar una mujer joven, una conducta que se había corrompido demasiado en los últimos años en su opinión y parecía dispuesto a hacer que Juliet se uniese a su desaprobatorio modo de ver.

Esta le sorprendió al no ser fácil de convencer.

—No creo que la moda de hoy en día sea más escandalosa que la de años atrás —dijo—. Si es sorprendente, se debe a su novedad, no a su falta de modestia.

Jonathan recordaba lo bajos que eran los escotes cuando era joven y asintió en silencio.

El señor Bertram no estaba de acuerdo.

—Hubo un tiempo en el que sacábamos nuestros ideales estéticos de la época clásica. Eso se ha perdido, no solo en materia de la vestimenta femenina, sino también en la arquitectura y la enseñanza. ¿Puede alguien dudar de que el resultado sea la inmoralidad?

Jonathan quería ayudar a Juliet y pensó que esa vez podía hacerlo.

—Mis estudios de los clásicos sugieren que la moralidad cristiana no era la principal preocupación de nuestros antepasados.

Las primeras sonrisas genuinas se extendieron por la sala y la señora Brandon incluso tuvo que contener una carcajada. ¿De verdad

había dicho algo ingenioso? Eso fue gratificante, sobre todo cuando vio las mejillas de Juliet sonrosadas de satisfacción.

Sin embargo, su madre le lanzó una mirada de advertencia dejando claro que no debería, no debía, empezar a hablar de su libro favorito, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon. Jonathan quizá había leído los tres primeros volúmenes de ese libro cientos de veces, podía recitar párrafos enormes de memoria y lo había hecho con regularidad hasta que sus padres le habían dejado claro que a la mayoría de la gente no le interesaba tanto como a él. Se contuvo con dificultad, consolándose de que, al menos por una vez, había hecho una buena broma.

Sin embargo, al señor Bertram no le divirtió tanto.

—Hablo de las virtudes clásicas, señor Darcy. Las que fueron escritas por los más altos pensadores, que no eran en absoluto…

—¿Hipócritas? —dijo el señor Wickham. La frágil burbuja de paz de la sala estalló por completo. Las sonrisas desaparecieron—. Sospecho que había tantos hipócritas por aquel entonces como ahora. Los suficientes, al menos, para llenar una fiesta, o al menos para sentarse juntos a una mesa.

Sus palabras cayeron como un proyectil lanzado sobre Trafalgar. Solo era cuestión de esperar a ver quién devolvía el golpe primero.

Wentworth fue el primero en hablar.

—¿Hipocresía? Usted, que dice ser un asesor de confianza en materia de inversiones, ¿usted acusa a *cualquiera* de hipócrita?

—Cree que todos los demás son hipócritas —dijo Madre—, porque cree que la naturaleza de cualquiera está tan corrupta como la suya. El señor Wickham no alcanza a comprender que el comportamiento de cualquier otro pueda coincidir con sus ideales, porque el suyo raramente lo hace.

Ante esto, Wickham se levantó de su asiento y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Veo que esta cena tan solo es una oportunidad para castigarme. Por lo tanto, me despido. Pero aquellos de ustedes que dicen despreciarme saben que, en el fondo, soy mejor que ustedes. Aprendan a soportarlo.

Se marchó, obviamente orgulloso de su declaración. Pero Jonathan

escudriñó las oscuras expresiones alrededor de la mesa y se preguntó si el señor Wickham no habría violado algo más que la educación, si había destruido algo más fundamental. Algo sin lo cual nadie podría estar realmente a salvo.

Capítulo cinco

El tiempo, desafiando todas las esperanzas y expectativas racionales, empeoró aún más a medida que avanzaba la noche. La lluvia golpeaba con fuerza las ventanas, los relámpagos iluminaban los árboles y arbustos del jardín, transformándolos en figuras espeluznantes. Ninguno de los invitados de Donwell Abbey podía evitar pensar que tendrían que soportar la insoportable compañía del señor Wickham también al día siguiente. Incluso Juliet Tilney, que no tenía ninguna historia con el hombre, gimió al pensar que tendría que pasar otro día con su extraña y desagradable presencia.

Jonathan también intuía que le esperaba otra noche sin descanso. La situación social, desconcertante para todos, para él era casi insoportable. Deseaba tener que lidiar con algo más sencillo, un escenario que fuese capaz de resolver. Cuando resonó el trueno pensó en su yegua, Ébano. Odiaba las tormentas. Si pudiese ir con ella, reconfortarla, saldría de la casa y sentiría como si estuviese haciendo algo bien.

Desde su más tierna infancia se había sentido más a gusto rodeado de animales que del resto de niños, incluso más que con la mayoría de los adultos. Sus mejores amigos siempre habían sido los perros de caza de su padre, los gatos del granero y los caballos de la familia. Sus padres habían promovido su interés, ya que era perfectamente adecuado para un joven caballero (a diferencia, por ejemplo, de su fascinación por el piano). El caballo favorito de Jonathan era Ébano, una yegua negra con una personalidad dulce y mirada inteligente. Había formado parte del grupo que les había traído a Donwell Abbey desde Pemberley en carruaje, y se encontraba en los establos de los

Knightley.

Jonathan conocía lo suficiente a sus caballos como para saber lo que les gustaba y lo que no. A Ébano no le gustaban las tormentas.

Se la imaginó en unos establos desconocidos, aporreando el suelo con las pezuñas, con los ojos bien abiertos ante el interminable estruendo de los truenos en la distancia. Sentía que era importante que se lo imaginase todo con gran lujo de detalle, probablemente porque le serviría de distracción para la pelea que estaba escuchando entre susurros que provenía de la habitación que compartían sus padres. La noche anterior había sido complicado escucharlos, pero entonces la ira que sentían sus padres les pertenecía a ambos, e iba dirigida a un enemigo común: el señor Wickham. Esa noche, al menos por lo que podía oír, su ira iba dirigida al otro.

Siempre habían sido tan felices juntos. Jonathan, como cualquier otro niño, se había sentido reconfortado por el fuerte vínculo que compartían sus padres. Sí, se amaban, pero también se hacían mayores, reconocía que sus padres también compartían algo poco común en un matrimonio: se *habían querido*.

Toda esa calidez y amabilidad entre ellos había muerto con Susannah.

Su puerta se cerró con fuerza, no como si la hubiesen cerrado de un portazo, pero algo parecido. Jonathan se preguntó cuál de sus padres había salido airado de la habitación. (Parecía algo que su madre haría, pero todo era tan complejo e iba tan en contra de todo lo que solía pasar que cualquier cosa era posible). Deseó saber si debía acercarse a consolarles o si debía seguir actuando como si no pasase nada. Sobre todo, deseaba que su habitación hubiese estado en cualquier otro sitio, en un lugar donde nunca hubiese podido escuchar nada.

—Este tipo de fiestas son demasiado frívolas —decidió Edmund Bertram mientras se ponía el camisón—. Por supuesto, es la única manera de que los amigos y familias se conozcan durante los meses de verano. Pero un encuentro más pequeño e íntimo fomentaría mejor las

amistades duraderas y la buena voluntad.

Fanny estaba sentada en el borde de la cama, sin prepararse para dormir, aunque era bastante tarde para que siguiesen despiertos.

—Las circunstancias… no son las ideales —dijo con dulzura.

—Quieres decir que ninguna fiesta debería seguir este ejemplo —dijo Edmund—. Comprendo tu punto de vista, Fanny. ¿Quién sabe lo agradable que podría haber sido esta visita si el señor Wickham no hubiese decidido presentarse de improviso?

Ella se estremeció. Era normal. Su mujer era tan tímida como un ratón, profundamente sensible y temerosa. En una mujer, eran virtudes, eso seguro, aunque Edmund a veces deseaba que fuese un *poco* más valiente.

—¿Fanny? —preguntó—. ¿Va todo bien?

—Edmund, yo… yo… —Fanny se aferró al poste de la cama, como si estuviese intentando mantenerse firme ante un vendaval—. Necesito dinero.

Qué raro. Los deseos de su mujer eran modestos, su economía doméstica era intachable. Por otra parte Edmund pensó que era completamente natural que asistir a una fiesta con tantas damas elegantes hiciera que una joven desease tener sus propias galas. Si fuese un hábito, esa envidia sería deplorable. Sin embargo, era tan inusual viniendo de Fanny que a Edmund le pareció encantador, incluso le alivió. Sus ánimos se solían enturbiar fácilmente. Era bueno ver que por fin le interesaba algo tan frívolo.

—Bueno —dijo—, has pedido tan pocas cosas a lo largo de nuestro matrimonio que difícilmente puedo negarte nada ahora. ¿Cuánto es? ¿Unas cuantas guineas para unas telas y adornos para hacerte un bonito vestido nuevo?

En realidad, necesitaba uno, incluso Edmund, que no era un gran experto en ropa de mujer, había notado que algunos de sus vestidos tenían los dobladillos estropeados.

Esperaba que Fanny fuese rápida y efusiva dándole las gracias, como siempre. En vez de eso, sus ojos se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza.

—¿No? ¿Entonces no quieres un vestido? —Debería haberse dado cuenta. La vanidad no era uno de los defectos de Fanny—. ¿Es para

algo de la casa entonces?

—No es nada —moqueó—. No es nada en absoluto, olvida que te lo he preguntado.

—Fanny, ¿te encuentras bien? —Edmund le puso la mano sobre la frente. Estaba sonrojada, algo que no era inusual en ella, con su humor voluble y su salud incierta, pero le preocupaba—. Necesitas descansar. El día ha sido demasiado movido para ti.

Ella asintió y se tumbó en la cama. Él la arropó como si fuese una niña pequeña. La luz de la luna escarchaba su pelo, tiñéndolo de un dorado aún más pálido, lo que él encontraba seductor, pero Edmund apartó ese tipo de pensamientos. Fanny no estaba en condiciones para mantener relaciones maritales. Era una criatura frágil, débil e insegura, e incluso después de cuatro años seguía siendo tan atento con ella como lo había sido en su noche de bodas.

El haberle pedido dinero debía haber sido un capricho pasajero, nada más.

Sin embargo, Edmund se seguía preguntando por ello.

Mientras Jonathan yacía en su cama sin conseguir quedarse dormido, deseaba escuchar el sonido de los pasos de alguien regresando al cuarto de sus padres, demostrando que habían olvidado su pelea, se habían perdonado y todo había terminado. Sí que oyó pasos, más de una vez, pero tan pronto como aumentaban sus esperanzas, estas desaparecían en cuanto los escuchaba alejarse. Parecía que varias personas estaban despiertas y recorriendo la casa aquella noche. Sin duda, la tormenta les mantenía despiertos.

En cuanto Jonathan lo pensó, escuchó un ruido nuevo, o más bien, dejó de oírlo. Las gotas ya no golpeaban las ventanas. La tormenta por fin había parado.

Se levantó hacia la ventana para comprobarlo. El viento seguía meciendo los árboles, y en el horizonte se seguían pudiendo vislumbrar los relámpagos. No era que la tormenta hubiese cesado, sino que había amainado. Era la oportunidad que había estado esperando. Rápidamente se puso las botas y el abrigo, ocultando casi

al completo su camisón y su bata. Aunque nunca se dejaría ver así en presencia de nadie, esa noche le serviría para su objetivo.

Si no podía consolar a sus padres, ni a sí mismo, al menos consolaría a Ébano.

Jonathan bajó las escaleras corriendo. Un sonido procedente de la galería hizo que volviese la cabeza hacia allí. ¿Se habían refugiado allí su madre o su padre? Pero cuando echó un vistazo al interior no vio a nadie. O se había imaginado el sonido o quien quiera que estuviese allí dentro no quería ser visto. Algo que no era de extrañar a esas horas.

Lo primero que pensó fue en atajar a través de la armería, hacia una de las puertas del servicio, que había visto cuando entró por primera vez en el edificio. ¿Sería indecoroso si alguien se despertase y le encontrase allí? Desde luego, no era el único que estaba despierto. Era mejor no arriesgarse.

Salió por la puerta principal y caminó apresurado hacia los establos. Había un farol encendido y pensó que era algo bastante descuidado hasta que entró y se encontró a uno de los mozos de cuadra vigilando.

—Oh —dijo Jonathan avergonzado—. No debería haber venido.

—¿Es que alguno es suyo? —dijo el chico con un acento bastante marcado, quizá galés—. No les gustan las tormentas, ¿verdad? Supuse que querrían compañía. Al igual que usted, adivino.

Jonathan se limitó a asentir. Al menos para aquel mozo no había hecho nada raro. Con suerte nadie sabría nada de esto. Mientras estuviese aquí bien podía calmar a Ébano que tenía los ojos abiertos como platos, intranquila. Se acercó a su lado, cloqueando en voz baja.

En cuanto posó su mano sobre su hocico aterciopelado la lluvia volvió a golpear el tejado. El mozo se rio.

—Parece que se va a quedar un rato, ¿eh?

—Eso parece —aceptó Jonathan.

Era un pequeño consuelo el estar lejos de una casa que estaba llena de tantos problemas. Observó a través de la pequeña ventana del establo para intentar medir la fuerza con la que estaba lloviendo. La noche turbia hacía que esa tarea fuese imposible, pero sí que pudo vislumbrar en una ventana la figura de una mujer en camisón, con una

vela en la mano. A pesar de la oscuridad, tenía la clara impresión de que era Anne Wentworth. Creía que los Wentworth estaban en una zona completamente distinta de la abadía. ¿Estaba al final del pasillo del primer piso?

No debía pensar en eso. Jonathan no había querido ver a la señora Wentworth en ese nivel de desnudez, como tampoco ella hubiera querido ser vista. Era mejor olvidarlo.

Marianne Brandon no era de sueño profundo. Sus sueños eran vívidos y frecuentes, y el más leve de los ruidos conseguía despertarla. Uno o dos años antes se había enorgullecido de ello, ya que parecía demostrar su exquisita sensibilidad. Pero se había percatado de las desventajas, especialmente ahora que compartía la cama con alguien que tenía el sueño tan ligero como ella.

Esa noche, de hecho, a Brandon le debía haber despertado algún sonido unos minutos antes. Era la explicación más normal de por qué no estaba en su cama.

Se tumbó, dando vueltas en la cama, inquieta e intranquila. A través de la hendidura de los paneles de su cama de cuatro postes podía ver una rendija de luz.

Volverá pronto, pensó Marianne. *Túmbate y cierra los ojos. Hazte la dormida.*

No se dijo a sí misma que se quedase dormida de verdad, eso parecía una tarea imposible.

Oh, Brandon, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde te has metido?

A Juliet le despertó un ruido.

A qué se debía, no lo sabía, este había irrumpido en su sueño, una visión borrosa de sedas y velas que se había evaporado antes de que abriese del todo los ojos. No tenía ni idea de si le había despertado alguien llamando a la puerta (improbable) o un trueno (el sospechoso más factible). Intentó recordarlo mientras se alzaba sobre los codos,

después se dio por vencida, no importaba.

Tenía algo más acuciante de lo que ocuparse: responder a la llamada de la naturaleza.

Esa era una de las desventajas de las casas tan antiguas, a pesar de su esplendor, no eran demasiado útiles en tales asuntos.

Medio dormida, Juliet se levantó de la cama y buscó el orinal de porcelana que había debajo. Lo sacó, accidentalmente golpeándolo con una de las patas de la cama, y escuchó un sonido y un golpe que hizo que se le cayese el alma a los pies.

Juliet miró el orinal y vio que, efectivamente, lo había roto. Una esquirla se había desprendido de un lado, haciendo un agujero casi del tamaño de su pulgar, lo que lo dejaba completamente inservible.

Ya era bastante malo haber roto algo que les pertenecía a sus anfitriones. ¿Pero haber roto *un orinal*? Los sirvientes se darían cuenta, lo que era suficientemente malo, pero entonces se lo dirían a los Knightley, lo que le horrorizaba aún más.

Lo peor era que Juliet ahora necesitaba un orinal en medio de la noche, desesperadamente, y no tenía ninguno.

Podía hacer sonar la campana para llamar a un sirviente. La doncella que le habían asignado, Hannah, había demostrado ser una persona capaz y de buen carácter. Sin duda, llamarla era lo más apropiado en esas circunstancias. Pero eso requeriría que Juliet tendría que contarle lo que no podía mencionar, o simplemente entregárselo, lo que sería aún peor, ya que la vería *tocando* ese objeto tan cotidiano del que la sociedad le prohibía hablar. Lo que era una estupidez, seguro. Lo había pensado antes. Pero esos pensamientos tan racionales tenían poco peso en ese momento. Porque entonces la doncella tendría que irse y volver con uno nuevo, y entregárselo sabiendo que sería inmediatamente usado. ¡Qué imágenes despertaría eso en su mente!

Sin duda, el mismo tipo de imágenes en las que pensaban cuando vaciaban los orinales cada mañana. Pero no merecía la pena pensar en eso.

Las únicas alternativas que tenía era encontrar otro objeto que pudiese utilizar o salir al exterior a usar la letrina. Parecía que la lluvia había dejado de caer cuando se despertó, pero ahora volvía a

llover sin parar. Sin embargo, si comparaba la molestia de mojarse con el horror de elegir entre el jarrón o el aguamanil, que también podrían encontrarlo los sirvientes, lo que entonces haría no solo que supiesen lo que había hecho, sino que, peor, la considerasen una maleducada; la letrina era la opción más acertada.

Si la encontraban vagando por los pasillos por la noche, era mejor que se asegurase de preservar algo de modestia, su camisola no sería suficiente. Juliet agarró una manta azul y se la echó sobre los hombros como un chal. El candelero tenía un asa con la que poder agarrarlo fácilmente, lo que era de gran ayuda, aunque debería haberlo dejado dentro antes de aventurarse a salir, para que la llama no se apagara.

Abrió la puerta lentamente, sin siquiera hacerla chirriar, y empezó a bajar por el pasillo. Su habitación estaba al final del pasillo del primer piso, lo que significaba que tenía que pasar ante las habitaciones de los Bertram y de los Wentworth. Había luz tras las puertas, sin duda del fuego que aún ardía en sus chimeneas, aunque a Juliet le pareció que ambos dormitorios estaban demasiado iluminados para esas horas. Sin duda, la tormenta había mantenido despierta a mucha gente. Se estremeció al pensar que alguien podría oírla.

No lo sabrán, se aseguró mientras bajaba por las escaleras, sus pies descalzos apoyados sobre el suelo de madera. *La abadía es tan vieja y grande, con tantos pasillos y escaleras que van de un lado a otro que, incluso si escuchasen algo, apenas sabrían de dónde provenía el ruido.*

Juliet llegó al final de las escaleras y se detuvo. El carácter laberíntico de la abadía que acababa de agradecer también presentaba sus dificultades, como ahora comprendía, porque no conseguía orientarse en la oscuridad.

La puerta lateral era la más cercana a la letrina. ¿Se abría desde la armería o desde el invernadero? Juliet se mordió el labio inferior mientras intentaba recordarlo. ¡Si tan solo no hubiese llovido tanto esos dos últimos días! Entonces sabría el camino en vez de tener que estar usando los orinales todo el tiempo. Finalmente decidió dirigirse al invernadero; tenía una puerta que llevaba al exterior, que era todo lo que necesitaba. A estas alturas estaba dispuesta a limitarse a regar las plantas que estuviesen más cerca de la casa. Nadie se daría cuenta.

Se animó cuando encontró la entrada de la galería. Para llegar al invernadero tenía que atravesarla. Ya faltaba poco.

Juliet dudó y levantó un poco más el candelero. La luz parpadeante de la vela iluminaba los diversos cuadros al óleo que cubrían las paredes, los bustos tallados en bronce y mármol que había sobre los pilares. Ojos, rostros, perfiles… todos la rodeaban. No era de extrañar que sintiese como si hubiese otra persona en la sala.

O eso se dijo. La sensación de la presencia de otra persona seguía siendo fuerte.

Pero no podía negar la llamada de la naturaleza por más tiempo. Juliet colocó cuidadosamente el candelabro sobre una mesilla cerca de la puerta a mitad del pasillo, se preparó y salió corriendo por la puerta hacia el exterior.

Oh, mierda, pensó mientras sus pies chapoteaban sobre el barro frío y pegajoso. Al menos podía entrever la letrina desde allí y podría hacer lo que había venido a hacer sin empaparse. ¿Estaba lloviendo con más fuerza que cuando había mirado por la ventana por última vez? Llovía a cántaros, haciendo que su fina camisola se le pegase a las piernas, y apenas podía vislumbrar su objetivo a través del aguacero y la oscuridad. Un extraño movimiento dentro de la galería la sorprendió antes de darse cuenta de que debía haber sido su propio reflejo, pálido por la luz de la luna.

Al menos la letrina de los Knightley estaba cerca y estaba bien cuidada. Juliet tardó un momento más del necesario antes de regresar corriendo a la casa para resguardarse. *Sube las escaleras. Límpiate los pies. Cámbiate la camisola. Intenta no pensar en lo que creerán los criados de ti cuando laven este camisón mañana. ¡Y no vuelvas a romper un orinal!*

Corrió de vuelta a Donwell Abbey más rápido que cuando había salido, ansiosa por terminar con esto y regresar a la cómoda y segura protección de su habitación. Un relámpago cortó la noche mientras ella corría por el invernadero, cayendo tan cerca que el rayo y el trueno fueron casi simultáneos, iluminando la galería. Los bustos arrojaron sombras afiladas al suelo desde sus pilares por un momento.

Cuando la luz desapareció, quedó una sombra, más oscura que la propia oscuridad que la rodeaba.

Tomó su candelero y caminó de puntillas hacia allí para poder verlo mejor. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que estaba viendo.

¿Quién está gritando?, pensó Juliet antes de darse cuenta. *Oh, soy yo*.

Jonathan acababa de ponerse cómodo sobre una bala de heno cuando oyó el grito, tan fuerte que asustó hasta a los caballos. El mozo de cuadra y él intercambiaron una rápida mirada. El grito provenía del interior de Donwell Abbey.

—Iré yo —dijo Jonathan. Probablemente una de las damas de la casa se había asustado o, peor, hecho daño. Pero si había cualquier peligro era más apropiado aceptar el riesgo que endosárselo a un sirviente.

Tomó un farol y se apresuró bajo la lluvia. El barro salpicaba bajo sus botas, embarrando el borde de su camisón y de su bata bajo su abrigo empapado. El grito no cesaba, como habría esperado si hubiese sido un susto sin importancia; seguía y seguía. Jonathan corrió más rápido.

—¿Hola? —llamó mientras entraba corriendo en la casa.

A estas alturas podía escuchar otros pasos y sonidos quejumbrosos en el piso de arriba. Al menos había más gente que se había despertado por los gritos, que parecían provenir de la galería.

—¿Qué ocurre?

Los gritos se detuvieron, pero después alguien chilló:

—¡Socorro! ¡Oh, ayuda!

Jonathan corrió hacia la galería. Al fondo de la sala estaba Juliet Tilney, empapada, temblando tan violentamente que la vela que sujetaba se tambaleaba sobre su soporte.

A sus pies yacía el señor Wickham, con el rostro ensangrentado, mirando fijamente hacia el techo con la mirada perdida, completamente muerto.

Capítulo seis

Juliet no era una desconocida para la muerte, había acompañado a su abuela en su último aliento y cuidado de una amiga en las últimas fases de la tisis. Casi nadie, ni rico ni pobre, hombre o mujer, llegaba a la edad adulta sin haberse tenido que enfrentar a la muerte al menos una vez.

El asesinato, sin embargo, era algo completamente distinto. Sentía cómo sus piernas flaqueaban y estaba a punto de desmayarse. Entonces recordó algo que su madre le había dicho una vez:

Vuélvete loca todas las veces que quieras, pero nunca te desmayes.

Fue suficiente para que Juliet se mantuviese consciente.

Jonathan Darcy se acercó corriendo a su lado. Su pelo estaba tan empapado por la lluvia como el de ella, y tenía las botas incluso más embarradas que sus pies.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo. Le temblaba la voz e intentó serenarse—. Lo he encontrado aquí, así.

El señor Wickham ofrecía un espectáculo lamentable. La sangre cubría el costado izquierdo de su rostro, había tanta que se había formado un charco escarlata por el suelo y tenía la nariz rota. La sangre parecía fluir de los desagradables cortes que tenía en la mejilla y en la mandíbula. Sus ojos estaban completamente abiertos pero desenfocados. Parecía asombrado, si es que se podía decir que su rostro se había quedado con su última expresión. Quizá nunca había esperado que llegase el momento de encontrarse con su Creador.

Si lo hubiera hecho, pensó Juliet entumecida, *seguramente se habría comportado mejor.*

Los pasos que resonaron por las escaleras anunciaron la llegada del resto de invitados. El mayordomo fue el primero en arribar, con el señor Knightley pisándole los talones y tras él, el señor Darcy. Anne Wentworth también apareció sorprendentemente rápido. Todos estaban en diferentes estados de desnudez, desde el señor Knightley al que le faltaba la corbata, hasta la señora Darcy con tan solo una bata fina encima, pasando por la señora Brandon que no bajó más allá del primer tramo de escaleras, llevando solo su camisón. La mayoría se habían puesto una bata o una manta sobre los hombros. Juliet se dio cuenta entonces de que su manta fina y empapada ya no ocultaba nada, como tampoco lo hacía su camisón empapado. Pero nadie la miraba.

—Por todos los santos —susurró el señor Knightley mientras se acercaba al cuerpo de Wickham. Su tono de voz era plano, sin sentimiento, quizá por la sorpresa—. El hombre está muerto.

—¿Está seguro? —dijo el señor Bertram, que parecía menos perturbado por la escena que el resto. Su mujer, que temblaba a su espalda, había empalidecido tanto como el propio Wickham. Tan pálida como la muerte.

—Está muerto, eso seguro —dijo Juliet—, no ha respirado ni parpadeado desde que le encontré.

Cuando habló, todos los hombres se giraron hacia ella. ¿Creían que era insensible? Quizá *era* insensible. *¿He leído demasiadas de las novelas de mamá?*

A su lado, Jonathan Darcy se arrodilló y presionó el cuello de Wickham con dos dedos buscándole el pulso. Después de unos segundos, sacudió la cabeza.

—La señorita Tilney tiene razón. El señor Wickham está muerto.

Elizabeth Darcy hizo un sonido que podría haber sido tanto un jadeo como una risa, aunque nadie podría reírse ante tal estampa. Juliet decidió que se había imaginado esa parte.

—¿Por casualidad se ha caído y se ha golpeado la cabeza? —ofreció la señora Knightley, con más esperanza que razón.

—No, imposible. —El capitán Wentworth se acercó para observar el cuerpo. Parecía por completo impasible—. He visto hombres así en cubierta después de un tiroteo. Esto se debe a un golpe violento.

—Estoy de acuerdo —dijo el coronel Brandon, que había estado tan oculto en las sombras que Juliet no le había visto. ¿De dónde había salido?—. Una simple caída no habría causado tal herida.

Todos intercambiaron miradas. Teniendo en cuenta el daño que había ejercido el comportamiento del señor Wickham y su historia no era de extrañar que alguien le odiase tanto como para matarlo.

Y, aun así, nadie era inmune al horror que traía consigo el descubrir un asesinato.

Jonathan vio cómo Juliet Tilney temblaba. ¿Debería ofrecerle su bata o eso sería excesivamente familiar? Y su abrigo estaba empapado, lo que significaba que sería inútil en estas circunstancias.

Su debate interno terminó cuando el señor Knightley rompió el silencio.

—Debemos averiguar si hay alguien acechando cerca de la casa. Greene, tráigame mi rifle de caza tan rápido como pueda. —El mayordomo salió corriendo—. Joven Darcy, usted también está vestido acorde con este tiempo, si acepta, acompáñeme en la búsqueda. Primo Edmund, por favor, asegúrese de que todas las puertas y ventanas están cerradas y dígale al ama de llaves que encienda velas en todas las habitaciones. No se debe permitir que nadie aceche en las sombras.

Jonathan entendía que esas precauciones eran necesarias para mantener la calma en la casa. Pero no creía que fuese urgente buscar a nadie o comprobar que todo estuviese cerrado. Parecía obvio que el asesino del señor Wickham aún estaba en la casa.

Buscó a sus padres, esperando que alguno se opusiese a que formase parte de una tarea potencialmente peligrosa. Su madre ya debía de haberse marchado con el resto; su padre, aún presente, no dijo nada. Su expresión era seria, incluso afligida. *Se debe de haber dado cuenta de lo mismo que yo, que el asesino no es nadie de fuera,* se dijo Jonathan.

Se negó a aceptar otra explicación.

Así que, sin temer, siguió al señor Knightley al exterior. Entre el

repiqueteo de la lluvia y los frecuentes y distantes truenos era imposible intentar escuchar algo tan imperceptible como las pisadas o a alguien respirando con dificultad. Tampoco se veía demasiado en una noche sin luna como aquella. Sin embargo, Jonathan buscó a su alrededor lo mejor que pudo. Aunque no esperaba encontrar nada, no podía dejar que sus expectativas le guiasen. Incluso la más mínima amenaza de que hubiese un intruso requería toda su atención.

A pesar de su minuciosidad, ni el señor Knightley ni él encontraron ninguna rama rota en los arbustos, o cualquier otro indicio de que hubiese nadie en el exterior. Knightley se animó brevemente al acercarse a los establos.

—Ajá —dijo—. Huellas de botas en el barro…

—Me temo que son mías —dijo Jonathan, señalando el camino que seguían las pisadas, que ya habían acumulado charcos de barro en su interior—. Corrí desde los establos hacia la casa cuando escuché los gritos de la señorita Tilney.

—Vaya. —Knightley suspiró con fuerza—. Parece que hay poco que podamos hacer. Cuando amanezca, sin importar cómo estén los caminos, debo hacer llamar al magistrado local.

Jonathan frunció el ceño.

—Parece que es reacio a hacerlo. ¿Por qué? Sin duda es necesaria la presencia de un magistrado.

—Oh, lo es, lo es joven señor Darcy. Pero, ¿por qué tenía que ser *este*?

—¿Señor?

Knightley sacudió la cabeza con aparente disgusto.

—Lo entenderá mejor cuando conozca a este tipo: el magistrado Frank Churchill.

La boda de Emma Woodhouse y George Knightley no había sido la mayor sorpresa que había vivido la villa de Highbury. No, el personaje que había sorprendido más a la gente de la villa durante los años había sido Frank Churchill.

Después de la muerte de su madre durante su niñez, al joven Frank

le había criado su tía rica y arrogante, separándole del cariño de su padre. Este, el señor Weston, nunca había parado de querer a su hijo y esperó pacientemente a que Frank fuese lo bastante adulto como para independizarse y regresar a casa por sí solo. Highbury había aguardado ese momento con impaciencia. Cuando ya era más que adulto, Frank Churchill había continuado ausente y, por lo tanto, un misterio.

Su repentina reaparición a los veintitrés años había sorprendido a todo el mundo, en el mejor sentido posible. Con su buen humor, su carisma y sus ganas de vivir había demostrado ser un buen añadido a la villa. ¿Por qué había regresado entonces y no antes? El momento de su regreso demostró no ser por sus deberes filiales (aunque el amor que sentía por su padre era sincero), sino como resultado de un compromiso secreto. En vez de elegir a una novia de la alta sociedad londinense, como habría preferido su difunta tía, Frank se había casado con Jane Fairfax, la sobrina de la pobre señorita Bates, que se ganaba la vida en Highbury. Sorpresa suficiente para toda una vida, o eso pensaban, pero aún había más.

Su matrimonio era feliz. Los Churchill pasaban más tiempo en Highbury que en la enorme propiedad que Frank había heredado. Emma y Jane comenzaron una verdadera y profunda amistad. La vida les sonreía hasta que nació su hija; cuando la pequeña llegó al mundo, su madre lo abandonó. Frank se convirtió en padre y en viudo al mismo tiempo. Todos los habitantes de Highbury le consolaron en su dolor, pero esperaban que abandonase el pueblo que su esposa tanto había amado más pronto que tarde y se marchase a Londres, o al menos a su propiedad a las afueras.

Sus expectativas no se cumplieron. La mayor sorpresa que Frank les dio fue quedarse en Highbury; para atesorar los recuerdos de su esposa; criar a su hija, Grace, en el campo; y apoyar a las ancianas tías de su mujer en su dolor y miseria.

(De hecho, la señorita Bates había adorado tanto a Jane que sus amigos se preguntaban si podría sobrevivir a su pérdida. Pero el corazón que Jane había roto con su muerte, se recompuso gracias a su hija y en unos meses la señorita Bates no paraba de hablar sobre la maravillosa niña y no podía evitar mirar a Grace siempre con una

sonrisa).

El altruismo de Frank Churchill le otorgó la admiración de casi todo Highbury. Solamente Knightley pensaba que el hombre era un tanto irresponsable, pero incluso él reconocía la bondad de Frank hacia la señorita Bates y su devoción como padre.

Esta estima general era la que le había llevado a ser elegido magistrado por la parroquia, la persona responsable, entre otras numerosas tareas, de investigar un asesinato.

Para los presentes en Donwell Abbey, aquella fue una noche larga y en vela.

Fanny Bertram lloró desconsoladamente. Edmund estaba acostumbrado a ver las lágrimas de su mujer; lloraba con facilidad ante cualquier exceso de vergüenza o melancolía. Dada su delicada naturaleza, no podía sorprenderle que estuviese tan devastada por un asesinato que se había cometido a unas habitaciones de distancia.

Pero había algo en su llanto que le detuvo. Sus sollozos eran profundos, roncos, descontrolados, demasiado distintos de sus lágrimas tranquilas. Edmund nunca la había visto así, y la imagen le conmovió casi tanto como el asesinato.

—Fanny —comenzó, pasándole un brazo sobre los hombros—. Querida. Es horrible, pero no debes temer por tu bienestar.

—No tengo miedo. —Su voz estaba ronca de la emoción—. Ya no tengo nada que temer, excepto mi propia maldad.

Siempre se declaraba malvada por afrentas tan viles como no tener el té listo a tiempo o montar a caballo cuando hacía calor. A menudo hacía sonreír a Edmund.

Esa noche no lo hizo.

Mientras Frederick Wentworth recorría la habitación, Anne se sentó en el baúl a los pies de la cama. Tumbarse en tal estado de agitación era inútil, una burla al sueño. No había descansado ni un momento esa noche y no esperaba que pudiese hacerlo.

—Se parecía a un compañero que murió en el *Asp*. Perdimos el control de la botavara, lo golpeamos y el hombre murió incluso antes de tocar la cubierta —dijo Frederick, cada vez más agitado—. ¿Cómo es posible que un villano muera de la misma forma que un buen joven marinero al servicio de su majestad? Incluso cayeron en la misma postura. Es muy extraño, realmente.

Pocas veces hablaba de la guerra y Anne pensaba que no podía ser bueno para él, pero ¿qué podía decir en ese momento? Tenía las palabras trabadas en la garganta. Por ahora, el silencio sería su única respuesta.

Los Brandon fueron los únicos habitantes de la casa en irse a la cama. Era más fácil hacer eso que hablar de lo que había ocurrido. Marianne nunca se había sentido tan reprimida y con tantas ganas de rebelarse ante esa represión al mismo tiempo. En vez de eso, estaba tumbada completamente quieta al lado de su marido, espalda contra espalda, cada uno mirando fijamente la pared opuesta. Su vigilia era tan evidente para ella como la suya debía serlo para él, y sin embargo sabía que ninguno de los dos lo reconocería hasta el amanecer.

No podía hablar. Quería que Brandon lo hiciese, y al mismo tiempo, temía con desesperación lo que pudiese decir.

En su mente repetía las mismas palabras en bucle, una y otra vez: *Él no estaba en la cama. No estaba aquí.*

Las normas de etiqueta les sirven de guía a los anfitriones en numerosas situaciones. Sin embargo, Emma desconocía si había alguna que la pudiese guiar sobre cómo actuar ante un asesinato. Pero debía limitarse a aquello que pudiese gestionar. Tan solo podía dar lo mejor de sí misma.

Su energía le sirvió para que se encargara personalmente de encender las velas y las chimeneas en todas las habitaciones. Uno de los sirvientes la acompañaba, para asegurarse de que no hubiese nadie al acecho para atacarla, pero Emma no tenía miedo. No había ningún intruso asesino al acecho. De eso estaba completamente segura. Aun así sus invitados y sirvientes debían estar tranquilos, en la medida en que fuera posible con un cadáver en su galería.

El mayordomo se había ofrecido a trasladar el cadáver a un lugar menos concurrido, pero Emma se había negado. No quería que los agentes dijesen que había interferido en su trabajo. Además, ¿a dónde podría moverlo? ¿A la lavandería? ¿A la despensa? Emma nunca se volvería a sentir a gusto tocando su ropa de cama o sus ollas.

Cuando Knightley regresó, embarrado y preocupado, ella dispensó a su ayuda de cámara y le atendió ella misma. Se desnudó prácticamente en silencio, hasta que al final habló.

—Esto son malas noticias, Emma.

—¿Lo son? —La mirada de censura que le dirigió fue una que no había visto en muchos años—. Claro que es horrible y habrá un interrogatorio, pero John e Isabella… ahora están a salvo.

—Por lo que la muerte del señor Wickham nos beneficia —dijo Knightley—. Y no somos los únicos que lo saben.

Darcy estaba sentado ante el pequeño escritorio que estaba cerca de su cama, escribiendo una carta. Elizabeth se podría haber burlado de él por tratar de mantener unas pautas tan uniformes, si no hubiese estado igual de ocupada escribiendo las suyas propias.

Al volver a su dormitorio, siguiendo los pasos de sus compañeros sorprendidos, Elizabeth se había dado cuenta de varios hechos importantes: su conexión familiar con Wickham había sido mayor que la de cualquier otra persona presente. Las implicaciones para ellos y sus parientes eran de lejos las mayores, al igual que las sospechas. Por lo tanto, era fundamental que los miembros de su familia y los amigos más cercanos estuviesen informados de inmediato. El escándalo era inevitable, pero tal vez podía contenerse y controlarse si sus más allegados conocían ciertos hechos.

Darcy, pensó Elizabeth, probablemente estaba escribiendo a su administrador, un primo lejano de Wickham. El administrador estaría más que dispuesto a apoyar a su patrón antes que lamentar la pérdida de su familiar en común, y se podía esperar que el hombre diese una explicación razonable de los acontecimientos en Lambton y sus alrededores. Elizabeth, para su propia sorpresa, se había dado cuenta de que a la primera persona a la que quería escribir era a Mary. Aunque, por supuesto, todos tendrían que saberlo, y con la muerte de

Wickham tendrían que hacer frente a los recuerdos de Lydia y de Susannah…

Alguien llamó a la puerta y les sobresaltó.

—Adelante —dijo Darcy, y la puerta se abrió revelando a su hijo iluminado por la luz de las velas y goteando después de haber estado oteando los terrenos—. Jonathan, ¿te encuentras bien?

—Todo esto es demasiado perturbador —añadió Elizabeth. ¿Jonathan necesitaba que le consolasen? Sin duda, la mayoría diría que ya no tenía edad para ello, pero su hijo no era como la mayoría de los jóvenes: a veces era optimista cuando los demás estaban preocupados, otras veces le angustiaban las circunstancias más nimias. No podía prever cómo reaccionaría al presenciar un hecho tan terrible como el asesinato de su tío.

Jonathan se quedó en silencio antes de decir nada.

—No hemos encontrado a ningún intruso en los terrenos, ni ninguna prueba de que nadie haya entrado en la casa desde el exterior.

Solo entonces Elizabeth se dio cuenta de que debería haber preguntado por eso en primer lugar. Pero no tenía miedo, y no era digno de ella que hiciese como si lo tuviese.

Juliet Tilney, después de recuperarse de su sorpresa inicial, se dio cuenta de que estaba reaccionando de la manera más desafortunada.

Ciertamente es lo que diría su padre, aunque su madre la entendería un poco mejor. Porque a pesar de lo terrible que había sido presenciar el resultado de un asesinato tan horripilante, el hecho en sí mismo, un asesinato en Donwell, era… interesante.

Oh, debo de ser una persona horrible, pensó Juliet, pero su reprimenda no le afectaba. No había conocido lo suficiente al señor Wickham como para lamentar o regodearse en su muerte. Por lo tanto, no tenía nada aparte del hecho de que se había cometido un asesinato y que alguien en esa casa, una de aquellas elegantes y educadas personas con las que había cenado a la luz de las velas, era culpable, pero nadie sabía quién.

Y Juliet sentía que iba a ser incapaz de dormir hasta descubrir la verdad. ¿Pero cómo?

Quizás el magistrado sería capaz de desenmascarar al culpable rápidamente a la mañana siguiente…

Algo llamó su atención, aunque al principio no sabía qué era. Entonces se percató de que algo había desaparecido: por fin la interminable lluvia había cesado.

El deber de cualquier señorita decente en una ocasión como aquella era escribir a sus padres. Juliet puede que no siempre hubiese cumplido con muchos de los requisitos de las normas de etiqueta, pero este no tenía intención de descuidarlo. Al despertarse a la mañana siguiente del asesinato, se dedicó a su tarea, pero se detuvo durante un rato, con la pluma en el tintero, sin saber bien qué escribir.

Si revelaba que acababa de ocurrir un asesinato en Donwell Abbey su padre se presentaría allí para llevársela a casa en lo que tardase un caballo en recorrer la distancia de Gloucestershire hasta Surrey. Pero Juliet no quería volver a casa; aunque fuese aterrador estar en la misma casa que un asesino, ¡era impensable marcharse sin saber quién era el culpable! Dudaba de que sus padres fuesen a pensar lo mismo.

Tampoco podía escribirles y simplemente omitir la muerte del señor Wickham. Esa información terminaría llegándoles tarde o temprano, probablemente antes de lo que pensaba, y cuando ocurriese Juliet estaría metida en serios problemas. (Había aprendido en su infancia que, en opinión de su madre, la omisión era tan mala como la mentira).

¿Qué iba a hacer?

Después de considerarlo durante unos minutos, Juliet empezó a escribir su carta, detallando todos los hechos del asesinato tal y como los conocía. La dobló y la selló con lacre. Después escribió la dirección en la carta, pero lo hizo con tan mala letra, con la pluma temblorosa y llena de tinta, que apenas podía leerse. Pasarían varios días, incluso semanas, antes de que la carta llegase al hogar de los Tilney. Su padre sin duda atribuiría sus garabatos a la conmoción provocada por haber presenciado un asesinato y no se enteraría de nada.

La señora Tilney, en cambio, era más suspicaz. Podría darse cuenta

de lo que había hecho su hija. De ser así, Juliet tendría que dar explicaciones por su estratagema.

Pero Juliet, como la mayoría en su situación, decidió no pensar más en ello hasta que llegase el momento de pagar por ello. Tocó la campanita y le dio a Hannah la carta para que la enviase, y consideró que así estaban cumplidos sus deberes como hija.

El señor Frank Churchill no parecía un magistrado, en opinión de Juliet. Le había llamado uno de los sirvientes de Knightley y había llegado al final de un desayuno lánguido y silencioso, su semblante franco y sus modales desenfadados contrastaban con el agotamiento que inundaba Donwell Abbey.

—Un asunto espantoso —dijo el señor Churchill mientras entraba en el vestíbulo principal y se volvía hacia la señora Knightley—. Querida Emma, esto debe ser horrible para usted.

—Para todos nosotros, aunque supongo que sobre todo para el señor Wickham. —La señora Knightley no dijo nada más.

Juliet se preguntaba: ¿había sido eso un comentario ingenioso? ¿Era posible que fuese aceptable *bromear* con algo así? Sintió que debía estar horrorizada por ello, pero no lo estaba. ¡Menuda persona inmoral estaba demostrando ser!

—Hemos dejado la escena intacta —dijo el señor Knightley, llevando a Churchill y a los otros dos alguaciles hacia la galería. Echó un vistazo por encima del hombro antes de añadir—. Por favor, todos, continúen como si no hubiese ocurrido nada.

¿Qué otra cosa podían hacer? Tampoco es como si pudiesen hablar de ello en una conversación educada, sin importar lo obvio que era para todos lo que había ocurrido. La sociedad exigía que todos se sentasen y desayunasen mientras que un cadáver yacía en la habitación contigua.

Juliet se quedó mirando el pan con mermelada que formaba su desayuno, de nuevo frustrada por lo que «la sociedad exigía».

Tal y como había hecho antes, decidió no hacer caso a dichas exigencias.

Se terminó la comida tan rápido como era decente, dejando que el resto de los comensales (el capitán Wentworth, pálido por el

agotamiento, y Edmund Bertram, relativamente impasible) charlasen por ella. Cuando se excusó, se marchó como si se dirigiese hacia las escaleras, pero después se escabulló por un pasillo que la llevaría cerca de la galería. Escuchar a escondidas era, sin duda, una conducta muy impropia de una joven, así que se dijo a sí misma que no contaba si se encontraba en una situación en la que no podía evitar escuchar…

—Espantoso —dijo el señor Churchill, su agradable humor atenuado por lo que supuso que debía haber sido la imagen del cadáver—. Definitivamente fue asesinado por un golpe mortal en la cabeza con un instrumento pesado. ¿Cuánto llevaba muerto cuando encontraron el cuerpo?

—No lo sabemos, pero no podía haber sido mucho tiempo —respondió Knightley—. Nuestro mayordomo pasó por la sala a última hora de la noche, de camino a revisar la bodega. Medianoche, cree. No había nadie aquí, ni vivo ni muerto. La señorita Tilney nos despertó a todos con su grito de alarma apenas pasada la una. Así que el crimen debe haber ocurrido dentro de esa hora.

—¿Cree que pueden haber sido los gitanos? —El señor Churchill parecía deleitarse en esa perspectiva—. No es que nuestros visitantes locales nos hayan dado muchos problemas, pero un crimen como este…

—Nadie entró en la casa anoche. —El señor Knightley hablaba con intensidad—. El joven señor Darcy y yo mismo buscamos a fondo justo después de descubrir el cuerpo, y volví a hacerlo esta misma mañana. Las únicas huellas que había en el terreno eran las suyas.

—Uno de los sirvientes, entonces —dijo el señor Churchill—. Debemos interrogarlos a todos.

¿Un sirviente? Juliet frunció el ceño consternada. ¿Por qué un sirviente habría de asesinar a un invitado en Donwell Abbey?

Entonces supo la respuesta, por supuesto. La sociedad miraría primero hacia las clases bajas cuando estuviesen buscando al culpable de un crimen.

El señor Knightley parecía pensar lo mismo que ella.

—Debo decirle que muchos de nuestros invitados ya conocían al señor Wickham de antes, y ninguno le teníamos en alta estima.

Silencio. Juliet deseaba poder ver el rostro del señor Churchill

cuando finalmente volvió a hablar.

—Entonces debo pedirle que todos los invitados permanezcan en la residencia hasta que resolvamos este asunto. Es una mera formalidad, como ya se habrá dado cuenta.

—Sí —dijo el señor Knightley, distante—. Una mera formalidad.

Estoy en la misma casa que un asesino, pensó Juliet, *y ni el asesino ni yo podemos salir de aquí.*

Jonathan se pasó demasiado tiempo debatiendo entre si debía bajar a desayunar o no. Tenía hambre, pero siempre podía pedirle a un sirviente que le trajese un panecillo con un poco de queso, mientras que si bajaba a desayunar se podría ver atrapado en una conversación mucho más tiempo del conveniente. Lo mejor, quizá, sería que reanudase su investigación.

Bajó hacia la galería, ignorando los murmullos y tintineos que provenían del comedor. En la entrada de la galería, sin embargo, tan solo pudo ver a los alguaciles ocupados retirando el cadáver. Para ellos debía ser una tarea horrible, pero a la distancia Jonathan solo podía ver lo torpes que eran llevando algo pesado envuelto en una manta.

Estaba sobre un caballo por primera vez, aferrándose todo lo que podía a él y escuchando a su tío con más atención de lo que lo había hecho nunca o de lo que lo volvería hacer jamás:

—No puedes tener miedo. El caballo lo sabrá. Muestra algo de valor y el caballo será tuyo. Obsérvame, muchacho. —Wickham entonces se había montado a horcajadas sobre su propia montura, cabalgando con confianza, y llenando al joven Jonathan de envidia…

El pesado y rígido bulto que los alguaciles llevaban ahora en brazos había sido alguna vez ese hombre, orgulloso mientras cabalgaba hacia el horizonte.

Jonathan se estremeció. La sala donde se había cometido el asesinato tan solo le podía desvelar algunos detalles; un hombre de medicina podría descubrir muchas más cosas del cuerpo. Él podría averiguar más preguntándoles al señor Knightley y al magistrado.

El lejano murmullo de voces le desveló que esos hombres se encontraban ahora explorando las salas contiguas a la galería, una decisión racional, ya que el asesino podría haber pasado por al menos algunas de aquellas habitaciones antes y después de cometer el crimen. Jonathan siguió el sonido por un pasillo, centrándose tanto en ello que casi no vio la figura que estaba delante de él antes de estar casi uno encima del otro.

—¡Oh! —Se detuvo en seco—. Señorita Tilney. Le ruego que me disculpe.

—No, no, soy yo la que le ruega que la disculpe. —Se movió como si fuese a rodearle, entonces se detuvo, y miró alrededor del pasillo como si estuviese buscando a algo o a alguien—. Yo, eh, estaba buscando a… a…

—¡Knightley! —Esa voz debía de ser la del magistrado Frank Churchill—. Por Dios, ¿ve esto?

Ese fue el momento en el que quedó indiscutiblemente claro que una conversación privada e importante estaba teniendo lugar a solo una habitación de distancia. El momento en el que la educación exigía que cualquier persona cercana se retirase a algún lugar donde no pudiese escuchar a escondidas.

Jonathan no se movió.

La señorita Tilney tampoco.

Se quedaron mirándose fijamente durante unos segundos de más. Era una de las pocas veces en su vida en las que Jonathan supo que alguien pensaba exactamente lo mismo que él.

Juliet Tilney sentía tanta curiosidad por el asesinato como él. Ese era el tipo de cosas que ninguno de los dos debía admitir jamás en voz alta.

Tampoco tenían que hacerlo. Estar allí de pie era admisión suficiente.

La señorita Tilney pareció decidirse a la misma vez que Jonathan. Se apoyaron lado a lado en la puerta más cercana, ansiosos por escuchar de lo que estaban hablando.

Capítulo siete

Al parecer, Frank Churchill levantaba la voz lo bastante alto la mayor parte del tiempo. Eso no hablaba muy bien de su discreción, pero Juliet descubrió que gracias a ello era mucho más fácil escucharle a través de la puerta de la armería.

—Mire esto —le estaba diciendo a Knightley, quien pensaba que era la única otra persona con él en la sala—. Fuera de su sitio, lo dejaron en el suelo, un arma mortal como la que nos habíamos imaginado. Demasiado pesada para que la alzase una mujer, lo que ya nos da una pista clara.

—Sí, ciertamente. —Pero Knightley no parecía convencido—. Sin embargo, he de decirle que se suele caer de su montaje en la pared. Tenemos que arreglarlo.

¿De qué podrían estar hablando? Juliet ardía de curiosidad. Miró a Jonathan Darcy, preguntándose si él lo sabría, pero este seguía atento a la conversación que estaba teniendo lugar tras la puerta.

—Entonces los sirvientes lo saben —dijo Churchill—. Saben que el mazo está aquí y que nadie causaría un revuelo si este se encontrase fuera de su sitio…

—¿Por qué lo devolverían a la armería y no lo volverían a colgar en su sitio? —replicó Knightley—. Si lo hubiesen usado en un asesinato el arma debería estar en su sitio o totalmente oculta.

Esa objeción le parecía razonable a Juliet, pero Frank Churchill no abandonaría su teoría tan fácilmente.

—Quizás lo intentaron y se volvió a caer. *Algo* debe haber cambiado en esta sala, señor Knightley.

—En eso estoy de acuerdo. —Por su tono de voz estaba claro que

Knightley lo dijo a regañadientes. ¿Por qué dudaría?

No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello porque Churchill llamó a los alguaciles.

—¡Cooper! ¡Spaulding! Vengan a ver esto.

Juliet se habría avergonzado por huir de allí corriendo si Jonathan no hubiese estado a su lado.

La mejor habitación y la más cercana a la que podían huir resultó ser la sala de billar. A esa hora ninguno de los caballeros estaría allí jugando, y era un espacio que no servía para nada más. Jonathan cerró la puerta a su espalda y Juliet suspiró aliviada.

Entonces se dio cuenta de que estaba en una habitación cerrada a solas con un joven, una situación que podía llevar a una dama a la ruina, especialmente a una que aún no estaba casada. Pero Juliet estaba segura de la caballerosidad del señor Darcy, y también sabía que podrían salir de allí sin que los viesen. Lo que quizás no era un plan sin fisuras. Tan solo esperaba que nadie lo supiese nunca.

—¿Qué piensa de todo esto? —comenzó—. No me creo para nada las teorías del señor Churchill.

Al principio Jonathan parecía desconcertado por su franqueza. Pero su curiosidad, al igual que la de ella, superó rápidamente el decoro.

—Yo tampoco. Es preocupante lo rápido que ha empezado a sospechar del servicio. Nadie del personal de Donwell tenía ningún motivo para hacer daño al señor Wickham. En cambio, prácticamente todos los invitados tenían uno. La desconfianza de Churchill hacia las clases bajas es bastante normal, pero creo que es infundada, particularmente en este caso.

—Estoy de acuerdo. —Ambos lo habían admitido así que Juliet no creía que fuese a pasar nada malo por añadir algo más—. Si dejan la investigación en manos del señor Churchill siento que no existe ninguna garantía de que se vaya a hacer justicia. En cambio, colgarán a algún pobre sirviente por el crimen que otra persona ha cometido.

Pensó en Hannah siendo arrastrada a la horca. Esa imagen era suficiente para darle escalofríos. No, no podían permitir que por pereza culpasen a alguien que no sería capaz de defenderse.

—El magistrado dudará antes de acusar a alguno de los invitados

al ser amigo de la casa. —Jonathan negó con la cabeza—. Pero debemos averiguar la verdad, sin tener en cuenta las limitaciones que plantea el protocolo. Yo nunca he sido especialmente hábil al… al limitarme. Así que al menos sé que estoy listo para esta tarea.

Parecía casi avergonzado. Juliet no entendía el porqué; podía ser raro, sí, pero no difícilmente era insultante. Entonces recordó que ella misma se había sentido ofendida por sus palabras, que había sospechado que era un presumido. Sus suposiciones ignorantes ahora la avergonzaban. Jonathan Darcy claramente era una persona muy inteligente y tenía un gran sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Esos rasgos eran la forma correcta de evaluar su carácter, mucho más que una conversación inteligente antes de la cena. Juliet decidió no volver a juzgar tan severamente a nadie de forma tan precipitada.

Su sentido de la vergüenza no pasaba por alto la posibilidad de que Jonathan Darcy, como la mayoría de los caballeros, pudiese hacer ciertas suposiciones de ella a su vez, suposiciones que no podían permitirse si querían resolver este asesinato.

—Le ayudaré —dijo. Jonathan alzó una ceja, pero ella no se dejaría amedrentar—. No puede hacer esto solo.

—¿Por qué no podría?

—¿Se da cuenta de que interrogarán a las mujeres, al igual que a los hombres? Hay preguntas que yo puedo hacerles a las damas de Donwell Abbey que usted nunca podrá.

Eso era innegable, pero Jonathan Darcy no lo tenía del todo claro.

—Desde luego, investigar un asunto tan horripilante sería algo demasiado perturbador para usted.

—No más que encontrar un cadáver —señaló Juliet—, y ya he sobrevivido a eso.

La mayoría de los caballeros habrían ignorado ese hecho (aunque fuese innegable) y la habrían ignorado. Jonathan no lo hizo. En vez de eso, asintió.

—Cierto, señorita Tilney. Comencemos.

Cuando la visita del magistrado llegó a su fin, Knightley estaba aún más cansado que antes. Una reacción de lo más común cuando se trataba de Frank Churchill, pero después de una noche en vela, Knightley había pensado que nada podría agotarlo mucho más. Se había equivocado.

O quizá estaba aún más desanimado por haber visto a los alguaciles arrastrando ese bulto pesado y envuelto en mantas hacia la carreta de la prisión. *Y pensar*, musitó, *que ayer ese bulto era un hombre, caminando, hablando, respirando… burlándose del resto, traicionando…*

—¿Knightley? —El señor Churchill llevaba su sombrero entre las manos—. ¿Se encuentra bien?

¿Cuánto tiempo llevaba ahí de pie mirando fijamente al cuerpo? Knightley se recompuso.

—Discúlpeme. Es difícil de creer y, a la vez, también es difícil pensar en nada más.

Churchill finalmente hizo la pregunta que debería haber hecho desde el principio.

—¿Cuál era su relación con el difunto señor Wickham?

—Mi hermano le debía una gran suma de dinero —expuso Knightley.

—Eso he oído —dijo Frank Churchill, confirmando que el rumor del plan financiero y su posterior fracaso había llegado hasta Highbury—. ¿Pero por qué habría de llevar eso a Wickham hasta su puerta?

Knightley dudó, pero justo en ese instante Emma se plantó tras ellos y fue ella la que respondió por él.

—Oh, John sin duda le habló a Wickham de la fortuna de su familia cuando este le pidió más fondos prestados para comprar más acciones. Wickham parece ser el tipo de persona que acosa a quien tenga que acosar para poder conseguir aunque sea un único chelín. —Suspiró—. John es mi hermano y le adoro profundamente, pero esto, vincularnos a esta tragedia, ha agravado aún más su mayor error.

Todo era cierto, hasta cierto punto, y parecía satisfacer a Frank Churchill. Así que Knightley no añadió nada más.

El señor Churchill continuó hablando.

—Volveré más tarde, por supuesto, una vez que hayamos hecho la

autopsia. Sus invitados deberán permanecer en Highbury hasta que lleguemos al fondo de este asunto. Sus sirvientes también serán interrogados, al igual que el servicio de Donwell Abbey. No me sorprendería averiguar que no todos los caballeros eligen con tanta cabeza a los miembros de su servicio como usted, Knightley.

¿Era simple esnobismo eso de pensar tan alegremente que el culpable era tan solo un mero sirviente? ¿O era simplemente que no era capaz de decir la alternativa en voz alta porque eso sería ir en contra de las normas de la sociedad? Knightley estaba demasiado cansado como para preocuparse por ello.

En cuanto Frank Churchill se hubo montado en su caballo y marchado cabalgando, Knightley volvió a la casa. De alguna manera aún tenía responsabilidades como anfitrión y aquello continuaba siendo una fiesta. Había que mantener la ilusión de estar disfrutando de ella.

En la sala de billar, la señorita Tilney se había sentado en una de las sillas que había contra la pared. Había que sentarse para mantener una conversación, tal y como Jonathan sabía. Desde luego, no debían abandonar *toda* propiedad, incluso con su nueva misión.

Sin embargo, a Jonathan normalmente le resultaba complicado quedarse sentado durante los momentos cargados de emociones o en los que necesitaba pensar intensamente. Sus padres le habían pedido que controlase ese hábito tan poco elegante, y él lo había intentado, pero en aquel momento esa tarea se escapaba de su control. Recorrió la habitación como un león encerrado, esperando que la señorita Tilney no le tachase de maleducado.

—Creo que usted no tiene ningún motivo para querer matar al señor Wickham —comenzó—. No le conocía hasta hace dos días y ¿hasta donde usted sabe no tiene ninguna conexión con su familia? —La señorita Tilney negó con la cabeza—. No tenía un motivo, entonces. Y tampoco habría dado la voz de alarma de la forma en la que lo hizo si hubiese sido la culpable.

—Ciertamente, no. También está claro que usted es inocente, señor

Darcy.

—Sí, el mozo de cuadra es testigo de que me encontraba con él en la hora en la que se cometió el asesinato.

—Eso también —dijo—, pero es su comportamiento el que me convence de su inocencia. Si fuese el culpable apoyaría las teorías del señor Churchill sobre el servicio, y no las negaría. Por lo tanto ninguno de nosotros es sospechoso. ¿Quién más?

—La aversión que el capitán Wentworth le profesaba era evidente para todos —respondió Jonathan—. Y la señora Wentworth… —¿Era descortés decir lo que una mujer había estado haciendo fuera de su dormitorio en medio de la noche? Sin duda. Pero cuando la educación y la investigación se enfrentaban, y el riesgo era tan alto, debía escoger la verdad—. La vi a través de las ventanas del primer piso, aunque no era la ventana que daba a su dormitorio. Cerca de la hora del asesinato.

—Esa información la exime más que otra cosa —declaró la señorita Tilney—. Su información demuestra que la señora Wentworth no se encontraba en la galería o en la planta principal en aquel momento… aun así, estaba despierta, ¡y en una hora tan extraña!

Jonathan evaluó todo lo que sabía una y otra vez, del derecho y del revés.

—No sé nada que relacione a Wickham con los Bertram —dijo—. Tampoco es que ninguno, ni él, ni ellos, insinuasen tal cosa. Wickham, por supuesto, ha importunado enormemente a los Knightley, y el señor Bertram y el señor Knightley son primos, aunque lejanos. Parece poco probable que eso incite a un hombre a cometer un asesinato.

—Estoy de acuerdo —dijo la señorita Tilney lentamente—. Aunque el comportamiento de la señora Bertram ha sido bastante extraño.

La tímida y delicada señora Bertram parecía la persona menos probable del mundo para ser responsable de un asesinato, pero Jonathan no tenía ninguna razón para ser maleducado y rechazar de lleno esa sugerencia.

—Después tenemos a los Brandon. Mientras que el coronel no ha admitido conocer al señor Wickham, sí que le preguntó a Knightley su nombre de pila por algo. Aunque quizá se debiese a que el nombre le era familiar aunque el hombre no lo fuera.

La señorita Tilney parecía escéptica, pero después habló.

—¿Y supongo que no podemos excluir a ninguno de los otros invitados?

Jonathan quería insistir en que sus padres estaban completamente exentos de sospecha. Eran los Darcy de Pemberley y, más que eso… sus padres jamás cometerían un acto así. ¿Pero Juliet Tilney sería capaz de creerle?

—Debemos investigar a todo el mundo —se limitó a decir—. Nuestras conjeturas no valen nada si no tenemos pruebas.

A pesar de su considerable tamaño, Donwell Abbey parecía, en su mayoría, un hogar moderno, cálido y acogedor. Casi no había ninguna habitación que no estuviese iluminada por la luz solar o que no tuviese al menos un cómodo lugar donde sentarse a leer o a hablar.

El coronel Brandon había encontrado una de las que no.

Quizá en su época papista hubiese sido una sala de oración. En cualquier caso, era pequeña y gris, sin aire y con una sola pequeña ventana que daba a los establos, cerca de los dormitorios de los invitados en la primera planta. Brandon la había descubierto la noche anterior, y había agradecido hacerlo entonces, por razones que nunca podría haber predicho. Ahora estaba incluso más agradecido por ello, ya que le otorgaba la oportunidad de quedarse allí solo y sin que nadie le encontrase. Incluso Marianne no sería capaz de encontrarle allí.

Ansiaba tanto su presencia como su ausencia. Quería desahogarse con ella al igual que consagrarse a mantener el silencio entre ellos para siempre.

Pero Brandon todavía no estaba listo para pensar en ese *para siempr*e. Su matrimonio estaba en peligro —la vida estaba en peligro—, y le resultaba difícil pensar más allá de lo que sucedería en un par de días.

Si volvía la vista atrás, eso era más sencillo, aunque aún dolía.

No debería haberme casado con ella, pensó, recordando la primera vez que la había visto cuando aún era una joven alegre, tan parecida a

su difunta Eliza y a la vez tan completamente distinta, totalmente ella misma. *Willoughby ya estaba perdido para ella, pero sin duda habría encontrado el amor en otro hombre. Alguien más joven, más encantador, más capaz de entusiasmarse con ella. Pero no podía abandonar mis tontas esperanzas, y ellas nos han traído hasta aquí.*

El magistrado acababa de marcharse y seguramente volvería pronto para reanudar su investigación. ¿Qué parte de la verdad debía revelar Brandon?

Juliet pensaba que era raro, lo *poco* extraño que le resultaba estar a solas son Jonathan Darcy. Desde luego, con cualquier otro joven aparte de sus hermanos, el pudor terminaría por superarla (o, al menos, eso se esperaría que pasase). Pero él no se comportaba de manera distinta con ella que con el resto. Era un nuevo escenario para ella, el que un hombre la tomase tan en serio, incluso uno tan cercano a su edad.

Sus pensamientos eran mucho más claros.

—Debemos plantearnos nuestros interrogatorios de una forma mucho más metódica. —El señor Darcy había empezado a dar vueltas por la sala de nuevo. Era un hábito bastante peculiar que tenía, pero Juliet se dio cuenta de que no le importaba. Se comportaba como siempre, inalterable—. Debemos poner orden dentro de toda esta confusión.

Juliet no lo habría dicho así pero estuvo de acuerdo.

—Debería escribir algún tipo de plan. ¿Quizá lo pueda revisar tras la cena?

Él frunció el ceño.

—¿Dónde?

Juliet ya se había dado cuenta de que el lugar que eligiesen podría levantar sospechas.

—Junto al resto de invitados, a plena vista.

Una mirada sobre los invitados de Donwell Abbey en relación con el fallecimiento del señor George Wickham

Señor George Knightley: su hermano le debía una cuantiosa cantidad de dinero al señor Wickham, quien tenía intención de cobrarla en breve.

Señora Emma Knightley: mismo caso que el anterior, y debe tenerse en cuenta que su hermana está casada con el hermano del señor Knightley, así que son familiares tanto políticos como consanguíneos.

Coronel Christopher Brandon: no se conoce ninguna motivación pero este sentía curiosidad por el señor Wickham por razones aún desconocidas.

Señora Marianne Brandon: no se conoce ninguna motivación pero no se la puede descartar por completo hasta que descubramos el porqué de la curiosidad de su marido hacia el señor Wickham.

Señor Edmund Bertram: no se conoce ninguna motivación.

Señora Fanny Bertram: no se conoce ninguna motivación pero no se la puede descartar por completo debido a su extraño comportamiento antes y después de la muerte.

Capitán Frederick Wentworth: había perdido casi toda su riqueza por culpa del señor Wickham y estaba enormemente enfadado por ello.

Señora Anne Wentworth: su fortuna se vio comprometida por la pérdida del capitán Wentworth.

Señor Fitzwilliam Darcy: cuñado del señor Wickham que fue el causante de muchos conflictos familiares.

Señora Elizabeth Darcy: cuñada del señor Wickham.

Juliet paró de escribir ahí. Por la manera en la que la señora Darcy le había hablado a Wickham la noche en la que llegó sospechaba que el hombre la había hecho mucho más daño a ella que a su marido. Pero no servía de nada especular cuando Jonathan Darcy sabría sin duda la respuesta.

Se sentó en la sala de estar, donde todos se habían reunido tras la cena. Los ánimos estaban apagados, incluso tristes, como se esperaba. No había música ni juegos que sirviesen en una ocasión como aquella. En vez de eso, todos estaban sentados con sus libros o periódicos en mano, pasando las páginas a destiempo, con la mirada perdida. Juliet se había hecho con el escritorio para «escribirles una carta a sus padres». (No tenía intención de volverles a escribir tan pronto, pero nadie allí presente necesitaba saberlo). Ahora observaba su trabajo, preguntándose cuál sería la mejor forma de comunicarle esa información a su nuevo cómplice.

Entregársela en mano estaba completamente fuera de sus opciones, atraería demasiado el peor tipo de atención. Un intercambio más clandestino también tenía sus riesgos. Ninguna joven respetable escribiría a un hombre soltero a menos que estuviesen comprometidos. ¡Y suponer eso después de que hubiese conocido al joven señor Darcy hacía solo tres días! Todos los presentes se quedarían conmocionados.

Quizá incluso ella lo estaría. El plan de acción más correcto sería que destruyese la carta y actuase como si la conversación que había mantenido con Jonathan Darcy nunca hubiese ocurrido. Ciertamente, su actual tarea no se podía considerar adecuada.

Juliet volvió a bajar la mirada a su carta. Sería tan sencillo arrugarla, decir que se había manchado de tinta y no volver a pensar en ello. El joven señor Darcy continuaría solo.

Se guardó la carta.

A ella le parecía lógico que interviniera en el descubrimiento de la verdad. Juliet era la única invitada en Donwell Abbey que parecía objetiva con el señor Wickham, además del joven señor Darcy. El magistrado estaba ocupado con sus propias teorías ilógicas sobre quién era el culpable. Nadie del servicio parecía ir a tomar cartas en el

asunto para resolverlo. Eso dejaba solo a Juliet.

¿Qué es más impropio, les preguntó a sus padres en su mente, *intentar descubrir la verdad sobre un asesinato o dejar que el asesino salga impune?*

Jonathan Darcy echó un vistazo por la sala, algo nada fuera de lo común, pero que llamó su atención. Si se acercaba a ella…

Rápidamente, al final de la carta añadió: *La armería, medianoche.*

Juliet sopló para secar la tinta de la última línea, y después dobló la carta como si fuese a enviarla. En el momento en el que terminó, el joven Darcy se dirigió directamente hacia su escritorio. Ella empujó la carta hasta el borde, de donde los dedos del joven la tomaron con destreza. El papel había desaparecido dentro de su bolsillo antes de que hubiese llegado a la esquina.

He mantenido correspondencia con un hombre soltero, pensó Juliet. *Qué impropio de una dama.*

Es una tragedia para la moral pública que algo tan impropio de una dama sea tan… emocionante.

Capítulo ocho

Jonathan habría fijado una hora de encuentro mucho antes de la medianoche. Aunque los Knightley eran lo suficientemente ricos como para mantener todas las velas encendidas, lo que permitía la actividad nocturna, los invitados de Donwell Abbey no habían aprovechado esa oportunidad esta noche. Nadie tenía ganas de jugar a las cartas; nadie conseguía centrarse en sus lecturas. Por eso todos habían regresado a sus habitaciones cuando el reloj había dado las diez de la noche, haciendo demasiado larga la espera.

Al llegar a la armería vislumbró el pálido parpadeo de la luz de las velas a través de la puerta abierta. Cuando entró, fue recibido por la imagen de Juliet Tilney, con un candelero en la mano y con un grueso pañuelo sobre el camisón. Jonathan, que no se había cambiado de ropa, se sonrojó.

Habría necesitado la ayuda de una doncella para quitarse el vestido, se recordó. *La señorita Tilney no tenía más remedio que seguir con nuestra investigación con su ropa de cama.*

¿Debería llevarla yo también en el futuro? ¿Como una cuestión de cortesía, para que no estuviese sola ante tal apuro?

—Ahí está —dijo la señorita Tilney—. Bajé hace unos minutos, en cuanto todo el servicio estuvo acostado.

¡El servicio! Jonathan no había pensado la diferencia de sus horarios con los del personal. Haber previsto el encuentro a medianoche había sido, en efecto, lo mejor.

—¿Ha encontrado algo? —dijo en cambio.

—He estado examinando el mazo.

—¿No se lo llevaron como prueba?

Ella negó.

—Se sospecha que es el arma que usaron, pero no están seguros, lo que nos viene muy bien. Es el único que hay en la armería, y por lo tanto tiene que ser del que estaban hablando el señor Churchill y el señor Knightley. —Hizo un gesto con la mano en la que llevaba la vela. Su luz vacilante iluminó la superficie. Aunque fuese una reliquia medieval, las púas del mazo seguían brutalmente afiladas—. El señor Churchill pensaba que ninguna mujer sería lo suficientemente fuerte como para alzar un arma así, pero está equivocado —dijo.

Jonathan frunció el ceño.

—Debe pesar unas veinte libras.

—Lo mismo que un niño de un año, y las mujeres los llevan en brazos normalmente. —Para demostrarlo, la señorita Tilney agarró el mazo; aunque estaba claro que pesaba demasiado para ella, era perfectamente capaz de sostenerlo. Mientras que lo dejaba de nuevo en la posición en la que lo había encontrado, añadió—. Además, las mujeres que trabajan en las granjas cargan con cubos de leche, portan guadañas y hacen tantas otras tareas que se considera que las mujeres de más alcurnia son incapaces hacer. Pero, como acaba de ver, somos más que capaces.

Él no lo había considerado.

—¿Pero una mujer recurriría a un arma tan violenta?

La señorita Tilney se ciñó más el pañuelo sobre los hombros.

—De eso no estoy tan segura. Tendría que estar demasiado asustada o enfadada.

Sin embargo, Jonathan había empezado a darse cuenta de que esa línea de investigación no les serviría de nada.

—Esta no puede ser el arma del crimen. Lo afiladas que están las púas…

—Habría hecho mucho más daño del que se le hizo al señor Wickham. Creo que tiene razón. Esta es otra de las falsas suposiciones del señor Churchill.

Por lo tanto aún tenían que encontrar el arma del crimen. ¿La había conservado el asesino?

—Deberíamos volver a investigar la galería —dijo Jonathan—. Los alguaciles actuaban bajo las órdenes del señor Churchill, y puede que

no buscasen a conciencia un arma como deberían haber hecho, creyendo que ya la habían encontrado.

—Hay pocos sitios donde se podría esconder algo así en la galería —dijo la señorita Tilney, pero asintió—. Aun así, es un punto de partida.

La galería apestaba al jabón que había usado el servicio para limpiar la sangre del suelo. Por lo demás, Jonathan observó que la sala mostraba signos de un día de abandono: velas sin cortar, algo de polvo en los bustos. No podía culpar a las criadas de no querer pasar tiempo en esa galería, ni por suponer que ninguno de los invitados tampoco lo haría. Le inquietaba pensar en que el cadáver de su tío había yacido allí unas horas antes.

Mientras la señorita Tilney recorría la sala descalza, examinando cada rincón, Jonathan tenía que admitir que no se podía ocultar ningún arma allí. Tan solo había unas pocas sillas colocadas contra la pared, ninguna tapizada, todas despojadas de cojines. No se podía ocultar nada ni dentro ni detrás de ellas. Aunque en la galería sobre todo había cuadros, también se alzaban algunas estatuas sobre pilares. Estas tampoco otorgaban ningún escondite. Y no tenía sentido sacudir las cortinas ya que sabía que los alguaciles ya se habían ocupado de eso.

La señorita Tilney se detuvo, conteniendo un grito. Jonathan se acercó corriendo a su lado.

—¿Qué sucede?

—He pisado algo. —Parecía avergonzada por su arrebato al agacharse para recoger el objeto del suelo, justo al lado de la pared—. Es bastante pequeño, pero me ha arañado.

Cuando lo sostuvo a la luz de la vela, Jonathan se dio cuenta de lo que era.

—Parte de un sello de lacre. Roto.

Ambos se acercaron a estudiar las marcas del sello. Podría haber sido una floritura anónima, pero no lo era.

—Parece una letra E, aunque está partida por la mitad —dijo la señorita Tilney—. Sin duda es de la señora Knightley. Creo que su nombre de pila es Emma.

Jonathan negó con la cabeza.

—Su pulgar.

Los ojos de la señorita Tilney se abrieron como platos al reconocer lo que había visto: lascas de lo que parecía ser sangre seca.

—Los sirvientes habrían encontrado y retirado cualquier cosa que se haya dejado caer por error en la habitación antes de anoche —dijo—. Y tampoco creo que la señora Knightley acostumbre a escribir sus cartas aquí. Esto, y la presencia de sangre, si es que es sangre, me sugieren que este sello se le cayó o al asesino o a la víctima.

—¡Quizá la carta a la que pertenece este sello sea el motivo del asesinato! —Se mordió el labio inferior mientras pensaba en ello. Era una expresión inesperadamente atractiva—. Veamos. Está Emma Knightley. ¿El nombre de pila del señor Bertram no es Edmund?

—Lo es. —Jonathan tenía buena memoria para los detalles—. Y creo que el apellido de soltera de la señora Wentworth era Elliot. Si la carta provenía de alguien de su familia, ese sello podría ser suyo.

—¿Alguien más?

Había, por supuesto, algo que Jonathan odiaba admitir.

—Mi madre —admitió finalmente—. Se llama Elizabeth.

Sus miradas se encontraron.

—Ah —dijo la señorita Tilney—. Bueno, entonces quizá sabría cómo es su sello…

—Esto es ridículo. —Jonathan le dio la espalda—. Mi madre no es una asesina. Nunca se habría rebajado a cometer tal cosa.

Había visto anteriormente sus nombres en la carta de Juliet que exponía a los sospechosos pero había asumido que incluirles era una mera formalidad. Por lo visto no era así.

La señorita Tilney se plantó en su campo de visión, con la barbilla levantada.

—Dijimos que no deberíamos excluir a nadie de nuestra investigación.

—Solo quería remarcar la inocencia de mis padres más allá de toda duda. No pueden ser culpables. —Eso tenía que ser cierto. Jonathan sabía lo mucho que les desagradaba Wickham, mucho más que la señorita Tilney, sabía que habían discutido, sabía que alguien había salido hecho una furia de su dormitorio, pero nada de eso importaba. No podía importar. Jonathan reconocía que su razonamiento no era

natural, pero también sentía que su conclusión era correcta.

—Sea como fuere —dijo, endiabladamente segura—, *no podemos* establecer su inocencia si usted no lleva a cabo la investigación hasta el final. No se puede negar que sus padres eran los que conocían al señor Wickham desde hacía más tiempo de entre todos los aquí presentes, y que su relación parece haber sido objeto de grandes conflictos. Sus padres son sospechosos claros; se les debe interrogar. Debe aceptarlo o nunca conseguirá hallar la verdad.

Cuando Jonathan se encontraba en situaciones difíciles y cargadas de emoción solía perder la compostura. No su temperamento, como otros hombres; le invadía la necesidad de estar en silencio y a solas. Una vez solo, se mecía de un lado a otro, hacia delante y hacia atrás, hasta que sus pensamientos volvían a tener sentido. Hasta entonces, no podía hablar.

Así que se giró sobre sus talones y se apartó de Juliet Tilney, la luz de las velas se atenuó a su espalda hasta que volvió a estar rodeado por la reconfortante y secreta oscuridad.

Juliet no sabía si debía estar enfadada con Jonathan Darcy porque la hubiese abandonado o comprender lo angustiado que estaba por esta investigación. Parecía que su corazón tenía espacio suficiente para ambas emociones.

De cualquier modo, su comportamiento hacía que no pudiese seguir con su investigación. Y ahora era de ella, al parecer, más que de los dos. Estaba sola.

Al principio esta pérdida solo aumentó su determinación. Si el joven señor Darcy consideraba que su familia estaba demasiado por encima como para ser interrogada, bueno, entonces…

Bueno, entonces todas las personas refinadas estarían de acuerdo con él.

Es una suerte para el servicio de Donwell, decidió Juliet, *que al parecer yo no sea tan refinada.*

Frank Churchill regresó a la mañana siguiente animado, no de forma

indecorosa, pero no coincidía con el ambiente sombrío de Donwell Abbey.

—Bueno, bueno —dijo en voz demasiado alta para estar en el vestíbulo mientras aplaudía—, terminemos con este asunto, ¿eh? Capitán y señora Wentworth, creo que debería empezar con ustedes, como ya nos conocemos de antes, ¿quizá sea menos violento de ese modo?

Nadie parecía estar de acuerdo. La señora Wentworth, en particular, se puso bastante pálida; y su mano se aferró a la barandilla más cercana en vez de al brazo de su marido, aunque lo tenía igual de cerca. Pero tampoco nadie se opuso.

La preocupación de la señora Wentworth le otorgaba una oportunidad a Juliet.

—Si me lo permite… estaría dispuesta a sentarme junto a la señora Wentworth mientras da su testimonio —se aventuró.

—Por supuesto —dijo el señor Churchill—. Sí, una dama necesita apoyo en estos momentos tan difíciles.

La señora Wentworth le dedicó a Juliet una sonrisa tímida y agradecida, una que le clavaba una espina de culpa en su conciencia. Rebajarse a semejante engaño… ¿no era indigno de ella?

La alternativa, se recordó, era que algún sirviente inocente terminase en la horca. Una vida valía más que un pequeño engaño.

Los interrogatorios del señor Churchill se llevaron a cabo en el estudio del señor Knightley, el lugar más privado de la casa y, por lo tanto, el sitio idóneo para la tarea. Anne Wentworth tomó asiento en una de las sillas bordadas con Juliet a su lado. Haciendo honor a su papel como magistrado, el señor Churchill se sentó ante el escritorio de Knightley. Aunque había otros asientos libres, el capitán Wentworth se dedicó a recorrer la habitación como un león enjaulado, lentamente, pero revelando la incomodidad que intentaba ocultar.

Cualquier sospechoso de asesinato estaría incómodo, se recordó Juliet. Si ella hubiese estado entre los sospechosos, probablemente se habría desmayado. Pero esa preocupación del capitán Wentworth la impresionó bastante.

—Realmente solo hay una pregunta que tengo que hacerle —dijo

el señor Churchill. Incluso entonces seguía sonriendo—. Perdonen mi falta de delicadeza. ¿Alguno de ustedes salió de su dormitorio en el periodo desde que se fueron a dormir al caer la noche y oyeron los gritos de la señorita Tilney?

A la pregunta le siguió el silencio, que duró lo suficiente para que la tensión aumentase bajo la piel de Juliet.

Después Wentworth habló.

—Yo sí —admitió—. No puedo precisar la hora, pero no mucho antes de que la señorita Tilney diese la voz de alarma. Quizá quince minutos, o un poco menos.

La sonrisa del señor Churchill desapareció.

—¿Con qué fin?

—Mera inquietud —dijo el señor Wentworth mientras seguía caminando por la sala. Ciertamente era un hombre inquieto—. No quería molestar a nadie, especialmente a mi mujer. Así que me dediqué a recorrer los pasillos. Dudo que nadie me oyese, ya que intenté ser lo más silencioso posible.

—¿Y no escuchó nada fuera de lo común? —preguntó el señor Churchill—. ¿Ningún ruido extraño o algo así? ¿No vio a nadie por los pasillos? —Parecía pensar que los Wentworth eran más testigos que posibles sospechosos.

Wentworth tardó unos segundos en responder.

—Bueno, escuché pasos. Pero me quedé en el primer piso. Cualquiera podría haber estado en la planta baja, de hecho, alguien estuvo. No pensé en ello hasta que escuché a la señorita Tilney gritar.

Podría haber escuchado al asesino, pensó Juliet, *o los últimos pasos del señor Wickham… o puede que solo fuese yo yendo a la letrina.*

O podría estar mintiendo, intentando desviar nuestra atención hacia otra persona.

El señor Churchill entonces se volvió hacia Anne Wentworth; cuando sus miradas se encontraron, ella dio un pequeño respingo. Juliet le tendió su mano.

—¿Y usted, señora Wentworth? —preguntó—. ¿Qué estaba haciendo en este cuarto de hora? ¿Salió del dormitorio también?

Anne se detuvo a pensar por un momento antes de negar.

—No lo hice. Había ruido en la planta de arriba, pero no creí

necesario investigarlo.

—¿Ha dicho en «la planta de arriba»? —El señor Churchill frunció el ceño—. Supongo que querrá decir en la planta de abajo.

—Quiero decir la de arriba, la segunda planta —insistió Anne—. Puede que fuese alguien del servicio y probablemente el sonido no estuviese relacionado con los sucesos grotescos que ocurrieron en la galería. El caso es que no importa, porque permanecí en la cama, intentando dormir.

Pero Jonathan Darcy había visto a la señora Wentworth por la ventana. Juliet le creía.

Eso significaba que la señora Wentworth estaba mintiendo.

Jonathan ocupó su lugar en el pasillo cerca del estudio, esperando a que saliesen los demás. Quería ofrecerse a ser una especie de secretario para el señor Churchill durante la investigación, ya que era el único varón que podía demostrar su inocencia, estaba en un buen lugar para ejercer ese papel. También le daría acceso a los interrogatorios.

Pero estos habían empezado antes de lo que Jonathan había previsto, lo que significaba que acababa de perder su primera oportunidad. Una pena…

Entonces se abrió la puerta del estudio y salieron los Wentworth, pálidos. Tras ellos estaba el señor Churchill, que olfateó el aire con satisfacción.

—¿Quién puede resistirse al aroma del café?

Emma Knightley, que estaba cerca de la puerta del comedor, le llamó.

—¡No necesita resistirse! Venga, Frank, y sírvase usted mismo.

Parecía que el señor Churchill no vio ningún motivo para seguir ejerciendo de magistrado cuando había café de por medio. Se encaminó hacia el comedor justo cuando Juliet Tilney salía del estudio. De alguna manera se las había apañado para estar presente en el interrogatorio. Jonathan tuvo que contener una sonrisa al darse cuenta de su astucia.

La señorita Tilney parecía no tener problemas para no sonreírle a él.

—Señor Darcy —dijo con frialdad—. Había pensado que ya no tendría interés en estos asuntos.

—Me ha malinterpretado —respondió Jonathan—. No pretendía…

Se detuvo y echó un vistazo al pasillo. Los Wentworth habían subido las escaleras. No había nadie más cerca.

—¿No pretendía qué? —dijo la señorita Tilney—. ¿Hablar de más sobre sus padres?

—Ellos también son sospechosos. Lo sé. Pero… me resulta difícil pensar en ello. —¿Cómo podía explicarse? A Jonathan le habían enseñado muchas maneras de ocultar o suprimir sus instintos. Pero, aun así, deseaba contarle a la señorita Tilney la verdad—. Cuando estoy… preocupado o sobrepasado necesito moverme. Es como si no pudiese pensar con claridad hasta hacerlo durante un rato. No sé por qué, pero siempre ha sido así conmigo.

Ella frunció el ceño, más de forma inquisitiva que desaprobatoria.

—¿Quiere decir que necesita caminar por la sala? ¿Como hace el capitán Wentworth?

Jonathan negó con la cabeza.

—Lo que más me ayuda es… —Sentía cómo se estaba sonrojando—. Sentarme y mecerme hacia delante y hacia atrás. Como si estuviese sentado en una mecedora. Aunque cualquier silla me valdría.

Sus hábitos les habían preocupado a sus padres toda su vida. Para el resto del mundo, habían sido motivo de desprecio. Los oídos de Jonathan aún ardían con algunos de los insultos que le habían dedicado en la escuela. La señorita Tilney estaría desconcertada o se reiría de él; sus humildes esperanzas estaban puestas en la primera opción.

En vez de eso, ella simplemente habló.

—No era necesario que se marchase para hacerlo. No me habría importado.

Jonathan se preguntaba si ella no le había escuchado. ¿O quizás era él el que la había oído mal?

—¿No le habría importado?

—Es peculiar, por supuesto —dijo la señorita Tilney—, pero mi

madre me suele decir que la mayoría de las personas lo son, una vez que las conoces. La única diferencia radica en lo bien que ocultamos nuestras rarezas. Su hábito parece inofensivo.

—Estoy bien —dijo Jonathan. No quería hablar más sobre el tema en ese momento o quizá nunca más. Aunque Juliet aceptase sus rarezas, era algo con lo que no estaba familiarizado. Y tampoco estaba seguro de que pudiese confiar en ello. Ella se lo había dicho sin haberle visto nunca mecerse; si alguna vez se atrevía a hacerlo frente a ella, su reacción puede que no fuese la misma que ella esperaba o había prometido.

Al mismo tiempo… era alentador que no pensase que era idiota. Que al menos estuviese dispuesta a intentarlo.

Bajando la voz, continuó hablando.

—¿Me contará lo que ha pasado con los Wentworth?

—Desayunemos antes —dijo la señorita Tilney—, para que nadie piense que nos comportamos de forma extraña, y así no tendremos hambre. Siempre es desagradable tener que pensar con el estómago vacío. Después, se lo contaré todo.

El resto de los invitados de Donwell Abbey puede que no hubiesen notado si Juliet y Jonathan no aparecían para desayunar. No comieron todos en la misma mesa, así que la presencia o ausencia de cualquiera tampoco habría importado demasiado.

De hecho, nadie se dio cuenta de que faltaban el coronel Brandon y su mujer.

En su dormitorio, el coronel Brandon estaba comprobando en exceso su abrigo, como si estuviese a punto de presentarse ante el rey. Marianne, ya completamente vestida, estaba sentada en el borde de la cama, llorando.

—No puedes —suplicó, por décima vez aquella mañana—. Prométeme que no lo harás.

Brandon se volvió hacia ella, y el dolor que pudo ver en su mirada resonó con el de su alma. Incluso si Marianne no le amaba, o no podía amarle, como había amado a Willoughby, sí que se preocupaba más

profundamente por Brandon de lo que él se había percatado. Temía tanto por él que, por un instante, consideró no ir, para no herir sus sentimientos.

Pero su sentido del deber era mayor que su compasión.

—Debo hacerlo, Marianne. El honor no exige menos.

Tras el desayuno, para desgracia de Jonathan, sus padres fueron los siguientes en ser interrogados por el señor Churchill. Su inquietud surgía de dos fuentes: en primer lugar, su malestar natural al pensar que sus padres podrían estar involucrados en el crimen; y en segundo lugar, el hecho de que no podía presentarse ante el señor Churchill como un observador neutral. Sin embargo, su madre resolvió sin darse cuenta esto último haciéndole un gesto para que entrase en el estudio con ellos, para que pudiesen responder a las preguntas juntos, como una familia.

Nadie podía evitar lo primero, no hasta que encontrasen al verdadero culpable. Jonathan esperaba que Juliet y él lo pudiesen resolver pronto.

De momento, sin embargo, se vio obligado a tomar asiento en el estudio del señor Knightley, una habitación preciosa que olía a humo de puro, libros antiguos y cuero. Su padre se sentó junto a su madre, con Jonathan justo detrás a un costado. Desde allí podía ver cómo Padre había puesto una mano tranquilizadora sobre el hombro de Madre.

—Parece que ambos conocían al difunto señor Wickham desde hacía más tiempo —dijo el señor Churchill.

Jonathan fue capaz de —casi— quedarse quieto mientras que sus padres volvían a contar la historia. No la había oído tantas veces nunca, y prácticamente nunca como una única historia. No, conocía el pasado de su tío George por partes y en susurros, un comentario suelto de su padre por aquí, una réplica amarga de la tía Lydia allí, la tía Georgiana sonrojada.

La peor parte del interrogatorio fue cuando llegaron a la parte de la historia que Jonathan nunca había escuchado porque él también la

había vivido: la triste historia de su prima Susannah.

—Siempre habíamos querido una hija, ¿sabe?, y aunque tengamos tres hijos, nunca fuimos bendecidos con una niña —explicó su madre. (Jonathan recordaba vagamente a su abuela insistiendo en que nunca había podido tener un hijo porque Elizabeth se había llevado toda la inclinación a ello al nacer. Esto no encajaba con nada de lo que Jonathan sabía de la naturaleza o la religión, pero no era inusual escuchar decir esas absurdeces en boca de la abuela Bennet)—. Mientras que mi hermana y el señor Wickham seguían sin tener hijos y aparentemente les gustaba esa situación. Dada su irresponsabilidad, creía que era algo bueno. Cuando Lydia finalmente dio a luz a una niña, ni a ella ni a Wickham les gustaban los límites que esta nueva situación acarreaba. Al principio Lydia ponía excusas para que Susannah nos visitase. Después era yo la que las ponía. Sus visitas, que se suponía que durarían unas semanas, se terminaban alargando por varios meses. Y pronto yo terminé amándola como si fuese mía.

Jonathan frunció el ceño. Su madre había dicho *yo* en vez de *nosotros*. ¿Es que no todos habían amado a Susannah?

Por un momento la recordó tan claramente como si estuviese a su lado, sentándose junto a la ventana, con sus pies colgando a unos centímetros del suelo. Tenía una sonrisa torcida y divertida, una que no se parecía ni a la de su padre ni a la de Lydia; siempre había sido solo de Susannah. Jonathan nunca había vuelto a ver una sonrisa así, y nunca lo haría.

La pena le cerró la garganta, pero Jonathan la apartó. Necesitaba apoyar a sus padres en esto. Ya tenían problemas suficientes sin tener que preocuparse por él.

El señor Churchill se había quedado inusualmente serio.

—Pero esta niña… ya no está con ustedes.

—Ya no está en este mundo —dijo Darcy. Su padre bien podría haber estado tallado en piedra—. Murió de fiebre mientras estaba bajo la custodia del señor Wickham.

Había más en esa historia, pero nadie se atrevía a contarlo en voz alta. Jonathan creía que era innecesario. Incluso un tipo tan alegre como Frank Churchill podía comprender la profundidad de la ira y el dolor que sentían sus padres. Razón suficiente, sin duda, para cometer

un asesinato.

Además, si Jonathan lo pensaba un rato más, la culpa terminaría sobrepasándole.

—¿Y ambos estaban en su dormitorio la noche del crimen, durante toda la velada? —dijo Churchill simplemente.

—Sí —dijo Madre—, lo estábamos.

—Naturalmente —dijo padre, apoyando la mentira sin sumarse del todo a ella.

¿Estaba Madre mintiendo para proteger a Padre? ¿O era al revés?

Si Churchill le hubiese preguntado a Jonathan si sabía algo que no encajase con la historia, ¿habría mentido? Mentir le resultaba complicado.

Pero Frank Churchill no le preguntó.

Después de oír cómo los Darcy salían del estudio, Juliet se apresuró hacia el pasillo, intentando interceptar a Jonathan. ¿O preferiría que le dejasen solo antes de hablar del tema, para balancearse o hacer lo que quiera que hiciese? Juliet se preguntaba si sería más educado darle un rato a solas. Si uno hacía concesiones a las rarezas, pronto estas dejaban de serlo y se convertían en algo ordinario.

Sin embargo, antes de que pudiese cambiar de opinión, le sorprendió oír a los Brandon bajando por la escalera. La señora Brandon estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos de haber estado llorando. El coronel Brandon parecía estar un poco mejor, pero la determinación resonaba en su voz cuando habló.

—¿Señor Churchill?

Frank Churchill apareció en la entrada del estudio.

—¿El coronel Brandon supongo? Tenía previsto hablar con ustedes más tarde…

—Me gustaría que hablásemos lo antes posible —respondió Brandon—. No esconderé más mi relación con el difunto señor Wickham.

Capítulo nueve

El estado de nervios de la señora Brandon era tal que Frank Churchill pensó que no sería aconsejable interrogarla. Esta conexión era entre el coronel Brandon y Wickham, al fin y al cabo, y la joven señora Brandon parecía ir a desmayarse de un momento a otro. Juliet se compadecía enormemente por la angustia de su amiga, pero ese sentimiento se vio empañado por un indecoroso interés por el discurso descontrolado de la señora Brandon.

—Fue hace muchos años —dijo Marianne Brandon entre sollozos, su pañuelo de lino era un nudo empapado en su puño—. Mi marido tan solo quería encontrar al señor Wickham para darle la oportunidad de conocer a su hija, y ahora también a su nieta. ¿Quién más habría sido tan generoso? Él nunca podría haber cometido un acto tan malvado, jamás, es un hombre demasiado bueno.

—Seguro que puede absolverle —se aventuró Juliet—. Puede testificar que no salió de su dormitorio anoche, ¿verdad?

El silencio que le siguió duró un segundo de más. Juliet sabía que acababa de descubrir algo; el coronel Brandon se *había* marchado de su dormitorio unas horas antes del asesinato. ¿Qué más podría saber Marianne?

Juliet no tuvo oportunidad de hacerle más preguntas, ya que el disgusto de Marianne tan solo aumentó en intensidad.

—Nos acabamos de casar… ¿debemos separarnos tan pronto? El destino no puede ser tan cruel, no puede, no puede…

Los sollozos la callaron. Juliet le pasó un brazo sobre los hombros, intentando consolarla. Pero su mente bullía como las colmenas de su padre, llena de conjeturas inspiradas por la confesión de Marianne.

El coronel Brandon todavía honra a su antiguo amor, pensó Juliet. *Y se marchó de su dormitorio la noche en cuestión. ¿Pero de verdad la vengaría ahora, cuando ha pasado tanto tiempo?* De acuerdo con Marianne, Brandon nunca había albergado una rabia asesina hacia Wickham ni en el pasado… pero ella tan solo podía contarle lo que su marido había dicho. ¿Quién podría saber lo que se había quedado sin decir?

Simplemente para distraer a Marianne de su dolor, Juliet hizo una pregunta.

—¿Cómo se llamaba? La primera mujer a la que el coronel amó.

Marianne se tragó otro sollozo.

—Se llamaba Eliza.

Juliet recordó el sello roto que habían encontrado en la galería. Tenía una E impresa.

¿Y si la letra no había sido un monograma sino un recordatorio? ¿El sello era una advertencia a la que el señor Wickham había hecho caso omiso?

Lo repentina que había sido la revelación del coronel Brandon le dejó a Jonathan sin la oportunidad para proponerle a Frank Churchill ser su secretario. Se consoló con la forma en la que Juliet Tilney se había llevado a la esposa del coronel a un lado, sin duda se las ingeniaría para averiguar más información sin herir a la temblorosa señora Brandon.

Jonathan necesitaba encontrar otro modo con el que mantenerse ocupado el resto de la mañana. Aunque el cielo seguía despejado desde la noche del asesinato, el terreno se encontraba en un estado lamentable. Por lo tanto no se podía pescar, lo que para Jonathan era un alivio. Una cosa era pescar cuando su familia se comía lo que pescase, que era una simple cuestión de vivir de lo que la tierra le proporcionaba. Pero la mayoría de los caballeros pescaban por lo mismo que disparaban, tan solo para mostrar sus habilidades. Jonathan no podía matar a otra criatura sin razón alguna. De hecho, creía que el deseo de hacerlo era más desconcertante que el asesinato

del señor Wickham, para el que no faltaban razones.

Tampoco podía ir a la villa cercana de Highbury; los caminos eran complicados para recorrerlos a caballo e incluso peor para hacerlos en carruaje. Y aunque la villa estaba cerca, el hacer ese camino a pie le dejaría con más manchas de barro que distracciones. El grupo seguía abandonado a su suerte para divertirse.

Jonathan recorrió Donwell Abbey, pensando hacia dónde ir. En la biblioteca estaban los Wentworth, el capitán a un lado de la larga y estrecha sala, y su mujer en el otro. *¿Por qué dos personas intentarían evitarse en una misma sala?* Se preguntó Jonathan.

En la sala de música, su madre estaba sentada al piano, pulsando teclas sin sentido. Si Jonathan entraba, ella querría hablar con él. No se podía imaginar de qué hablarían, dado que ya sabía lo que no le habían contado al señor Churchill. Su madre era inteligente y observadora; ¿puede que no hubiese adivinado que los había escuchado por la noche, que él supiese que habían mentido?

De nuevo, sus padres puede que hubiesen asumido que ya estaba en los establos con Ébano. O no. Las variables eran demasiadas, demasiado desconcertantes. Jonathan apenas podía soportar pensar en ello.

Quizá dar un paseo por los caminos que rodeaban la casa le sirviese para distraerse, y puede que no estuviesen demasiado embarrados. Pero Jonathan se encaminó hacia la galería, la señora Bertram entró antes que él, casi a la carrera, como nunca había visto hacer a una dama. Parecía que no le había visto. Él se quedó allí de pie, observando cómo corría sobre el césped mojado hacia un pequeño edificio que los Knightley habían mencionado anteriormente que era la antigua capilla.

No debo temer mis extraños hábitos aquí, decidió Jonathan, *ya que no soy ni mucho menos la única persona que se comporta de forma extraña.*

Edmund Bertram buscó a su mujer por toda Donwell Abbey en vano, antes de darse cuenta de que, por supuesto, habría buscado consuelo

en la capilla. La fe de Fanny brillaba más que el sol, con tanta fuerza que incluso el devoto Edmund a veces se sentía avergonzado por la suya. Un hombre de Dios no debería amar menos al Salvador que su esposa, ¿pero quién podría evitarlo si esa esposa era Fanny?

La capilla databa de los días papistas de la abadía, y de ahí su recargado decorado, desde los elaborados grabados en las paredes de piedra hasta las vidrieras de colores. A Edmund no le cabía duda de que sus ancestros la habían consagrado de nuevo a la verdadera fe para que él pudiese deleitarse en su belleza. A Fanny también le apasionaban las capillas antiguas. Seguramente el rezar allí la tranquilizaba.

En vez de eso, se la encontró arrodillada, temblando y con lágrimas en las mejillas.

Cuando notó su presencia, se sobresaltó.

—Oh, Edmund… si quieres rezar en privado puedo…

—No he venido aquí buscando a Dios, sino buscándote a ti. —Edmund no era un hombre ingenioso, aunque a veces lo intentase—. No es de extrañar que este terrible crimen te aflija. Eres sensible y frágil ante las amargas injusticias de este mundo. Aun así, estos últimos dos días has estado… al borde del colapso.

Fanny volvió a romper en llanto. Edmund se acercó a su lado y tomó su mano.

—Cuéntamelo —dijo—. Sea lo que sea que ha hecho que este suceso en particular sea tan devastador, quiero saberlo, para poder ayudarte mejor.

—¿No es suficiente motivo que haya muerto un hombre? —susurró Fanny—. ¿No es suficiente que se haya cometido el pecado mortal del asesinato?

Sus llantos la sobrepasaron, y no había nada que Edmund pudiese hacer más que pasarle el brazo sobre los hombros. Con el tiempo sabría toda la verdad, pero insistir ahora tan solo terminaría por romperla más.

Aunque había estado casi igual de preocupada la noche del asesinato, cuando le hizo esa extraña petición de dinero…

Edmund abrazó a su mujer contra su pecho y rezó por su consuelo.

El servicio había abierto un camino hasta Highbury para poder recoger los artículos necesarios y enviar las numerosas cartas de los invitados. Cuando regresaron, Juliet se sorprendió al recibir una.

—Aquí tiene, señorita —dijo Hannah, dejando el papel doblado sobre la mesilla de Juliet—. Espero que le dé algo de consuelo.

Cuando Juliet vio la letra de su madre, su corazón dio un salto.

—Estoy segura de que me lo proporcionará. Pero no te enviarían a la villa con este espantoso barro, ¿verdad, Hannah?

—No, señorita. Enviaron a uno de los jóvenes que aún es lo suficientemente niño como para pensar que saltar en los charcos es algo divertido. —Entonces las mejillas de Hannah se sonrojaron; eso es más de lo que la mayoría de los sirvientes habrían dicho en estas circunstancias.

Así que Juliet se aseguró de añadir:

—Tengo hermanos suficientes como para saber lo mucho que les gusta a los niños el barro. Me alegro de que no sintiesen que estaban haciendo una tarea.

Por supuesto, sus padres no podían haber tenido noticias aún del terrible suceso que había pasado en Donwell Abbey, incluso si ella *hubiese* escrito bien la dirección en la carta, así que se consoló al simplemente ser capaz de leer las palabras de su madre. A pesar de su sincero afán por descubrir al asesino, se sentía un poco necesitada de consuelo. No es que tuviese intención de decírselo a Jonathan Darcy.

Juliet leyó:

Querida hija:

A estas alturas ya tendrás una nueva lista de conocidos, una casi completamente distinta a la de tu padre y a la mía, aunque te ruego que le transmitas a la señora Knightley mis saludos. Eres una chica inteligente y capaz, es poco probable que te veas tan abrumada como estaba yo en mi primer viaje largo fuera de casa.

Juliet había escuchado la historia del cortejo de sus padres muchas veces, aunque tan solo recientemente había sido lo bastante adulta como para saber toda la verdad. Habían esperado que se escandalizase o incluso que se sintiese herida al saber que su madre había pensado que el abuelo Tilney era capaz de asesinar a su abuela. En realidad, el abuelo de Juliet siempre la había aterrado, y había tenido que parecer más sorprendida con su anécdota de lo que realmente estaba.

En sus siguientes líneas la ponía al día con las novedades en la casa, las actividades de Theodosia y Albion, la muerte de un vecino anciano, el inminente viaje de su tía Eleanor a Escocia, un lugar tan lejano que bien podría haber sido la luna. Pero al final de la carta, Catherine Tilney le daba el mejor consejo a su hija de lo que podría haber sabido al escribirlo.

> *Cuando hagas nuevos amigos, presta menos atención a lo que la gente cuenta de sí misma, y más atención a cómo se comportan. La verdad no se encuentra en lo que decimos, sino en lo que hacemos. Sobre todo, he de insistirte en que estudies la naturaleza humana. Es la única herramienta de un novelista que es útil hoy en día, una que nos ayuda a interpretar los secretos que entrañan las situaciones más ordinarias.*

Juliet creía que su situación actual era bastante extraordinaria. Pero el argumento de su madre seguía siendo cierto. Esto es lo que Jonathan y ella estaban haciendo, no estaban simplemente buscando a un asesino, sino aprendiendo cómo observar bajo las educadas fachadas con las que todos se presentaban ante el mundo.

Cuando la señorita Tilney se lo comentó a Jonathan más tarde, mientras se reunían en secreto en la sala del billar, se sintió consternado.

—No se me da muy bien eso. Leer a la gente. Verá, sigo esperando que la gente diga lo que de verdad piensa. Madre insiste en que casi nadie lo hace, pero no entiendo por qué.

—Uno no puede hablar abiertamente de *todo* —dijo la señorita Tilney—. Si lo hiciesen, expondrían al resto a todo tipo de groserías.

Jonathan frunció el ceño.

—Pero muchas de las cosas que consideramos groseras lo son tan solo porque se supone que está mal hablar de ellas. Por lo que no podemos hablar de ello porque se supone que no las podemos mencionar. Es una afirmación reflexiva, nada más, y nunca he sido capaz de discernir ningún fundamento moral para ese tipo de omisiones. —Sus padres le habían enseñado modales, habían conseguido mejorar su comportamiento, pero no su comprensión.

—Su argumento es válido, pero no es vital para nuestra investigación. Debemos seguir esforzándonos. Quizá aprendamos cómo sacarle información a la gente sobre sus motivos ocultos mientras investigamos. —La señorita Tinley suspiró—. Hemos escuchado el relato del pasado del coronel Brandon, y lo ligado que está con el del señor Wickham. Estoy segura por las dudas de la señora Brandon de que su marido, de hecho, salió de su dormitorio en la hora anterior al asesinato. Esto cambia las cosas, ¿no cree?

Jonathan asintió.

—Hasta donde yo sé el coronel hablaba siempre con cortesía, pero incluso así, estaba claramente preocupado por lo que sucedió hace

tanto tiempo.

—O no hace tanto.

—Aun así… no creo que sea el asesino —dijo Jonathan—. Sus motivos están claros, pero ¿por qué confesarlos si fuese culpable? Nadie de los aquí presentes sabía nada de aquello, excepto su mujer, y por lo tanto él podría haber seguido sin levantar sospechas. Sus acciones me parecen de una gran honestidad.

Al parecer la señorita Tilney confiaba menos en el hombre que él.

—¿Qué mejor forma de no levantar sospechas que convenciéndoles de que es honesto?

—¿De verdad cree que eso es lo que ha hecho?

—Todavía no sé qué creer.

A Jonathan le resultaba sencillo seguir pensando en la posible culpabilidad del coronel Brandon, buscar cualquier prueba que demostrase esa creencia. Cualquier cosa era más fácil que recordar cómo sus padres habían mentido sobre lo que habían hecho la noche del asesinato… o lo que esas mentiras podían significar.

Darcy observó a su hijo recorriendo los pasillos de Donwell Abbey con la joven señorita Tilney, un hecho del que se percató con interés.

Jonathan se enfrentaba a las mismas dificultades a las que se había enfrentado él durante su soltería, entre ellas: una avalancha de mujeres cuyo único interés no conocía límites cuando se trataba de la riqueza de los Darcy, mientras que sentían más bien poco por el hombre en sí. Por desgracia, Jonathan no sabía distinguir cuándo alguien no estaba siendo sincero, aunque sus rarezas le habían protegido de la misma forma que esta distinción. Las jóvenes avariciosas que se arremolinaban a su alrededor al principio de un baile solían alejarse después con expresiones irritadas o desconcertadas. Por otro lado, la relación entre Jonathan y la señorita Tilney parecía genuina, y a Darcy no le parecía que la joven fuese una cazafortunas. No coqueteaba ni sonreía estúpidamente. Pero, ¡qué momento para formar una relación así! Darcy esperaba que los intereses que compartían no fuesen macabros. Los jóvenes solían ser

tan imprudentes, tan testarudos, con su primer amor. Georgiana lo había demostrado con creces. Darcy esperaba profundamente que Jonathan no siguiese el ejemplo de su tía.

Era demasiado temprano para preguntarle a su hijo sobre ese asunto. No juzgaría a la señorita Tilney… de momento.

Eso, sin embargo, le dejaba a solas con sus pensamientos del destino del señor Wickham. Esos pensamientos de los que prefería alejarse, pero que le perseguían como un sabueso a su presa.

Se dirigió hacia la sala de música y hacia el sonido del piano. La melodía era una de las canciones favoritas de Elizabeth, tocada con su estilo tan característico. Siempre había adorado escucharla tocar.

Hacía un tiempo ella también había adorado que la escuchase. Cuando Elizabeth alzaba la mirada de su partitura y sus mirada cautivadora se encontraba con la suya, eso nunca había dejado de encantarle, ni en sus veintidós años de matrimonio.

Ya no alzaba la mirada de su partitura. No desde la muerte de Susannah. Sus pasos eran algo que ella fingía no oír.

En la puerta de la sala de música, Darcy dudó. Quería estar con su mujer. Pero también quería sentir que ella quería estar con él. Si se acercaba ahora, ella fingiría no oírle de nuevo. No creía poder soportarlo.

Así que se alejó, escuchando la melodía de su mujer mientras esta se desvanecía a su espalda.

Los Knightley habían decidido servir la cena como siempre, y continuar con toda la normalidad posible de allí en adelante.

—Puede que no seamos la compañía más alegre que desearíamos —dijo Emma, subestimando un poco el asunto—, pero estamos en una fiesta y seguiremos aquí. Consolémonos lo mejor que podamos con la buena comida y conversación.

Una fiesta en la que debemos seguir, pensó Juliet, aunque sin decirlo en voz alta. Lo ineludible de su situación solo atestiguaba lo acertado que era el enfoque de la señora Knightley. Si no podían marcharse, lo menos que podían hacer era aprovecharlo al máximo.

Además, razonó, a medida que volviesen a la rutina habitual, ella podría juzgar mejor el comportamiento de los que la rodeaban. Uno podía entrever de verdad las rarezas de otro si las comparaba con su comportamiento habitual como guía.

La cena no se ajustó del todo a la práctica habitual. Aunque todo el mundo bajó ataviado acorde a la ocasión, la capacidad de relacionarse como antes era muy distinta. Anne Wentworth hablaba cortésmente con Emma Knightley, quien la respondía con comentarios ingeniosos. El señor Knightley también parecía estar tan solo un poco menos animado que aquella primera noche. ¿Eso demostraba su inocencia? ¿O era una prueba de que el asesinato no había sido tan inquietante para ellos?

Las personas más claramente preocupadas eran Fanny Bertram, el capitán Wentworth y Marianne Brandon. La señora Brandon parecía solo un poco menos desolada que aquella mañana, cuando Juliet la consoló. Sus mejillas seguían sonrojadas por sus últimas lágrimas, y su mirada seguía dirigiéndose continuamente hacia su marido, como si no se atreviese a apartar la mirada de él durante mucho tiempo. Wentworth, por otra parte, bullía de rabia. ¿El asesinato no había sido suficiente para desahogar su ira? Sin embargo, incluso ellos presentaban una mejor fachada que la señora Bertram. Esta temblaba tanto que su tenedor repiqueteaba tanto contra la vajilla que terminó derramando el vino de su copa. Su piel estaba pálida como la de un fantasma. Sin duda, las preocupaciones de la señora Bertram no eran físicas, pero al menos un médico podría darle algún remedio que la ayudase a dormir.

Seguramente ella no puede ser la asesina, pensó Juliet. *La señora Bertram no asustaría ni a un ganso. Pero entonces, ¿por qué estaba tan afectada? Su marido no parecía tener ningún motivo y él se está comportando como cualquier otro día, así que, ¿por qué está tan agitada?*

No parece más asesina que… que cualquiera en Donwell Abbey. Al menos uno es el culpable.

—El terreno por fin se está secando —dijo el señor Knightley—. Me han informado que los caminos serán transitables en un día o dos, si es que el tiempo sigue así. Si es así, podríamos ir a Highbury. Es una villa pequeña, con poco más que las comodidades básicas, pero estoy

seguro de que encontrarán algo que les guste.

Todo el mundo se alegró, menos la señora Bertram, que seguía mirando su plato con lágrimas en los ojos. Juliet miró al otro lado de la mesa hacia Jonathan Darcy para asegurarse de que él también lo había visto. Este asintió, y rápidamente alzó su copa como si estuviese brindando con ella, y ella le copió el gesto.

¡Qué inteligente disimular su interacción, para que si alguien se percataba de ello, no le diese importancia! *Puede que sea un joven peculiar*, pensó Juliet, *pero desde luego no es un idiota*.

Jonathan no permitió que nadie le ayudase a quitarse nada más que el abrigo y las botas. Su padre hacía lo mismo, prefería su modo de hacer las cosas y Jonathan seguía su ejemplo, sobre todo porque no sabía qué otra cosa sería apropiada. Le iba bien.

Mientras que se desanudaba la corbata, pensó en Juliet Tilney en la cena. Sus ojos avellana tenían un brillo poco común, quizá por la inteligencia que transmitían. Mostraba mayor capacidad de juicio racional que muchos de los jóvenes que había conocido en la universidad. Se le ocurrió que tenía mucho más sentido educarla a ella que a la mitad de su clase, ya que había una probabilidad mucho mayor de que aprendiese más que ellos.

Un grito rasgó el silencio nocturno. Jonathan se sobresaltó, arrugando la corbata entre sus dedos. Había sido la voz de un hombre, ¿pero de quién?

Salió corriendo al pasillo como el resto, todos los hombres del grupo, con la señora Knightley y la señorita Tilney pisándoles los talones.

—¿Qué ha sido eso? —dijo el señor Knightley—. ¡Habla!

El silencio que le siguió solo duró unos segundos, pero lo suficiente como para que Jonathan se preguntase si Juliet y él habían estado equivocados, si un intruso había sido el culpable del asesinato y ahora había regresado. Pero entonces se escuchó una respuesta de lo alto de las escaleras.

—Es Wesley, señor. ¡Venga rápido, ha de ver esto!

—¿Wesley? —murmuró el capitán Wentworth mientras todos subían las escaleras.

—Uno de nuestros lacayos —respondió Knightley—, un buen muchacho. No daría la voz de alarma sin motivo.

Jonathan echó la vista atrás para ver si las mujeres seguían tras ellos. La señora Knightley estaba en todo su derecho de investigar, esta era su casa, ¿pero alguien había detenido a la señorita Tilney? Nadie lo había hecho. Aunque le sorprendió que el coronel Brandon les siguiese tan lentamente, detrás de todos, como si no quisiese ver lo que les esperaba.

¿O es que ya lo sabía?

En el segundo piso, la luz de las velas iluminaba al joven Wesley, quien temblaba en medio del pasillo. Señalando una puerta justo al lado de las escaleras, que estaba entreabierta.

—Este era el dormitorio que usaba el señor Wickham —dijo—. Nadie ha entrado, por si el señor Churchill quisiese echarle un vistazo, ¿sabe? Pero una de las sirvientas más jóvenes se olvidó, abrió la puerta y se encontró con esto.

El señor Knightley abrió la puerta de un empujón y sostuvo el candelero en alto. La habitación estaba completamente desordenada, con las prendas de ropa desparramadas por el suelo, los papeles dispersos por toda la estancia, incluso habían apartado las sábanas.

—No hay forma de saber qué puede o no puede faltar —dijo el señor Knightley—. Pero sospecho que se han llevado algo, un objeto muy relevante para la investigación del señor Churchill.

Jonathan y Juliet compartieron una mirada de complicidad. El motivo del asesinato podía haber estado tras esa puerta todo este tiempo, y alguien se les había adelantado.

Capítulo diez

Jonathan Darcy se abrió paso entre la gente hacia el frente del grupo para echar un mejor vistazo a la habitación de Wickham. Después de hacerlo recordó que su condición como investigador era totalmente autoimpuesta y que el resto no lo sabía, excepto Juliet Tilney. Pero nadie le detuvo o le miró con recelo. Quizá porque estaban demasiado absortos en sus propias reacciones como para preocuparse por las de otro.

A Wickham le habían asignado un cuarto mucho más pequeño que al resto de los invitados. Era, de hecho, una de las muchas habitaciones que se solían dejar disponibles para los sirvientes de los invitados. Aunque los dormitorios de los sirvientes de Donwell Abbey eran mucho mejor que los de otras casas, seguían siendo humildes. La habitación era alargada pero extremadamente estrecha, con un techo muy inclinado y amueblada tan solo con una cama estrecha y una amplia pero maltrecha cómoda. Una pequeña ventana daba a la parte trasera de la casa, a los establos, si es que Jonathan había calculado bien. Las mantas sobre la cama no eran nuevas, pero eran lo suficientemente gruesas como para proteger bien del frío; y el pequeño lavabo era una comodidad que la mayoría de los sirvientes desearían tener.

(Jonathan había hablado con más sirvientes que la mayoría de la gente de su clase, porque nunca había pensado que no debiese hacerlo. Sus padres finalmente le habían logrado convencer de mantener ese tipo de conversaciones tan solo cuando no estuviesen presentes aquellos de su misma condición, pero esto le daba muchas oportunidades para aprender algo interesante. El servicio era

sorprendentemente franco cuando hablaba sobre su existencia, en su opinión).

No importaba que este cuarto fuese un ejemplo perfecto de su clase. Al menos, no le habría importado a George Wickham. Jonathan conocía a su tío lo suficiente para saber que se habría sentido humillado al quedarse allí. Incluso furioso. La mera sugerencia de que se merecía menos que cualquier otro hombre, sin importar el estado, comportamiento o trabajo de dicho hombre, siempre le había indignado. La tía Lydia solía bromear para sacar a su marido de ese estado de ánimo, que podía ser provocado por incidentes tan comunes como que alguien pasase por allí en un carruaje más elegante, uno con un escudo de armas en la puerta.

Mi tío puede que no fuese completamente inocente en su último y fatal encuentro, se dio cuenta Jonathan. *Puede que ocurriese un horrible incidente que él mismo hubiese instigado.*

Ciertamente nadie había dado ninguna pista sobre lo que el señor Wickham podría estar haciendo en la galería pasada la medianoche.

La respuesta a esa pregunta podría responder a tantas otras…

Juliet envidiaba la osadía con la que Jonathan Darcy era capaz de abrirse paso en la sala. La misma audacia que se consideraba natural en un hombre joven pero que sería extraña por parte de una mujer, por lo que ella tenía que acercarse con movimientos más lentos. Mientras lo hacía, escuchó atentamente, prestando atención a cada palabra.

—Han desvalijado el lugar —dijo el señor Knightley—. Por Dios, miren. Han vaciado cada cajón en el suelo.

—No hay nada roto —ofreció el joven Darcy—. No lo hicieron con rabia. Lo hicieron buscando algo.

El señor Knightley sonaba más apesadumbrado que sorprendido.

—Un robo, sin duda. Y ahora creo que debemos mirar hacia nuestro personal, aunque odie tener que sospechar de ellos. Pero ninguno de ustedes tendría motivos para robar a un hombre así.

Juliet casi había llegado a la puerta pero no pudo mantener la

boca cerrada más tiempo.

—Quizás el ladrón no estaba buscando enriquecerse con lo que robase —dijo—. Quizás intentaba ocultar el motivo del asesinato del señor Wickham.

Eso sorprendió al señor Knightley, quien ahora podía ver que estaba pálido y tenso junto a la cómoda, pero casi nadie reaccionó. Ella no había sido la única en llegar a esa conclusión, pero sí la única que se había atrevido a decirlo en voz alta.

—No podemos saberlo —respondió finalmente el señor Knightley —. No me gustaría sacar conclusiones tan sumamente complicadas.

El señor Darcy habló entonces, inesperadamente contundente.

—Entonces registremos la habitación. Puede que falte algo demasiado obvio o que haya algo que no debería estar aquí. Cualquier cosa que encontremos proporcionaría información para las conclusiones del señor Churchill.

—Si es que algo es capaz de arrojar alguna luz a Frank Churchill —murmuró el señor Knightley en voz tan baja que tan solo Juliet pudo oírle. Más alto añadió—. Registremos entonces.

Darcy, su hijo y Knightley empezaron a registrar la habitación inmediatamente; Juliet se adentró también pero un segundo después. Era consciente de que el señor Darcy la observaba mientras rebuscaba por los papeles de Wickham. Sin duda era una tarea poco adecuada para una joven. Pero no había reglas de etiqueta que rigiesen una situación como esta.

Habían abierto la cómoda y todo lo que había en su interior estaba ahora desparramado por el suelo. Pero parecía que solo tenía ropa vieja rasgada para usar como trapos y algunos uniformes del servicio sin usar, algunos objetos de costura, como trozos de encaje o de tela dorada, nada que perteneciese al señor Wickham, lo que tenía sentido.

—El señor Wickham no se dio cuenta de que iba a tener que pasar la noche en Donwell Abbey —murmuró—. Así que solo tenía encima las pertenencias que pudiese llevar consigo a caballo.

—Naturalmente —dijo el señor Darcy. Su tono sugería que ella debía pensar que era idiota para no haberse dado cuenta de lo mismo. Eso significaba que no había entendido en absoluto su punto de vista.

Aunque le hizo falta armarse de valor para volver a hablar, dado

su gélido comportamiento, Juliet insistió.

—Esto significa que el robo está conectado con el asesinato, ¿no es así?

Knightley la interrumpió.

—Quizás. De momento no sabemos ni siquiera si *se trata* de un robo.

Jonathan Darcy tomó la maleta de viaje que había pertenecido a su tío. Los papeles que había habido allí estaban desparramados por el suelo. Juliet vio algunas listas que parecían contener el dinero que se le debía al señor Wickham, deudas que nunca había llegado a cobrar. Si el dinero era el motivo del asesinato del señor Wickham, entonces ¿no se habrían llevado o destruido estas listas?

El grupo en la entrada estaba inquieto. Parecía como si el resto no quisiese estar allí pero estuviesen esperando a que les permitiesen marcharse. El coronel Brandon, que estaba directamente frente a la puerta, sostenía su vela como Diógenes, totalmente serio.

Knightley examinó los papeles junto al señor Darcy, ordenándolos, apartándola inconscientemente. Juliet sabía que había sido indecoroso por su parte unirse a esa búsqueda, pero era peor pensar que sus acciones podían haber sido inútiles. Comenzó a buscar entre las sábanas, que seguían intactas; el señor Wickham nunca se había llegado a tumbar en su última noche de sueño. Esto era más para mantenerla ocupada que porque estuviese buscando algo en realidad, por eso se sorprendió cuando sus dedos se toparon con algo pequeño y duro entre el marco de la cama y el colchón.

—¿Qué es esto? —Juliet lo alzó y abrió los ojos como platos—. ¿Un anillo?

Knightley y Darcy fueron a su lado inmediatamente. Con cuidado, Knightley le quitó el anillo. Era pequeño y delicado, con seguridad pertenecía a una mujer. La banda dorada era fina y tenía una modesta amatista en el centro.

No es el anillo de una señora Knightley o de una señora Darcy, se dio cuenta Juliet. *Es una joya más humilde, a menos que, quizás, sea de su niñez y tenga un valor sentimental.*

—Esto no pertenecía al señor Wickham —dijo Knightley—. ¿Se lo quitó a alguna de ustedes, señoras?

Nadie respondió.

—Garantía de un préstamo, de uno de sus muchos deudores —se aventuró el señor Darcy.

La señora Knightley se acercó, quizá para que Juliet ya no fuese la única mujer en la sala. Sin embargo, estaba distraída con uno de los papeles.

—Esto es… querido, esta es tu letra, ¿verdad?

Tomó una hoja de entre los papeles de Wickham y la puso ante el señor Knightley. Juliet estaba lo suficientemente cerca como para leer una de las palabras escritas en grande en la parte superior: *Aval*.

—Lo es, de hecho. —El señor Knightley cuadró los hombros, reuniendo fuerzas—. Sin duda todos ustedes se merecen saberlo: no era tan solo mi hermano el que estaba en peligro por los planes de Wickham. A petición de John, yo… yo firmé una fianza que garantizaba su deuda. Wickham aún no lo había usado en mi contra, pero no me cabe duda de que vino precisamente por eso.

Siguieron unos minutos de tenso silencio, el aire denso con las palabras que no se habían dicho. Juliet miró a Jonathan Darcy, sabiendo que pensaba lo mismo que ella: el motivo del señor Knightley para hacer daño al señor Wickham era mucho mayor de lo que pensaban.

En ese momento, sin embargo, la persona con más ansias asesinas de la sala parecía ser la señora Knightley, que le estaba lanzando *dagas* con la mirada a su marido.

El señor Darcy, ya fuese por tacto o por preservar la vida del señor Knightley, rompió el silencio.

—Lo que falta en este cuarto probablemente nos diga más que lo que queda. Propongo que dejemos todo como está, encerrado bajo llave, y dejemos que el señor Churchill y sus alguaciles lo examinen por la mañana.

Se había acabado la búsqueda por esa noche. Juliet no podía negar que estaba decepcionada.

Nos estamos acostumbrando a vernos en ropa para dormir, pensó

Jonathan. Cuando era pequeño y se negaba a llevar nada de ropa, su madre le sugirió que si la gente que no perteneciese a su familia más cercana los veía en algo que no fuese el traje perfecto, la sociedad se terminaría desmoronando. O bien se había equivocado o ya se estaba desmoronando. Para Jonathan, ambas posibilidades eran factibles.

—Tiene que haber sido un robo —insistió el Capitán Wentworth, mientras el grupo a medio vestir bajaba por las escaleras, dirigiéndose a sus habitaciones—. Sin importar lo que piense el señor Knightley, con todos mis respetos, señora Knightley.

La señora Knightley estaba controlando su temperamento, aunque este control pendía de un hilo.

—Nuestro servicio no miente —dijo, sus palabras cortantes—, y ninguno de los aquí presentes tenemos motivos para robar a nadie, mucho menos a George Wickham.

—Tenía muy poco consigo en este momento —se sintió obligado a señalar Jonathan—. No habría nada que robar más que informes, que no fueron robados…

—Hasta donde sabemos. —La voz de Wentworth era dura. Este hombre estaba acostumbrado a dar órdenes que se obedecían inmediatamente. La señora Wentworth le miró, pero en la oscuridad Jonathan no era capaz de leer su expresión—. Pero parece que pensaba que algunas de sus posesiones eran de valor. ¿Por qué si no habría escondido el anillo?

Esa era una excelente teoría, una a la que Jonathan deseaba haber llegado solo. Una mirada a Juliet Tilney le confirmó que ella compartía su disgusto y su interés.

Wentworth está equivocado, de eso estoy seguro, decidió Jonathan. *Esto no ha sido un robo. Pero hay algo raro en cuanto al anillo que aún no hemos descubierto.*

Y el capitán Wentworth está insistiendo demasiado. ¿Por qué quiere que le creamos tan desesperadamente?

El sueño, comprensiblemente, había sido escaso en Donwell Abbey desde la noche del asesinato. Las camas desconocidas robaban el

sueño a algunos. Aunque los sucesos mucho más siniestros de los últimos días habían demostrado ser suficientes para mantener a todos en vela.

Quién podría ser el que estuviese más consternado de todo el grupo, nadie podía saberlo. (Bueno, alguien *podía* saberlo, pero no lo había dicho). Pero era prácticamente seguro que el primero en enfrentarse a las Furias sería el señor Knightley. Bueno, a una Furia en particular.

En muchas ocasiones antes de casarse, y en algunas desde entonces, el marido de Emma se había enfadado con ella. Civilizado como era incluso cuando estaba enfadado, a ella siempre le resultaba difícil de aguantar, en gran parte porque su descontento siempre había sido merecido. A pesar de las inevitables discusiones propias del matrimonio, Knightley nunca la había enfadado de ese modo. Esto es algo que había atribuido a que era más mayor que ella y a su experiencia, así como a su propia naturaleza entrometida.

Ahora, sin embargo, parecía que había estado guardando cada gota de rabia de la que era capaz para este mismo momento.

—¿Firmaste un aval por la deuda de John? —preguntó Emma mientras seguía a Knightley hacia su dormitorio y cerraba la puerta a sus espaldas. No le iba a permitir escaparse de esta—. ¿Sin decírmelo?

—¿Qué esperabas que hiciera, Emma? —Su tono sugería que él pensaba que ella era la que estaba equivocada, lo que la enfurecía todavía más, algo que nunca habría creído posible hacía unos segundos—. ¿Dejar que John e Isabella terminasen en la calle?

—¡Hartfield les pertenece! ¡Está justo al otro lado de la arboleda! ¡Nunca estuvieron en peligro de terminar en la calle!

Knightley no aceptó su argumento.

—Sus reputaciones estaban, y están, en riesgo. El puesto de John como abogado pende de un hilo, al igual que su dignidad como familia.

—¿Así que en vez de eso decidiste jugarte la nuestra? —exigió Emma—. Sabías que no deberías haberlo hecho, porque de no ser así no dudarías de ti mismo, me lo habrías contado. Pero lo ocultaste. Tener secretos es indigno de ti, o al menos yo pensaba que lo era.

Casi deseó no haber dicho eso, porque por primera vez en su vida,

vio vergüenza en su rostro. El corazón de su esposa dolía como si fuese el suyo. ¿No entendía por qué Knightley se había esforzado tanto por ayudar a John e Isabella? Si hubiese acudido a ella, ¿no habría estado de acuerdo en que debían hacer todo lo que estuviese en su mano por ellos?

Pero él no había acudido a ella. Aunque el corazón de Emma le pertenecía a Knightley, su mente seguía siendo solamente suya.

—Me reprendes por entrometerme y hacer de celestina —dijo—. Por jugar con la felicidad de los demás. Y aun así tú has estado jugando con nuestra felicidad, un juego que, de no ser por la muerte del señor Wickham, podría habernos arruinado.

Dicho eso Emma se metió en la cama, arropándose casi hasta la cabeza, y se quedó mirando fijamente hacia la pared. Después de unos minutos que se hicieron eternos en completo silencio, Knightley siguió su ejemplo. Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas cuando él apagó la vela, sumiéndoles en la oscuridad.

—Jonathan parece muy interesado en estos sucesos —dijo Darcy mientras él y su mujer volvían a su dormitorio. La luz de la vela que ella sujetaba no revelaba del todo su semblante—. Sus intereses tienden a ser excesivos.

Elizabeth se volvió a medias. Con una ceja alzada de la forma que él había aprendido a desconfiar.

—Jonathan no es morboso. Se ha convertido en un hombre amable, incluso aunque no siempre sepa cómo mostrar su bondad.

Darcy torció la cabeza, aceptando esto. En verdad, su hijo era *demasiado* bueno, inocente, de algún modo, muy poco acorde con su edad, y parecía probable que se aprovechasen de él si es que no tenía cuidado. Quizás la fascinación de Jonathan con la muerte de Wickham le mostraría muchas de las verdades más oscuras del mundo. No sería inteligente oponerse, siempre y cuando se siguiese comportando con propiedad.

Juliet Tilney no tenía tal excusa, pero Darcy podía ser indulgente con una persona tan joven cuyos padres probablemente nunca habrían

pensado en instruirla sobre qué debía hacer ante una situación como esta. Este tipo de sucesos habrían inquietado a personas mucho más estoicas que a una chica de diecisiete años.

—¿Has escrito a Georgiana? ¿Para informarle de la muerte de Wickham? —se aventuró Elizabeth.

Darcy no lo había hecho. Creyó que era mejor contárselo a Georgiana en persona. No únicamente porque sería mucho más delicado, observando su reacción, sino porque así se aseguraba de que no corría el riesgo de que su marido encontrase la carta. Si su hermana nunca había tenido la necesidad de revelar los errores que había cometido en su juventud al conde de Dorchester, Darcy no iba a ser quien los revelase ahora.

La muerte de Wickham. Las palabras volvieron a su mente cuando se tumbó junto a Elizabeth. Esta tenía la espalda vuelta hacia él, como se había colocado numerosas noches esos últimos ocho meses. Últimamente pensaba que ya era hora de acercarse a ella; incluso había recordado con cariño las noches en las que ella había dormido con la cabeza sobre su hombro, cuando eran jóvenes y estaban en las primeras fases propias de una pareja de recién casados. Pero esa noche no podía concentrarse en algo tan dulce como eso.

De nuevo, George Wickham le exigía a Darcy lo que le debía.

Solíamos jugar juntos de niños, le había dicho Darcy una vez a Elizabeth. Esas palabras eran nimias, una tontería para el amplio, complicado e insuficiente recipiente que contenía toda su infancia. El padre de Darcy, tan bueno y sabio como cualquiera se podría imaginar, había tenido una gran finca que gestionar y no tenía tiempo para juegos o divertirse. La madre de Darcy había embellecido y caldeado el interior de Pemberley, un contraste idóneo con el porte noble de su marido. Pero nunca había sido fuerte de salud. Esto le dejaba al joven Fitzwilliam con demasiado tiempo para pulular y meterse en problemas.

¡Y a George Wickham se le daba *tan bien* meterse en problemas! Darcy recordaba reírse a carcajadas mientras bajaban al estanque a mediodía. Wickham también se había reído. Pero mientras que la felicidad de Darcy provenía del calor de los rayos del sol y de estar viviendo una aventura, la de Wickham dependía por completo de

pensar que era mucho más inteligente que sus padres o que el tutor de Darcy.

O al menos así lo recordaba él. Quizá no estaba siendo justo. El regocijo de Wickham por estar engañando a otros había sido parte de su carácter como adulto, pero de niño… ¿no era posible que al menos una pequeña parte de su amistad hubiese sido cierta?

Era la primera vez en muchos años, la primera vez en realidad, que Darcy se permitió el lujo de recordar a Wickham como su amigo, en rememorar cuando Wickham había sido alguien tan cercano para él como sus padres o Georgiana.

Era la primera vez que había pensado en el cadáver que habían encontrado no como su enemigo, sino como el niño con el que había compartido su infancia.

Darcy se dio la vuelta, cerrando los ojos con fuerza, apartando de su memoria esa pena y esa culpa que no quería sentir. Y por tanto, no vio cómo Elizabeth le miraba sobre su hombro con esperanza, ni fue testigo de cómo esa esperanza se desvanecía en su mirada.

Ni Anne ni Frederick Wentworth habían vuelto a la cama.

—Saliste de nuestro dormitorio esa noche —dijo Wentworth, caminando como un animal enjaulado—. ¿Y no viste nada?

—Nada —repitió Anne, no por primera vez.

Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella con una intensidad, incluso con una ira que ella no había visto en su mirada desde que regresó a Uppercross ese pasado invierno antes de que volviesen a encontrarse.

—Si viste cualquier cosa, lo que sea, incluso si no lo entiendes, exijo saberlo.

Exijo. El temperamento de Anne, normalmente calmado hasta la saciedad, se cargó de ira. Mientras que él seguía con su interminable paseo, a ella se le ocurrió extender la pierna y ponerle la zancadilla.

Entonces se preguntó: ¿No necesitaba Frederick su amabilidad ahora más que nunca?

Anne no podía culparle por sus preguntas, o por haber deducido

que había mentido. Tampoco podía contarle la verdad de lo que había hecho aquella noche, la falta de delicadeza de todo la conmocionaba profundamente y podría ser demasiado para su marido en su actual estado de ánimo.

—Nada —repitió.

O Frederick por fin estaba satisfecho con su respuesta o su mente simplemente había encontrado otra cosa con la que enfadarse.

—La noticia correrá como la pólvora por media Inglaterra —dijo—. Pronto llegará a Somersetshire, sin duda, si es que no ha llegado ya. ¡Cómo cotillearán sobre nuestras penurias en Kellynch Hall!

—No lo harán —respondió Anne—, ya que mi familia estará demasiado preocupada por nuestra cercanía con el asesinato y cómo esto les puede afectar.

No se podía negar que lo que había dicho era cierto, aunque no sirvió de mucho para tranquilizar a Frederick.

—Su maldito orgullo nos sigue atormentando.

Te sigue atormentando, pensó Anne. *Pero no tiene nada que ver con nosotros. ¿Por qué no eres capaz de verlo?*

Pero ella sabía por qué. Aunque su marido hubiese aumentado su fortuna durante la guerra, lo que le permitió ser mejor aceptado como su pretendiente, Sir Walter Elliot y sus otras dos hijas nunca le habían visto como un igual, y no lo harían a menos que el destino de repente le concediese a Wentworth un título. Los desprecios de los Elliot habían sido breves pero constantes a lo largo de los años. A Anne, que nunca había valorado de verdad a su familia, hacía tiempo que habían dejado de importarle sus insultos.

A Frederick no. Nunca había culpado a su marido por ello; en realidad, le conmovía que él siempre los defendiera a ambos. Siempre había sido el más valiente de los dos.

Lo que Anne no había conseguido ver era hasta qué punto la valentía de Frederick Wentworth dependía de su fortuna. Sin ella, sus antiguas dudas habían vuelto, e incluso peor que antes a juzgar por su reacción. Le molestaban, arruinaban su temperamento y encendían su furia.

Ya no se comporta como él mismo, pensó Anne, *en absoluto.*

Por otra parte, yo tampoco.

Marianne Brandon estaba tumbada en la cama, sollozando. Se había estado quedando dormida entre llantos desde la muerte de Wickham. A su marido le recordó a los primeros días después de que el señor Willoughby la abandonase. Su sufrimiento estaba tan claro entonces como ahora, y por aquel entonces su pena la había consumido tanto que había afectado a su salud y casi la había matado.

Este no puede ser el resultado, pensó Brandon. *Cualquier cosa menos eso.*

—Marianne —murmuró—. Tienes que recomponerte.

El sonido que le respondió no fue ni una risa ni un sollozo.

—Recomponerme. ¿De esto? No puedo. Sabes que no puedo.

Era demasiado para ella, tan sensible como era.

¡Si tan solo pudiese consolarla! Pero Brandon conocía sus límites en este sentido. Su carácter calmado no le había enseñado cómo gestionar uno más tormentoso.

Sin duda Willoughby habría sabido cómo actuar en esta situación. Aunque el hombre fuese imprudente y egoísta, su amor por Marianne había sido genuino. Sus almas habían estado más en sintonía. Brandon sabía que era el premio de consolación de Marianne. ¿Era suficiente para ella?

Se había convencido de que eso era suficiente para él. Sin duda, había estado equivocado.

Él lo sabía. Ella sabía que lo sabía. Sin duda, Edmund hablaría. Pero no lo hizo. Volvieron a la cama sin hablar de las extrañas circunstancias que les habían despertado. Todas las demás noches de su estancia en Donwell, Edmund había opinado largo y tendido sobre los peligros de las amistades inapropiadas, sugiriendo que todos los atrapados a causa de Wickham debían compartir parte de la culpa. Fanny había protestado diciendo que eso no era justo la primera noche, antes de que Wickham encontrase la carta de William. Desde entonces había permanecido en silencio. Edmund normalmente

aceptaba su silencio como respuesta y no la presionaba. Antes, había pensado que esto era un alivio. Ahora pensaba que era una tortura.

No podía no haber reconocido el anillo de amatista que le había regalado hacía dos cumpleaños. Era un bien tan preciado para ella que lo había llevado puesto todos los días desde entonces, su tesoro más preciado, símbolo de su amor.

Si Edmund creyese que Wickham había robado ese anillo lo habría dicho inmediatamente. Quizá esperaba que fuese ella la que lo dijese. Pero no lo había hecho, lo que significaba que Edmund ahora sabía la verdad: Fanny le había entregado el anillo a Wickham.

Y él no le preguntaba el porqué.

¿Qué debe de pensar de mí? Fanny escondió su rostro en la almohada, sus lágrimas calientes contrastando con las manchas húmedas y frías de las que había derramado antes sobre el cuello de su camisón. *Pero debo dejar que piense eso, o si no…*

O si no tendría que contarle toda la verdad, una posibilidad demasiado horrible como para imaginarla.

Juliet Tilney era la única que estaba animada.

Si no hubiese nada que descubrir en la habitación de Wickham, razonó mientras estaba sentada sobre las sábanas de su cama, *entonces el culpable no se habría molestado en registrarla y arriesgarse a ser descubierto. Pero no se podía saber si ese algo era importante, ni si el saqueador lo había encontrado.*

Recordó con verdadera satisfacción cómo había sostenido ese anillo. ¿Cuál podría ser su significado? Era un anillo delicado, no de valor incalculable, pero lo suficientemente valioso como para que Wickham no se lo hubiese guardado solo por su valor sentimental. A Juliet no le parecía que fuese un hombre que sacrificase el beneficio por sentimentalismo.

Todos la habían visto registrando el cuarto. Sin duda, muchos no lo aprobaban, pero así tampoco les sorprendería tanto que participase en cosas como esta en el futuro. Eso haría que su investigación fuese más fácil…

A Juliet le dio un vuelco el estómago mientras se preguntaba: *¿Ahora el culpable sabe que estoy investigando?*

No pensaba que el asesinato del señor Wickham se debiese a un ansia homicida. Le habían matado por un motivo, y ese motivo probablemente no suscitase más muertes, incluida la suya.

Pero cerró la puerta de su dormitorio con llave, por si acaso.

Capítulo once

Por regla general, Jonathan prefería quedarse en casa antes que salir. Uno podía predecir lo que sucedería dentro de casa hasta cierto punto, lo que era reconfortante. La naturaleza era más caprichosa.

Así que le sorprendió ver que el regreso del buen tiempo había levantado los ánimos. Salió antes del desayuno para comprobar de nuevo cómo estaba Ébano. El sol brillaba sobre los preciosos terrenos de Donwell y en la distancia, sobre los verdes campos de cebada. Aunque el día prometía caluroso, no sería un calor sofocante. Por primera vez desde que los Darcy habían llegado a Surrey, el verano hacía acto de presencia.

Los caminos parecen casi transitables, pensó Jonathan, evaluando el camino por el que paseaba. El barro había impedido que el grupo fuese a la iglesia aquel domingo, pero parecía que ese confinamiento forzoso había llegado a su fin. *Esto significa que la gente pronto comenzará a viajar a la villa cercana*. Era una perspectiva preocupante. El ansia general por encontrar algo distinto (algo para Jonathan inexplicable) llevaría a todos a abandonar la casa más pronto que tarde. «Todos» incluía también al culpable. Si este se había llevado algo de la habitación de Wickham, podrían esconder ese objeto de forma segura lejos de las miradas indiscretas. Como dueño de esa mirada indiscreta esperaba que hubiese algún modo de evitarlo. No se le ocurrió nada.

Si el desayuno le otorgaba una oportunidad, decidió, le preguntaría a Juliet Tilney. Ella tenía una mente inquieta.

Cuando Jonathan dobló la esquina de la casa que le llevaría a los establos, vio que no era el único al que le había apetecido un paseo

mañanero. El coronel Brandon paseaba lentamente por uno de los senderos, vestido con propiedad, salvo por un sombrero maltrecho y anticuado de ala ancha, adecuado para protegerse del sol. Jonathan tenía un sombrero así en casa, pero sus padres le habían convencido para que no lo llevase, incluso cuando nadie pudiese verle. Por eso, en ese instante, sintió una conexión con el coronel, así como admiración por lo práctico que era el hombre.

—Buenos días, coronel —dijo Jonathan.

El coronel Brandon había estado mirando en la dirección de Jonathan, pero se sobresaltó. Al parecer había estado tan sumido en sus pensamientos que no había visto a Jonathan incluso aunque estuviese cerca. Sin embargo, respondió con educación.

—Buenos días, señor Darcy. Es una buena mañana, ¿verdad?

—Muy buena, de hecho. —Jonathan se preguntó si sería adecuado elogiar el sombrero del coronel. Probablemente no.

—Comprobando los caminos, imagino. —La sonrisa del coronel Brandon era tenue—. A los jóvenes no os suele gustar quedaros quietos.

No era una descripción muy exacta del carácter de Jonathan, pero contradecirle sería grosero. *En caso de duda*, su madre siempre decía, *sé breve y educado. Puede que no siempre sea la respuesta correcta, pero nunca será la peor*.

—Me dirijo a los establos, sabe, para ver cómo están nuestros caballos —dijo en cambio—. Es bienvenido de acompañarme.

El coronel le observó y Jonathan pensó que los establos, recordatorios del hedor de la naturaleza en toda su crudeza, normalmente no se consideraban un sitio de encuentro adecuado. Pero entonces Brandon le sonrió.

—Creo que debo. Hay que cuidar de nuestros caballos, al fin y al cabo.

Por supuesto, los mozos de cuadra de Donwell Abbey habían cuidado con presteza a todos los caballos. Sus establos estaban limpios y aireados, y sus huéspedes estaban masticando afanosamente. El pequeño perro blanco y negro del señor Knightley estaba sentado en una pequeña bala de paja, observándolo todo con interés. Jonathan se fue directamente hacia Ébano, y ella relinchó para darle la bienvenida.

(Su padre descartaba tales ideas, pero Jonathan estaba seguro de que Ébano le saludaba de vez en cuando).

El coronel Brandon inclinó la cabeza hacia Ébano.

—Es una de sus favoritas, supongo.

Jonathan asintió.

—Mis padres dicen que la trato demasiado como una mascota. —¿Era demasiado admitirlo? Al parecer no para Brandon.

—No se avergüence de cuidar a otra criatura. Ojalá más personas pensasen así, en vez de al contrario.

Eso fue alentador.

—¿Usted tiene un caballo favorito?

—Sí, pero se ha quedado en casa, descansando por un casco adolorido. El mozo de cuadra dice que se curará bien. —Brandon acarició distraídamente el hocico de su semental de color avellana—. Pero me preocupa. Siempre es complicado dejar atrás a aquellos de los que nos preocupamos.

Emma Knightley estaba de pie frente a la ventana del estudio de su marido, aparentemente esperando a Frank Churchill. No era el mejor lugar de la casa para ver acercarse a un jinete. Sin embargo, era el mejor lugar para observar a Knightley.

Se había levantado temprano esa mañana, antes del amanecer, probablemente para reunirse con algunos de sus arrendatarios de las granjas. El tiempo había impedido esas reuniones durante varios días, y sin duda tendrían que contarle cómo habían ido los campos y cultivos. Pero Emma sospechaba que Knightley había tenido mucho más cuidado por no despertarla hoy para no repetir su última e incómoda conversación.

Ella tampoco quería repetirla. Pero tampoco quería olvidarla. Había algo que tenía que plantearle inmediatamente. Si Knightley le hacía caso —*por una vez*— entonces quizás podrían evitar lo peor.

Sus pasos se acercaron a la puerta del estudio, y Emma se dio la vuelta para verlo entrar. Tal y como había esperado, había estado en las granjas; sus botas estaban más embarradas de lo que era propio de

un caballero. A pesar de todo, le sonrió al verla, una bendición, Emma lo sabía, con un matrimonio de tantos años, especialmente en un momento como este. Sin embargo, estaba a punto de terminar con las sonrisas por un tiempo.

Sin preámbulos, le preguntó.

—¿Le vas a contar a Frank Churchill lo del aval? ¿O ya lo has hecho?

—No lo he hecho —dijo Knightley—. No quería ocultarlo, pero… era demasiado fácil encontrar motivos por los que no era el momento adecuado para contárselo.

—Debes decírselo hoy —insistió Emma—. De lo contrario puede que decida que somos culpables porque le ocultamos la verdad.

Knightley se rio.

—Frank Churchill no tiene ningún derecho a regañar a nadie por ocultarle la verdad. Un compromiso secreto, de todos…

—¡Eso pasó hace más de quince años y nadie aceptaría eso como excusa!

—Mi querida Emma, no lo decía como tal. —Se detuvo, más vulnerable ante su mirada de lo que había sido en mucho tiempo—. Ocultar algo así no es propio de un caballero. Me convencí de que solo estaba intentando no complicarlo todo al introducir más información que podría confundir sus deducciones. En cambio, debería haber recordado lo sencillo que es justificar el hecho de actuar como queramos. Cuando llegue Churchill hoy, le contaré toda la verdad.

Emma sabía que esto era lo correcto y justo. Era por lo que había venido a hablar. Pero ahora que se lo había concedido, no había cesado su preocupación.

—¿Existen… otras copias de tu aval?

—Supongo que sí. Wickham era demasiado canalla como para dejar que alguien se escapase de sus trampas tan fácilmente. Pero no puedo estar seguro.

Emma suspiró.

—Una pena que el ladrón de anoche no se llevase esa copia consigo.

—Mi esposa contradictoria, no puedes abogar por la justicia en un suspiro y esperar que desaparezcan las pruebas con el siguiente —dijo.

—Claro que puedo, si es que mantiene a nuestra familia a salvo. —Tras un segundo, añadió, con más sentimiento aún—. Si te mantiene a salvo.

—Solo estaba bromeando. —La sonrisa de Knightley era amable y (Emma podía percibirlo también) aliviada—. No te puedo culpar por desear que la deuda desapareciese de un modo tan conveniente y sé que no querías hacer daño a nadie.

Aún no le había perdonado del todo. Pero el gran peligro que había estado sobre Donwell Abbey la había obligado a ver que la locura que había cometido su marido tan solo era una parte de un complicado enigma. Emma estaba segura de que los otros veían también los problemas y las posibilidades.

—El resto podrían haber tenido la misma idea que yo, no éramos los únicos presentes en deuda con el señor Wickham.

—Eso seguro —aceptó Knightley—. Hoy, cuando Frank revise las pertenencias de Wickham con los alguaciles, puede que descubramos esa verdad en particular por nosotros mismos. Me sorprendes, Emma.

Ella sintió cómo se le encendían las mejillas.

—Por ser tan egoísta, ¿quieres decir? ¿Por pensar tal cosa?

Knightley negó con la cabeza.

—Sin duda yo debería haber reaccionado así. Pero no lo he hecho. En cambio, creo que eres muy… valiente. Espero que no estemos descubriendo mutuamente nuestra naturaleza criminal.

Emma no estaba segura de qué responder a aquello y se libró de tener que hacerlo cuando vio por la ventana a la persona que esperaban.

—Oh, ya ha llegado Frank. En su carruaje, nada menos, los caminos deben haber mejorado mucho. ¡Por suerte por fin podremos ir a la villa!

—Muy considerado por su parte traer a los alguaciles en su carruaje —dijo Knightley dubitativo. Aunque su opinión de Frank Churchill había mejorado, ligeramente, en los años en los que llevaban conociéndose, seguía sin reconocerle el mérito por ser previsor y considerado.

—No le acompañan los alguaciles —dijo Emma, apresurándose en salir a saludar a su nuevo visitante—. ¡Sino alguien mucho mejor!

Las esperanzas de Juliet de desayunar temprano desaparecieron cuando escuchó al carruaje acercarse a Donwell Abbey. Por supuesto, esto significaba que también tendría la oportunidad de hablar con Frank Churchill sobre la investigación, al haber sido ella quien había descubierto el anillo de amatista, él no desestimaría su curiosidad. Aunque la oportunidad de hablar con él habría sido mucho mejor si hubiese podido disfrutar de su café primero.

Pero había que aprovechar la buena suerte. Juliet se apresuró a bajar las escaleras, recogiéndose los rizos rebeldes en el moño, y se dirigió hacia la puerta como si fuese a encontrarse con el señor Churchill allí.

En vez de eso, se encontró con una joven que tendría prácticamente su edad. La chica tenía el tono de piel de Frank Churchill, con el pelo rubio y los ojos de un verde brillante, lo que hizo que Juliet se lamentase por sus rizos oscuros. ¡Y ese vestido! Una muselina tan fina y delicada adornada con unas decoraciones trenzadas que no se solían poner en los vestidos de día, sino que pertenecían al ajuar de una recién casada (como Marianne Brandon) o al armario de alguien extremadamente rico (como Elizabeth Darcy). Por un instante Juliet se sintió casi mal vestida.

Entonces la joven la vio y su mirada se iluminó, como si fuesen viejas amigas.

—Bueno, hola —dijo—. Usted debe ser la señorita Tilney, ¿verdad? Mi padre me dijo que debía conocerla, que debía de sentirse muy sola aquí.

De nuevo animada, Juliet respondió.

—Lo soy. Y usted debe ser… ¿la señorita Churchill?

—Grace Churchill. —Grace inclinó la cabeza en un leve asentimiento—. Siento mucho que haya ocurrido algo tan terrible durante su visita. ¡Normalmente Donwell Abbey es uno de los lugares más agradables! La señora Knightley es muy *divertida*. Por lo general la visito a menudo, pero este verano, su hija, Henrietta, se ha marchado a la playa con los Weston. Así que he sido descuidada, como ve.

—Estoy segura de que está más que perdonada —dijo Juliet. Su nueva conocida parecía encantadora. A pesar de que hubiese considerado a la señora Brandon una amiga en potencia, Juliet tenía que admitir que sería agradable poder pasar tiempo con otra joven a quien no le afectase tanto la muerte del señor Wickham.

¿Sería la amistad más un inconveniente que un placer? Visitar la casa de Grace Churchill podría ser un cambio agradable de la sombría Donwell, pero también la alejaría de su investigación…

Frank Churchill entró entonces, charlando animadamente con la señora Knightley de la mejora del tiempo. A su espalda venían el coronel Brandon, con un sombrero bastante peculiar, y Jonathan Darcy. Se presentaron ante la señorita Churchill y el señor Churchill parecía estar más emocionado de lo necesario.

O eso pensaba Juliet, hasta que la señorita Churchill posó su mirada en los ojos de Jonathan y se sonrojó.

Oh, se dio cuenta. *Su padre está intentando emparejarla con uno de los jóvenes más codiciados del país. Por supuesto que sí. Cualquier padre haría lo mismo.*

No es como si Jonathan Darcy me estuviese cortejando. Nuestra conexión es completamente distinta. Así que esto no me habría de importar en absoluto.

O al menos eso se dijo a sí misma.

—Señor Darcy —dijo la señora Knightley—, permítame presentarle a Grace Churchill, la hija de nuestro magistrado. Señorita Churchill, este es Jonathan Darcy, de Pemberley, uno de nuestros invitados. ¿Veo que ya ha conocido a la señorita Tilney?

—Sí. —La señorita Churchill no apartó la mirada del rostro de Jonathan. Normalmente encontraba tal escrutinio desconcertante, especialmente de aquellos a los que acababa de conocer, pero debía de estar disimulándolo bien, ya que la sonrisa de la señorita Churchill tan solo se ensanchó—. Debe estar cansado de estar encerrado en esta casa.

—No estoy tan inquieto como la mayoría —dijo Jonathan—. Pero

salir a tomar un poco el sol es un cambio agradable.

La señorita Churchill se quedó en silencio un momento antes de echarse a reír.

—Está bromeando conmigo, ya veo. ¡Y mire! Ahí está Pierre, ven a saludarme. —Se agachó para acariciar al pequeño perro de los Knightley, que había ido corriendo hacia ella, moviendo la cola de alegría—. Somos los mejores amigos. Espero que ustedes ya se hayan conocido también.

¿Era necesario presentarse a un perro? No creía que fuese así, pero se limitaba a acariciarle la cabeza de vez en cuando.

—No ladra cuando debería.

—¿Y cuándo se debe ladrar, eh? ¿Por qué debería ladrar cuando es tan feliz? —Grace Churchill pasó la mano por el pelaje del perro—. Como ve, piensa que es el dueño de esta casa.

—¿Tiene perros, señorita Churchill? —le preguntó Juliet Tilney.

—Mi padre tiene perros de caza, son adorables, pero son mucho más cariñosos con él que conmigo. —La señorita Churchill alzó la mirada hacia la señorita Tilney mucho más contenta que lo que había mirado a Jonathan. Según su experiencia, las jóvenes que se le acercaban solían mirar a las otras jóvenes como si fuesen algún tipo de obstáculo. Esta cordialidad era mucho más agradable—. Pero tengo un gato que adora sentarse en mi regazo.

Las mascotas parecían ser un tema de conversación tan seguro como el clima. Así que Jonathan se aventuró.

—¿Cómo se llama su gato?

Las mejillas de Grace Churchill se sonrojaron.

—Le puse nombre cuando era mucho más pequeña. Me temo que se llama Blancmange.

Incluso Jonathan entendió el humor. Pero mientras se reían, la señorita Tilney había empezado a alejarse.

—Creo que necesito un poco de aire fresco, ¿si me disculpa, señorita Churchill?

—Por supuesto. —La señorita Churchill ya había vuelto a poner toda su atención en él—. Espero que nos veamos más mientras esté aquí con nosotros.

—Yo también. —La sonrisa de la señorita Tilney parecía genuina,

pero se marchó. Jonathan no comprendía por qué y deseaba hacerlo. ¿Es que la conversación entre la señorita Tilney y la señorita Churchill no había sido agradable?

La gente solía ser difícil de entender. Las jóvenes de su edad habían demostrado ser las más complicadas de todos.

Claro que Grace Churchill está prendada de él, se dijo Juliet mientras salía del vestíbulo al exterior. *No solo es aceptable, sino que también es educado y bueno. Ciertamente es atractivo. Es natural que esté interesada.*

En el poco tiempo que Juliet los había visto juntos, el interés de Grace por Jonathan Darcy parecía más sincero que estratégico. Pemberley podía ser una de las mayores propiedades del país, pero su vestido elegante y el carruaje soberbio de su padre sugerían que Grace Churchill no necesitaba casarse por dinero. Simplemente había conocido a un joven apuesto y había quedado prendada con él.

Juliet se había marchado porque cuando dos mujeres jóvenes conversaban con un hombre joven, a menudo algo en su conversación… se agriaba. Cada una intentaría ser más ingeniosa que la otra, más admirable, o lo que sea que al joven pareciese gustarle. Aunque Juliet pensaba que ese comportamiento era ridículo cuando la otra chica lo empezaba, sentía que era muy difícil no responder si se daba. Nadie quiere que le dejen de menos. Así que evitaba ese tipo de situaciones siempre que podía.

Grace Churchill había sido ciertamente amable con ella, o eso le parecía. Mejor dejar la conversación allí, antes de que nada se volviese raro.

Un paseo será agradable, se dijo firmemente, y era cierto. La luz del sol le calentó la piel por primera vez en varios días. Antes, la penumbra general no la había permitido admirar por completo los preciosos terrenos de Donwell Abbey, pero ahora se podía maravillar con sus jardines espléndidos y las suaves colinas en el horizonte.

Tampoco era Juliet la única que quería disfrutar de los placeres que ofrecían los jardines. En el extremo más alejado vio a la señora Brandon.

Juliet dudó por un momento, recordando la angustia de la señora Brandon el día anterior. Pero seguramente, si aún se encontrase así, no habría salido de su cuarto, mucho menos se habría ido a dar un paseo. Juliet se dirigió rápidamente hacia los setos que bordeaban el camino.

El sonido de sus pisadas sobre la grava debió alertarla de su presencia, porque levantó la mirada y esbozó una sonrisa fina y lastimosa.

—Señorita Tilney. Supongo que usted también echaba de menos el aire fresco.

—De hecho, sí —dijo Juliet, dándose cuenta tras decirlo que era cierto—. En casa suelo estar en el exterior. Y esta es mi primera oportunidad de ver otra parte de Inglaterra, sería una pena que solo pudiese verla a través de una ventana llena de gotas de lluvia.

—Nos sentará bien. —La señora Brandon sonaba como si desease, más que creyese, que eso fuese cierto—. La naturaleza es una especie de cura, creo. Y… y Cowper dice que el duelo en sí mismo es una medicina, así que quizás nos estamos curando en más de un sentido.

—Lamento mucho que sienta que necesita ese tipo de cura —dijo Juliet—. ¿Tan solo le ha desconcertado el asesinato?

La señora Brandon se tropezó, quizá por haber pisado una piedra.

—¿No es causa suficiente? Ninguno somos nosotros del todo, de eso estoy segura.

Juliet sí que era completamente ella misma. No sentía pena por George Wickham, aparte de la convicción de que nadie se merecía un final tan violento. ¿Por qué estaba tan afligida la señora Brandon?

¿O es que estaba afligida por otra persona? ¿Por alguien marcado por un acto tan terrible que no tenía vuelta atrás?

Juliet miró a su alrededor discretamente buscando al coronel Brandon. En vez de eso, su mirada se topó con Fanny Bertram, que hablaba con algunos sirvientes, aferrando un pañuelo que usaba para secarse las lágrimas. Incluso a esa distancia era evidente que estaba angustiada.

—La señora Bertram parece ser muy delicada —dijo Marianne con la voz temblorosa—. Admiro su sensibilidad. ¡Tener tanta compasión por otro que termina llorando! Ojalá yo fuese tan buena persona.

Juliet no estaba segura si era la compasión de Fanny Bertram la

que la hacía llorar, pero a estas alturas, optó por el silencio.

Jonathan sabía que debería estar hablando con Grace Churchill, pero a la joven se le daba muy bien hacerlo sola.

—Por supuesto que ahora sería indecoroso, dadas las desafortunadas circunstancias. —La señorita Churchill inclinó ligeramente la cabeza hacia la galería; su padre la había informado con claridad del lugar del crimen—. Más adelante, sin embargo, deberíamos celebrar un baile. No un gran baile, pero al menos una ocasión en la que pueda conocer a nuestra sociedad local. ¿Le gusta bailar, señor?

—Soy razonablemente bueno —respondió Jonathan. Le gustaban los pasos, los patrones, los ritmos. Sin embargo, las exigencias sociales que acarreaban le solían confundir.

La señorita Churchill tenía una sonrisa amable.

—Entonces está hecho. A todo el mundo le gusta hacer lo que se le da bien. Es una verdad universal del ser humano.

Eso era cierto, al menos hasta donde Jonathan sabía. Quizás por eso, a pesar de la naturaleza agradable de Grace Churchill, deseaba abandonar aquella conversación y dirigirse al piso de arriba. No se le daban bien las conversaciones animadas y dudaba de que alguna vez se le fuesen a dar mejor. Como investigador, sin embargo, sentía que estaba empezando a ser algo prometedor. Y sentía una aguda curiosidad por saber lo que el señor Churchill y sus alguaciles habían descubierto en la habitación saqueada de Wickham.

Unos pasos en la escalera le hicieron levantar la vista, pero no eran ni el magistrado ni los oficiales los que se acercaban. La señora Knightley bajaba junto al capitán Wentworth. La primera parecía alegre, el segundo todo lo contrario.

—Nos han hecho bajar como a dos niños traviesos —dijo la señora Knightley.

—¿A los niños traviesos no se les suele mandar arriba? —preguntó Jonathan con toda sinceridad, por lo que le sorprendió cuando las mujeres se rieron e incluso Wentworth sonrió.

—Es usted demasiado perspicaz para mí, joven Darcy —la señora Knightley le dedicó una sonrisa cálida, que luego dirigió a Grace Churchill—. Ahora, dejemos a los hombres a su aire. Los alguaciles no serán tan rápidos en echarnos si estamos presentes las mujeres. Además, tienes que ver las orquídeas del invernadero.

En un momento la señorita Churchill y la señora Knightley se alejaban del brazo de la otra. La señorita Churchill le dedicó una sonrisa a Jonathan sobre su hombro como despedida. Suponía que su presentación había ido bien.

¿Pero dónde estaba Juliet? Si no podían seguir investigando al menos le gustaría compartir sus impresiones y pensamientos con ella. En vez de eso, parecía que el capitán Wentworth y él tenían que hacerse compañía.

Wentworth no parecía una persona que se divirtiese fácilmente. Su mirada nunca había sido más oscura.

—Una locura —dijo—. Una pura locura.

—¿De qué habla, señor?

—Esas teorías locas del magistrado sobre los gitanos y el resto —dijo Wentworth—. Por supuesto esto es obra de un sirviente. ¿Quién más tendría acceso a la casa y la necesidad de robar cualquier miseria que Wickham hubiese escondido en su dormitorio?

Sería insensato contradecir al capitán directamente, pensó Jonathan. Si le preguntaba probablemente obtendría un mejor resultado.

—Es probable que nadie del servicio de Donwell Abbey fuera el culpable del robo, o los Knightley lo habrían despedido hace años. Si tenemos eso en cuenta, ¿por qué un criado asesinaría al señor Wickham?

—Dele a Wickham diez minutos en una sala con cualquiera y encontrarán una razón para odiarle —soltó Wentworth—. Podría haber insultado a cualquier criada que se hubiese quedado a solas con él, de eso estoy seguro.

Esas palabras le recordaron un viaje de hace muchos años para ir a visitar al tío Charles y la tía Jane, el único en el que los Wickham también habían estado presentes: la tía Lydia gritaba enfadada a su marido al otro lado de la mesa, sin importarle quién pudiese oírla.

—¡Eres peor en una despensa que cualquier hombre en un prostíbulo!

La tía Jane había pasado gran parte de la tarde con el servicio, aparentemente intentando que alguien no se marchase esa misma noche, mientras el joven Jonathan le preguntaba al tío Charles qué era un prostíbulo (su respuesta le llegó a medias).

De hecho, no se podía confiar en Wickham cuando estaba con el servicio. ¿Puede que Jonathan y Juliet se hubiesen equivocado desde el principio? ¿Era posible que una criada, ya fuese ella misma ultrajada o alguno de los hombres que intentaba defenderla, hubiese cometido el crimen después de todo?

Le sacó de su ensimismamiento un grito procedente del jardín.

—¡Señor Knightley! ¡Señora Knightley! Alguien, ¡vengan rápido!

Jonathan y Wentworth intercambiaron miradas, luego se apresuraron al exterior. La señora Knightley también había escuchado la llamada y corría hacia un jardinero que estaba junto a unas urnas topiarias. El rostro del joven estaba blanco como la cera, y sostenía algo más pálido aún: un pañuelo de lino.

Incluso antes de que Jonathan llegase junto al jardinero pudo ver que el pañuelo estaba manchado de sangre.

—Discúlpeme, señora Knightley —comenzó el jardinero—, pero me he encontrado esto en la maceta. Escondido en la tierra, medio enterrado. No es nada nuestro…

—Creo que sabemos por qué estaría enterrado —dijo la señora Knightley en voz baja.

El señor Knightley, Frank Churchill y los alguaciles corrían hacia ellos. Parte del resto del grupo, incluyendo Juliet Tilney, Marianne Brandon y Grace Churchill, también se acercaban. Knightley maldijo por lo bajo, algo poco propio de un caballero.

—¿Qué es?

—Un pañuelo demasiado delicado para pertenecer a alguien del servicio —respondió la señora Knightley—. Y está manchado de sangre.

—Estaba enterrado bastante profundo —dijo el jardinero—. Probablemente lo cavarían con una paleta. Y da la casualidad de que me falta una en mi maletín.

—Robada —murmuró la señorita Tilney.

Jonathan se fijó en que las manchas de sangre no eran gotas, como si alguien se hubiese limpiado sangre de la nariz, pero tampoco eran muy grandes como si alguien hubiese intentado cortar una hemorragia. No, la tela tenía vetas carmesíes.

—La usaron para limpiar sangre de algún sitio —murmuró.

—Concluyo —dijo Frank Churchill—, que el asesino lo utilizó para limpiar el arma y después lo ocultó aquí.

—Ningún intruso la habría enterrado aquí —señaló Jonathan—. Sin duda, no se habría quedado por mucho más tiempo aquí después de cometer un crimen así, habría tenido más éxito ocultándolo en cualquier otra parte, lejos de Donwell.

—Ni nadie del servicio habría elegido este sitio para ocultar nada —dijo la señorita Tilney. El grupo la miraba fijamente, sobre todo sorprendidos, pero Jonathan estaba ansioso por escuchar su deducción —. Los criados limpian las chimeneas, por supuesto. Por lo tanto un criado habría quemado el pañuelo y habría limpiado las cenizas después, eliminando cualquier prueba. Pero cualquiera de nosotros hubiésemos temido el quemarlo, precisamente porque el servicio entonces podría haber descubierto cualquier pedazo que no se hubiese calcinado.

Eso no tenía por qué ser así necesariamente, se dio cuenta Jonathan… pero era bastante probable. Vio que todos los presentes comprendieron lo mismo.

—Y un criado habría tenido muchas oportunidades para devolver la paleta al maletín del jardinero. En cambio, cualquiera de nosotros tendríamos que haber esperado hasta que se presentase una oportunidad —añadió en voz baja.

—Entonces no estamos buscando a un criado —dijo Frank Churchill—. Ni a un intruso, que se habría llevado el pañuelo consigo al escapar. —Su mirada se encontró con la del señor Knightley, con el rostro serio—. Siento tener que decir esto, pero… uno de sus invitados es el responsable.

Todos se miraron entre ellos, y Jonathan se imaginó a todos pensando lo mismo: *¿Quién de nosotros asesinó al señor Wickham?*

Capítulo doce

Elizabeth Bennet Darcy no soportaba a los idiotas de buena gana, pero eso no significaba que no tuviera paciencia. Por el bien de su marido, soportaba las visitas ocasionales de Lady Catherine de Bourgh, a quien la edad no le había robado ni la vitalidad ni la arrogancia. Por el bien de su hijo mayor, moderó sus expectativas y toleraba sus excentricidades. Y por sus desafortunados anfitriones, los Knightley, había sacado todo el provecho que podía a la que debía de ser la peor fiesta en toda Inglaterra.

Pero su paciencia tenía un límite.

—¿Qué podrían hacer los supuestos criminales en Surrey? —preguntó Elizabeth mientras caminaba, una hora después del desayuno—. ¿Deberíamos preguntar por el estado de los alojamientos en la cárcel local? ¿O es que no vamos a tener ningún lugar donde descansar entre la acusación y la horca?

—Pocas veces tu humor ha estado tan desencaminado. —Darcy caminaba a su lado, tieso como un cuello almidonado. Unos pasos detrás de ellos iba Jonathan—. No se nos ha acusado de nada, y no hay razón para que lo hagan.

Elizabeth se rio.

—¡No hay razón! Ninguna razón más allá de que, entre los presentes, éramos los que mejor conocíamos a Wickham y, por lo tanto, a los que menos les gustaba. ¿Quién podría echar un vistazo a nuestra historia con este hombre y no preguntarse si somos culpables?

—Hay otros aquí que también odiaban a Wickham con las mismas ganas —señaló Jonathan, inocente y servicial, con tan poco tacto como siempre por la tensión entre sus padres—. Uno podría

argumentar que, si hubiésemos querido hacer daño a Wickham, ciertamente ya lo habríamos hecho hace mucho tiempo.

—Ese no es un argumento tan convincente como podríamos desear —respondió Darcy, pero le dedicó a su hijo el esbozo de una pequeña sonrisa.

Elizabeth había pensado que un paseo en familia les vendría bien. Todos los invitados debían de desear un mínimo de privacidad en aquellos momentos, o al menos acompañados de los que más querían. Era una mañana agradable y luminosa que prometía dispersar la tristeza de los últimos días. Pero cada paso que daba le recordaba lo mucho que quería dejar de caminar y empezar a correr, con todas sus fuerzas, campo a través, lejos de Donwell Abbey, lejos incluso de su hijo y su marido.

¿A dónde correrías?, se preguntó. *¿A algún país donde no tuvieses pasado, sin conexiones, sin cargas? Esa tierra no existe y nunca lo hará.*

—No he notado que el señor Frank Churchill se fijase particularmente en nosotros —dijo Jonathan.

—Quitando al traer a su hija para conocerte, aunque no me cabe ninguna duda de que fue ella misma la que insistió en ello. —Darcy seguía convencido de que cualquier joven que se acercase a Jonathan realmente estaba intentando hacerse con la herencia de Pemberley. A veces Elizabeth señalaba que Pemberley no había sido suficiente para *tentarla* a contraer matrimonio, pero Darcy creía que ella era única en ese aspecto. (Caroline Bingley había ejercido una influencia demasiado fuerte en la opinión de Darcy hacia el otro sexo).

—Aun así —dijo Jonathan—, no habría traído a su hija a conocerme si pensase que cualquiera de los tres es un asesino.

—Si es que aún no lo piensa —dijo Elizabeth—, es solo porque se ha estado fijando en los gitanos. Dentro de poco se dará cuenta de todo lo que Wickham nos ha hecho y nos preguntará qué le hicimos nosotros a él.

Jonathan seguía siendo ingenuo, incluso estaba esperanzado.

—No creo que el señor Churchill considere cualquier situación que ocurriese en el pasado como causa del asesinato, y la mayoría de los agravios del señor Wickham ocurrieron antes de que yo naciese…

—Excepto Susannah. —La voz de Elizabeth estaba afilada como un

cuchillo. Incluso se imaginó sintiendo su filo—. Excepto por la muerte de una niña que bien podría haber sido nuestra hija.

Nuestra, dijo. Pero cuando se encontró con la mirada de piedra de Darcy recordó que, por lo visto, la pequeña no había significado tanto para su marido. No lo suficiente para amarla.

Porque si Darcy realmente hubiese amado a Susannah, sería imposible que hubiese vuelto a la normalidad tan rápido como lo había hecho en esos últimos ocho meses. Le sería imposible estar tan lejos de Elizabeth que ni su amor podría tocarla.

—Ningún tribunal culparía a Wickham de la muerte de Susannah —dijo Darcy.

—¿Lo niegas? —Elizabeth nunca había soñado que su marido podría pensar así—. Susannah estaba enferma, y aun así él insistió en que debía regresar a casa de inmediato. Salió en ese carruaje, por los caminos empedrados, mientras aún estaba tan frágil…

—Por supuesto que es el responsable —dijo Darcy bruscamente—. Lo que quiero decir es que la ley no le declararía culpable.

—Entonces que le den a la ley. —Elizabeth aceleró sus pasos, para aumentar la distancia entre ella, su marido y su hijo. Cuando pensaba en la muerte de Susannah, la verdadera razón detrás de ella, la mezquindad y los celos de Wickham, la absoluta crueldad que es necesaria para que insistiese en que la niña viajase en esas condiciones…

Ocho meses lo había soportado. Y, aun así, cada vez que pensaba en ello la ira la inundaba, Elizabeth se preguntaba si sería capaz de soportarlo ni un minuto más.

Los ánimos por la tarde en Donwell Abbey eran extraños, pensó Juliet. Antes de descubrir el pañuelo ensangrentado todos habían estado preocupados por el final del señor Wickham, pero no habían estado asustados. Al menos, no habían tenido miedo de sufrir un final parecido; nadie se había comportado del mismo modo que había llevado a Wickham a tal horrible final, y no había motivos para sospechar que iba a empezar una masacre. Juliet pensaba que la gente

estaba preocupada sobre todo por ser sospechosa de asesinato, o de que alguno de sus allegados lo fuese.

¿Por qué el pañuelo lo había cambiado todo? No estaba segura, pero quizás el descubrimiento hubiese redirigido las preocupaciones de todos. Antes tan solo temían que les acusasen. Ahora se preguntaban si alguien que les caía bien, o incluso que querían, podría ser el culpable.

Todos menos una persona, por supuesto: la que temía que la atrapasen.

Ella misma se sobresaltó cuando la puerta de la sala de billar se abrió. Pero solo era Jonathan Darcy, que llegaba para la siguiente reunión de su investigación, una que habían acordado que sería cada noche.

—No pude ver bien el pañuelo antes de que se lo llevase el señor Churchill —dijo, en vez de un saludo más cortés. Juliet se dio cuenta de que prefería su franqueza—. Pero supongo que si estaba bordado o tuviese algún tipo de marca, los alguaciles lo habrían mencionado.

Ella asintió.

—Estoy de acuerdo en que el pañuelo no nos dice nada. Pero sí que ha dicho mucho para el resto. Ahora saben que lo peor es cierto.

Él parecía que tenía dudas.

—Seguramente ya se habían dado cuenta antes de que ningún sirviente o forastero era el culpable.

—Lo sospechaban. Pero ahora lo *saben*. Saberlo lo cambia todo. —Juliet se ciñó mejor el chal sobre los hombros. Debajo tan solo llevaba su vestido de día más sencillo. Si la encontraban por los pasillos, haría como si tan solo estuviese investigando un ruido; si la encontraban junto a Jonathan, aunque fuese un escándalo, podría evitar lo peor dejando caer su chal y demostrando que estaba apropiadamente vestida, siempre y cuando nadie se fijase en el pésimo trabajo que había hecho volviéndoselo a poner sin la ayuda de su doncella. Juliet había pensado todo al detalle.

—¿Qué más ha descubierto hoy?

—Muy poco, me temo. El hallazgo del pañuelo primó sobre cualquier otra preocupación. —Jonathan Darcy se mantuvo erguido, como si se estuviesen presentando ante la Corte de St. James. Aunque

Juliet se preguntaba el porqué, no dijo nada—. Deberíamos investigar allí donde podamos descubrir más. Debemos fijar nuestra atención en los mayores sospechosos.

—Es una estrategia arriesgada, pero quizás sea la adecuada. Si no encontramos pruebas de su culpabilidad, entonces podemos investigar al resto —dijo Juliet—. ¿Quiénes deberían estar en nuestro primer grupo? Por supuesto, el coronel Brandon el primero. Sus motivos puede que fuesen de hace años, pero se acababa de encontrar con Wickham por primera vez. Eso y que no estaba en su dormitorio aquella noche… bueno, no podemos pasarle por alto. —Le dolía el corazón al pensar en la pobre señora Brandon, tan asustada por su marido, pero Juliet esperaba que sus esfuerzos exonerasen a Brandon en vez de condenarle.

—¿No estuvo toda la noche en su dormitorio? —Jonathan parecía sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

—Es solo una suposición —admitió—, pero cuando le pregunté a la señora Brandon si su marido había salido del dormitorio aquella noche… tardó mucho en responder. Un silencio dice más que mil palabras.

—Entonces sin duda hemos de considerarlo. También deberíamos investigar al capitán Wentworth —dijo el joven Darcy—. Él también salió de su habitación durante un tiempo y su temperamento tiene un lado oscuro. Los planes de Wickham ya le habían robado el dinero que había ganado en la guerra, y la deuda que le debía podría haber arruinado a su familia.

Juliet dudaba menos de los Wentworth, pero confiaba en el juicio de Jonathan.

—La señora Knightley no parece saber hasta qué punto la habría arruinado el plan de Wickham, pero el señor Knightley sí. Y él habría tenido menos dudas al actuar en su propia casa, donde todas las habitaciones y patrones de comportamiento le eran familiares. También me gustaría investigar a Fanny Bertram.

Su incredulidad resultó casi cómica.

—No puede creer en serio que sea la asesina.

—Solo sé que se está comportando muy raro —insistió Juliet—. Hay un porqué, y siento que está conectado con este terrible asunto de

algún modo.

Aunque él no estaba convencido del todo, se limitó a añadir:

—Ya tenemos a nuestros tres principales sospechosos, y lo que la señora Bertram pueda ser de sospechosa. Tendremos que trabajar sin descanso para poder encontrar el momento de interrogarles.

—Sí, ciertamente. —Había esperado que no la obligase a hacer la pregunta, pero no tuvo esa suerte—. Se da cuenta de que no podemos descartar a sus padres. ¿Sabe si salieron o no de su dormitorio?

Jonathan tardó un momento en responder.

—No, parece que no lo hicieron.

Parece estaba lejos de la certeza. Juliet simplemente decidió que los Darcy, como Fanny Bertram, eran un proyecto que debía emprender sola.

Juliet no era la única que sabía que Fanny Bertram no estaba siendo ella del todo.

Edmund se quedó tumbado en la cama un rato después de que las velas se hubiesen apagado. A su lado, Fanny también estaba despierta. Lo sabía porque estaba demasiado quieta. Normalmente daba vueltas en la cama durante un rato antes de quedarse dormida. Hoy quería engañarle para que no hablase, o quizás simplemente le paralizaba el miedo.

Los terrores de Fanny solían deberse a nimiedades y todo lo que Edmund podía hacer era no reírse de ellos. Pero esta noche él tenía sus propios miedos.

El suspense no es amigo de nadie, se dijo Edmund. *Habla.*

—Fanny —dijo, serio—, tenemos que hablar.

Después de un largo silencio ella habló en susurros.

—Lo sé, querido Edmund.

Él se sentó, preparándose para escucharla.

—El anillo que encontró Juliet Tilney en el dormitorio de Wickham… ¿era tu anillo de amatista? ¿El que te regalé en nuestra primera navidad?

Fanny también se sentó, pero no le miraba a los ojos.

—Sí, lo era.

No le dio más explicaciones, obligándole a seguir hablando.

—Entonces necesito saber cómo terminó en sus manos. No me extrañaría que un hombre de tan baja moral lo hubiese robado… pero si ese fuera el caso, habrías dicho que el anillo era tuyo cuando lo encontraron.

Incluso a la tenue luz de la luna era imposible pasar por alto lo pálida que estaba Fanny, tan blanca como alguien que estaba a punto de desmayarse.

—Se lo di por… a cambio de algo que él tenía. El señor Wickham lo tomó pero no me entregó lo que le había pedido. Tan solo dijo que lo consideraría.

Esa respuesta tan solo dejó más perplejo a Edmund.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué era lo que tenía Wickham por lo que pudieses querer intercambiar un anillo?

Agachó la cabeza.

—El señor Wickham me había robado una carta de mi maleta. Una… una carta de William.

—¿Por qué quería una carta de tu hermano?

—No sé cómo se le ocurrió la idea. —Los ojos de Fanny se anegaron de lágrimas—. ¡Ojalá no hubiera sido así! Pero cuando la leyó, el señor Wickham supo que… que si se sabía lo que decía, mi pobre hermano sería…

Un sollozo le robó las últimas palabras, y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué demonios escribió William? —Edmund había visto al hermano marinero de Fanny tan solo algunas veces; pero en cada una de ellas el joven había demostrado ser educado, inteligente, de carácter fuerte y amar profundamente a su hermana. ¿Es que Edmund había estado tan equivocado?—. Cuéntamelo, Fanny. No es bueno que nos guardemos secretos, especialmente en este tipo de situaciones.

Tardó unos minutos en responder, pero cuando lo hizo su voz era poco más que un susurro.

—William dijo… dijo que él… que su amigo Harris…

Edmund había escuchado hablar de las hazañas de Harris en las cartas de William, e incluso le había conocido en Portsmouth. Parecía

un hombre tan bueno como el propio William, pero ¿es que Harris había llevado a su amigo por el mal camino?

—¿Qué hicieron?

Fanny respiró profundamente.

—William le ama. Lo dice como si… como si estuviesen casados.

La verdad tomó forma lentamente en la cabeza de Edmund, más grotesca a cada minuto que pasaba.

—Dios nos libre. ¿Hablas de…? —Era difícil decirlo en voz alta, incluso ante su mujer, especialmente ante ella—. ¿…de sodomía?

Ella estalló en llanto.

—Matan a hombres por ello. Les cuelgan. No podía permitir que colgasen a William, jamás, no si podía evitarlo. Ya temía que le descubriesen y entonces Wickham amenazó con delatarle, sí, Edmund, le di mi anillo. Le habría dado todo lo que poseía si así podía salvar a William.

—Quieres decir para proteger a tu hermano de las consecuencias de sus pecados. —Edmund apenas podía pensar, tan asqueado y sorprendido como estaba—. Por esto, ¿estabas dispuesta a deshonrarte al tratar con un hombre de tan mala fama?

Fanny finalmente miró a Edmund a la cara. Tenía los ojos abiertos de par en par, incrédula.

—¿Para evitar que William terminase ahorcado? ¿Cómo no podría hacerlo, Edmund? Tú… tú no habrías deseado que expusiese a mi hermano de tal modo. Seguro que no.

Él intentó serenarse.

—No lo esperaba viniendo de ti, conociendo tu temperamento como lo conozco. Pero tampoco me habría esperado que ayudases a tu hermano a que continuase con sus pecados.

—¡No hice tal cosa! Tan solo deseaba que no le descubriesen.

—Hay pocas diferencias entre ambas. —Cuando se sentía inseguro, Edmund se refugiaba en la doctrina, que era muy clara sobre lo que estaba bien y lo que no—. Sí, se ahorca a hombres por ello, pero era probable que le encarcelasen o internasen. Eso es la justicia.

—Incluso entonces, ponen a hombres en la picota, se permite que la muchedumbre les acribille con despojos y desperdicios hasta que están tan heridos como si les hubiesen dado una paliza. —Fanny

miraba fijamente a Edmund, aunque no le reconocía—. William es mi querido hermano. No le abandonaría a ese destino.

Edmund se contuvo. Mientras que William sin duda se merecía la condena más estricta, Fanny se había visto encajonada entre la moral cristiana y lo que dictaba su corazón. Normalmente esas dos fuerzas eran una en ella y lo demostraba con todos sus actos. Si esto la confundía, no podía culparla. Probablemente Fanny nunca se habría imaginado que aquello fuese posible entre dos hombres. Incluso Edmund sentía que necesitaba más tiempo para decidir cómo era mejor proceder.

Le acarició los nudillos.

—Tu error de juicio es grave pero, dadas las circunstancias, quizá no tan sorprendente.

—No.

—Debemos hablar de este tema largo y tendido más tarde.

—Sí, lo haremos.

—Por esta noche, descansa sabiendo que al menos hemos sido sinceros. —Edmund le dedicó una pequeña sonrisa a Fanny—. No estoy enfadado contigo.

Cuando se tumbó, no pudo quedarse dormido de inmediato, su mente bullía con asombro y furia ante el comportamiento de William.

Fanny tampoco podía dormir. Cuando su marido dijo que no estaba enfadado con ella se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, era ella la que estaba enfadada con él.

A la mañana siguiente Jonathan volvió a levantarse temprano. De nuevo, el tiempo prometía ser bueno. Más tarde se llevaría Ébano a cabalgar, un paseo que le vendría tan bien a ella como a él. Decidió bajar antes del desayuno para poder darle instrucciones al mozo para que tuviese a Ébano lista a la hora indicada.

Sin embargo, mientras bajaba las escaleras, escuchó ruidos que indicaban que no era el único que había madrugado.

Desde la biblioteca oyó una voz femenina.

—¿No crees que debería contarlo?

—Tú misma conoces los riesgos. Por ahora es mayor la recompensa del silencio —respondió una voz masculina.

Jonathan reconoció las voces, pero aun así echó un vistazo dentro de la biblioteca para confirmar sus sospechas. Tal y como pensaba, quienes hablaban eran Anne Wentworth y el coronel Brandon.

¿Se conocían? ¿Se habían visto antes de la fiesta de los Knightley? ¿Por qué se encontraban en secreto ahora… y qué verdad estaba intentando esconder Brandon?

No puedes estar seguro de que esto tenga que ver con el asesinato de Wickham, se recordó Jonathan. *Puede que se refieran a otro asunto completamente distinto.*

¿Pero a qué?

Esto era otro asunto que tendría que discutir más tarde con Juliet Tilney. Jonathan ya esperaba con ansias su encuentro nocturno. No solo le aportaba una rutina a sus días, que eran demasiado impredecibles para su gusto, sino que le daban una oportunidad de hablar con sinceridad, sin ningún pretexto. Siempre había sabido que no le gustaban las cortesías que todo el mundo usaba a su alrededor al mantener una conversación. Lo que no había sabido era lo bien que se sentiría al no usarlas.

Cuando hablaba con la señorita Tilney no se sentía raro. No tenía que hacer como si entendiese cosas que no entendía. Jonathan podía ser totalmente él mismo. Qué privilegio más extraño y emocionante.

Si Jonathan se hubiese internado un poco más en la casa se habría dado cuenta de que ya habían servido el desayuno. El servicio, habiéndose dado cuenta de lo madrugadores que eran sus invitados y anticipando las futuras visitas de Frank Churchill, habían dispuesto los platos temprano y habían preparado más cantidad de tostadas y mermeladas.

En vez de eso, la primera que descubrió el desayuno fue Juliet Tilney, seguida de cerca por Elizabeth Darcy, quien le dedicó una sonrisa mientas tomaba su plato.

—No se contenga por mí —dijo Elizabeth—, ya que yo no pienso

contenerme por usted. Ante los hombres se espera que tengamos un apetito delicado. Entre nosotras, sin embargo, podemos comer hasta hartarnos.

Juliet sonrió y se sirvió un segundo *scone* y una taza de chocolate.

—La comida es excelente en Donwell Abbey. Aunque el resto estemos alterados, parece que la cocinera se las ha apañado excelentemente.

—Ahora, al menos, somos capaces de disfrutar de su éxito. —Elizabeth tomó asiento y empezó a extender mantequilla en su panecillo—. Confieso que los últimos dos días después de… lo desagradable, bueno, apenas podía comer. El impacto me robó el apetito. Añada eso a la lista de crímenes de George Wickham. Me negó el placer de los *scone* de fresa.

Era sorprendente escucharla hablar con tanta ligereza.

—A mí no me costó comer, pero tampoco le conocía de antes como usted —se las apañó para decir Juliet.

—Claro. —Elizabeth suspiró y, por un momento, Juliet pudo entrever el cansancio y la vulnerabilidad que se escondían tras sus sonrisas. No era que Elizabeth Darcy se hubiese tomado la muerte de Wickham a la ligera, era que había encontrado la manera de sobreponerse a las dificultades aprendiendo a reírse de ellas—. Pero conocerle no era llorar su muerte. Más bien todo lo contrario.

Es hora, pensó Juliet, de insistir.

—¿Cree que el señor Frank Churchill encontrará al culpable?

—Probablemente, ya ha hallado muchas pistas. El magistrado insiste en saber por qué mi marido dejó nuestro dormitorio en medio de la noche. —Elizabeth se calló de golpe, claramente horrorizada por su desliz, pero tan solo por un instante. Después siguió hablando con el mismo tono ligero con tanta destreza que nadie se habría percatado de ello si ese alguien no hubiese estado investigándola esa misma noche—. Después nos preguntará por nuestros sueños, quizá, o por lo que cenamos la noche anterior, con la esperanza de que hubiese alguna pista sobre la mesa, al lado del pastel de semillas.

Confundida, Juliet se volvió y fingió estar interesada en mojar uno de sus *scone* en la nata. El perro pequeño de los Knightley, Pierre, apareció de repente, aparentemente más intrigado por el olor del

desayuno y acaparó la atención de la señora Darcy lo suficiente como para que Juliet pudiese ordenar sus pensamientos.

Jonathan había dicho que ninguno de sus padres había abandonado su dormitorio. Pero el señor Darcy sí lo había hecho, lo que significaba que nadie sabía a dónde había ido, y que mientras estaba fuera, la señora Darcy tampoco tenía a nadie de testigo de lo que ella había hecho.

Y ahora Juliet recordaba el rostro de Jonathan cuando había dicho que ninguno había abandonado su dormitorio, reconocía su expresión cuidadosa. Era la misma que Elizabeth tenía momentos después de su desliz.

Jonathan había mentido.

Y el único motivo por el que mentiría sería porque intentaba protegerles.

Su propio hijo piensa que pueden ser culpables.

Capítulo trece

El desayuno es la comida menos formal, lo que normalmente hace que sea la más placentera. No es necesario respetar demasiado las normas de precedencia y la comida se suele tomar de un bufé, en la cantidad que uno quiera.

Es cierto que los desayunos durante la fiesta de los Knightley no habían sido tan divertidos como podrían haber sido. La primera mañana, había habido un temor general a tener que socializar con el señor Wickham; aquellos que le conocían apenas podían soportar pensar en ello, y aquellos que aún no le conocían estaban decididos a no hacerlo nunca. Después de eso, por supuesto, la sombra del asesinato había caído sobre la casa. Pero al menos durante el desayuno nadie se había visto obligado a tener que hablar. Podían guardarse sus pensamientos para sí mismos, el único deseo que casi todo el grupo compartía.

Esa mañana, sin embargo, a Jonathan le pareció diferente y en el peor de los sentidos.

En primer lugar, cuando llegó al comedor, se encontró a su madre y a Juliet Tilney enfrascadas en una conversación. Algo que por sí solo no debería sorprenderle, quizás debía agradecerlo. Pero la señorita Tilney no alzó la mirada hacia él cuando entró. Se sentó erguida en su silla y mantuvo su atención tan solo en su madre.

El miedo inicial de Jonathan era que su madre le estuviese contando historias de cuando era niño, lo que podía hacerle parecer ridículo. No le gustaba parecer ridículo, y sentía que Juliet Tilney era la última persona que quería que pensase eso de él. Sin embargo, su madre no estaba demasiado animada, y por lo que podía deducir por

el perfil de la señorita Tilney, ella tampoco parecía divertirse.

Su segundo temor era aún peor. ¿Estaba interrogando a su madre sobre la muerte de Wickham? Si la señorita Tilney descubría lo de sus padres, puede que asumiese lo peor. Cuanto más consideraba Jonathan esa posibilidad, más sentía que era la verdad.

Era su culpa que esto estuviese pasando, decidió. La noche anterior había acordado que la señorita Tilney investigaría el extraño comportamiento de Fanny Bertram sola. Al hacerlo, ¿puede que la hubiese incitado tácitamente a investigar al resto de personas que Jonathan consideraba inocentes, incluyendo a sus padres?

Había dado en el clavo, tal y como descubrió cuando se levantaron del desayuno casi al mismo tiempo y acabaron caminando uno junto a la otra por el pasillo.

—No me contó que su padre salió de su dormitorio la noche del asesinato —susurró la señora Tilney, sin volverse a mirar a Jonathan.

Sus pasos vacilaron, pero permaneció a su lado.

—Yo… no lo sabía.

—Pero sabía que *alguien* había salido, ¿verdad?

No tenía sentido seguir negándolo. Su cabeza le daba vueltas por el descubrimiento.

—Escuché cómo alguien salía de su dormitorio, sí —admitió—. ¿Cómo lo…?

—Cómo lo he descubierto da igual. Me mintió. ¿Cree que los Darcy de Pemberley están tan por encima como para no interrogarles sobre esto? ¿O es peor que eso? ¿Cree que alguno de sus padres es el culpable?

—Nunca creería algo tan falso y horrible, ni usted tampoco debería. —Jonathan apenas podía soportar pensar en alguien acusando a su orgulloso y noble padre o a su sabia e ingeniosa madre. Quizá fuesen las dos últimas personas del mundo que creería que podían cometer tal crimen, a menos que Fanny Bertram fuese incluso menos probable—. Tan solo quería enfocar nuestra atención en aquellos culpables más probables. ¿Por qué no puede aceptar mi palabra en este asunto? ¿Por qué se niega a confiar en mis conocimientos sobre ellos como guía?

—Es precisamente porque los conoce y los ama por lo que no

puede ver con claridad —insistió la señorita Tilney—. El amor nos ciega más que cualquier otra cosa.

Jonathan sentía que la señorita Tilney había dado con una verdad aún más oculta. Perdonamos los errores de aquellos a los que amamos tan a menudo, tan profundamente, que a veces nos convencemos de que esos errores no existen. El resto del mundo no es tan fácil de convencer.

—Está equivocada al sospechar de mis padres —insistió.

—Usted se equivocó al engañarme —replicó la señorita Tilney—. No podemos trabajar juntos si no confiamos en el otro. Desde ahora, llevaré mis interrogatorios sola.

Dicho eso se volvió por el pasillo que conducía hacia la biblioteca. Jonathan quería seguirla, hablar más del tema, hacerle ver las cosas como él. Pero no podía pensar en algo tan complejo en ese momento. Apenas podía pensar en absoluto. En vez de eso, salió a montar a Ébano, para pasar tiempo con una criatura que le entendiese de un modo en el que Juliet Tilney nunca podría.

Jonathan sabía que tenía muchos defectos, pero el engaño nunca había sido uno de ellos. Si eso, era más probable que se equivocase por ser demasiado honesto. Siempre se había enorgullecido de ello: durante su infancia, cuando les interrogaban a sus hermanos y a él por los percances en casa, su madre solía decir: *si Jonathan me dice que no lo ha hecho, sé que es verdad.* Sus hermanos solían sonrojarse, sus propias mentirijillas contrastaban con la franqueza de Jonathan. ¡Cómo se había alegrado por esa extraña diferencia con los demás chicos que le hacía ser superior en vez de inferior! Ahora Jonathan le había mentido a Juliet Tilney y le habían pillado; ya no podía considerarse completamente honesto. Su madre se sentiría tan dolida, tan decepcionada, si lo descubriese.

Mientras tanto, el desprecio de su padre hacia los mentirosos siempre había sido evidente. Uno de los numerosos problemas de Fitzwilliam Darcy con la elección de marido de su hermana era que el conde de Dorchester solía ser muy selectivo con la verdad, algo que a veces perjudicaba a la tía Georgiana. Mientras que Jonathan era algo más indulgente con su tío, que podía ser muy divertido y que parecía alegrar a su tía más que atormentarla, siempre se había enorgullecido

en secreto de ser mejor que su noble tío en este aspecto.

Entonces se dio cuenta: uno de los compañeros en la conspiración de Wickham, el que había convencido a tantas personas para que arriesgasen y perdiesen sus fortunas, había sido un conde. Un conde que se tomaba libertades con la verdad. Su padre había reaccionado tan bruscamente al descubrirlo. ¿Era porque sospechaba que el compañero de Wickham era el conde de Dorchester?

Jonathan sabía que eso tenía que considerarlo. También sabía que su atención estaba demasiado dividida como para considerarlo correctamente en ese momento. Tampoco era una sospecha que pudiese decir sin más.

Suponiendo que tuviese a alguien a quien contársela.

Lo que no tendría si Juliet Tilney no le perdonaba nunca.

Resultó que Anne Wentworth no estaba en la biblioteca. Había vuelto a su cuarto después del desayuno, pensando en buscar un chal. (Aunque hacía buen tiempo, Donwell Abbey podía ser un poco fresca y el calor del verano no había regresado con intensidad antes de la tormenta). Le rugía el estómago con impaciencia. Aunque su apetito se había resentido desde la muerte del señor Wickham, las necesidades del cuerpo solo podían ignorarse durante un tiempo.

Ella pensó que sería una breve interrupción en su día, nada más. Esa idea se desvaneció en cuanto entró en su dormitorio y se encontró con Frederick de pie al lado de la cama, con el ceño fruncido y una hoja de papel arrugada en la mano. Esa caligrafía inclinada solo podía pertenecer a la señora Smith.

Frederick no se percató de su presencia hasta que escuchó la puerta cerrarse. Al momento, su expresión se tornó sombría, incluso aún más triste.

—Esto —gruñó—. ¿Cuándo pensabas hablarme sobre *esto*?

—No te pensaba contar nada —dijo Anne con serenidad—. Sabía que te enfadarías injustamente con la señora Smith.

—¡Injustamente! Esta mujer, que hace poco no tenía ni un penique, pobre, que necesitaba nuestra ayuda para recuperar incluso

su patrimonio, nos considera ahora objeto de su compasión, ¿no es así?

—No nos compadece. Sabe que estamos en apuros. No es lo mismo.

—Oh, pero lo es. —Frederick arrugó el papel en su puño y lo lanzó lejos—. Si incluso la señora Smith piensa que necesitamos su caridad, ¿qué dirán tu padre y tus hermanas? En ellos no encontraremos compasión y ciertamente tampoco caridad. Tan solo desprecio y abandono. Desde el ilustre matrimonio de tu hermana nos han mirado con más desprecio que nunca. Dirán que les hemos deshonrado.

Anne había estado aplazando esta conversación en particular deseando que nunca tuviese lugar. Parecía que ya no podía retrasarla más. Se cuadró de hombros y alzó la barbilla.

—No, mi familia no nos mirará con compasión, ni nos ofrecerá su caridad. Son demasiado orgullosos para ello. Pero, ¿por qué te importa tanto que te tengan en alta estima? Tan solo nos la han concedido a regañadientes y con condiciones, a cualquiera de los dos. Hace muchos años que no nos preocupamos por ellos.

—No me importa su estima —insistió Frederick—. Pero no soportaré su desprecio.

—¿Y qué si tenemos que soportarlo?

Él la miró fijamente, dolido por lo que creía que era una traición.

—Quizás tú pensabas que esto era inevitable. Quizás sospechabas que terminaría decepcionándote. Que fallaría en mantenerte. Lo tienes que haber pensado, o si no ¿por qué me rechazarías la primera vez?

—¡Suficiente! —Anne no le había levantado la voz a su marido ni diez veces en todo su matrimonio, pero lo hizo ahora, enmudeciéndolo—. El desprecio de mi familia es muy barato. Puede deberse a pecados tales como no reconocer un escudo de armas en un carruaje. Por preferir la compañía agradable al aburrimiento en presencia de la aristocracia. Te lo han echado en cara por no haber nacido rico, y a mí por razones que nunca he llegado a comprender. —Cuando era joven, Anne se había sentido atormentada por el hecho de no saber el porqué, pero habían pasado muchos años desde la última vez que sintió ese dolor—. Nunca hemos respetado sus opiniones. ¿Por qué íbamos a empezar a hacerlo ahora?

—¿No tenemos ya suficientes cosas que soportar?

—¡Sí! —gritó Anne—. ¡Tenemos! Pero no es el orgullo de mi familia el que nos aflige. Sino el tuyo.

Frederick bufó.

—Un hombre tiene derecho a su propio orgullo, siempre que sea justo y basado en buenos principios.

—Para poder estar orgulloso de algo, uno tiene que creer que se lo merece —replicó—. El verdadero orgullo no te lo pueden robar, ni siquiera con todo el desprecio del mundo. No podemos destruir el orgullo de otros, tan solo el nuestro.

La duda le inundó entonces; ella podía ver cómo nublaba su mirada.

—Y crees que he destruido el mío. En mi estupidez al confiar en el señor Wickham, con mi deseo egoísta por conseguir más fortuna que la que había ganado con la guerra…

—No, no. —Anne se acercó a su lado y tomó su mano. Él no le devolvió el apretón—. No hay nada innoble en creer en la palabra de otro hombre, no cuando no te ha dado razones para pensar de otro modo. Ni hay nada malo en desear poder darle más seguridad a nuestra familia, o una mejor dote para Patience algún día. No hiciste nada malo. El señor Wickham es el culpable de nuestros males, solo él.

—Ojalá pudiese creerlo —susurró Wentworth.

—Créelo. —Anne podía ser sorprendentemente intensa cuando quería—. Yo lo hago. Siempre lo he hecho. Desde que descubrí lo que Wickham había hecho, he sabido a quién culpar por ello. Y no es a ti. Y mucho menos a la señora Smith.

Había esperado que al menos eso le hiciese sonreír, aunque fuese por un momento. En cambio, Frederick soltó su mano y miró fijamente por la ventana hacia un horizonte que ella no podía ver.

Sin que los Wentworth lo supiesen, Juliet Tilney había escuchado la parte de su conversación que habían pronunciado a gritos mientras se dirigía a su dormitorio. Juliet siguió caminando, obligándose a no prestar atención. Pero no podía olvidar lo que había escuchado.

Las familias tienen su propio orgullo, pensó. *Sus propios idiomas secretos y leyes privadas. Eso también incluye a los Darcy.*

Quizá lo que le pregunté a Jonathan estaba completamente fuera de los límites que permite el orgullo de su familia.

Aun así, no creo que fuese un error preguntárselo.

Tampoco podía evitar pensar que los Wentworth eran capaces de albergar una ira mayor de la que había soñado.

Donwell Abbey albergaba numerosos proyectos de agricultura, cada uno el resultado del ávido interés en crecimiento de su dueño. La curiosidad de Knightley le había llevado a construir colmenas, un nuevo tipo de noria en el arroyo y —lo más controvertido entre los jardineros—, la plantación de semillas exóticas y desconocidas. Una de esas plantas por fin había dado fruto, literalmente.

—Hace apenas tres semanas estaban tan verdes —dijo Knightley—. Y ahora mira esto. Rojo como una manzana y mucho más grande.

El jardinero jefe le observaba con recelo.

—¿Se supone que eso es un tomate?

Knightley se encogió de hombros.

—Ha madurado y se ha vuelto más blando, así que supongo que ya está listo.

—¿Pero es seguro? —Esa era la pregunta que más le había preocupado al jardinero jefe—. Mi abuela siempre decía que eran veneno.

—Los comen en el Nuevo Mundo.

El jardinero hizo un sonido que sugería que la gente de las Américas solían cometer ese tipo de locuras, ya fuese declararle la guerra a su Corona o comer fruta venenosa.

Knightley volvió a intentarlo.

—Por lo visto los tomates están ganando popularidad en Londres, los suelen usar en sopas y guisos y en todo tipo de platos.

—Están más locos en Londres que incluso en América —dijo el jardinero, aparentemente considerando el tomate como prueba irrefutable de su argumento.

Pero no iban a disuadir a Knightley tan fácilmente. Este era el tercer año que había intentado cultivar ese tipo de plantas y el primero en el que habían sobrevivido para dar frutos. Además, después de toda la tensión incesante y de la pena de los últimos días, deseaba disfrutar de esta pequeña y pura recompensa. Así que se lo llevó a la boca, ignorando la expresión de pánico en el rostro del jardinero, y lo mordió.

Lo primero que pensó era que los tomates eran bastante pringosos.

Lo segundo es que era *delicioso*.

Knightley se rio mientras apartaba la fruta jugosa de sus labios y agarró un pañuelo con el que limpiarse la boca y la barbilla.

—Es fantástico. Sabe al propio verano. Pero debe de existir alguna clase de truco para comerlos que aún desconozco.

—Como diga, señor. —El jardinero tenía los brazos un tanto extendidos, como si esperase que Knightley se fuese a tambalear envenenado y estuviese listo para contenerlo.

Esa clase de éxitos tenía que compartirse. Knightley se volvió hacia la casa y fue en busca de Emma, pero entonces vio a dos invitados que paseaban por un camino cercano.

—¡Señor y señora Brandon! —les llamó—. He cultivado un tomate de las Américas, y es maravilloso. ¿Quieren probarlo?

En cuanto habló, sin embargo, Knightley deseó no haber dicho nada. Porque rara vez había visto a dos personas menos dispuestas a una trivialidad así que a los Brandon.

Los Brandon, alertados por el señor Knightley, tenían un pañuelo en mano al probar el tomate. Así que solo estaban un poco pegajosos después de la experiencia mientras se alejaban.

—Me ha gustado —dijo Marianne, su tono de voz tan plano que hacía que lo que decía tuviese un toque cómico.

—Sabría mejor cocinado, creo —dijo Brandon en el mismo tono.

Cuando Marianne intentó imaginarse un plato tan exótico sobre la mesa tan solo podía ver una comida cubierta de una salsa que fuese rojo brillante, más roja que la sangre. No era algo apetecible.

¿Recuperaría pronto el apetito? ¿Conseguiría dormir en paz junto a su marido? ¿O sería capaz de volver a leer a Cowper o a Scott sin que su mente visualizase las palabras como si no fuesen más que cicatrices oscuras sobre un papel blanco? El resultado de este horrible crimen era diferente de cualquier cosa que hubiese experimentado, y no podía adivinar la larga sombra que proyectarían estos acontecimientos.

Miró a Brandon. Este se había traído su uniforme militar para las ocasiones formales, y ella deseó por un momento verle con cualquier cosa que no fuese ese abrigo escarlata adornado con una trenza dorada, sonriendo sin preocuparse, del mismo modo que el que había lucido en su boda hacía solo unos meses. Parecía un nuevo comienzo para ella, casi como un renacimiento a una vida en la que su sensibilidad no terminaría llevándosela hacia la melancolía, sino que le entregaría una felicidad aún mayor.

Ahora ese día parecía un final.

—No debería haber insistido en que hablásemos —comenzó Marianne. No podía mirar a Brandon; en vez de eso, mantuvo su mirada sobre Jonathan Darcy, que cabalgaba al galope suave por un campo cercano—. Perdóname.

El coronel Brandon la miró inquisitivamente.

—Ya estás perdonada. No te culpo por querer que seamos sinceros entre nosotros. No puede existir un matrimonio de verdad sin sinceridad, tal y como me dijiste.

Marianne recordaba haber animado apasionadamente a su marido a sincerarse con ella hacía solo unos días. Parecía una locura de otra vida.

—¿Qué pasa si nos arrepentimos de lo que sabemos?

Brandon tardó unos minutos en responder.

—No deberíamos. La más horrible de las verdades vale más que la más bella de las mentiras. ¿No crees?

—Por supuesto —dijo Marianne, aunque ya no estaba segura de ello.

Tanto Marianne como el coronel Brandon hablaban en un tono completamente normal. Probablemente porque creían que Jonathan no oiría sus voces sobre el ruido de los cascos y el viento.

Si Ébano estuviese galopando o cabalgando más rápido puede que hubiese sido así. Al trote, sin embargo, el sonido que hacía el caballo era algo que Jonathan podía pasar por alto.

Parecía que el coronel Brandon le había revelado algo a Marianne y que esta ahora lamentaba que se lo hubiese contado. ¿Era ese nuevo secreto compartido suficiente para matar? No había forma de estar seguro por su conversación. Sin embargo, Jonathan creía que la palidez en la tez de Marianne Brandon sugería que podía ser así.

A pesar de la potencial magnitud de esta revelación, la atención de Jonathan estaba más centrada en lo que Brandon y su esposa se habían dicho, que en lo que no.

Si la sinceridad era una virtud insustituible entre un marido y su esposa, ¿no debía serlo también entre amigos?

Para la investigación de un asesinato, era *esencial*.

Jonathan no le debía nada menos a Juliet Tilney.

Esa noche, Juliet estaba, en su opinión, haciendo un trabajo excelente al ignorar a Jonathan Darcy. Como la fiesta no había reanudado del todo las actividades habituales de este tipo de acontecimientos, el grupo reunido en la biblioteca no compartía ni diversiones ni preocupaciones. En su lugar, varias personas estaban leyendo libros (como Elizabeth Darcy y Anne Wentworth), un par de hombres pasaban sin leer las páginas del periódico de un lado a otro, y Emma Knightley estaba ocupada dibujando un paisaje de memoria.

También intentaba cumplir con su deber como anfitriona dando temas de conversación, pero no era fácil encontrar el adecuado.

—Supongo que no son las vacaciones de verano perfectas. Todos deben desear haberse ido a la playa en su lugar.

El silencio que le siguió dejo claro que, sí, no había nadie presente que no hubiese elegido bañarse en el mar lejos de cualquier asesinato o asesino. Pero nadie era tan maleducado como para decirlo, aunque

fuese difícil decir cualquier otra cosa.

Apresuradamente la señora Knightley siguió hablando.

—Saben, nuestros hijos están ahora en la costa con nuestros queridos amigos, los Weston. Henrietta nos escribió una carta preciosa hablándonos de la primera vez que había visto el océano, Knightley, ¿la tienes en tu estudio? Deberíamos leérsela a nuestros invitados.

Oír una carta leída en voz alta solía ser algo agradable, y a Juliet le interesaba especialmente porque nunca había visto el mar. Por desgracia, Knightley negó con la cabeza.

—Creo que la llevaba conmigo cuando fui a casa de los Churchill para consultar su *Debrett's*. La dejé allí metida para marcar una página.

—Oh, vaya —dijo Emma—. Bueno. —La conversación se detuvo de nuevo.

Juliet solía pasar sus ratos leyendo, pero sabía que sería incapaz de concentrarse en un libro en ese momento. Así que se dedicó a bordar. El objetivo era coser un cuello delicado para su tía Eleanor; el resultado, de momento, estaba lejos de considerarse delicado. Bordar la frustraba muchísimo, pero estaba decidida a coser aunque fuese un simple aciano antes de rendirse.

Jonathan pasó a su lado y se inclinó sobre ella, como si estuviese estudiando su bordado. Juliet se sonrojó. ¿Tenía que observar sus errores? ¿Se sentiría mejor apartándola?

Entonces vio la pequeña hoja de papel doblada que habían dejado en su regazo.

Juliet esperó varios minutos después de que él se hubiese apartado antes de volver su atención al papel. Casualmente, como si estuviese comprobando el patrón de su bordado, lo desdobló y bajó la mirada hacia la nota.

Señorita Tilney…

Por favor, perdone mi falta de delicadeza al escribirla. Le pido sinceramente perdón por mi comportamiento indigno. Nuestros esfuerzos requerían sinceridad, y yo se la negué. Además, el comportamiento de mis padres merece que se les investigue. Al mentirla, le sugerí lo contrario y, por lo tanto, les deshonré.

Creo que hay muchas cosas que nos quedan por descubrir. Sin duda no hay nadie más con quien quisiese descubrirlo que con usted. Si me perdona, por favor reúnase conmigo en la sala de billar esta noche, como ya hemos hecho antes. Las conversaciones que he oído hoy puede que sean esclarecedoras.

Si no quiere venir, entenderé su respuesta y no la presionaré más. A pesar de todo, aquí estaré.

Muy atentamente suyo,
Jonathan Darcy

Juliet volvió a doblar la nota y continuó con su trabajo. Mantuvo el bastidor más alto para que de ese modo tapase la mitad de su rostro, y ocultase por completo la pequeña sonrisa que acababa de aparecer en él.

Capítulo catorce

—No hay mucho con lo que entretenerse —dijo Emma—, en un tomate.

Knightley suspiró mientras su esposa se lavaba la cara con agua del aguamanil. Permaneció en la cama, no como alguien que se levanta tarde sino como un hombre que ha aprendido a las malas que es mejor no ponerse en el camino de Emma Woodhouse Knightley por la mañana.

—Sé que mi jardín no puede sustituir cualquier otro tipo de diversión que les podamos ofrecer a nuestros invitados. Lo que quiero decir es que puede que encuentren algo adecuado con lo que entretenerse sin tener que quebrantar el decoro.

Emma resopló mientras se desenroscaba los rizadores del pelo. (Como todas las mujeres casadas, llevaba una cofia durante el día, pero dejaba salir algunos tirabuzones a los lados).

—*Decoro*, dices, como si hubiese alguna regla escrita que explicase cómo gestionar un asesinato en un hogar. No existe. Créeme, ojalá existiese.

—Entonces debemos dar ejemplo —dijo Knightley, intentando apaciguarla con el tono. Pero a juzgar por las llamas que le lanzaba su mujer con la mirada, sin éxito.

—El ejemplo que estamos dando es incluso peor de lo que crees —insistió Emma—. Esconderse de esta manera… ¡sugiere que todos somos culpables!

A Knightley le costó un rato responder.

—Uno de nosotros es culpable.

Emma no podía mirarle directamente.

—Pero la mayoría no, y deberíamos comportarnos como si ninguno lo fuese. Hacerlo de otro modo arriesga el respeto de Donwell Abbey.

Aunque Knightley no estaba seguro de esto, estaba dispuesto a aceptarlo. Ciertamente, lo serios que se habían comportado los primeros días tras el asesinato debería bastar para satisfacer a los más cotillas, excepto para los más decididos a hablar. (La señora Elton le vino a la mente de improviso). Mantener a sus invitados confinados, sin que se les entretuviese, era casi como si les tuviesen encarcelados, una sugerencia que deseaba evitar a toda costa.

—Como quieras, mi querida Emma —dijo—. Hablemos con nuestros invitados esta noche para ver si están de acuerdo.

—Lo estarán —insistió Emma mientras se colocaba un chal alrededor de su camisón. Pronto se iría a su vestidor, donde su doncella la ayudaría a prepararse para el día—. Espera y verás.

—No dudo de ti. Solo quiero decir que es mejor preguntar primero. —Suspiró Knightley—. Después, entonces sí, seguiremos con la fiesta.

Debían, de alguna manera, seguir como si nada hubiera pasado.

Mientras tanto, Jonathan se pasaba un cepillo por el pelo con parsimonia, sin centrarse en su imagen en el espejo ya que su cabeza seguía pensando en su encuentro con Juliet la noche anterior.

¡Qué alivio había sentido al encontrársela esperándole en la sala de billar!

—Claro que es leal a su familia —había dicho ella, mirándole con más confianza de la que habría creído posible el día anterior—. Sé que no quería hacer nada malo.

—Pero debería haberle contado todo. —Creía que era importante decírselo—. Desde ahora, prometo que así será.

Aún no le había contado lo que pensaba de su tío, el conde de Dorchester, pero aún no estaba tan seguro como para compartirlo. Puede que fuese más una distracción que una solución.

En cambio, habían hablado de las conversaciones importantes que escucharon. La ira del capitán Wentworth no fue una sorpresa para

ninguno, pero a Jonathan le sorprendió tanto como a la señorita Tilney saber que su amable esposa, Anne, compartía esa ira.

—No parecía tan preocupada por la pérdida de dinero —explicó la señorita Tilney—. En cambio, estaba enfadada con Wentworth por lo preocupado que estaba él al respecto.

—¿Puede que sea porque teme que la rabia le llevase a actuar con dureza contra el señor Wickham? —preguntó Jonathan.

—No creo que podamos descartarlo.

—El coronel Brandon y la señora Wentworth tienen algún secreto, aunque no sé si tiene que ver con el asesinato —añadió Jonathan—. Pero los escuché hablando, diciendo que no estaban listos para revelar algo «arriesgado».

—Fascinante —murmuró la señorita Tilney—. ¡Esto no lo veíamos venir! ¿Cree que puede que el coronel Brandon sepa por qué salió de su dormitorio aquella noche? ¿Puede que la viese?

Jonathan ya había pensado en ello.

—Puede ser. Aunque no parece que se conociesen de antes de venir a Donwell Abbey. Seguro que dos personas que no son más que meros conocidos no conspirarían tan fácilmente para cometer un asesinato.

—Admito que parece improbable. Pero es muy curioso.

Estaba incluso más intrigada por lo siguiente que le contó.

—Parece que la señora Brandon se está arrepintiendo de la sinceridad entre ella y su marido. No se arrepentiría de ello a menos… a menos que hubiese escuchado algo que no quería escuchar. Aunque no tiene por qué ser necesariamente una confesión de asesinato.

—No. Pero ese asesinato nos envuelve a todos. ¿Qué podría haber más horrible que eso, aquí y ahora? ¿Qué podría ser peor que una confesión?

Jonathan sacudió la cabeza lentamente.

—Me temo que tendremos que averiguarlo.

Un golpe en la puerta le devolvió de vuelta al presente.

—¿Señor Darcy? —Se oyó la voz amortiguada de un criado, que no intentaba girar el pomo sin permiso—. ¿Necesita un ayuda de cámara?

—Sí, pero aún no. Quizá en diez minutos. Gracias.

En cuanto volvió a quedarse solo Jonathan se preguntó qué era

precisamente agradable de recordar de una conversación sobre un tema tan desagradable. Probablemente se debía a la persona con la que había hablado. Juliet Tilney era una compañía estimulante. Sensata. Si ella no era del todo una chica convencional, bueno, él estaba lejos de serlo también. Ciertamente, era la única persona que había conocido que consideraba sus rarezas como algo positivo.

Deseaba poder hablarles de ello a su madre y a su padre. Pero entonces creerían que su interés por la señorita Tilney se debía a algo completamente distinto de lo que era.

Al menos, por ahora.

Hoy el servicio pudo recoger el correo con facilidad y Marianne Brandon recibió una carta. No necesitó mirarla antes de buscar un sitio privado donde leerla, asumiendo que era de su hermana mayor. Elinor era una correspondiente fiel pero no demasiado frecuente: nunca escribía simplemente por escribir, tan solo cuando tenía noticias o cuando respondía a ellas. Esta carta la había enviado por correo urgente. O bien había ocurrido algo terrible en casa —*Oh*, pensó Marianne, *por favor que no sea el bebé de Elinor, tan solo le quedan unos meses para dar a luz*—, o Elinor había recibido la misiva que Marianne había enviado justo después del asesinato.

Pero la carta resultó que no era de Elinor. Marianne buscó un rincón escondido en la armería para leerla en privado, sus ojos abiertos de par en par al ver la caligrafía, que, después de un buen vistazo, supo que era, sin duda, la de John Willoughby.

Querida Marianne:

¿Te puedo seguir llamando Marianne, verdad? No me pidas que me refiera a ti con las odiadas palabras de «Señora Brandon». El simple acto de escribirlas me duele. Habrá de pasar mucho tiempo antes de que las pueda decir en voz alta, y espero que no tenga que pasar tanto antes de que podamos hablar con el otro de nuevo.

Marianne había esperado no tener que volver a hablar con Willoughby nunca más a menos que fuese en los eventos sociales más breves y con educación que no pudiese evitar. Tampoco había esperado recibir otra carta de su parte. Su corazón latía con fuerza en el pecho, y sus respiraciones eran rápidas y superficiales mientras leía.

Seguro que a estas alturas Elinor —a ella la puedo llamar señora Ferrars ya que nunca volveremos a ser amigos como antes y, en ese caso, al menos le puedo desear honestamente que sea feliz—, ya te habrá contado que te fui a visitar cuando enfermaste. Cuando creía que tu vida corría peligro y pensaba, no, sabía que mi debilidad y la crueldad de mi esposa eran las culpables de lo que te estaba ocurriendo, créeme, Marianne, la desolación absoluta que sentí fue suficiente castigo para mis múltiples pecados, y para muchos más.

—Dices que tu mujer era cruel y a ti solo te consideras débil —murmuró Marianne—. Quizás hayas sufrido por tus pecados, pero no has aprendido nada de ellos.

Dime la verdad, ¿elegiste a Brandon para fastidiarme? ¿Sabiendo que él, de entre todos los hombres, sería la última persona que desearía como tu marido? Pero claro, no hay ningún otro hombre que desee como tu marido más que a mí mismo, y ahora eso nunca podrá suceder.

Pero eso no significa que debamos alejarnos, mi Marianne.

Eres una mujer de palabra. Eso lo entiendo perfectamente. Pero, ¿serías tan cruel para negarnos incluso la oportunidad de volver a hablar? Disfrutábamos tanto de nuestras conversaciones, tú y yo. No hay otra persona que conozca a la que le apasione tanto la poesía, los paisajes, o cualquier otro refinamiento. Ciertamente no a mi esposa.

El corazón de Marianne no era tan vulnerable ante Willoughby como había sido antaño. Pero no podía releer esas palabras —*mi esposa*— sin hacer una mueca.

No sería un gran problema que te las ingeniases para visitar Somersetshire. Estoy seguro de que los Palmer te acogerían en cualquier momento de buen grado. Pero si no vienes por mí, iré yo a Dorsetshire por ti. Mi tía, habiendo dañado nuestras esperanzas con su pequeña crueldad, está más encantada con mi matrimonio que yo. Pronto te iré a visitar, a solas si puedo. Entonces seguro que tendremos, o encontraremos, una oportunidad para hablar. Cuando llegue ese esperado día por fin, por favor, ábreme tu corazón. Se acabó lo de guardarnos secretos, ¿verdad?

—Como si alguna vez te hubiese guardado algún secreto —susurró Marianne. Todos los secretos habían sido suyos. También la culpa era suya, lo supiese o no. Aunque por su carta parecía que no lo sabía.

Esto no le importaba casi nada, aunque deseaba que no le importase nada en absoluto.

Dejó la carta en una pila de papeles en la basura para que la criada se la llevase; probablemente la usarían para encender la lumbre, algo que para Marianne era una buena forma de acabar con ese asunto. Si el servicio era tan maleducado como para leer algo que encontrasen allí, entonces que pensasen lo que quisiesen.

Mientras tanto, en la biblioteca, Juliet estaba buscando una novela que no hubiese leído. Dado que toda su familia utilizaba con avidez su biblioteca privada, ya había devorado la mayoría. Así que admitió la derrota y retomó uno de sus favoritos de Maria Edgeworth, uno que había releído tantas veces que podía permitirse prestarle tanta o tan poca atención como desease.

El resto de los presentes en la biblioteca estaban leyendo su correspondencia, o escribiéndola, cuando entraron los Knightley. La expresión de Emma era decididamente radiante; el señor Knightley era más cauto, pero estaba junto a su mujer cuando esta habló.

—Bueno, como hemos visto todos, el tiempo ha mejorado notablemente, al igual que los caminos. Nuestro hogar sigue bajo una especie de nube de sospecha, pero no hay razón por la que todos debamos sufrir por las acciones precipitadas de uno. Así que hoy esperamos retomar la fiesta como se merece.

Todos intercambiaron miradas. Las reacciones iban desde los que sonreían como Elizabeth Darcy hasta los que fruncían el ceño como la señora Anne Wentworth, pasando por todo tipo de expresiones. Juliet se fijó en que Fanny y Edmund Bertram no se miraban y que estaban sentados en lados opuestos de la larga biblioteca. ¿Se había percatado Jonathan de ello también?

Fue Edmund el primero en hablar.

—¿No cree que sea indecoroso? ¿Participar en ese tipo de actividades justo después de que un hombre muriese en las peores circunstancias?

—Creo que sería más indecoroso sugerir que todos nuestros invitados son culpables o que deberíamos sospechar que lo son —respondió Emma—. No debemos avergonzarnos de que nos vean, ni debe darnos miedo seguir con nuestras vidas tal y como habríamos hecho si George Wickham nunca hubiese venido.

—Mañana —intervino Knightley—, hemos decidido ir a Highbury. Dar un paseo por la villa, nada más y nada menos. Los que quieran unirse a nosotros pueden hacerlo, y quien quiera quedarse es libre de rechazar la oferta.

—Es muy amable de su parte que intenten distraernos y entretenernos —dijo Anne Wentworth. Su sonrisa era dulce y un poco triste—. Bajo estas circunstancias, han demostrado ser los anfitriones más comprensivos y generosos.

Un murmullo general se extendió entre el grupo. Juliet se prometió en silencio que debía recordar lo que estaba sucediendo en el futuro, cuando tuviese su propia casa y sus propias fiestas de las que preocuparse. Ningún reto al que se enfrentase como anfitriona en el futuro podría rivalizar con este.

La sonrisa de Emma se tornó más natural.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. ¡Empecemos esta noche! Llenemos nuestra velada de música, que toquen nuestras damas, si es que quieren.

Fanny Bertram negó con la cabeza, pero el resto accedió. Lo que hizo que Juliet se diese cuenta de que no podía librarse de ella sin mostrar sus propios «logros».

Oh, ¿por qué no practiqué a tocar el piano? El asesinato me distrajo, pero dudo que Mamá acepte eso como excusa.

Fanny Bertram nunca había sido instruida en la mayoría de los logros propios de una señorita. Aunque había llegado a Mansfield Park con todos los hijos de Sir Thomas, ella no era uno de ellos, una distinción

que solía remarcar su tía Norris. La única habilidad decorativa que poseía era la costura, y siempre había agradecido que fuese algo que no se hacía en público. El ponerse ante una habitación llena de gente y hablar con quien fuese le resultaba aterrador, ¡cantar sería mucho peor!

Normalmente disfrutaba ver a las demás actuar, en particular cuando mostraban tener buen gusto y ser refinadas. Esta noche, sin embargo, parecía más un tormento que tendría que soportar.

Cada instante que pasaba lejos de Edmund, sin hablar del terrible tema que les atormentaba, era una tortura.

Y aun así, hablar del tema era incluso peor…

En la siguiente oportunidad que tuvo Fanny se las apañó para disculparse. Aunque añoraba la tranquilidad de la capilla, no podía estar segura de que Edmund no estuviese allí. En cambio, se dirigió a la arboleda más cercana, esperando encontrar consuelo en la naturaleza. Se fijó que Juliet Tilney la observaba al marcharse. ¿Era tan obvio para los demás que estaba inquieta? ¿Estaba avergonzando a Edmund incluso ahora?

En cuanto entró en el claro sintió cómo parte de su ansiedad se disipaba. Aquí, en ese espacio frondoso, reinaba la tranquilidad. Estaba en paz. Era un sitio donde nadie la juzgaría, aparte del gran Juez de la humanidad en persona.

Fanny no se arrodillaría sobre el prado; no quería molestar a los criados de los Knightley cuando tuviesen que sacar las manchas. En vez de eso, simplemente juntó las manos y cerró los ojos.

Oh, Padre nuestro, rezó, *perdóname, perdóname por todo lo que he hecho y por todo en lo que he fallado. No puedo sincerarme con nadie, ni siquiera con mi marido, y no sé cómo soportar la carga de estos secretos yo sola. Por favor, dame fuerza para soportar lo que sé que es lo correcto.*

Tan solo se sentía segura de algo: no le podía decir a nadie lo que William había escrito. *Lo que me contaron como confidencia debe permanecer como tal. Edmund debe entender eso al menos.*

Fanny abrió los ojos y salió de golpe de su ensueño con aquel pensamiento tan poco familiar: *Edmund debe*. Siempre se había sometido al juicio y a la voluntad de Edmund, primero como su adorada prima y después como su esposa. No le había dado razones

para dudar de lo justa que era su perspectiva. Nunca antes había sentido que tuviese ningún motivo para evitar que hiciese nada.

¿Me atrevo a contradecirle, yo que soy débil y pecadora? ¿Estoy fallando en mi deber como esposa al negarme a obedecer a mi marido en este asunto?

¿O es Edmund el que está faltando a su deber como marido?

¡Menudo pensamiento rebelde y hereje! Fanny empezó a recitar las plegarias del Señor una y otra vez, esperando que eliminase ese pensamiento pecaminoso de su cabeza.

Pero la idea permaneció más tiempo que sus plegarias.

A Jonathan le gustaba más la música de lo que era propio de un joven caballero.

Oh, no era inaudito que los hijos de la burguesía a veces tocasen un instrumento, y un buen cantante siempre era bienvenido. Pero era tarea de las mujeres de la casa proporcionar tal entretenimiento; los hombres de la casa eran aquellos que tenían que entretenerse. Así que se instruía a las hijas extensivamente en las artes musicales, sobre todo a aquellas que mostraban alguna aptitud. A los hijos, en general, no.

Jonathan, en esto como en tantas otras cosas, era diferente. Uno de sus recuerdos más tempranos era de cuando tan solo era un niño pequeño y se ponía de puntillas para llegar a las teclas del piano. Tanto su madre como su tía Georgiana al principio habían alagado su interés y le habían empezado a enseñar en serio. Todos los adultos de la casa creían que Jonathan abandonaría el instrumento en cuanto fuese lo suficientemente mayor como para tener un caballito. Después pensaron que lo abandonaría cuando pudiese cabalgar en un caballo de verdad. Tras eso, Jonathan sospechaba que habían esperado que lo dejase cuando empezase la escuela. Hasta ahora, cuando estaba en casa, había tocado más días de los que no. Sin embargo, tan solo mostraba su talento ante su familia; su familia que no consideraba que fuese adecuado que un hombre joven tocase ante nadie.

—Para ti es un entretenimiento educado —le había explicado su

madre, su sonrisa traviesa jugueteando en sus labios—. Para las jóvenes presentes es algo más importante. Deben mostrarlos públicamente para tener éxito. Tú, mi querido niño, no lo necesitas.

—Tan solo tengo que ser rico.

Elizabeth Darcy se rio.

—¡Esperamos mucho más de ti! Pero para la sociedad en general, sí, eso probablemente baste.

Ese era otro de los motivos por los que la fiesta de los Knightley le había resultado molesta. No solo había hecho mal tiempo y su tío había sido asesinado, sino que Jonathan no había podido tocar el piano en toda la semana.

Jonathan cruzó las manos sobre su regazo mientras Anne Wentworth tocaba una canción de amor italiana. A veces, cuando oía tocar a otros, sus dedos se doblaban, encontrando inconscientemente las notas en un teclado invisible en su mente; si tenía las manos cruzadas de ese modo evitaba avergonzarse. La forma de tocar de la señora Wentworth era elegante y delicada, con una técnica que él envidiaba enormemente. ¡Si tan solo pudiese pedirle que le enseñase!

Cuando terminó la canción, todo el mundo aplaudió.

—¿Quién será la siguiente? ¿Qué dice, señorita Tilney? —la llamó la señora Knightley.

Juliet Tilney se sonrojó.

—No estoy muy familiarizada con la mayoría de sus partituras —dijo, señalándolas—, y no he traído ninguna mía. Pero hay una melodía que creo que sé, si prometen perdonar mi falta de práctica.

—Por supuesto que la perdonamos —dijo Elizabeth Darcy, echando un vistazo a su marido. Jonathan sabía que la «falta de práctica» de su madre era un tipo de broma que compartían, por razones que le eran desconocidas.

La señorita Tilney ocupó su lugar al piano y colocó cuidadosamente una partitura ante ella. Después de respirar hondo, empezó a tocar. Jonathan sonrió: había elegido un aria de Pasquini, una de sus favoritas. Entonces una nota equivocada le hizo fruncir el ceño. *De verdad no se sabe la pieza aún*, se percató.

Al menos había algo en lo que él la podía ayudar. Jonathan se puso de pie rápidamente y se acercó para ayudarla a pasar las páginas.

Su recompensa fue una rápida sonrisa de la joven antes de que se volviese a concentrar de nuevo en tocar, haciéndolo bastante bien.

No pensó más en lo que había hecho hasta que ella terminó de tocar. Cuando el público aplaudió, Jonathan se irguió y los vio: todos sonreían más de lo que él creía que inspiraba la actuación de la señorita Tilney. Solo cuando se fijó en la amplia sonrisa de su madre se dio cuenta de que la felicidad del grupo se debía a verle a él ayudando a la señorita Tilney.

Creen que estoy interesado en ella, pensó Jonathan. *Que quiero cortejarla.*

¿Era eso lo que quería? ¿Lo quería *ella*? Jonathan bajó la mirada hacia la señorita Tilney, pero ella estaba guardando la partitura y parecía que no pensaba en él en absoluto. Eso era un alivio.

¿O no?

La siguiente en tocar fue la señora Knightley. Como era una artista bastante promedio, Jonathan aprovechó ese momento para escabullirse. Siempre y cuando no estuviese ausente más tiempo del que sería necesario para usar la letrina, nadie le haría ninguna pregunta extraña.

Un joven no podía mostrar demasiado interés por una joven durante mucho tiempo sin crear expectativas tanto para la chica como para la sociedad. Bailar con una joven más de tres veces en una misma noche, visitar a su familia o hablar de ella con los demás era como declararse. Eso es lo que a Jonathan le habían enseñado y lo que había observado. Hasta donde sabía, no se creaba ningún tipo de expectativa al investigar un asesinato juntos. ¿Pero y si la señorita Tilney ya se había formado alguna? ¿Lo haría si seguían así?

No era que no le gustase la idea de cortejar a Juliet Tilney. Era que la sociedad no le permitía considerar la idea por más tiempo que el adecuado.

¿Por qué un hombre y una mujer no pueden ser amigos?, se lamentó Jonathan. *De niños jugamos juntos, ¿por qué no podemos conversar de adultos? Sería mucho más fácil decidir si me quiero casar con alguien si antes hubiésemos sido amigos.*

Los buenos modales, sin embargo, no estaban de acuerdo con eso. Y no era como si se le diese especialmente bien hacer amigos.

Jonathan había estado paseando, prestando poca atención a lo que le rodeaba, así que se sobresaltó cuando se dio cuenta de que se había acercado a la galería. Desde el asesinato prácticamente nadie había pisado esa sala, salvo la señorita Tilney y él, aunque no se habían quedado allí mucho tiempo.

¿Puede que hubiese algo más que encontrar allí?

Sus pasos resonaron en la galería mientras se adentraba más en el largo pasillo lleno de retratos y estatuas. No estaba tan oscuro como la noche del asesinato, así que Jonathan podía volver rápidamente al lugar donde habían encontrado el cuerpo de Wickham.

Sin nadie a su alrededor para juzgarle, ni siquiera la comprensiva señorita Tilney, Jonathan podía intentar lo que quisiese, aunque fuese macabro. Por lo que se imaginó a su tío de pie donde debía haber estado para caer en esa posición. Dio un paso atrás y se situó donde estaría el asesino. El golpe se lo habían dado por la izquierda, sugiriendo que el asesino lo había asestado con la mano derecha. Jonathan se giró hacia la derecha y abrió los ojos como platos.

Se topó con un pequeño busto de bronce de Lord Nelson justo a su alcance, sobre una columna dórica. La base del busto no estaba completamente alineada con la columna; nadie lo habría colocado de ese modo deliberadamente. La base de mármol también estaba ligeramente craquelada en una esquina, algo raro para un objeto que se había comprado en los últimos años y que se había cuidado con tanto mimo. Y la columna tenía algunas manchas oscuras.

Una de las manchas estaba corrida, justo bajo la esquina del busto.

Estaba demasiado oscuro para que Jonathan determinase el color. Las manchas eran tan pequeñas que él, y el resto, habían pasado junto a ellas sin fijarse. Pero estaba seguro de que eran manchas de sangre.

Capítulo quince

En cuanto las mujeres empezaron a retirarse, Juliet salió de la sala de música aliviada. Su actuación no había sido tan excepcional como para impresionar a nadie, pero tampoco había sido mala. Si practicaba un poco los próximos días probablemente fuese capaz de hacerlo mejor antes de que terminase la fiesta.

Se dirigía a la escalera cuando escuchó un susurro.

—Señorita Tilney. ¿Me concede un minuto?

Jonathan Darcy estaba escondido entre las sombras del vestíbulo, cerca de la entrada de la galería. Parecía estar invitándola a la oscuridad a su espalda.

¿Pretende… declararse? Se preguntó Juliet. ¿O intentaría robarle un beso? No podía permitir ninguna de las dos cosas. No estaba segura de si ese límite le daba más seguridad o la decepcionaba.

Entonces le hizo un gesto con la mano antes de añadir algo más.

—Tiene que ver esto.

Qué alivio… se refería al asesinato.

Juliet dejó que la guiase al interior de la galería, por espeluznante que le pareciese la sala; puede que hubiese algo más importante que descubrir allí.

—¿Qué ha encontrado?

—El arma del crimen, creo.

Juliet contuvo el aliento.

—Así que es lo que creíamos. El asesino no usó el mazo, este simplemente se cayó, como tantas otras veces.

—Eso parece —dijo mientras dejaban atrás más retratos de los antepasados de los Knightley—. Pero dígame si está de acuerdo. No

estoy del todo seguro.

Lamentó no tener una vela consigo, pero el cielo estaba lo suficientemente despejado como para que la luz de la luna que se filtraba por las ventanas la permitiese ver. Al principio entrecerró los ojos en la oscuridad mientras que Jonathan Darcy le mostraba el busto de Lord Nelson. Sus ojos se abrieron como platos mientras este explicaba cómo había recreado en su mente el asesinato, entonces señaló la base dañada del busto y las reveladoras manchas de sangre.

—*Es* sangre —dijo ella—. Estoy segura. Esta no es una sala donde se pueda derramar o salpicar nada. No puede haber otra explicación.

El joven señor Darcy parecía menos seguro.

—*Podría* serlo. Pero ninguna de las otras explicaciones me parecen muy probables.

El busto era muy pesado, tal y como confirmó Juliet al cogerlo para examinar las manchas más de cerca.

—El mármol debe haberse craquelado cuando el asesino dejó caer el arma al suelo. Y los horribles cortes en la mejilla y en la garganta del señor Wickham… esos pueden deberse a las esquinas afiladas de la base de mármol.

—Sabemos que el asesino limpió la sangre del arma, pero si esto se dañó antes de poner el busto de nuevo en su pedestal, puede que él pasase por alto algunas gotas que se habían quedado en el mármol —dijo—. Era una noche mucho más oscura que la de hoy.

—O ella —dijo Juliet. Cuando él frunció el ceño, siguió con su explicación—. Ha dicho «él» cuando hablaba del asesino. Aún no sabemos a qué género pertenecía. —Pensaba que los hombres cometían más asesinatos que las mujeres, pero el señor Wickham había ofendido a todo el mundo.

—Parece que este crimen no estaba planeado —explicó él—. Que fue el resultado de un arrebato de ira. Los hombres suelen enfurecerse más rápido que las mujeres.

Juliet lo consideró por un momento.

—Diría que los hombres *muestran* su ira mucho más rápido que las mujeres. En su caso no está tan mal visto. Pero la ira contenida arde mucho más. Así como una olla tapada hierve más fuerte, ¿no cree?

Entonces se sonrojó. Nunca debería haber admitido que había

pisado una cocina en su vida. La familia Tilney tenía cocinera, por supuesto, pero a Juliet y a sus hermanos a veces les gustaba pasar el rato hablando con ella, y así también se ganaban un panecillo dulce de vez en cuando.

Jonathan Darcy, quien probablemente nunca habría pisado la cocina de Pemberley, no captó la referencia, pero tampoco pareció importarle.

—Creo que tiene razón —dijo—. Una mujer puede verse obligada a cometer un acto tan temerario. Incluso violento, si la provocación es suficiente. —Tenía el rostro serio—. Mi difunto tío era un experto en el arte de provocar.

A la mañana siguiente los Knightley se llevaron a sus invitados a la villa, menos a dos de ellos.

—Esperamos poder unirnos en su próxima excursión —le dijo Edmund a su primo mientras el grupo se reunía en la puerta. Edmund ya llevaba puesta su ropa de montar y Fanny bajaría pronto llevando la suya—. Pero si Fanny no hace ejercicio regularmente su constitución se resiente. Cabalgar es el ejercicio perfecto para ella.

Si George Knightley pensaba que caminar era ejercicio también, era demasiado educado para mencionarlo.

—Por supuesto. Llevamos demasiado tiempo encerrados, ¿verdad? Deje que su esposa nos acompañe esta noche, renovada y de buen humor.

—Está bastante desanimada, ciertamente —respondió Edmund—. La sombra de este crimen le pesa demasiado, me temo. —No podía empezar a explicar la otra razón de su oscuro estado de ánimo.

Por suerte Knightley no le preguntó.

—Nos pesa a todos, y cada uno debe desterrar esa sombra de la mejor forma que pueda. Volveremos a la hora del té.

Dicho eso el grupo se marchó: las mujeres más mayores llevaban vestidos blancos, los de las más jóvenes eran azul claro, amarillos o rosas, el estilo se alejaba de la pureza y la modestia del blanco, para disgusto de Edmund. No hablaron mucho entre ellos, pero la campiña

de Surrey pronto sería distracción suficiente. En realidad Edmund deseaba haber dado ese paseo con Fanny a su lado, pero hasta que confiase en que esta podía mantener su compostura en compañía del resto, era mejor que se mantuviesen alejados de los demás.

Fanny bajó las escaleras con su traje de montar. Había sido un regalo de bodas de su madre, de un precioso terciopelo azul oscuro, y normalmente hacía relucir su tez pálida. Aquel día, sin embargo, Fanny parecía… un fantasma. Enferma, la habría descrito Edmund, si no hubiese sabido la causa.

—Siento llegar tarde, Edmund —dijo, su tono plano—. Los mozos nos esperan.

No le miró a los ojos mientras caminaba hacia la puerta.

Por un momento Edmund no la siguió. Había estado pensando cuál sería la mejor manera de decirle a Fanny que ya no estaba enfadado con ella. Sí, había hecho mal al no hablarle del pecado de William, y al tratar ella sola con el señor Wickham. Si al principio era demasiado buena con su hermano como para condenar sus pecados, bueno, eso no era ninguna sorpresa viniendo de alguien tan dulce como Fanny. Pronto se daría cuenta de su deber cristiano.

Pero Fanny no parecía preocupada por si él estaba enfadado con ella. Por primera vez en su matrimonio, había empezado a pensar que puede que ella estuviese enfadada con él.

Edmund casi no podía creerlo. Fanny casi siempre confiaba en su mayor edad, su educación y sabiduría, y en las pocas ocasiones en las que no lo había hecho, se había disculpado profusamente y le había dado sus razones. Este silencio no era propio de ella.

Quizá no era la ira lo que la motivaba. Sin duda, alguna otra emoción era la responsable de su comportamiento tan peculiar. Ya que no tenía nada por lo que enfadarse con Edmund, al menos, en su opinión, que raramente se equivocaba.

Emma Knightley había recorrido la distancia que separaba Hartfield de Highbury infinidad de veces, empezando por cuando tan solo era una niña pequeña que gateaba junto a su querida institutriz, la

señorita Taylor. Cuando se mudó a Donwell Abbey tras la muerte de su padre había cambiado su ruta para hacerla un poco más corta. Conocía cada campo, cada granja; casi conocía cada vaca. Había visto crecer a algunos de los árboles desde que no eran más que retoños. Así que mientras el resto de sus invitados se fijaban y admiraban todo, y mientras que Knightley les hacía de guía, ella podía hablar tranquilamente con la curiosa señorita Tilney.

—Es una pena que no podamos disfrutar de la galería de la abadía como antes —dijo la señorita Tilney—. ¿El servicio aún sigue evitándola? No les culpo si es así.

—Seguramente sí, pero tenemos que acabar con eso —resolvió Emma—. Limpiar y restaurar la sala es precisamente el tipo de tarea que se vuelve más complicada cuanto más tiempo pasa. Si dejamos que esto siga así, empezarán las supersticiones. Mejor que lo arreglemos cuanto antes.

—¿Así que está impaciente por que podamos recorrer la sala de nuevo?

¿Por qué se preguntaba eso? No importaba, decidió Emma.

—Aún estamos atrapados con poco con lo que entretenernos. Si el arte de la familia puede ser un entretenimiento más, estoy segura de que todos lo recibiremos con los brazos abiertos.

Eso pareció satisfacer a la señorita Tilney. El resto del camino, Emma se permitió divagar.

¡Qué alivio sería volver a ver a sus amigos! Los Weston, por supuesto, estaban en Brighton con Henrietta, Oliver, y sus dos hijos; no regresarían hasta dentro de un mes, bronceados y cargados de nuevas historias que contar. Pero había otros rostros familiares que estarían probablemente en la plaza, y Emma quería hablar con todos ellos.

No era que no le importasen sus invitados. Todos habían aceptado los horrores de esa fiesta comprensivos e incluso de buen grado, y la mayoría eran personas a las que Emma deseaba conocer mejor. Pero el asesinato de George Wickham dominaba su encuentro; el hombre les acosaba incluso después de muerto, exigiendo más de lo que le correspondía. Emma estaba lista para pensar y hablar de *cualquier otro tema*. Lo que fuese.

Por eso, cuando entraron a las afueras de la villa, Emma se alegró especialmente de ver a su amiga la señora Robert Martin, que cuando aún era Harriet Smith había sido una de las amigas más cercanas de Emma durante una breve pero importante época de su vida. Harriet se había casado con un granjero, honesto e inteligente como cualquier otro, pero de una clase completamente distinta a los Knightley. Su amistad se había tornado inevitablemente distante desde entonces. Sin embargo, ambas conservaban un grato recuerdo de la otra, y siempre se saludaban con cariño cuando se cruzaban.

—¡Harriet! —la llamó Emma, saludándola alegremente—. ¡Buenos días!

Harriet Martin se estremeció tan bruscamente que casi tiró su cesta de melocotones.

—Oh, oh, yo… buenos días, señora Knightley.

Dicho eso Harriet agachó levemente a cabeza y se marchó corriendo.

Emma casi no podía creerlo. ¿Es que Harriet Martin, la esposa de un granjero, había evitado a una amiga noble? ¿La acababan de… *desairar*?

Tanto su asombro como su certeza aumentaron a medida que el grupo entraba en la villa. Los mercaderes que normalmente la saludaban, los transeúntes que se quitaban las gorras y le hacían una breve reverencia con un asentimiento de cabeza, todos parecían incapaces de ver a Emma y compañía. Solo podía haber un motivo para ese cambio rápido y radical: el asesinato.

¿Sospechan de mí?, pensó Emma, dándole vueltas en la cabeza. *El rumor de que el asesino es uno de los invitados de Donwell Abbey se debe de haber extendido. Así que o piensan que soy la asesina o me culpan por darle cobijo a uno.*

Emma también habría culpado a la anfitriona en este caso, antes de vivirlo en sus carnes. El paseo a Highbury, el alivio que había estado esperando durante días, ahora parecía una idea descabellada. No debería haberse dejado ver antes de que identificasen al culpable y los Knightley hubiesen tenido una oportunidad para repudiarlo.

Al menos apareció un rostro amable, uno que Emma no siempre se había alegrado de ver, pero al que le estaba agradecida en ese

momento.

—¡Querida señora Knightley! —dijo la señorita Bates. La sonrisa de la anciana era tan amplia e inmutable como siempre—. ¡Señor Knightley! Y sus invitados, por favor, deben presentármelos a todos. Tengo ganas de hacer nuevos amigos, ya que pocos se pueden hacer en una villa tan pequeña como la nuestra, y es especialmente agradable conocer a personas que ya son amigos de aquellos a los que se quiere. Entonces es como si no fuésemos extraños, ¿verdad? Espero que les esté gustando Highbury. Aunque somos una villa pequeña, me atrevería a decir que somos una de las más bonitas de Surrey, ¡y no crean que nos faltan cosas con las que entretenernos! Nos turnamos para entretenernos y consolarnos mutuamente, saben, con las cenas, o las fiestas en los jardines, o los bailes, y, oh, ¡no lo sabe, señora Knightley! Frank Churchill celebrará un baile muy pronto, al que todos están invitados, estoy segura. Grace llevaba tiempo pidiendo uno, y no puedo culparla, recuerdo que yo también estaba tan ansiosa por bailar a su edad. Más quizás, ¡si es que es posible! Pero nunca podría bailar tan bien como Grace. Sus pasos son tan ligeros… por eso es mágico verla. Creo que uno podría acudir a los bailes más elegantes de Londres y nunca ver a una bailarina con tanto talento como nuestra querida Grace. ¿Sabe que por eso estamos fuera esta mañana? Quiere cortarle el bajo a uno de sus vestidos antes del baile. Creo que está preciosa con él, pero claro, le quedan preciosos la mayoría de los vestidos, creo que cualquier color le sienta bien, pero ella quiere hacerlo incluso más delicado. ¡Y seguro que puede, ya que cose de forma tan elegante! Puede bordar, hacer encajes y coser cualquier cosa, incluso mejor que yo con todos mis años cosiendo, y yo…

—Querida tía —la interrumpió Grace Churchill. Había salido de una sombrerería y ahora sacudía la cabeza exasperada—. No debería hablar tanto de mí. No hay nada más aburrido que escuchar cómo alguien ensalza sin descanso a otra persona, así como no hay nada más agradable que escuchar cómo alguien te elogia. Así que aunque me duela debo detenerte. —Volvió sus ojos claros hacia Jonathan Darcy y su sonrisa se ensanchó—. Además, hará que tengan una opinión demasiado alta de mí, y entonces les decepcionaré.

La señorita Bates parecía estupefacta ante la idea de que Grace

pudiese decepcionar a alguien, de cualquier manera. Emma aprovechó la oportunidad de ese breve silencio para hacer más presentaciones.

Todo el tiempo que estuvo hablando, sin embargo, observó a Grace, que miraba a Jonathan Darcy. También observó a Juliet Tilney, que estaba evaluando a Grace incluso más de cerca que la propia Emma. ¿Se estaba gestando una rivalidad?

Bueno. Emma no tomaría partido. Había aprendido la lección acerca de entrometerse, incluso si su marido no.

Pero eso no significaba que no pudiese disfrutar viendo cómo todo se desarrollaba. ¡Nada podía ser tan funesto como para distraerla de aquello!

—Estoy *bastante* segura de que mi tía ya les ha contado que Padre va a dar un baile. —Grace Churchill tomó el brazo de su tía, un gesto afectuoso que suavizó su leve burla—. Al que están invitados.

Jonathan sintió como si la invitación fuese más para él que para el resto. Sin duda, la mirada de Grace Churchill permaneció sobre él mucho más tiempo que sobre el resto. Había aprendido a entender que este tipo de gestos significaban que a ella le interesaba, y la mayoría de los jóvenes estarían encantados de ser el objeto de interés de una joven tan encantadora. Sin embargo, Jonathan en este tipo de situaciones estaba más preocupado que encantado. El interés solía llevar a intentos de conversación. Más intentos que le dejaban con más oportunidades de meter la pata.

Por suerte, esta conversación no la tenía que llevar él solo.

—¡Por supuesto, estaremos encantados de acudir! —dijo Emma Knightley—. Es muy amable de su parte entretener a mis invitados.

—Muchísimas gracias, señorita Grace. —A Jonathan le sorprendió la familiaridad de Anne Wentworth hasta que recordó que los Wentworth vivían en la zona desde hacía meses—. Es muy amable de su parte el incluirnos. —A su lado el capitán Wentworth no parecía tan contento por ello, pero no fue tan grosero como para objetar.

—Nosotros también iremos —dijo Marianne Brandon. A Jonathan le había parecido una joven alegre cuando la conoció, a quien

probablemente le gustaba bailar. Pero su respuesta fue mera cortesía. El coronel Brandon la observaba ignorando al resto de presentes.

—Por mi parte —dijo Madre, sus ojos moviéndose entre los presentes—, hay pocas cosas que disfrute más que un baile popular. Mi marido, me temo, rara vez me da ese gusto.

Padre la miró… ¿esperanzado? Existía una broma interna entre ellos que Jonathan no entendía. Después de sus extraños silencios los últimos meses, a Jonathan le alegró verlos compartir un momento así.

—Por supuesto, estaré encantado de bailar en esta ocasión —dijo Darcy.

—¡Ahí lo tiene! —declaró Elizabeth—. El señor Darcy bailará. Su baile ya es el mejor evento social de la temporada, señorita Churchill.

Juliet Tilney fue la última en hablar.

—Yo le doy las gracias por mi invitación.

—Bien. Espero que todos podamos conocernos mejor —dijo la señorita Churchill. Le dedicó a la señorita Tilney una sonrisa tan radiante como la que le había mostrado a Jonathan. Quizás la señorita Churchill no estaba tan centrada en él como temía.

—¡Oh sí, por supuesto, deben hacerlo! —Ya no pudieron contener a la señorita Bates más—. Hay tan pocas jóvenes de la edad y estado de Grace en Highbury. Por supuesto, Henrietta y ella son tan amigas —inclinó la cabeza hacia los padres de Henrietta, los Knightley—, pero Henrietta se ha ido durante tanto tiempo. ¿Pero quién podría culpar a una joven por querer ir a Brighton? Yo no, por supuesto. ¡Hay tantas cosas emocionantes que hacer y ver, y bañarse en el mar también! Pero tiene que ser extraño verse rodeada de gente a quien no conoces. He visitado Londres un par de veces y Portsmouth una, y en los dos no me pude acostumbrar a pasar tanto tiempo con extraños. Es mucho mejor estar aquí, donde todos nos conocemos y somos amigos y…

—Y estaremos encantados de crear nuevas amistades —dijo la señorita Churchill, interrumpiendo a su tía con una fluidez que probablemente se debía a mucha práctica—. Papá les contará todos los detalles pronto. ¡Espero que disfruten de Highbury!

Dicho eso, Grace Churchill y la señorita Bates se marcharon, regresando a la casa que Jonathan supuso que vería cuando se

celebrase el baile. Ya sabía que se esperaría que le pidiese un baile a la señorita Churchill.

Pero lo que más pensó es que también tendría que bailar con Juliet Tilney.

La mayoría de las jóvenes, al invitarlas a un baile, se interesarían inmediatamente por el vestido que llevarían, la música que se tocaría, los platos que se servirían y, especialmente, por qué otras personas jóvenes atenderían. A Juliet, al contrario que a cualquier chica de su edad y posición, no le entusiasmaban tanto, sino que le interesaban temas muy distintos.

Una cosa es seguir cenando y desayunando, pensó mientras el grupo iba de tienda en tienda, ignorado por el resto del pueblo. Y otra cosa es ir a un baile. *¿Una persona puede soportar la culpa de un crimen tan horrible como este y bailar y cantar durante toda la noche?*

Si es así, entonces esa persona sería increíblemente despiadada…

—Creo que deberíamos mirar en la tienda de al lado —le dijo Anne Wentworth—. Sin duda querrá zapatos floreados para el baile.

—¡Oh! Sí, por supuesto. Menos mal que usted lo ha pensado, porque yo no había caído en ello. —Juliet se apresuró a subir las escaleras y Anne la acompañó—. Se me olvida que usted ya conoce Highbury, incluyendo las mejores tiendas.

—Es una villa encantadora —dijo Anne—. Frederick y yo habríamos disfrutado más de nuestro tiempo aquí si es que la carga de la estafa del señor Wickham no hubiese pesado sobre nuestros hombros todo el tiempo.

Al principio a Juliet le sorprendió la franqueza de Anne, pero claro, todos se habían visto obligados a intimar de una manera que, de normal, habrían tardado meses o años en formar. Así que se atrevió a preguntarle.

—¿La muerte del señor Wickham cambia algo en su situación económica?

—No estoy segura —admitió Anne. Ahora estaban rodeadas de zapatillas y encajes, sin ser vistas mientras el comerciante ayudaba a

otro cliente—. El dinero sigue en las arcas de Wickham. Podríamos demandar al estado para recuperarlo, y sin nadie que defienda su caso, tendríamos muchas oportunidades de ganar. Pero si se gasta, entonces ya no queda nada. —El ánimo de Anne parecía estar más decaído que antes, lo que no era una gran sorpresa, salvo que la causa no era la que Juliet había previsto—. En realidad, no sé si quiero volver a ver ese dinero.

—Pero…

—Perderlo hirió el orgullo de mi marido enormemente —dijo Anne—. Pero su orgullo es el responsable, tanto de nuestras penurias como de nuestra prosperidad. Lo peor que nos podría suceder sería que el dinero estuviese perdido y tuviésemos que volver a la mar. Nunca me ha importado vivir en un barco con mi marido. Oh, había carencias, enfermedades de vez en cuando, y una vez una tormenta horrible que parecía la misma que sufrió Noé. Hubo… hubo un niño que pudimos haber tenido, pero no pudo ser.

Juliet entendió lo que quería decir, la confesión era brutalmente honesta, pero ¿cómo era posible que alguien no desease desahogarse de una pérdida tan terrible?

—Lo siento mucho.

—Gracias. Pero no pienso demasiado en lo que podría haber sido, es una lección que aprendí muy tarde, pero que se me quedó grabada. —Anne suspiró—. Mi marido aún se culpa por exponerme a riesgos así. Pero no debería. En realidad, esos fueron unos de los años más emocionantes de mi vida. En el mar, como capitán, Frederick es su mejor versión. En puerto, con su nueva riqueza… no tanto. —Entonces Anne se detuvo. Había dicho demasiado—. Por favor no le diga lo que he dicho. No debería haberlo hecho, pero…

—Pero hemos estado encerrados demasiado tiempo y no somos del todo nosotros mismos —terminó Juliet por ella. Anne se lo agradeció con una sonrisa.

En ese momento estaban pasando frente a una carnicería mientras se dirigían a la tienda que tenía las zapatillas perfectas. El capitán Wentworth estaba unos pasos por delante, entre Knightley y Brandon. Un chico joven con un delantal manchado de sangre salió de la tienda, el ayudante del carnicero, sin duda, con unos paquetes envueltos en

tela encerada e hilo. Era una entrega completamente normal.

Entonces, ¿por qué Wentworth miraba al joven con tanta ira? ¿Y por qué este se apartó, como si temiese que le regañasen?

Esto es por algo que ha sucedido antes, pensó Juliet antes de recordarse: *eso no dice mucho. Podría ser por un desacuerdo sin importancia. Incluso un pago atrasado, dadas las deudas de los Wentworth con el difunto señor Wickham.*

Aun así, no podía olvidar lo que había visto.

Mucho más tarde, mientras el grupo regresaba a Donwell Abbey, Juliet seguía pensando en su conversación con la señora Wentworth. *Es un hombre con un carácter oscuro, pensó mientas dejaba sus zapatos nuevos en su tocador. Anne Wentworth dice que su orgullo es una fuerza poderosa, y he podido ver con mis propios ojos la ira que sentía hacia el señor Wickham. Que estuviese fuera de su dormitorio durante parte de la noche es algo que aún no tiene explicación. ¿Podría ser Wentworth el culpable?*

Un escalofrío la recorrió. Era horrible fijarse en una persona como el asesino más probable. Pero también lo era dudar de todo el mundo constantemente.

Al menos no necesito sospechar de la señora Wentworth, se dijo Juliet. *Una persona tan amable y delicada no podría quitar una vida. De eso estoy segura. Pero… ama a su marido. Si pensaba que estaba en peligro de algún modo, ¿podría eso llevarla a hacer lo inimaginable?*

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

—¡Oh! Sí, ¿quién es?

Hannah entró en su dormitorio. No era la hora en la que requería su ayuda, y su expresión era rara, casi temerosa.

—¿Señorita Tilney? Si no es pedir demasiado… ¿podría hablar con usted?

—Por supuesto. —Juliet se preguntaba qué había pasado. Quizás alguno de sus vestidos no se había lavado bien y ahora estaba arruinado. Tan solo esperaba que no fuese el azul.

En cambio, Hannah alzó un trozo de papel a medio quemar. Las marcas de chamusquina en los bordes no ocultaban lo que quedaba escrito.

—Una carta quemada, señorita. —Juliet la tomó de entre sus

manos y Hannah exhaló—. La he encontrado en la chimenea. Puede no sea nada, pero, con todo lo que ha pasado…

—Ha hecho bien en traérmela —dijo Juliet—. ¿Dónde la ha encontrado?

Hannah tardó un momento en responder.

—Estaba en el dormitorio de los Darcy.

Capítulo dieciséis

Juliet tomó la carta chamuscada de la mano de Hannah con tanta expectación como pesar. Era imposible no sentirse emocionada por, quizá, descubrir algo nuevo con respecto al asesinato del señor Wickham, pero era igual de imposible no sentirse apenada por Jonathan. Tenía tanta fe en sus padres, honrándolos como cualquier buen hijo debería. Pero parecía que estaban destruyendo pruebas.

—¿Por qué no le ha llevado esto a su señora? —preguntó Juliet. Estaba agradecida por ello, pero no podía evitar preguntárselo.

—Perdone la libertad que me he tomado, señorita —respondió Hannah—, pero creí que usted quería descubrir lo que sucedió esa noche. La señora Knightley preferiría que todos lo olvidásemos por completo. Quizá no tenga nada que ver, pero la gente no suele quemar sus cartas…

—No a menos que quieran que dichas cartas nunca se lean —asintió Juliet—. Gracias, Hannah.

Tenían que descubrir la verdad. Armándose de valor, Juliet desdobló con cuidado la hoja quebradiza y chamuscada, para ver qué podía encontrar. Solo las primeras palabras seguían legibles… pero no daban ninguna respuesta. Sino que enmarañaban más el enigma.

La excursión a Highbury, que Emma había previsto para animar a sus invitados, tuvo el efecto contrario.

Todos se percataron del frío recibimiento de la gente de la villa, una impresión que ni la bondad de la señorita Bates y Grace Churchill

pudo cambiar. Había pocas situaciones más desagradables que cuando se le consideraba a uno responsable de un pecado del que era inocente; el remedio tradicional, la arrogancia, no era algo a lo que pudiesen recurrir por varios motivos. La duda había sido un invitado más en Donwell Abbey desde hacía un tiempo, pero al menos en la casa todos los presentes entendían que el asesinato del señor Wickham, aunque fuese anticristiano, no fue una gran pérdida para la sociedad. Algo que no había suavizado el juicio de Highbury hacia el suceso.

Así que esa tarde la sospecha plagaba la mente de todos los presentes en Donwell, como una astilla que se había dejado demasiado tiempo dentro de la herida. La tolerancia mutua que les había mantenido a flote desde la muerte de Wickham ya no era tan fuerte. Las sombras se volvieron más oscuras, al igual que los ánimos. Los silencios se volvieron más frecuentes. La gran abadía había dejado de parecer una agradable casa de campo para pasar a ser una cárcel, lo que nunca es agradable, pero menos todavía cuando una o más personas involucradas tenían motivos para pensar que les esperaba una prisión de verdad en su futuro cercano.

¡Y aun así! Las órdenes del magistrado Frank Churchill les mantendrían a todos allí atrapados durante días, probablemente incluso semanas. Más allá de eso, la educación exigía que nadie se marchase justo después de que se lo permitiesen; hacerlo sería ofender a sus anfitriones por razones que no eran culpa suya. (A menos que uno de los Knightley fuese el culpable, en ese caso marcharse cuanto antes sería algo completamente entendible). Así que parecía que la fiesta continuaría durante más tiempo, sin importar cuánto desearan escapar los asistentes.

Los primeros signos de problemas surgieron en la cena.

El vino, por supuesto, se ofrecía en todo tipo de encuentros civilizados. Esa noche, sin embargo, los mayordomos se dieron cuenta de que el vino se estaba gastando más rápido que de costumbre. Las mujeres que solían decir que no se volviese a llenar su copa, esa noche

estaban tomándose una segunda o una tercera. Los hombres, que solían tomarse más libertades a la hora de consumir, acabaron con las botellas tan rápido que el mayordomo se vio obligado a bajar corriendo a la despensa para decantar más vino en varias ocasiones.

El vino fluía con libertad, así como los comentarios ingeniosos, acertados o no.

—Parece que nos estamos divirtiendo esta noche —dijo Elizabeth Darcy observando cómo rellenaban su copa de nuevo. Al otro lado de la mesa, Fanny Bertram fruncía el ceño con un mal disimulado gesto de desaprobación—. ¿Es muy inapropiado por nuestra parte, señor Bertram? Como un hombre de iglesia, ¿puede disculpar nuestra camaradería ante semejante tragedia?

Edmund Bertram había estado tan centrado en su mujer que casi le pasó desapercibida la pregunta. Deseaba no haberla escuchado en absoluto.

—Si estuviésemos celebrando la muerte del hombre sería algo imperdonable, pero esto es una simple cena, como las que compartimos cada noche.

Elizabeth torció la boca, mostrando sus dudas.

—¿Cada noche? Me parece que pocas veces nos hemos divertido tanto, incluso antes de que llegase el señor Wickham y mucho menos tras su fallecimiento. No es que tuviésemos mucho tiempo antes de ello, una pena.

—¿Y por qué no habríamos de divertirnos? —La sonrisa del capitán Wentworth era más feroz que una bestia mostrando sus colmillos.

Eso hizo que Edmund le respondiese.

—Fuera lo que fuera el señor Wickham, era un hombre cristiano y uno de nuestros semejantes.

—No estoy tan segura de lo primero como me gustaría —dijo Elizabeth—, aunque lo segundo es cierto. El parecido es demasiado fuerte como para pasarlo por alto. Algunos de nuestros hombres tienen los mismos débiles principios y la misma fuerte avaricia. Oh, vamos, señor Bertram, no me mire así. ¿No sería hipócrita fingir una pena por el señor Wickham que no sentimos? ¿Y no es la hipocresía en sí misma un pecado?

Emma, que veía que la velada se le escapaba de las manos, habló antes de que Edmund Bertram pudiese exponer todos los errores morales que estaban cometiendo.

—Si hay algo de lo que estoy completamente segura es de que nadie quiere dedicarle más tiempo al señor Wickham. Hablemos de otra cosa.

—*Otra cosa* —murmuró Knightley.

Así, Emma permaneció sentada sonriendo alegremente durante un incómodo silencio. Su intento de cambiar de tema fue un error, algo que supo en cuanto pronunció las palabras.

—¿Qué les ha parecido Highbury?

—Es una villa encantadora —dijo Darcy, sus palabras civilizadas aunque su tono estaba completamente plano.

Elizabeth tomó otro sorbo de vino.

—¿Más bien me pregunto qué pensarán en Highbury de nosotros? Aunque sospecho que todos lo sabemos.

—Qué alegría que nos cruzásemos con Grace Churchill y su tía —intentó redireccionar el tema Juliet.

El capitán Wentworth soltó una carcajada, aunque bien podría haberse confundido con un ladrido.

—Creo que es la primera persona en describir un encuentro con la señorita Bates como «alegre» en mucho tiempo.

Esto, a su vez, incendió los ánimos del señor Knightley, que durante mucho tiempo había protegido a la anciana solterona del pueblo.

—Es muy querida en nuestra comunidad.

—En efecto —dijo Anne Wentworth—. Siempre ha sido de lo más amable. —Su mirada sugería que el capitán Wentworth lamentaría cualquier intento de contradecirla.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, esta vez todos fueron lo suficientemente inteligentes como para no romperlo, cubriéndoles a todos, pesado como una manta sobre sus hombros.

En general, Fanny pensó que esa deprimente cena era más fácil de

sobrellevar que la mayoría. (Dejando de lado la escandalosa indulgencia de la señora Darcy con el vino. Supuestamente los Darcy eran una de las familias más destacadas de la alta burguesía inglesa; Fanny hubiese esperado algo mejor, incluso viniendo de alguien tan poco delicado como Elizabeth Darcy). El silencio en la mesa de los Knightley esa velada podría parecer opresivo, pero lo soportaba mejor que si tuviese que conversar con extraños. Su timidez hacía que le fuese más sencillo estar callada, especialmente con un tema del que no tenía ganas de hablar. Sin embargo, la innegable tensión le había pasado factura. Cuando subieron a sus dormitorios, sintió cómo una migraña hacía acto de presencia.

—Al fin nos vamos a dormir una noche pronto —dijo Edmund. Le había extendido su brazo para guiarla por las escaleras y ella lo había tomado, pero Fanny sentía como si estuviesen actuando por mera costumbre, que el gesto de Edmund no acarreaba ningún sentimiento real—. Reza para que nos dejen dormir toda la noche en vez de que nos despierte otro alboroto.

—Rezo por ello. —El fervor animaba a Fanny en ese momento, lo que llamó la atención de Edmund. Pero atribuyó su calidez a una causa equivocada.

En cuanto se adentraron en la seguridad de su dormitorio, tras la puerta cerrada, él habló.

—Creo que quieres rezar, Fanny, más que tus oraciones habituales.

Fanny no le miró, pero asintió lentamente.

—Sí. Me vendrá bien.

Cada noche, se arrodillaba junto a su cama y susurraba un Padre Nuestro. Sus plegarias más íntimas y personales las solía reservar para la iglesia, ya fuese durante alguno de los servicios o para una de sus visitas en solitario. Pero a veces, cuando estaba demasiado preocupada o frágil, rezaba junto a su lecho como un evangélico en la iglesia. Esperaba que esa noche fuese así. Fanny desearía rezar por la absolución de los pecados de su hermano, para que le perdonasen sus intentos de ocultarlo. Edmund —indulgente, supuso— había incluso decidido que no podía culparla por no querer hablar de ello. ¿Qué podía ser más natural para una criatura tan delicada que guardar silencio sobre un tema inconfesable? Sin embargo, el acudir al señor

Wickham, aceptar su chantaje… de eso Fanny debía arrepentirse enormemente.

Él se arrodilló a su lado, cada uno en lados opuestos de la cama, y esperó hasta escuchar el suave rumor de su voz.

—Padre nuestro —susurró Fanny—, misericordioso Rey de reyes, por favor vela por mi hermano William. Por favor, perdónalo. Por favor, cuídalo. Él te necesita ahora más que nunca. Yo no necesito nada… no quiero nada, todas mis esperanzas y plegarias son para William. Por favor, concédele tu infinita misericordia, Señor.

Y más en esa línea. Nada de suplicar su propio perdón, nada de pedir que cesase el pecado de su hermano. Nada de eso, en resumen, no se parecía nada a lo que Edmund esperaba de su mujer.

Es solo la forma en la que lo dice, se convenció e intentó creerlo.

Era demasiado buena, demasiado tímida para excusar un pecado. Prácticamente nada podía llevar al corazón puro de Fanny a errar; en todos sus años Edmund solo la había visto tan conmovida ante la certeza de un mal peor.

En los últimos días, había recordado el incidente con el gato negro.

En Mansfield Park, hogar del amado carlino de su madre, nunca había habido gatos. Pero todo establo o granero atraía a algún gato con el tiempo, y un animalillo escuálido y con pelaje oscuro enmarañado se las apañó para llegar hasta allí cuando Fanny no tenía aún ni doce años. Ella se había apiadado de él y le había dado un poco de leche que había conseguido de su té. Sin embargo, el hermano mayor de Edmund, Tom, estaba pasando por una época muy salvaje y no se había apiadado del animal. Se propuso atormentar al pobre gato, tirándole piedras mientras este aullaba, atrapado en un rincón de los establos. Edmund y Fanny se habían encontrado con la escena justo cuando Tom lanzaba una piedra más grande, una que sin duda habría herido de gravedad al gato si no hubiese fallado por los pelos.

—¿Qué estás haciendo? —había dicho Edmund.

—Acabando con un gato estúpido. —Tom se estaba riendo—. Cuando ya no pueda arañarme lo meteré en el barril y lo ahogaré.

—¡No! —Había llorado Fanny. Tom se había reído con más ganas.

Edmund había intentado pedirle a su hermano que parase de inmediato, pero nunca había tenido la oportunidad. Fanny se había

lanzado hacia Tom, empujándole con fuerza para derribarle. Tom, por supuesto, había reaccionado gritando por la injusticia, lo que llamó la atención de su tía Norris, quien vendó a su niño favorito mientras sermoneaba a Fanny hasta que esta rompió en llanto. El gato, mientras tanto, aprovechó su oportunidad y escapó.

Horas más tarde, Edmund había salido y se las había apañado para atraer al gatito negro de vuelta con un poco de pescado que había tomado de la cocina. Antes de atraparlo, se lo había llevado hacia la casa de un granjero cercano, sabiendo que últimamente se habían quejado de que tenían ratones en el granero. El gato había vivido otros siete años como gran cazador de ratones y adorada mascota. Fanny había estado tan agradecida que incluso lo había visitado de vez en cuando.

Pero sus padres se habían enfadado con Fanny por empujar a su hijo, incluso más enfadados que lo que estaban por la crueldad de Tom. A ella la habían castigado y regañado hasta un punto que una chica tan frágil apenas podría soportar.

Pero Fanny, que pedía disculpas con cada paso que daba, nunca se había arrepentido de atacar a Tom. La desesperación que la había inundado en aquel momento se debía a su deseo de proteger al gato negro.

Edmund sabía que incluso Fanny tenía límites.

Juliet no fue la primera en irse a la cama. Esperaba que la lúgubre y desestructurada velada le permitiese simplemente quedarse abajo hasta que Jonathan y ella hubiesen podido hablar. La carta que había leído antes ardía en sus recuerdos como una llama. Lo que él pensase de ese fragmento salvado de la chimenea de sus padres sería valiosísimo.

Sin embargo, ese momento se retrasó porque no fue la única que no se retiró pronto. Mientras que algunos hombres tomaban brandy y fumaban puros, Juliet estaba atrapada en el salón con algunas damas, sentada junto a Marianne Brandon.

La anterior vitalidad de Marianne había desaparecido. Su tez se

había vuelto pálida y su mirada, antes brillante, ya no se topaba con la de nadie, Juliet no sabía si estaba ansiosa por ver a su marido o le temía.

—Al menos habrá un baile —dijo Juliet—. Me dijo que le gustaba bailar.

—Me gusta. —Eso pareció sorprender a Marianne, el recordar que había algo que disfrutaba—. En unos días, habrá música y canciones como si fuese una noche cualquiera. Deberíamos bailar como si nada de esto hubiese ocurrido.

—¡Eso espero! —Juliet intentó pensar en qué otra cosa decir, pero nada parecía adecuado para llamar la atención de su compañera. La única pregunta que deseaba hacer era: *¿Quién cree que podría haber matado al señor Wickham?*, y eso estaba completamente fuera de los límites que marcaban las normas de etiqueta, así que no la podía formular fuera de sus encuentros clandestinos con Jonathan Darcy. No esperaba que ningún invitado acusase a otro si no estaba completamente seguro de ello.

Así que Juliet no dijo nada y el silencio se extendió entre ellas. Marianne simplemente siguió con la mirada fija en el coronel Brandon, como si no existiese nadie más en el mundo.

En ese momento se abrió la puerta, Marianne se puso tensa, y Juliet no pudo evitar mirarla. Pero el hombre que surgió del estudio de Knightley no era el coronel sino el señor Darcy.

Fue directamente hacia su mujer. Elizabeth Darcy, que había dado buena cuenta del vino, estaba sentada sola junto a la chimenea, mirando fijamente las llamas con la cabeza ligeramente inclinada. Darcy le tendió la mano, más como una orden que como una oferta.

—Ya he cumplido con mi deber como invitado. Ahora nos iremos a dormir.

—Puedes irte si quieres —dijo Elizabeth—. Yo estoy bien junto al fuego.

Darcy torció el gesto.

—No estás presentable.

—Pero ya me han presentado así que no puedo hacer ningún daño más.

—Es hora de que vengas a la cama —insistió Darcy.

Elizabeth finalmente se volvió hacia su marido con la mirada entornada.

—¿Por qué te habría de importar si estoy allí o no?

Las mejillas de Juliet se sonrojaron de vergüenza. Escuchar una discusión así entre un matrimonio era humillante. Incluso la señora Brandon, entumecida por el resto, se sonrojó al presenciarla.

Jonathan Darcy, que debía de haber estado esperándola en la sala de billar, oh cielos, se apresuró al pasar junto a Juliet para acercarse a su madre.

—Esta no eres tú —dijo en voz baja—. ¿Me dejarías acompañarte arriba?

Elizabeth posó una mano en la mejilla de su hijo y después se levantó. El señor Darcy no les siguió. Simplemente se quedó ahí parado, tan inmóvil y silencioso como había estado su mujer hacía unos minutos.

Había demasiadas cosas en las que pensar, pero lo que primero consideró Juliet era lo más importante: parecía que Jonathan no tendría tiempo para hablar esa noche. Los secretos de la carta tendrían que esperar hasta mañana.

Jonathan estaba enormemente aliviado de que su madre se hubiese levantado sin poner más pegas para ir a la cama. Nunca la había visto beber tanto vino. No pensaba que su comportamiento hubiese sido totalmente inapropiado, pero su padre parecía no estar de acuerdo, y Jonathan sabía que él no siempre era el mejor para juzgarlo.

—Ya me duele la cabeza —dijo Madre mientras caminaba hacia el interior de su dormitorio—. Mañana será un día genial.

—Todo irá bien —insistió Jonathan.

Ella le sonrió de lado y después cerró la puerta.

¿Qué vendría después? Puede que la señorita Tilney pudiese aprovecharse de esta noche tan extraña y desestructurada para encontrarse con él antes de tiempo en la sala de billar. Era una estupidez que un hombre y una mujer jóvenes no pudiesen pasar tiempo juntos sin carabina y que tuviesen que adivinar las intenciones

del otro. Si tan solo hubiese una tercera persona disponible, alguien que pudiese hacerles de carabina pero que no tuviese motivos para asesinar al señor Wickham…, pero por desgracia esa persona no estaba en Donwell Abbey.

Aún esperaba poder reunirse con la señorita Tilney más tarde, al menos hasta que regresó al salón. Ella le miró expectante, pero fue su padre el que atrajo toda su atención. Darcy estaba de pie junto a la chimenea, y Jonathan nunca le había visto tan abatido, salvo los peores días tras la muerte de Susannah.

Su deber como hijo estaba claro. Jonathan se acercó a su padre.

—Madre ya está en la cama. ¿No debería ir con ella?

—Creo que no. —Darcy estudió a su hijo durante un instante—. Ven. Pasea conmigo.

Al principio Jonathan había esperado que diesen un paseo nocturno en el exterior, pero su padre simplemente le dirigió a la biblioteca. Era una de las pocas habitaciones que hubiesen podido tener a alguien en su interior por la noche, pero estaba vacía. Darcy se dejó caer en el sillón más cercano, como si le hubiese costado un enorme esfuerzo caminar hasta allí y estuviese agotado del camino.

—¿Crees que tu madre me perdonará algún día? —dijo Darcy.

Nunca le había preguntado nada así a su hijo. Que confiasen en uno, como si fuese un amigo, era algo gratificante y aterrador.

—¿Perdonarle por… qué? —En cuanto Jonathan hizo la pregunta descubrió que puede que no quisiese saberlo.

Ciertamente, no esperaba la respuesta de su padre.

—Por la muerte de Susannah.

Eso no tenía sentido. Quizá su padre había bebido más vino del que Jonathan había pensado.

—Murió de fiebre pútrida.

—Porque su padre no cuidó de ella. Y yo fui quien la envié de vuelta con su padre.

Lo que Jonathan recordaba no encajaba con esa información.

—El señor Wickham nos escribió, insistiendo en que regresase. Pensábamos que no sería por mucho tiempo, que volvería con nosotros pronto.

Darcy hizo como si no le escuchase.

—Tu madre dijo que teníamos que negarnos a enviarla de vuelta. Wickham tan solo la quería a su lado para molestarme, porque había empezado a llamarme Papá. —Jonathan hizo una mueca de dolor al recordarlo; su padre no se fijó, simplemente siguió hablando—. La vanidad del hombre estaba herida. No me cabe duda de que en cualquier otro caso la habría devuelto a Pemberley en poco tiempo. Pero esa no era como las otras veces. Estaba en las primeras etapas para recuperarse de su enfermedad. Elizabeth pensaba que no podíamos moverla. Pero el doctor creía que sí, así que pensé… pensé que era mejor terminar con eso, cuanto antes volviese con él, antes regresaría con nosotros…

Jonathan recordaba a Susannah más vívidamente entonces que desde hacía meses: su amor por los cuentos de hadas, la forma en la que podía meterse una fresa entera en la boca, su cálida risa tan rara en una niña pequeña. Nunca le habían gustado los juegos bruscos de niño con sus hermanos, pero con Susannah estaba encantado de llevarla a caballito o perseguirla. Era distinto, estaba haciendo algo para divertirla, no para él mismo, y su alegría era premio suficiente para sus esfuerzos o por dejarse en ridículo. Susannah se había convertido en algo parecido a una hermana para Jonathan durante sus últimos años de vida. ¿De verdad le extrañaba tanto que hubiese llegado a pensar en sus padres como si fuesen también los suyos?

¿Es que Wickham no debería haberlo entendido?

—¿Qué clase de padre no llama a un médico cuando su hija está enferma? —Darcy se levantó, incapaz de contener toda su energía—. ¿Qué clase de padre deja a una niña de esa edad sola durante horas, enferma o no? Pero si está tan débil…

Había estado tan frágil cuando se marchó de Pemberley por última vez. Jonathan recordaba lo ligera que había sido en sus brazos. Su toque nunca le había incomodado, ni una sola vez.

—Si me hubiese negado Wickham nos habría dado problemas —dijo Darcy—. Si hubiese aceptado esos problemas puede que Susannah siguiese viva. Y ahora sería nuestra para siempre.

—Padre… no podía saber que eso pasaría. La fiebre pútrida puede que hubiese acabado con la vida de Susannah sin importar lo que hiciésemos.

—Puede que no. Por eso tu madre no puede olvidarlo ni perdonarme. ¿Cómo puedo esperar que lo haga? Si yo tampoco me he perdonado. —El rostro de Darcy se oscureció—. Maldito George Wickham y su orgullo egoísta. Que se vaya al infierno.

Jonathan nunca había oído hablar así a su padre. Pero la blasfemia le preocupaba menos que la furia que podía entrever en sus palabras, apenas contenida. La ira de su padre no nacía tan solo del odio hacia Wickham, sino que estaba ligada con su amor por Susannah.

No le sorprendía que la ira pudiese conducir al asesinato. Jonathan tenía que enfrentarse de nuevo a la verdad de que el amor podía tener ese mismo poder.

Capítulo diecisiete

—Creo que debería irme a dormir —dijo Juliet a la otra única mujer que quedaba en la sala, Anne Wentworth. Ya se había quedado hasta demasiado tarde, tanto que rayaba en lo inapropiado, y en vano. Al parecer la conversación entre Jonathan y su padre se había alargado, así que no podrían reunirse en la sala de billar. A la cama, entonces. La tentadora carta y todas sus suposiciones sobre su contenido seguirían siendo igual de interesantes mañana.

—El paseo hasta Highbury no es largo, pero hemos hecho tan poco ejercicio los últimos días que el paseo me ha agotado.

En realidad no había sido así ni por asomo; y sus hermanos, con los que corría, saltaba y jugaba a la petanca si hacía buen tiempo, se habrían doblado de la risa si la hubiesen oído. Pero una tenía que dar una razón para marcharse en esos casos.

Anne asintió.

—Ha sido una noche larga. Yo esperaré a mi marido.

—Entonces no esperes más. —El capitán Wentworth por fin había vuelto. Era el último hombre en alejarse del brandy y los puros, al haberse quedado incluso después que su anfitrión, lo cual era extraño. Juliet podía oler el alcohol a su alrededor, mezclado con tabaco.

—Pongamos los tres fin a este horrible día.

—No ha sido horrible —dijo Anne Wentworth al levantarse, y se dirigieron hacia las escaleras. Entonces pareció reconsiderar sus palabras—. Al menos no si lo comparamos con los últimos días. Un pequeño consuelo, lo reconozco, pero como es la única alegría que hemos tenido últimamente, no debemos olvidarlo.

—Tenemos otros motivos mejores por los que alegrarnos —dijo

Wentworth—. Como el hecho de que parece que el señor Wickham no tiene herederos.

—Eso no nos incumbe —insistió Anne Wentworth.

Wentworth alzó una ceja.

—¿No? Me sorprendes.

Juliet sentía que ya no formaba parte de la conversación, que habían olvidado que estaba allí o que querían hacerlo. No podía hacer otra cosa que volverse invisible hasta que se volviesen a dirigir a ella, si es que lo hacían.

—Cuando invertí con el señor Wickham le dije que tenía familia —continuó Wentworth—. Le hablé sobre Patience y lo mucho que esperaba poder darle una dote que la permitiese escoger a cualquier joven del país. Le hablé de nuestra familia y estaba impresionado por el apellido Elliot. Él nunca mencionó a ninguna familia o hijos suyos. Debería haber sabido entonces que no tendría a nadie que le recordase. Nadie que lamentase su marcha.

A Juliet le pareció como si Wentworth *hubiese* sabido eso, y por lo tanto, habría sabido que su deuda moriría con George Wickham.

—¿Por qué le hablaste de mi familia? —dijo Anne—. No necesitaba saberlo y ciertamente a ti nunca te han gustado. —Cuando Wentworth no respondió inmediatamente, Anne supo la respuesta—. Le contaste que te miraban con desprecio. Que deseabas increparles siendo incluso más rico que ellos. Dicho de otro modo, le mostraste lo vulnerable que eras ante sus engaños baratos.

Wentworth echó la cabeza atrás como si le hubiesen golpeado.

—¿Eso piensas de mí, entonces?

—No, sabes que yo… —Anne alzó la mirada hacia el techo como si estuviese midiendo sus palabras—. Eres mi marido y te amo, pero cuando te cierras en banda…

—¿Cuándo yo me cierro en banda? —replicó Wentworth—. ¿Y quién es el que no ha contado la verdad sobre haber salido de nuestro dormitorio la noche del…?

Se calló entonces, recordando que Juliet seguía junto a ellos, tan deseosa como estaba de no estarlo.

Así que ella aprovechó la oportunidad de subir corriendo los últimos escalones y apresurarse hacia su dormitorio. ¡Sería difícil

dormir cuando ahora tenía el doble de cosas que contarle a Jonathan!

Resultaba que Anne Wentworth sí que había estado fuera de su dormitorio la noche del asesinato de Wickham. Pensándolo bien, Juliet no pensaba que Anne fuese la asesina; Jonathan Darcy la había visto en la primera planta, no en la principal en la galería o cerca. Y tampoco estaba tan enfadada con el señor Wickham como Juliet había supuesto, para ella, la pérdida del dinero había sido más un regalo que una maldición.

Pero cualquier esposa mentiría si, al hacerlo, podía ocultar la culpabilidad de su marido. Anne Wentworth pensaba que el capitán escondía algo, ¡ella que era quien mejor le conocía!

Si su esposa sospechaba del capitán Wentworth, entonces Juliet tampoco podía evitarlo.

Darcy ya deseaba no haberse confesado ante su hijo. No era la responsabilidad de un hijo el soportar las cargas íntimas de su padre, ni Jonathan debería estar al tanto de los secretos del matrimonio de sus padres. Al menos podía confiar en que Jonathan lo mantendría en secreto.

Darcy abrió la puerta de su dormitorio lentamente, con cuidado de no hacer ni un ruido. Tal y como esperaba, Elizabeth dormía profundamente. Si la despertaba aún seguiría adormecida por el vino, pero sin todos los efectos más agradables de la borrachera. Cualquier discusión sería terrible. Aunque Darcy normalmente valoraba el ingenio de su mujer, había descubierto lo afilado que podía ser en las pocas ocasiones que lo había usado en su contra. A veces se preguntaba si sería posible que fuese tan inteligente, elocuente y alegre pero sin el carácter que le permitía convertir esas cualidades en armas. Con suerte, esa pregunta nunca tendría respuesta.

Mientras se desvestía observó a su esposa dormir. Por lo general se despertaba fácilmente, demasiado, pero esa noche el vino le permitió moverse con libertad. Era una de las pocas veces en todo su matrimonio en las que ella había bebido demasiado; el motivo, suponía, lo merecía.

Parecía mucho más joven mientras dormía, vulnerable, destapada y con el cabello descubierto. Elizabeth se había cortado el pelo corto poco después de casarse, cuando estaba a la moda tanto para hombres como mujeres, y se lo había dejado así desde entonces, aunque insistía que tanto entonces como ahora su motivo principal es porque era más práctico.

—Si tengo que ocultar mi pelo con la cofia —señalaba—, a nadie le importa cómo lo lleve, excepto a ti, por supuesto. Si ya no me ves guapa con el pelo corto entonces dejaré que me crezca hasta los tobillos.

Él creía que era preciosa con el pelo corto o largo. Había pensado que era preciosa cuando tenía veintiún años, una mirada brillante y buen humor, y seguía pensando que era preciosa ahora con cuarenta y dos años, canas en su cabello y delicadas arrugas en su rostro que insinuaban sus innumerables sonrisas a lo largo de los años.

Dary la había visto sonreír tan poco en los últimos ocho meses.

Perdóname, quería decirle. *Perdona mi estúpido error. Solo quería que las cosas terminaran para siempre con Wickham.*

Pero nunca le podría pedir aquello. Imposible, cuando él no se había perdonado, y no tenía intención de hacerlo.

Fanny yacía inquieta y sin conseguir quedarse dormida en la cama, mirando fijamente la poca luz de luna que se filtraba a través de las cortinas. A pesar de sus muchas preocupaciones, estaba tan agotada de las emociones de ese día que había pensado que se quedaría dormida en cuanto su cabeza tocase la almohada. Y así habría sido de no ser por Edmund.

Él también estaba despierto. No solo eso, estaba alerta y tenso. Aunque yacía tan quieto como ella, podía *sentir* su vigilia como si fuese el calor de una hoguera que nadie había encendido. Fanny también sabía que no estaba contento. Antes de casarse, ella nunca podría haber soñado con la forma en la que un matrimonio podría comunicarse sin mediar palabra, simplemente tumbados uno al lado del otro en la cama. Era imposible dormirse con él en ese estado, así

que solo podía esperar que el cansancio no tardase en poseerle.

No tuvo tanta suerte.

—¿Fanny? —dijo Edmund, fingiendo que ninguno de los dos sabía que el otro estaba despierto.

—Sí, Edmund. —Fanny se preparó, sabía que este no era uno de esos despertares a medianoche agradables que una esposa podía esperar.

—Dicen que nunca hay que irse a dormir enfadados. —Él se sentó, colocando los cojines a su espalda—. Puede que no sea enfado lo que nos separe ahora, sino un malentendido, y me temo que uno bastante grave. No conseguiré quedarme dormido hasta que lo arreglemos y creo que tú tampoco.

Fanny quería mentir, decir que ella no tenía ningún problema, simplemente que no tenía sueño, pero sabía que no tenía sentido. Aunque temiese los enfrentamientos, este era inevitable, y sabía que a veces el miedo hacia algo hacía que eso se volviese peor de lo que era en realidad. Rodó en la cama para mirarle a la cara.

—Entonces habla conmigo.

Él bajó la mirada hacia ella de la misma forma que había hecho cuando solo era una niña, su pequeña prima tímida, una que era protectora, considerada y que lo entendía todo. Antes había adorado esa mirada.

—Fanny, no podemos seguir posponiendo el hablar del pecado de William. Te inquieta, lo sé, a mí también. Quizá necesitas a alguien que te guíe para saber qué hacer.

—¿Qué quieres que haga, Edmund?

—Muchos dirían que deberías cortar todo tipo de relación con tu hermano. Pero me temo que eso sería demasiado para ti. —El corazón de Fanny se saltó un latido para volverse a encoger al seguir escuchando a Edmund—. Debes escribir una última carta. Recuérdale sus deberes cristianos y explícale que es tu deber el apartarle durante el tiempo que tarde en arrepentirse y acabar con su pecado. William aún es joven, y se sabe que los oficiales de la marina no se comportan en el mar como… como lo harían en tierra. Aún hay esperanza para él, y al hacer lo correcto le ayudarás a que él también pueda hacerlo. Tendrías todos los motivos para creer que con el tiempo regresaría a ti

como un buen cristiano.

Fanny podía imaginarse a una hermana escribiéndole una carta así a su hermano. Pero no se podía imaginar a ella en esa situación.

—No —dijo.

Edmund la miró anonadado.

—¿Perdón?

Se había sorprendido a sí misma con su respuesta casi tanto como a su marido, pero no mentiría.

—William es mi hermano —dijo—. Mi amor por él no tiene límites, como debería ser. El primer mandamiento de Dios es que amemos, ¿no?

—Sí, pero…

—Entonces cualquier ley que me obligue a repudiar a mi hermano no puede considerarse la Palabra de Dios. —Fanny se sentó erguida, mirando a Edmund a los ojos—. Soy una buena cristiana. Sabes que es así. Pecadora y débil, pero trabajo y rezo para ser mejor y para conocer mejor a nuestro Señor. Si pienso en alejarme de William… no siento como que me acerque más a Dios sino que me aleja. Por lo que no puede ser lo correcto.

Edmund nunca había estado tan sorprendido, al menos no que Fanny recordase.

—¿No te importa en absoluto lo que diga la iglesia?

—¿Es que ahora nos vamos a volver papistas? ¿Escuchando tan solo lo que dictan los dogmas y sin poder hablar con Dios?

—¡Por supuesto que no! —La mera sugerencia de que se estaba comportando como un católico parecía enfadarle más que cualquier otra cosa que hubiese dicho esa noche—. Pero eso no significa que debamos dejarnos someter por nuestras debilidades. Hacer lo correcto a veces duele. Eso no hace que deje de ser lo correcto.

—Hacer lo correcto puede *resultarnos* doloroso —dijo—, pero hacer algo que cause dolor *a los demás* rara vez es lo correcto.

—El dolor de William es cosa suya.

—Me escribió con confianza y esperanza. No le abandonaré.

—¿Te niegas? —Edmund parecía asqueado. Fanny se sentía miserable. No era de extrañar que estuviese asombrado, ella nunca se había negado a casi nada en todos los años que llevaban juntos. Hubo

una época en la que habría jurado que nunca lo haría, que la orientación de su marido sería siempre su luz y su escudo. Perder esa confianza no parecía una liberación. Se parecía más a apagar una vela en una habitación completamente oscura—. ¿Te pones de parte de tu hermano en esto? ¿Estás de acuerdo con sus actos?

¡Por supuesto que no! Quiso gritar Fanny. Aún no conseguía hacerse a la idea de William y Harris juntos. (Algunos aspectos parecían completamente inviables). Pero cuando pensaba en cómo le había escrito hablando de su amigo Harris, la calidez y el respeto que compartían… no parecía algo malvado. Ciertamente había relaciones entre hombres y mujeres mucho más repugnantes.

La moral parecía muy distinta a lo que había sido días antes. El bien y el mal no le parecían tan absolutos como siempre había creído. Sus acciones no podían regirse nunca más por suposiciones. Cada acto había de ser juzgado por sus propios méritos, en su momento justo.

—Solo diré esto —respondió finalmente—. Creo que el odio más insignificante es un pecado mayor que el amor más equivocado.

Edmund la miró boquiabierto. Fanny volvió a tumbarse, dándole la espalda y dando la conversación por terminada por esa noche.

¿Pero solo por esa noche? ¿Qué le depararía el futuro? Si Fanny se negaba a repudiar a William, ¿Edmund la repudiaría a ella?

Rezaba porque no fuese así. Más que eso, sin embargo, rezaba por William.

Cuando el reloj iba a dar la una, casi media hora después de que los últimos rezagados se hubiesen ido a dormir, Jonathan se deslizó fuera de su dormitorio para escabullirse hacia la sala de billar. No esperaba encontrar a Juliet Tilney allí, nunca se habían reunido tan tarde. Pero tenía esperanza, la suficiente para esperar casi media hora a oscuras completamente solo antes de decidir que ella no iba a aparecer.

Eso le dejaba con dos opciones: la primera, podía esperar hasta mañana para hablar con la señorita Tilney, ya fuese en su reunión diaria o en cualquier otra oportunidad que se le presentase a lo largo del día. La segunda, podía llamar a su puerta y despertarla.

La primera opción era la mejor. Era mucho más apropiada. Pero Jonathan no lograba convencerse de ello. Le pesaban las dudas sobre sus padres; peor eran sus recuerdos de Susannah. Se había obligado a aparcar esos recuerdos durante los últimos meses, parecía que esa era la única forma de salir adelante. Esa noche, sin embargo, Susannah había regresado a su corazón y sentía tanto el dolor por haberla perdido como la culpa por haber intentado olvidarla. Esas no eran las condiciones ideales para un sueño reparador.

Las condiciones de la señorita Tilney probablemente eran más agradables, lo que significaba que seguramente no le gustaría que la despertasen. Saber eso no consiguió disuadirle. Necesitaba hablar con alguien sobre sus suposiciones del señor Wickham, pero más que eso, simplemente necesitaba hablar con alguien. Y Juliet Tilney era la única persona con la que quería hablar.

Juliet aún no había terminado de desvestirse, tan absorta con sus últimos descubrimientos, cuando oyó como alguien llamaba a su puerta.

—¿Sí, sí, qué sucede? —susurró, lo suficientemente alto como para que el criado que estuviese al otro lado de la puerta la escuchase.

Salvo que en vez de un criado la voz que le respondió susurrando pertenecía a Jonathan Darcy.

—No estaba en la sala de billar.

Sabía que debería haber encontrado un modo de acudir.

—Espéreme allí, ya voy —dijo, mientras se colocaba el chal rápidamente sobre los hombros.

Juliet abrió la puerta de su dormitorio y se lo encontró de pie al otro lado, en vez de haberse marchado hacia la sala de billar. ¿Esperaba que le invitase a entrar en su dormitorio? Se sonrojó solo de pensarlo. Las intenciones del joven Darcy eran inocentes, de eso no le cabía duda, ¡pero sería un escándalo si los veían juntos! Bastante malo sería ya si alguien les pillase juntos a solas en cualquier rincón de Donwell Abbey, pero en su dormitorio sería incluso peor. Así que apresuró a pasar a su lado, haciéndole señas para que la siguiera.

En cuanto hubieron llegado al final de las escaleras, él empezó a hablar.

—Siento haberla despertado.

—No estaba dormida. Además, tenemos muchas cosas de las que hablar. —Juliet simplemente tomó asiento en el sofá que había junto a las escaleras. Estaba segura de que ninguno de los otros invitados les estaría espiando, estaban demasiado ocupados con sus propias preocupaciones.

—¿Ha descubierto algo nuevo? Yo sí… y es respecto a sus padres. —Jonathan abrió un poco más los ojos. Ella se apresuró a seguir hablando—. No, lo que he descubierto no les incrimina. O en realidad fue Hannah la que lo encontró, es una de mis doncellas. Se trata de una carta a medio quemar, no tiene ningún sentido…

—Pero alguien no quería que nadie la viese. —Él se acercó un poco más, la vela titilando en sus manos—. ¿Dónde encontraron la carta? ¿Qué dice?

—La encontraron en la chimenea de sus padres. —Cuando se puso tenso, Juliet añadió corriendo—. Pero la carta no iba dirigida a ninguno de los dos. La tengo en el bolsillo.

Le entregó el frágil papel chamuscado, que él alzó hacia su rostro intentando leer lo que ponía a la luz de la vela. De lo que ella había descubierto, Juliet sabía que había pocas palabras legibles, pero el saludo era: *Mi querida Fanny*.

Los ojos del joven se abrieron como platos al leerlo.

—¿Por qué la señora Bertram quemaría una carta en la chimenea de mis padres? ¿Por qué la quemaría en primer lugar? Lo poco que se puede distinguir es bastante normal.

—Tan solo se puede leer una parte que habla de un barco, y de alguien llamado Harris que es amigo de quien escribiese la carta —dijo Juliet—. No se lee nada más. ¿Así que por qué esconderlo? ¿Por qué entró en la habitación de sus padres si esto no tenía nada que ver con el asesinato?

—Puede que tenga mucho que ver —respondió, sorprendiéndola.

—¿Por qué?

Él le dio la vuelta a la carta, lo que la sorprendió ya que no había nada legible en ese dorso.

—El sello. Mírelo, casi se ha derretido, pero se puede adivinar que se había roto, y parte de la forma sigue visible. Dos arcos, lado a lado.

—Se refiere… al sello de lacre que encontramos en la galería, cerca de donde mataron al señor Wickham. —Juliet se levantó y volvió a mirar el sello como si fuese la primera vez. Era algo tan común que se había olvidado de fijarse en ello. ¡Que tonta había sido pasando por alto esa pista! Juró que no volvería a serlo—. Así que el sello que encontramos, el que pensábamos que era una *E*, en realidad era una *B*.

Él asintió.

—De Bertram.

—Pero no tiene sentido, su hermano lo sellaría con una *P* o quizás con una *W*.

—Mire. —Jonathan Darcy señaló las marcas oscuras superpuestas sobre el sello roto—. Abrieron la carta y la volvieron a sellar más de una vez. El sello original sin duda tendría la marca de William, pero la señora Bertram necesitaría volverlo a sellar con el suyo.

—Así que, aunque parezca improbable, no podemos dejar de considerar a Fanny Bertram como sospechosa. Aunque es raro que cualquiera de sus padres tuviese esto, no puedo ver cómo les conectaría con el asesinato.

El rostro de Jonathan siempre era difícil de leer, pero a la luz de las velas, parecía como si llevase una máscara.

—Mis padres… ellos no habrían matado a Wickham por cualquier motivo corrupto, pero él les había hecho mucho daño, tanto en el pasado más lejano como en el más cercano. Tanto que me temo que podría haber… nublado su juicio.

—Oh. *Oh*. ¿Ha descubierto algo importante?

Él negó con la cabeza.

—Tan solo he considerado su postura, y he pensado en lo que podría haber impulsado a alguien a actuar en contra de sí mismo. Mi padre nunca golpearía a nadie por ira u odio, pero por amor… por amor haría cualquier cosa.

Eso no tenía ningún sentido para Juliet.

—¿Por aquellos a los que ama? Creo que no le sigo.

Él siguió callado por unos minutos, tanto que ella estaba segura de

que le estaba ocultando algo. Aunque él la sorprendió cuando empezó a explicárselo todo.

—El señor Knightley mencionó un conde que estaba implicado en los planes de Wickham, cuyas recomendaciones fueron las que llevaron a muchas personas a invertir en su estafa. Mi tía Georgiana, la hermana de mi padre, está casada con el conde de Dorchester. Así que mi padre pudo haber pensado que ella estaba involucrada en este engaño también.

Eso tampoco parecía importante.

—Seguro que hay muchos condes en el país.

—Sí, pero… —Jonathan Darcy dudó por un momento, y Juliet se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento—. El matrimonio de mi tía al parecer no ha sido tranquilo. A mi padre no le gusta el conde, ni confía en él.

—Y el conde de Dorchester y Wickham se conocían, porque ambos eran tus tíos. —Ese era un nuevo punto en el que Juliet podía centrarse, y de hecho todo parecía más claro—. Pero, ¿por qué un hombre con tanto poder y fortuna accedería a participar en un plan así?

Él tardó incluso más en responder a esa pregunta.

—No lo sé. Pero sospecho que ha de haber un motivo desde hace tiempo.

—¿Disculpe?

—Nunca podemos hablar del señor Wickham frente a la tía Georgiana. Su historia con mi familia tiene que ver con ella también, de alguna manera, y debe acarrear tanta vergüenza que nadie puede hablar de ello. —Después añadió rápidamente—. Mi tía es una mujer de carácter excelente. No quiero que piense lo contrario. Pero incluso una buena persona puede verse involucrada con un estafador.

—El señor Wickham parece haber involucrado a muchas buenas personas. —Por respeto a la tía de Jonathan Darcy, Juliet se negó a especular al respecto. Apenas importaba, en comparación con la existencia de un enlace común, y parecía que por fin lo habían descubierto—. Así que el conde y la condesa de Dorchester pueden haberse visto… obligados, digamos, a colaborar con el señor Wickham. Puede que les hubiese obligado a apoyar su engaño

financiero. Y si su padre lo descubrió, para proteger a su hermana…

Se quedó callada, pero Jonathan Darcy pudo terminar por ella.

—Podría haber hecho muchas cosas si hubiese descubierto que su hermana estaba en peligro. Cuando salió de su dormitorio la noche del asesinato puede que fuese a rebuscar entre los papeles de Knightley. Knightley había mencionado que el nombre del conde estaba escrito en uno de ellos. Así que mi padre lo habría descubierto la noche que murió Wickham.

El motivo estaba demasiado claro. Juliet siempre había pensado que el señor Darcy era sospechoso, pero ahora estaba en medio de su investigación.

¡Cuánto debía de haberle dolido a Jonathan Darcy contárselo! Y había escondido la información sobre su tío durante un tiempo. Pero había terminado contándoselo. No se podía negar que estaba comprometido con la verdad, Juliet creía que eso le honraba enormemente. Pero antes de que pudiese decírselo él volvió a hablar.

—Debemos averiguar el nombre del conde. Pero no podemos meternos en el despacho del señor Knightley así como así. Creo que el señor Churchill se llevó algunos de los papeles como prueba.

—Debemos encontrar otra forma.

—Tenemos que seguir esa pista —dijo Jonathan con el rostro serio —, incluso si lleva a mi padre.

Capítulo dieciocho

Los invitados imprevistos rara vez son agradables, y menos cuando ya hay demasiados invitados. Así que cuando Knightley se asomó por la ventana de su estudio antes del desayuno y vio un carruaje acercándose, suspiró. Parecía un carruaje alquilado, no como el de Frank Churchill o cualquiera que conociese.

Cuando el sonido de los cascos sobre la gravilla se volvió audible, Knightley apoyó la cabeza en una mano y se serenó. El malestar entre Emma y él no le estaba dejando dormir, atormentándole con sueños en los que ella no estaba por distintos motivos. Al dar vueltas en la cama, tampoco la había dejado dormir a ella y eso la había cabreado más. Cómo se iban a presentar unidos ante sus invitados hoy es algo que desconocía. Aunque tendría que intentarlo.

Alzó la mirada y vio que el carruaje casi había llegado a la puerta, en el horizonte podía entrever una figura montando a caballo que estaba seguro de que era Frank Churchill. *O está especialmente ansioso de hacer justicia,* pensó Knightley, *o quiere volver a autoinvitarse a desayunar.*

Quizá estoy siendo muy duro. Puede que sea por ambos motivos.

Knightley se enderezó para prepararse para ambos visitantes. Cuando su mayordomo llamó a la puerta, ya se había recuperado del todo y creía que estaba listo para cualquier cosa hasta que llegó el anuncio:

—El señor John Knightley, señor.

—¡John! —Antes de que Knightley tuviese tiempo siquiera para levantarse, su hermano ya había entrado en el estudio—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tenía que saberlo. —John, unos años más joven que Knightley, ahora parecía mucho mayor. Las canas surcaban su cabello y su rostro estaba arrugado a conciencia. No había sido así hasta hace unos meses —. ¿De verdad Wickham ha muerto? ¿Le asesinaron en esta casa?

—Te lo conté en mi carta —Pero Knightley no quería reprender a su hermano por su precipitado viaje a Surrey. Era imposible enterarse de algo así con serenidad, cuando ese asunto te involucraba tanto como a John—. Ven, ven, siéntate. ¿Quieres té o café? Tienes que haber salido de Londres antes del amanecer. Sin duda debes estar agotado.

John le miró con ojeras.

—Prométeme que no hiciste ninguna estupidez por mí. Prométemelo.

Knightley no se puso a la defensiva. Había *cometido* una estupidez por él, una de la que estaba avergonzado, pero no quería hablar de ello con su hermano, al menos no ahora que John parecía tan preocupado.

—Te lo prometo. Ahora, ven. Come. Descansa.

Aunque Juliet hubiese dormido menos que otros días, sentía que tenía más energía esa mañana que cualquiera de las otras desde que llegó a Donwell. Bajó las escaleras para desayunar animada, justo a tiempo para ver cómo Frank Churchill le dejaba su sombrero al mayordomo.

—¡Señor Churchill! —Juliet sonrió—. Qué agradable volverle a ver, incluso bajo unas circunstancias tan tristes.

—Señorita Tilney. Hoy las circunstancias son más alegres que nunca. —La sonrisa de Frank flaqueó por un momento—. Por supuesto he de seguir investigando, pero he venido simplemente para formalizar la invitación que les extendió ayer mi hija. Un baile, en mi casa, el viernes por la noche. El señor Knightley ha de comunicarme si, como espero, todos acudirán. —Alzó la mano, mostrándole un sobre que contenía la invitación.

—Yo también lo espero —dijo Juliet. Había estado pensando en el baile con más y más interés, hasta que se le había ocurrido un plan.

Estaba impaciente de contarle a Jonathan Darcy lo que había planeado.

El señor Churchill malinterpretó su entusiasmo.

—¡Por supuesto que sí! Nunca he conocido a una joven de diecisiete años que no desease acudir a un baile. ¡Bueno, le prometo buena música y una noche tan larga que sus zapatillas estarán destrozadas cuando termine!

—Eso suena muy divertido. —No hacía falta mucho para divertirse más de lo que habían podido en Donwell Abbey los últimos días, así que Juliet pensó que la emoción estaba justificada—. ¿La señorita Churchill se encargará de los preparativos?

—Ayudará, aunque se me dan bastante bien esas cosas, más que a cualquier otro hombre creo. —Su sonrisa era alegre—. Pregúntele a la señora Churchill cuando tenga oportunidad y le contará lo bien que se me da organizar bailes.

Juliet había medio esperado que pudiese pedir ayudar a Grace Churchill. No es que quisiese pasar demasiado tiempo fuera de Donwell Abbey y, por lo tanto, lejos de su investigación, pero tras tantos días rodeada de lo macabro, quería una distracción más amena y una compañía menos distraída. Pero si el señor Churchill era uno de esos pocos caballeros a los que les interesaban los detalles de las fiestas, no había nada que ella pudiese hacer—. ¿Se quedará a desayunar, señor? No es como si yo pudiese invitarle, pero sé que los Knightley se alegrarán de verle.

—Quizás no esta mañana —dijo el señor Churchill con aire pensativo, antes de continuar en voz más baja—. El mayordomo me ha dicho que el señor John Knightley ha venido de visita. ¿Es cierto?

—Lo desconozco, señor. —Juliet echó un vistazo hacia el estudio del señor Knightley. Recordaba que John Knightley era el hermano que se había involucrado primero, y de forma más desastrosa, con el señor Wickham.

—Seguro que sí. El mayordomo no suele cometer tal error. —El señor Churchill parecía estar hablando más consigo mismo que con ella—. No le habrían invitado. Menudo momento para hacer una visita, dadas las circunstancias. Menudo momento.

Juliet sabía tan bien como el señor Churchill que esta no era una

visita rutinaria. ¿John Knightley dudaba de si su hermano había hecho algo drástico para protegerle?

¿Había venido a interrogar a su hermano mayor, o incluso, a agradecérselo?

Elizabeth se despertó de mal humor. Le dolía la cabeza como se merecía, y Darcy se había vestido y marchado mientras ella dormía. Podía verle caminando por el césped, al menos cuando podía soportar mirar directamente a la luz del sol.

Recobró parte de su buen humor cuando recibió una carta que le entregó un criado. Aunque Elizabeth había escrito a tres de sus hermanas tras la muerte de Wickham, siempre había esperado que la primera en responder fuese su hermana Mary.

Cuando eran jóvenes, una carta de Mary la habría irritado o alegrado a partes iguales. Mary había sido tan pedante como erudita. Su interés por la teología, la música y la historia había sido empañado por su deseo de exhibir sus logros, a los que no prestaba tanta atención. Ese hábito había hecho que su familia y que la gente de Meryton pensasen que era rara. Desdeñando bailes y picnics había conocido a pocos de los jóvenes elegibles y, por lo tanto, tampoco había dejado prendado a ninguno. Cuando se acercaba el día en el que Mary cumpliría los veinticinco, la señora Bennet ya había perdido todas las esperanzas de casarla con alguien adecuado y le había rogado al señor Phillips que buscase entre sus empleados a alguno que pudiese valer.

Ese verano, sin embargo, Mary se había ido con sus tíos de viaje por la costa de Kent. Un domingo habían acudido a una iglesia en la que el largo y sublime sermón lo dio un tal señor Wheelwright, para desgracia del resto, pero para interés de Mary. Al terminar ella le había pedido que le hablase más de sus observaciones y a él le había encantado encontrar a una joven con una mente tan madura.

El señor Wheelwright tenía quince años más que Mary, una razonable fortuna, era viudo desde hacía tres años y no tenía hijos. Nunca había pensado en volver a casarse, hasta que el destino le había

dado a una joven con un carácter que él consideraba de lo más admirable. Le gustaban pocas cosas más allá de los libros y los argumentos filosóficos, lo que a Mary le parecía perfecto. Se casaron cinco meses después de conocerse y habían tenido ni más ni menos que seis hijos que demostraban su armonía como pareja.

Pero la situación de Mary mejoró en más aspectos que en lo matrimonial. Aunque el señor Wheelwright podía ser pedante y hosco, amaba de verdad a su esposa. Elizabeth no se había percatado de hasta qué punto las burlas familiares molestaban a Mary hasta que vio lo feliz que era su hermana en un hogar donde sus esfuerzos intelectuales se alababan en vez de censurarse. Además, el señor Wheelwright tenía una mente y una educación superiores. Su biblioteca hubiera sido la envidia de cualquier casa de lectores en toda Inglaterra, excepto la propia Pemberley. Con tantas oportunidades para aprender, y un marido que le proporcionaba conversación con fundamento, los conocimientos de Mary habían aumentado. Ya daba menos sermones, y cuando los daba, merecía más la pena escucharlos.

Nada de eso le había importado demasiado a la señora Bennet al principio. Simplemente estaba aliviada de por fin haber casado a su última hija, especialmente con su prolongada creencia de que ningún hombre en la faz de la tierra querría casarse con Mary. Pero con el tiempo ese yerno se convirtió en su favorito cuando le nombraron decano de Tunbridge Wells. Eso era algo de lo que alardear de por sí, ¡pero para la señora Bennet lo mejor era que el marido de Mary estuviese por encima del señor Collins! Con ello, era todo un éxito.

Elizabeth abrió la carta de su hermana y la leyó:

Querida Lizzie:
Una noticia tan impactante como la que nos has dado suscita muchas emociones, pero a la vez encierra muchas otras. No podemos lamentar de verdad la muerte de un hombre tan inmoral como el señor Wickham, independientemente de su conexión con nuestra familia, pero tampoco podemos evitar sentirnos asqueados por un acto criminal así. Sin duda, tu marido y tu hijo seguirán muy afectados, y el señor Wheelwright y yo nos solidarizamos con vosotros en una época tan difícil. Rezaremos cada noche para que

resuelvan el asunto a la mayor brevedad para que podáis marcharos de Donwell Abbey y regresar a casa. Cuanto antes regreséis, menos tiempo habrá para que las habladurías se extiendan por Derbyshire.

Elizabeth no había pensado en que los cotilleos podrían tergiversar la historia fuera de los confines de Highbury. Gimiendo se masajeó la frente y siguió leyendo.

Tu carta sugiere que Jonathan se las está apañando bien, a pesar de la difícil situación y su peculiar carácter. Lo que más me sorprende es que casi no mencionas al señor Darcy, incluso con su conexión vital con el señor Wickham, lo que sugiere que esto debe preocuparle de sobremanera. Debes perdonarme que hable del tema, Elizabeth, pero me he dado cuenta de que no me has hablado demasiado de tu marido en estos últimos ocho meses. Si no hablas de él, es probable que tampoco hables mucho con él.

No me meteré más en el tema, pero como esposa de un párroco, te recuerdo que es el deber de una esposa aferrarse a su esposo, y este deber no es solo para las recién casadas, sino uno que debemos mantener todo nuestro matrimonio. Pero más importante, como hermana, te pido que te abras y te sinceres a tu marido en vez de hacer como nuestros padres.

Para ser una buena esposa tenemos que desaprender todos los malos hábitos. No renuncies a tus mejores hábitos ahora, en este momento de angustia, cuando más te ayudarán.

Después de eso Mary le hablaba al detalle de las preocupaciones de su propio hogar. Con seis hijos, sus problemas ocupaban casi una página entera. Elizabeth lo leyó todo, pero fue el consejo que Mary le había dado sobre Darcy en lo único en lo que podía pensar.

¡Cuánto se habría alegrado Mary al saber que por fin habían tomado en serio uno de sus sermones!

—Dos casas y ningún dormitorio —dijo Emma, preocupada por John—. No me puedo creer que no podamos ofrecerte ni una cama. Tan solo las habitaciones del servicio, y esa no es una bienvenida a casa adecuada para ti.

—No pasa nada —dijo John. Su vitalidad habitual estaba ausente. Estaba sentado en el estudio de Knightley, con la cabeza pesada sobre los hombros—. Puedo volver a Londres esta noche.

—Eso ni de broma. —Emma estaba indignada—. No voy a escuchar ni una palabra de ese tema. Quizás la posada…

—Mejor cabalgar que esa posada —dijo John con más sentimiento del necesario. El establecimiento no era realmente conocido por su buena comida y su limpieza.

—Entonces quédate —suplicó—. Por favor. Aunque sea en los dormitorios del servicio, al menos estarás seco y a salvo.

La tímida sonrisa de John desapareció casi tan rápido como había surgido.

—Ahora agradecemos lo que antes dábamos por sentado. Pero ese no es motivo para estar menos agradecido. Me quedaré, Emma, no demasiado, pero al menos por esta noche.

Ella suspiró aliviada. Al menos había conseguido eso.

Knightley regresó al estudio, Emma no se volvió a mirarle. La mirada de John pasó de uno a otro, pero no dijo nada.

—Bueno, John —dijo Knightley—, ¿ya estás tranquilo? ¿Ahora que ves que ni Emma ni yo hemos perdido por completo la cabeza?

John negó lentamente. A Emma le pareció tan cansado como un granjero al final de la época de cosecha.

—Me quedaré tranquilo cuando Frank Churchill encuentre al vagabundo responsable de esta maldad y vuestras reputaciones estén a salvo.

No ha sido un vagabundo, quería decir Emma, pero se contuvo. No animaría a John al hacerle saber que se encontraba en la misma casa que un asesino. Su marido tampoco lo mencionó.

Al menos no ha perdido por completo el buen juicio, pensó Emma. *Tan solo ha puesto en peligro nuestra casa por una locura.* Eso no le consolaba.

—Todo esto es mi culpa —dijo John—. Mi estúpido orgullo se sobrepuso a los principios que nos enseñó nuestro padre. Mi profesión y mi parte de la herencia de nuestra madre debería haber bastado para abastecer a nuestra familia durante toda su vida. En cambio, estaba ansioso por conseguir mi propia fortuna. Prosperar más allá de lo que se me había otorgado por nacimiento. Perdóname, George, pero incluso quería ser ese raro hermano pequeño que es más rico que el mayor.

Emma miró a Knightley entonces y vio su sonrisa más amable.

—No es extraño que un hijo menor *quiera* ser más rico que el mayor. Creo que es algo universal.

—Pero yo lo intenté. ¡Y confiar en un hombre como Wickham! Si mis principios por sí solos no eran suficiente para disuadirme, mi profesión debería haber bastado. Si hubiese tenido la mitad de cuidado del que recomiendo tener a mis clientes, no habría caído en una trampa así. —La voz de John temblaba mientras se enfrentaba a su hermano—. Lo peor es que te pidiese firmar ese aval.

Fue como si un nudo firme que hubiese estado atado en el corazón de Emma durante días se soltase de golpe. Claro que Knightley no había firmado voluntariamente un aval así; lo había hecho porque John se lo había pedido. John había pedido tan poco, era demasiado orgulloso, demasiado cabezota, que Knightley no habría tenido la fuerza para negarle nada. Imaginaba qué pasaría si esa petición se la hubiese hecho Isabella a ella, y supo al momento que también habría accedido.

No era que Emma hubiese supuesto que eso fuese cierto. Pero lo sentía. Ahora, al ver a John tan a la deriva y desamparado, entendía el

dolor que Knightley había sentido por su hermano. Un dolor que podía llevar a una persona a hacer algo peor que firmar un aval.

Por supuesto, Knightley se lo debería haber contado… pero Emma se dio cuenta de que si lo hubiese hecho ella le hubiese pedido que actuase precisamente como lo había hecho.

John negó con la cabeza, apenado.

—En ese momento pensaba que era un problema temporal, que pronto podría disponer de los fondos…

—No —dijo Knightley—. No fuiste más tonto al pedírmelo que lo que lo fui yo al acceder. Lo que demuestra que los dos somos unos zoquetes, tal y como Nanny siempre decía. Qué satisfecha se sentiría si pudiese vernos ahora.

John tenía que reírse de eso, y Emma sintió cómo empezaba a relajarse. Su marido puede que fuese arrogante a veces, quizá tuviese que consultarla más y respetar más sus opiniones, pero eso no cambiaba que tuviese buen corazón. Ella tenía que recordar sus mejores cualidades, incluso cuando se enfrentaban a lo peor.

Emma tomó la mano de Knightley. Él siguió centrado en John, pero la apretó levemente, gesto suficiente para decirle que la brecha que les dividía estaba… no completamente cerrada, pero cerrándose.

Durante el té Anne Wentworth escuchó con todo el interés que pudo mientras el grupo discutía si aceptar o no la invitación del señor Churchill al baile. A Anne le había parecido que ya habían dado por hecho que irían, pero parecía que no era así.

—No deberíamos —insistió el coronel Brandon. Su mujer le observaba desde el otro lado de la mesa casi con recelo—. Ya hemos visto que la gente del pueblo duda de nosotros. No podemos esperar una reacción diferente en el baile.

—Quizás sea peor —añadió Elizabeth Darcy mientras se servía otro panecillo—. Si no aprueban que demos un paseo, ¿cómo reaccionarán cuando nos pongamos nuestras mejores galas y bailemos la alemanda?

Anne vio una chispa de decepción en el rostro de Juliet Tilney, y su corazón se compadeció de la joven. Tener diecisiete años

significaba querer ponerse vestidos bonitos y bailar toda la noche. La señorita Tilney debía haber venido a esta fiesta esperando conocer a gente de su edad, especialmente a jóvenes caballeros elegibles. En cambio, se había visto envuelta en una maraña de problemas que no tenían nada que ver con ella, y no con las condiciones ideales para que Jonathan Darcy pensase siquiera en cortejarla.

—Es ridículo —dijo John Knightley—. Este baile, o cualquier otro. ¿Por qué no se quedan todos aquí que están cómodos en vez de salir ahí fuera, a nuestra sociedad?

—Todos lo hemos aceptado —señaló Emma Knightley. Estaba sentada junto a su cuñado—. Sería grosero rechazar la invitación sin un buen motivo.

—Si el asesinato no es un buen motivo entonces no sé qué podría serlo —dijo Frederick Wentworth. Anne se giró hacia su marido, que no la miraba. Se dio cuenta de que el señor Darcy se encogía ante sus palabras.

Jonathan Darcy intervino entonces.

—El señor Churchill no cree que sea un buen motivo. Si pensaba que el asesinato era excusa suficiente no nos habría invitado.

—El señor Churchill puede juzgar los hechos cuando se trata de la muerte del señor Wickham —dijo Edmund Bertram incluso más remilgadamente que de costumbre—. Sin embargo, eso no le permite juzgar qué comportamiento es adecuado en este tipo de circunstancias.

Anne normalmente dejaba que el resto dijese lo que pensaba antes de hablar. Parecía que había llegado su momento.

—Yo creo que deberíamos ir. De hecho, debemos ir.

Todos se volvieron a mirarla. Cuando alguien no hablaba demasiado, normalmente se le solía escuchar con más atención. Anne lo había descubierto hacía tiempo y se había preguntado si tan poca gente lo sabía.

—Si vamos —continuó—, sí, probablemente nos eviten. Sin embargo, si no vamos, daremos peor imagen ante todo Highbury. En primer lugar, seríamos imprudentes. En segundo, parecerá que tenemos algo que ocultar.

Uno de ellos sí que tenía algo que ocultar, por supuesto. Pero

ninguno podía permitirse parecer que lo tenía.

Los demás asimilaron sus palabras, sabiendo que tenía razón. Fue Knightley el primero en hablar.

—Entonces está decidido. Iremos al baile de los Churchill.

Después del té, Juliet Tilney y Jonathan Darcy se las apañaron para recorrer el pasillo juntos sin que nadie caminase especialmente cerca.

—Estoy tan aliviada por lo del baile —susurró la señorita Tilney.

—Yo también —dijo Jonathan—. Tenemos suerte de que al señor Churchill no le preocupe demasiado el decoro. —Las palabras de Anne Wentworth eran sabias, lo que, y Jonathan estaba seguro de ello, era el único motivo por el que sus padres habían estado de acuerdo.

La señorita Tilney le dedicó una mirada de complicidad.

—¿No ve la oportunidad que tenemos ante nosotros?

—¿Qué quiere decir?

—Sus preocupaciones sobre… sobre el misterioso conde de los papeles de Wickham. —Bajó la voz una octava más—. El señor Knightley dijo que había buscado el nombre del conde en cuestión en el *Debrett's* de Frank Churchill. Después mencionó que había dejado una carta en ese mismo libro como marcapáginas. Lo que significa que si podemos escabullirnos del salón de baile hasta la biblioteca…

—Entonces podemos tomar el *Debrett's*, abrirlo por el marcador y descubrir el nombre del conde. —Jonathan asintió—. Sí, por supuesto.

De hecho, era una oportunidad idónea para investigar. Pero Jonathan no podía alegrarse del todo. Había pensado que cualquier alivio para sus dudas sobre la inocencia de su padre le alegraría, pero ahora tenía que enfrentarse a los peligros de saber la verdad. Si el *Debrett's* se abría por la página sobre Harold Bellamy, conde de Dorchester, entonces…

No demuestra nada, se dijo, *pero tenemos que saberlo*. Su padre siempre le había enseñado a hacer lo que consideraba correcto; Jonathan no podía traicionar los principios de su padre, incluso si este los había olvidado en un momento de locura.

Su inquietud debía ser evidente, porque la señorita Tilney siguió

hablando, ahora en un tono poco más alto que un susurro.

—Es mejor que lo sepamos, de un modo u otro.

—No importa si es lo mejor o no. Es lo que exige la justicia. —Jonathan se preguntaba si sonaba más seguro de lo que se sentía.

Probablemente no, pero Juliet Tilney le tomó la palabra. Siguió hablando igual de bajo, pero más normal.

—Además, el señor Churchill puede tener otros motivos para su hospitalidad. Puede que decida quién de nosotros es el responsable de la muerte de Wickham. Sus interrogatorios no le han podido dar la respuesta. ¿Qué mejor elección para estudiarnos que en un baile? Puede observar nuestras acciones e interacciones. ¿Quiénes se comportarán con normalidad? ¿Quiénes no? Es una oportunidad increíble para descubrir algo más.

Jonathan lo consideró.

—Nunca habría creído que el señor Churchill pudiese ser tan… agudo como para tramar un plan tan inteligente.

—Puede que no lo sea. —La duda en su voz no duró demasiado—. Pero incluso si nos ha invitado simplemente para divertirnos, pronto se dará cuenta de que en el baile podrá ver y descubrir cosas sobre nosotros que no había visto antes.

Dicho esto la señora Brandon se acercó a Juliet para hablar de temas de mujeres que Jonathan no podía intentar adivinar. Lamentó que se alejasen, porque la teoría de Juliet era fascinante, digna de seguir hablando de ella.

Y él no había tenido oportunidad de pedirle sus dos primeros bailes.

Capítulo diecinueve

No hay plan tan agradable, ni expectativa tan apreciada que nadie pueda encontrar nada en su contra.

Eso fue lo que sucedió con Juliet y el baile de los Churchill. Su primer brote de entusiasmo se había debido a la posibilidad que le ofrecía el evento para poder investigar, pero se había despertado a la mañana siguiente emocionada por razones completamente distintas, que tenían algo más que ver con la expectativa tradicional ante un evento así: la oportunidad de hacerse un buen peinado; ponerse su vestido más bonito, uno azul claro rebordeado con un trenzado que hacía que sus ojos avellana pareciesen ser casi dos esmeraldas, al menos, en su opinión. Y, por supuesto, también estaba la perspectiva de poder bailar en sí. Juliet era una joven activa y sana, habituada a montar a caballo y pasear, e incluso practicaba tiro con arco de vez en cuando. El estar confinada en Donwell Abbey había empezado a agotarla. Le vendría bien moverse de nuevo.

Creía que el resto del grupo compartía su entusiasmo. Nadie podía esperar que aquellos que tenían cuarenta y tres años estuviesen tan emocionados por un baile como lo estarían en su juventud, pero en el desayuno Juliet había podido percibir un cambio en los ánimos. Anne Wentworth sonreía más abiertamente y conversaba más mientras tomaba su café, mientras que Knightley se afanaba en describir a las distintas personas de Highbury que podrían conocer. Elizabeth Darcy le preguntó a su marido si bailaría con todas las damas que lo necesitasen, incluso aquellas que otros caballeros habían rechazado. Juliet pensó que era extraño preguntar algo así, pero debía de tener un significado interno para ellos, porque el señor Darcy sonrió más

ampliamente de lo que le había visto hacer nunca.

—¿Supongo que a usted le gusta tanto bailar como a mí, señora Brandon? —se aventuró Juliet mientras tomaba bocados de su bizcocho.

Marianne tardó un momento en darse cuenta de que la hablaban a ella.

—Oh. Sí, claro. Hay pocos pasatiempos tan divertidos. Todos bailando en armonía.

Eso era cierto. Cuando no había suficientes hombres, las mujeres a veces bailaban juntas. En ocasiones más informales, puede que no hubiese más de nueve o diez bailarines varones, o que tuviesen más de sesenta años. La elección de pareja era de gran importancia para los jóvenes en edad casadera, pero los más pequeños, o aquellos que ya estaban casados, podían bailar con prácticamente cualquiera. En una misma noche, Juliet había visto a su padre bailar con una niña de once años ansiosa por practicar y con una mujer de setenta años de la parroquia particularmente ágil, con aparente satisfacción para todos los invitados. Algo de lo que le habló a Marianne.

—Sí, así es como se ha de comportar un caballero —murmuró Marianne. Sus ojos parecieron escanear la sala buscando al coronel Brandon, sin éxito; no había bajado aún a desayunar—. Hacer que todos se sientan bienvenidos, compartir la alegría de una ocasión así con todo el mundo… eso son buenos modales. Ojalá más hombres siguiesen el ejemplo de su padre.

Knightley, que estaba sentado cerca de ellas, se volvió hacia ambas para compartir lo que opinaba al respecto. Esa vuelta le permitió echar un vistazo por la ventana, algo que oscureció su semblante.

—Me temo que vamos a tener que escuchar más opiniones sobre «dar ejemplo».

—¿Por qué? —preguntó Juliet volviéndose hacia la ventana. Vio un carruaje, aunque no uno a la moda, acercándose. No era uno que hubiesen visto antes—. ¿Quién viene?

—Nuestro vicario, el señor Elton —suspiró Knightley con pesadez —. Y parece que viene con su mujer.

Muchos años antes, el señor Elton había esperado casarse con Emma, en ese entonces, la señorita Woodhouse. Emma no había compartido sus perspectivas de futuro y le había rechazado. El comportamiento de ella, aunque indiscreto e inocente, había alimentado sus esperanzas. Esto era irrelevante para el señor Elton, que no era un caballero que afrontase la decepción con filosofía, en cambio, se había marchado de Highbury indignado en cuanto había podido, había conocido a una joven con una dote considerable en Bath y rápidamente había vuelto a casa con la nueva señora Augusta Elton, algo que, para él, era un éxito.

La señora Elton había llegado a Highbury con los mismos ánimos con que los misioneros se marchan a las Indias: con la firme creencia de que los incultos le agradecerían su conocimiento y comprensión superiores. Pero al igual que los misioneros, no preveía que la gente de la villa pudiese tener sus propios pensamientos y opiniones. Se había vestido a la moda de la ciudad, había instruido a todo el mundo en los modales de las grandes ciudades y había intentado reajustar la vida social de la comunidad para ser ella el centro de atención. Como todas las nuevas recién casadas gozó de ciertas cortesías y había sacado el máximo partido a ese privilegio durante una temporada.

Después Jane Fairfax y Emma Woodhouse se habían casado bastante seguidas y disfrutaron de sus temporadas como recién casadas. A la señora Elton no le gustaban tanto los bailes de la comunidad cuando no podía ser ella quien abriese el baile. Las nuevas señora Churchill y señora Knightley estaban a la cabeza de la sociedad de Highbury, considerando el rango y la riqueza de sus maridos, y la dote considerable de Emma, esto no debería haberle sorprendido tanto a la señora Elton, pero ella había pensado que la amistad de su marido con el señor Knightley haría que fuese la tercera en el triunvirato. En cambio, pronto se dio cuenta de que su posición en la alta sociedad de Highbury era más bien marginal.

En su lugar, la señora Augusta Elton era solo la mujer del vicario. Incluso con su dote, el señor Elton y ella no se podían permitir vivir entre tanta riqueza como los Churchill o los Knightley; sus vestidos terminaron pasando de moda más rápido de lo que se podía permitir comprar unos nuevos. Ninguna nueva sociedad o salón la querían

entre sus miembros, y los que ella fundó desaparecieron más rápido que su interés. Incluso aunque quisiesen que los acompañara, la esposa del vicario tenía deberes que le robaban casi todo su tiempo libre. Se esperaba que la señora Elton visitase a los pobres frecuentemente e hiciese tartas y gelatinas, y tejiese ropa para ellos.

Y así lo hizo, pero con poco sentimiento cristiano. Ella prefería expresar su piedad con su rechazo antes que con caridad. Nunca estaba más feliz que cuando encontraba algo nuevo que condenar, sobre todo cuando ese algo podía estar relacionado de algún modo con Emma Knightley. La noticia del asesinato en Donwell Abbey la había hecho más feliz de lo que había sido en muchos años.

—¡Mi querida señora Knightley! —exclamó la señora Elton mientras ella y su marido se internaban en la casa, con los brazos cruzados ante su pecho—. Qué terrible debe haber sido para usted. Hemos venido a expresar nuestro pésame por su dolor. Confío en que entienda por qué no pudimos venir antes, por supuesto un vicario y su esposa no pueden ser nunca demasiado cuidadosos con su reputación y han de mantener una distancia discreta ante acontecimientos como… ¡Oh, pobrecillos! La aplaudo por llevar al grupo a Highbury. *La mayoría* de las mujeres no habrían sido capaces de mantener la cabeza erguida ante la vergüenza. Pero usted nunca ha dejado que la vergüenza la detenga.

Emma nunca había perdido las riendas con Augusta Elton, sabiendo que esa era la única forma en la que admitiría la derrota. Tuvo que reunir la poca educación que le quedaba antes de responderla.

—Qué bien que se hayan pasado a visitarnos.

—También les quería preguntar si acudirán a misa esta semana —añadió el señor Elton. El siguiente domingo era el primer día que podrían haber ido. Salvo que hubiese vuelto a hacer un tiempo desastroso, así habría sido… o eso hubiera dicho Emma antes de que el señor Elton siguiese hablando—. Sería más… discreto, quizá, si no acudiesen.

—¿Nos prohíbe la entrada a la iglesia? —Emma le miró fijamente. Estaba acostumbrada a los desdenes de Elton, pero esto era completamente distinto.

—Oh no, no, por supuesto que no. Pero estoy seguro de que, como mujer noble que es, hará lo que requiera la buena educación. —Elton parecía satisfecho con su discurso. Sin embargo, sus palabras llamaron la atención de Edmund Bertram, quien se acercó a ellos. Emma les presentó rápidamente, para poder abandonar la conversación. Tan solo quería escapar, pero tenía una mejor solución a mano.

El término *vicario* había llamado la atención de Edmund. Al principio pensaba que alguien estaba refiriéndose a él, pero cuando salió a investigar se encontró con la señora Knightley hablando con quienes parecían ser el vicario local y su esposa. Y no podía pasar por alto aquello que había escuchado.

—Señor Elton —dijo Edmund—. He oído hablar mucho de usted. Yo tengo una parroquia en Northamptonshire.

Habiendo insistido tantos años en el respeto que se le debía prestar a un vicario, los Elton no podían menospreciar a otro igual, así que la señora Elton esbozó lo que ella consideraba que era su sonrisa más encantadora.

—Señor Bertram. Qué alegría tener a otro hombre del clero presente. Quizá pueda ofrecerles un sermón privado a aquellos en Donwell Abbey. Sería mucho más apropiado, ¿no cree?

—No, no lo creo —respondió Edmund—. La iglesia no debería cerrar sus puertas a aquellos que estén pasando por un momento de dolor. Es entonces cuando se necesita más el consuelo y la sabiduría de nuestro Señor.

El señor Elton no era un hombre particularmente piadoso. Había elegido la iglesia menos por vocación que por ser un tercer hijo y no estar interesado en el ejército. En vez de escribir sus propios sermones, leía los de los libros que le habían vendido otros vicarios que querían dedicar su tiempo a otros menesteres. Sin embargo, no había aprendido nada de aquellos libros en todos esos años.

—Uno de los suyos puede ser culpable de un crimen atroz. Es esa persona la que tiene las puertas de la iglesia cerradas. El resto debe abstenerse de acudir con el fin de proteger al grupo, que no debería ser visto en compañía de un criminal así. Tal y como está escrito en la primera epístola a los Corintios, no debemos asociarnos con aquellos

que hayan cometido actos pecaminosos, incluso aunque se hagan llamar cristianos. No podemos comer con ellos, mucho menos ofrecerles refugio.

—Y, aun así, en el capítulo seis, Lucas nos dice: «No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados».

La señora Elton le miró boquiabierta. No parecía habérsele ocurrido que puede que no todas las Escrituras estuviesen de acuerdo en todo. Elton tardó un momento en responder.

—Pero el capítulo cinco de Efesios está claro: «Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas». Admitir a un asesino entre nosotros, sin duda, es comulgar en ello.

—No estoy de acuerdo —dijo Edmund con calma—. Citaría en cambio el capítulo cinco de Santiago: «el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará un alma de la muerte». Todos somos pecadores, eso seguro, por eso los Romanos, en el capítulo tres, nos recuerdan: «pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Por supuesto también está el capítulo uno de la primera epístola de Juan que dice: «si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Pero le estoy dando un sermón, lo que es presuntuoso de mi parte.

El señor Elton se quedó sin palabras. Afortunadamente para su orgullo, su esposa no podía soportar mucho tiempo el silencio.

—Ciertamente —dijo. La señora Elton comprendió que Edmund había cedido y que, por lo tanto, su marido había ganado—. Bueno. Esperamos volver a verla cuando este terrible asunto haya acabado, señora Knightley, y hayan identificado a su invitado errante.

(Creía que era señal de buen comportamiento cristiano asumir que los Knightley eran inocentes).

—Ven, querido. Nos esperan otros feligreses más necesitados.

—Les acompaño a la salida, querida Emma. —John Knightley salió del estudio de su hermano. Aunque el hombre seguía pálido y demacrado, parecía más entero de lo que había estado cuando llegó. Edmund deseaba poder tener tal complicidad con su hermano, que unos días en su compañía pudiesen ser tan reparadores—. Vuelvo a Londres pronto, así que esta es mi única oportunidad para hablar con

los Elton. —Algo en su semblante sugería que esta oportunidad no era una que aprovechase de buen grado.

La señora Elton, ajena a tales matices, habló.

—¡Qué alegría verle! Debe contarnos qué tal le va a su familia en Londres. —Edmund, que conocía las señales de una cotilla, consiguió que no se notasen sus muecas.

En cuanto el mayordomo hubo cerrado la puerta tras los Elton y John Knightley, Emma miró a Edmund Bertram con gratitud.

—Estuvo muy bien al hablar así. Sin duda los Elton se habrían extendido mucho más en sus lecciones si no se hubiesen topado con una resistencia bien fundamentada.

Sin embargo, Edmund solo se pudo obligar a responder con un asentimiento. Estaba muy distraído. Ya que había pronunciado la Palabra de Dios, pero también la había escuchado con el corazón abierto, mucho más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Aunque esperaba no ser como Elton, se preguntaba si había empezado a recorrer ese camino.

Todo lo que le habían enseñado le decía que debía condenar a William Price, y a Fanny por apoyarle. Pero ¿qué ocurría cuando esas enseñanzas no reflejaban del todo la Palabra de Dios?

Esa tarde solo bajó un grupo pequeño a Highbury. Knightley tenía que hablar de negocios con un comerciante local y le preguntó al resto si querían cabalgar hasta allí con él. El capitán Wentworth accedió de inmediato.

—Sí, los hombres de la marina cabalgamos cuando nos llaman.

Y Jonathan había accedido poco después.

Encontrar la carta de Fanny Bertram había sido algo bastante curioso, pero su timidez hacía que fuese complicado estudiar su comportamiento. La señorita Tilney esperaba poder hablar con ella, de mujer a mujer; Jonathan no tenía ninguna posibilidad. Por lo tanto dirigió su atención hacia otro de sus principales sospechosos. El temperamento de Wentworth y sus motivos hacían que siguiese en su punto de mira. (Jonathan esperaba que el hombre fuese culpable, ya

que eso supondría que Padre era inocente. No era todo lo objetivo que debía ser un detective). Una visita a la villa parecía la oportunidad ideal para observarlo.

Además, también podría cabalgar con Ébano.

El día era demasiado caluroso. Como si el sol intentase compensar su ausencia la semana anterior, dominando un cielo completamente despejado y bañando la campiña de Surrey con su luz y calor. En días así Jonathan se preguntaba si era necesario llevar puestos siempre abrigos, corbatas y sombreros. ¿No valdría con llevar una simple camisa de lino y unos pantalones anchos? Al parecer no, aunque ni sus padres ni nadie le había dado una buena justificación.

Antes de llegar a Highbury, Wentworth proclamó:

—Estoy sediento. Tomemos una cerveza.

Jonathan habría preferido una copa de vino bien fría, pero cualquier bebida fría le valdría. Sin embargo, antes de que pudiese acceder, Frank Churchill, cabalgando a medio camino de la plaza principal, les avistó y saludó con un gesto de la mano, volviendo su montura hacia ellos.

—Bueno, bueno, ¿qué tal están esta mañana? —La sonrisa del señor Churchill se mantuvo firme.

—Lo suficientemente bien como para confirmar que asistiremos al baile —dijo el señor Knightley—. Es muy amable por su parte darnos la bienvenida. Emma me ha dicho que el señor Elton ha dejado claro que no todos en Highbury piensan lo mismo.

Eso no amedrentó al señor Churchill.

—Espere a que tengan que decidir entre los aforismos polvorientos de Elton y la oportunidad de asistir a una fiesta, y verá cuál gana. Créame, la villa se pondrá de acuerdo muy pronto.

Jonathan había pensado que la Palabra de Dios era lo más importante, así que le sorprendió ver que tanto Knightley como Wentworth se reían con complicidad.

—Habría ido hoy a Donwell Abbey si no nos hubiésemos encontrado —continuó el señor Churchill—. Los alguaciles y yo estamos de acuerdo en que tenemos que registrar la casa. Es una gran intrusión, lo sé, pero creo que entenderá por qué es necesario.

—Por supuesto —dijo Knightley—. ¿Cuándo vendrán?

—Empezaremos mañana por la mañana si no hay ningún problema.

Knightley simplemente asintió.

Deberían haber registrado la casa justo después de la muerte del señor Wickham, pensó Jonathan. Había pasado demasiado tiempo desde entonces, tiempo suficiente para que alguien enterrase un pañuelo ensangrentado, o quemase una de las cartas de Fanny Bertram en la chimenea de sus padres.

Pero era completamente posible que pudiesen descubrir algo más, y pronto saldría a la luz…

Frederick Wentworth sentía la mirada de Frank Churchill sobre él más que el calor del sol sobre su cabeza. Knightley y el hijo de Darcy bien podrían no haber estado presentes. Su conversación sobre registrar la casa… parecía un simple pretexto. La atención de Churchill estaba centrada en Wentworth por completo, lo notase el resto o no.

No era un hombre al que se le diese bien disimular. Sácalo fuera y listo, se dijo Wentworth.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Churchill?

—De hecho, puede. Ayer hablé con Sanders, el aprendiz del carnicero. Tomó la misma diligencia que usted desde Londres, hace un par de semanas. Cuando estaba subiendo escuchó una discusión entre el señor Wickham y usted, ¿que estaba allí para despedirle?

Hacía dos semanas los mayores problemas de Wentworth habían sido perder el dinero con el que tan solo podía haber soñado hasta entonces y una escalera derrumbada en su casa de alquiler. En ese momento parecía que todo a su alrededor se estaba derrumbando. ¿Qué daría ahora por tener tan solo esos problemas?

—Teníamos muchas discusiones por nuestras posturas con respecto a cómo gestionaba mi inversión. No debería sorprenderme que alguien escuchase una de ellas.

El señor Churchill asintió.

—Sanders dijo que usted retó a un duelo al señor Wickham a las afueras de Londres. Que allí no le protegerían sus…, y creo que eran

sus palabras exactas, «sucios esbirros». Que fue usted quien más o menos le incitó a venir. Cuando el conductor del carruaje intentó poner fin a la pelea, usted le gritó con vehemencia. Su ira no le permitía actuar de otro modo. ¿Es correcto lo que me contaron?

Wentworth tenía ganas de ir a la carnicería y decirle al chico Sanders que se mordiese la lengua y se metiese en sus asuntos. Pero no era culpa del muchacho, sino suya, tanto por lo que había dicho como por lo que había hecho.

—Lo es —dijo Wentworth—. No lo niego. No tengo intención de negar nada.

—Aprecio su franqueza —respondió el señor Churchill y, por primera vez, su sonrisa había desaparecido.

Jonathan Darcy miraba a Wentworth fijamente, pero ¿qué sentido tenía reprenderle? Frank Churchill tenía buenos motivos para que Wentworth fuese su principal sospechoso, y por motivos que este no podía negar.

Todas las miras estaban puestas ahora sobre él, y no estaba listo para apartar la mirada.

Capítulo veinte

La muerte era la mayor de las preocupaciones del ser humano. Un baile, en cambio, no. Por lo tanto, sería sensato pensar que un baile apenas conseguiría distraer a aquellos en Donwell Abbey, ya que el asesinato sin resolver del señor Wickham les pesaba sobre los hombros. Pero nada con relación a un baile es sensato.

Ninguno se comportaba con frivolidad, ni siquiera la joven Juliet Tilney, aunque pensase demasiado en qué pendientes ponerse. Habían venido a Surrey con la simple esperanza de divertirse y, hasta el momento, no lo habían conseguido. Todos habían seguido con sus vidas sabiendo que había un asesino entre ellos, habían soportado el oprobio de la gente de la villa, y habían sobrellevado que les culpasen injustamente (o en un caso, justamente) de un crimen. No era algo agradable y no era de extrañar que el grupo aprovechase cualquier oportunidad que tuviese para escapar. Al ponerse el sol en el día en el que tendría lugar el baile de los Churchill, toda la casa bullía con los preparativos.

El capitán Wentworth y el coronel Brandon se habían puesto sus uniformes, de un rojo y azul resplandecientes. Marianne Brandon había elegido su vestido para que complementase el atuendo militar de su marido, adornado con delicados trenzados, el favorito de su ajuar de bodas que se había comprado tan alegremente hacía solo unos meses. Knightley, un hombre que normalmente no disfrutaba de ese tipo de eventos formales o espectáculos, eligió con mimo el traje que llevaría mientras que Emma se ponía el brazalete de marfil que guardaba para ocasiones especiales. Elizabeth Darcy cambió su cofia habitual por un turbante de terciopelo verde que destacaba su mirada

elegante. Darcy se vistió sencillo, consciente de que sus trajes de buena calidad y su porte eran suficientes para cualquier evento.

Fanny Bertram se colocó la cruz ámbar que su hermano William le había regalado unos años antes; colgaba de una cadena que Edmund le había regalo explícitamente para ello. Pasó un instante buscando su anillo de amatista antes de recordar que ya no lo tenía, y que probablemente nunca lo recuperaría a menos que confesase lo que prefería mantener en secreto.

A Jonathan Darcy toda la ropa le parecía incómoda y algo desagradable; el roce de las prendas contra su piel era una sensación difícil de ignorar. Así que mientras el resto de los caballeros fingían quejarse por la rigidez de sus cuellos o lo ajustados que estaban sus pantalones, Jonathan pensaba que su atuendo formal no era más incómodo que cualquier otra ropa. Al mirarse al espejo pudo ver que tenía buen aspecto. Según Jonathan los hombres debían tener buen aspecto pero no *dejar ver* que sabían que lo tenían; habían de esforzarse por estar lo más apuestos posible, sin que se notara el esfuerzo que habían hecho por estarlo. Todo era muy complicado, pero al menos estaba apuesto.

Era Juliet, de pie frente al espejo de su dormitorio, la que se sentía insegura. Su vestido azul era el mejor que tenía y era muy bonito. Al menos, así lo parecía en las reuniones en Gloucestershire. Highbury no era Londres, ni siquiera Bath, era más pequeño que su propio pueblo, pero Juliet estaría rodeada de familias mucho más elegantes, incluyendo a los Darcy de Pemberley en persona. ¿Parecería desaliñada en comparación?

Se evaluó en el espejo por un minuto más: cabello negro, ojos avellana y piel sonrosada, y decidió que no, no lo parecería.

Además, ¿qué importaba? Bailar era la segunda de sus preocupaciones esa noche. El baile de los Churchill era sobre todo una oportunidad para descubrir, por fin, si el señor Darcy padre tenía algún motivo para ser el asesino.

Juliet rezaba, por el bien de Jonathan, que no encontrasen nada. Pero sobre todo, rezaba por descubrir la verdad.

La primera vez que Frank Churchill había dado un baile en Highbury había sido un joven caballero sin hacienda propia. En cambio, había ofrecido el baile en la posada de la Corona, llenándola de preciosos ramos de flores y las suficientes velas como para iluminar un palacio. A veces bromeaba que debía volver a usarla, ya que le había ido muy bien en esa primera ocasión.

Sin embargo, ahora daba ese tipo de fiestas en la casa que había adquirido al casarse: Medway Hall. Era una casa antigua y espaciosa, pero no estaba en las mejores condiciones cuando Emma era niña, ya que a sus antiguos ocupantes no les había preocupado demasiado su belleza. Estos habían fallecido justo a tiempo para que Frank Churchill pudiese arreglarla y mudarse allí con su nueva esposa. Medway Hall estaba en el lado opuesto de Highbury desde Donwell Abbey y Hartfield, algo de lo que Emma se había lamentado durante años y que Knightley había agradecido en silencio. Sin embargo, apenas se tardaban diez minutos en carruaje, tal y como descubrieron sus invitados esa noche.

Frank estaba esperándoles de pie en la entrada, para dar la bienvenida a todos sus invitados, que no eran pocos; había invitado a casi todo Highbury. Por lo que había diversas miradas recelosas dirigidas a los invitados de Donwell cuando bajaron de sus carruajes. Frank sonrió ampliamente tendiéndoles la mano.

—Bien, bien, ¡por fin han llegado!

A esa sonrisa inicial le siguieron otras. Todos los invitados siguieron el ejemplo de su anfitrión, sin importar sus sospechas personales, haciendo que todo el mundo se sintiese bienvenido.

Emma amaba Medway Hall tanto como era posible amar una casa que no le pertenecía y el lugar le era tan familiar que fácilmente podría haber hallado el camino hacia la trascocina. Se había construido medio siglo antes que Hartfield, y esos cincuenta años habían supuesto un gran cambio en el ámbito arquitectónico. Mientras que Hartfield era elegante y pulcra, con sus columnas simétricas y sus ventanales, Medway Hall se remontaba a una época más antigua e irregular. El ala este no tenía homólogo en el oeste, unas enormes vigas de madera soportaban los techos, aún visibles aunque se hubiesen encalado. Las gigantescas chimeneas estaban hechas de

piedra en vez de ladrillo. Sin embargo, la vivienda poseía un encanto innegable. Era la residencia de una familia feliz, y cuando se da ese caso, no hay hogar al que le falte belleza.

Anne Wentworth pensaba algo parecido mientras recorría el pasillo. Al contrario que la mayoría de los invitados de los Knightley, su marido y ella ya conocían la villa de antes debido a su corto y desafortunado alquiler de Hartfield. Si esto jugaba en su beneficio o en su contra aún estaba por decidir.

Algo que le comentó a su marido en un susurro.

—En nuestra contra —murmuró él.

Antes de que pudiese preguntarle por qué, su respuesta le llegó en forma de la señorita Bates.

—Bueno, bueno, buenas noches, capitán Wentworth, señora Wentworth… ¡qué agradable verlos! —La salvación de la señorita Bates era su genuina felicidad incluso ante los placeres más pequeños y mundanos de la vida. Naturalmente, un buen baile la había absorbido por completo—. ¿No es fantástico lo encantadoramente que Grace y Frank han decorado el salón de baile? ¡Tantas velas! Demasiadas, en realidad, son tan caras y es un capricho, pero quizá estoy acordándome de la época en la que mi difunta madre y yo teníamos que ahorrar mucho más. Tan solo una vela encendida por la noche, y cómo éramos capaces de leer y bordar con solo esa iluminación es algo que no consigo recordar. Creo que las velas hacen que una sala sea mucho más cálida y luminosa, ¿no creen? Todas juntas dan mucha más luz que cualquier chimenea, ¿así que no deberían dar también calor? Claro que las velas pueden caldear, pero ¿tanto? No creo, ni con todas las velas del mundo. Pero tampoco sé nada de estas cosas, y es probable que tan solo sea la emoción lo que las haga parecer cálidas. En cuanto estemos bailando, ¡entraremos más en calor! Oh no, ¿no creen que hará demasiado calor, verdad? Quizá Frank debería abrir una ventana o dos…

Anne se las apañó para interrumpir su verborrea.

—Estoy segura de que no pasaremos demasiado calor. El señor

Churchill ha hecho un trabajo excelente con las preparaciones.

Para sorpresa de su esposa, Wentworth fue el siguiente en hablar.

—Señorita Bates, aunque los dos primeros bailes irán por supuesto dedicados a mi esposa, ¿me concedería el honor de concederme un baile esta velada?

Las mejillas de la señorita Bates se sonrojaron de emoción.

—Oh, cielos. Es muy amable. Sí, por supuesto. ¡Hace mucho que no bailo!

Ahí está, pensó Anne al verle sonreír y hacer una leve reverencia con la cabeza. *Este es el buen hombre que entiende cómo se siente el resto y quiere hacer lo correcto. El hombre del que me enamoré, con el que me casé. Debajo de toda esa ira y discordia, sigue ahí.*

Fanny Bertram había acudido a menos bailes que la mayoría de las jóvenes. Recordaba muy bien el primer baile que dieron en su honor, lo mayor que se había sentido, lo especial, lo distinta. Fue una de las pocas ocasiones en su vida en las que le había gustado ser el centro de atención en vez de sentirse intimidada por ello. La alegría de tener a Edmund a su lado había eclipsado todos sus temores.

Después de su temporada como recién casada, sin embargo, Fanny había bailado poco. Edmund creía que, como vicario, tenían que mantener cierto decoro y esa tarea se complicaba cuando uno bailaba la giga. Así que cuando los invitaban a ese tipo de eventos en su pequeño pueblo, veían cómo el resto se deslizaba por la sala y bailaba el vals mientras ellos observaban desde un lado con decoro. De vez en cuando algún caballero le pedía un baile, pero normalmente ella no accedía. Sin duda la esposa de un vicario debía bailar solo con su marido.

—Creo que eso es demasiado —le había dicho Edmund una vez de buen humor—. Si quieres bailar, querida Fanny, por favor, hazlo con esos caballeros que conoces y aprecias.

—Pero no quiero bailar —había respondido ella entonces—. No con nadie que no seas tú.

Edmund había entendido con eso que Fanny no querría bailar

nunca. Había otra interpretación, por supuesto, pero Fanny creía que señalarla abiertamente era demasiado atrevido. No era un gran sacrificio que hacer por la alegría de ser su esposa.

Así que a Fanny le sorprendió que, al llegar al enorme salón de baile de los Churchill, Edmund se volviese hacia ella.

—¿Deberíamos participar en el primer baile, Fanny? ¿O necesitas un tiempo para acostumbrarte al bullicio de este evento?

—¿Quieres bailar, Edmund?

—A veces lo echo de menos, sabes —dijo, sorprendiéndola—. Tengo que pensar en las apariencias, pero aquí, sin embargo, no somos el vicario y su esposa. Tan solo los primos de Knightley que han venido de visita. De hecho, dadas nuestras peculiares circunstancias, creo que lo más sensato es que bailemos.

Fanny sabía que lo que decía tenía sentido. Pero la suave sensación de la cruz de William contra su pecho le recordaba todas las cosas que ambos querían olvidar.

—No —dijo en voz baja—. No bailaré esta noche. Eres libre de pedírselo a quien quieras.

¿Por qué? ¿Por qué esto nos debe separar?, pensó Fanny mientras volvía la espalda a Edmund y su expresión dolida. Pero había sido él quien le había vuelto la espalda a los principios del amor y, por lo tanto, él quien tenía que cambiar.

A Jonathan Darcy, viniendo de Pemberley, no debían sorprenderle las preparaciones de Medway Hall. Las velas eran preciosas, suponía, y la sala era lo suficientemente espaciosa como para acoger a todos los invitados. ¿De qué más había que preocuparse? Aun así el resto aprobó y halagó todo en exceso y él se aseguró de asentir en los momentos adecuados.

Pero había *tantos* invitados…

Entonces lo sintió: el calor haciendo que su ropa fuese incluso más incomoda, el ilusorio aumento del sonido que haría que le fuese imposible entender ni una sola palabra, el sentimiento de que estaban pasando demasiadas cosas al mismo tiempo y de que no podía

soportarlo más.

Rápidamente se escondió en un rincón, dejando que el resto saludase a sus anfitriones primero. Sin embargo, no actuó por cortesía, sino que eso le dejaba el tiempo necesario para serenarse.

El «sentir demasiado», como Jonathan lo llamaba, le sobrepasaba cuando se encontraba en medio de una multitud, rodeado por tanta gente y tanto ruido. Cuando era niño, esa sensación le había sobrepasado tanto que había llegado a comportarse incluso de manera poco adecuada. Con el tiempo su madre había encontrado la mejor solución: que Jonathan se apartase por un momento para prepararse para lo que le esperaba.

Es como cualquier baile, se dijo. *Te tocarán, pero tan solo cuando las normas de etiqueta o las parejas de baile lo requieran; nunca ese tacto será inesperado. Siempre puedes volver a alejarte si el ruido es demasiado. No te apartes más lejos del sitio del que puedas disculparte con cierta dignidad y todo irá bien.*

Una vez recuperadas las fuerzas se reincorporó a la fila de recepción, preparado para que le tomasen de la mano.

—Bueno, señor Darcy. —Grace Churchill apareció de la nada, sonriendo con dulzura. Llevaba un vestido verde claro y una pluma de pavo real en el pelo—. Aquí está, por fin. Habíamos empezado a pensar que no vendría.

—¿Llegamos tarde? —dijo Jonathan. Había pensado que llegaban temprano, ciertamente el resto de los invitados en la fila les dirigían miradas curiosas.

—En absoluto. Pero ya sabe cómo es cuando alguien está ansioso por ver a otra persona. Ese instante nunca parece llegar demasiado pronto. —Grace bajó su mirada, lo que más tarde Jonathan se dio cuenta de que significaba que ella se preguntaba si estaba siendo demasiado directa. Lo que también significaba que estaba coqueteando con él.

Jonathan supo lo que debía hacer al momento. La hija del anfitrión ya se le había presentado, tenía que invitarla a bailar. De hecho, por cortesía tenía que pedirle sus dos primeros bailes, como muestra de atención especial. Era posible que Grace ya tuviese pareja para esos bailes, pero la atención que le prestaba a Jonathan le decía que no era

así. En realidad, era algo que tenía que haber sabido desde el principio, pero sus expectativas por el baile habían difuminado lo que sabía de esa norma social básica.

Y él había estado deseando bailar con la señorita Tilney…

Era la mejor forma de escabullirse, de encontrar la biblioteca de los Churchill e investigar, por supuesto. Pero ahora Jonathan se dio cuenta de que también había esperado bailar con ella simplemente por bailar.

Pero había que obedecer lo que dictaban las normas.

—Señorita Churchill, ¿puedo preguntarle si ya tiene apalabrados los dos primeros bailes? —dijo.

El rostro de Grace se iluminó.

—No, señor Darcy. O debería decir que no lo estaban, hasta ahora.

Sí, había gestionado la situación correctamente. Jonathan estaba orgulloso de sí mismo hasta que vio a Juliet Tilney de reojo, justo a tiempo para observar cómo su rostro se hundía.

Tanto Marianne como el coronel Brandon observaron cómo interactuaban tres jóvenes de la villa. Tan solo mirándose con complicidad, sin intercambiar palabra. En ese momento Marianne podía hacer como si no pasase nada malo, podía disfrutar de la velada, podía volver a respirar.

Recordó por un instante la carta de Willoughby, escuchándola en su mente como si él la estuviese recitando, con su voz aún tan familiar.

—Parece que ha pasado un siglo de cuando yo era esa chiquilla enamoradiza, tan preocupada por esos dos primeros bailes. Y, sin embargo, tan solo ha pasado un año —murmuró.

—Imagina lo lejos que me siento yo de ese momento —respondió Brandon. Era uno de sus extraños intentos de hacer una broma, y por un breve instante pudo volverle a sonreír.

—¿Deberíamos bailar? —preguntó Marianne.

Brandon no parecía convencido.

—Puede que parezca inapropiado.

—Puede. Pero si no bailamos, entonces estaremos obligados a conversar con aquellos a nuestro alrededor. —Un escalofrío la recorrió al pensarlo—. Creo que eso me supera.

Le resultaba imposible hablar con nadie, incluso fingir naturalidad con Brandon era complicado. Marianne pensó que podría desahogarse con su hermana si esta hubiese estado allí, pero sin Elinor, no conseguía obligarse a hablar.

El coronel Brandon le dio un leve apretón en la mano.

—Entonces debemos bailar. Allí, nadie hará nada más que elogiarnos. Eres una bailarina preciosa, mi amor.

Marianne era una bailarina preciosa. Podía ser una interlocutora alegre y animada, sobre todo ahora que había aprendido a escuchar tan bien como hablaba. Un baile tan elegante como ese debería haberla emocionado. La Marianne de verdad parecía estar tan lejos de ella, y no estaba del todo segura de que fuese a volver.

Miró a su marido e intentó entenderlo de nuevo, pero fracasó. Cuando los músicos comenzaron una nueva pieza, tomó su mano y se dirigió a la pista de baile, para tropezar alegremente con sus pies de plomo.

—Baila muy bien, señorita Churchill —dijo Jonathan.

Habría dicho lo mismo incluso aunque le estuviese pisando los pies con cada paso. Era una de las frases que se suponía que tenía que decir una pareja de baile. El porqué bailar con alguien tenía que incluir una conversación era algo que Jonathan no terminaba de comprender, pero había memorizado las normas de etiqueta tan bien como había aprendido los pasos.

—Usted también, señor Darcy —respondió Grace Churchill, en el momento justo. Pero entonces cambió de tema, dejando de lado las frases típicas como si intentase buscar algo de lo que hablar de verdad —. Encerrado como ha estado, imagino que ha estado leyendo bastante en Donwell Abbey. ¿Tienen algunos de sus libros favoritos?

—No tienen mi favorito —dijo Jonathan.

—¿Cuál es?

Le habían advertido que no empezase a hablar del tema. Cuando empezaba a hablar de ello no conseguía parar. Pero sería descortés no responder nada.

—*Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon.

—¡Así que no le gustan las novelas! —dijo la señorita Churchill de buen humor—. Señor Darcy, estoy a punto de ofrecerle una oportunidad única. Nunca admitiría que cualquier libro de historia es igual de fascinante que una buena novela. Esta es su oportunidad para convencerme de lo contrario. ¿Qué es lo que le gusta tanto de este libro?

No estaría cometiendo un error al hablar de su libro favorito si alguien le pedía justamente eso, ¿no? Su rostro se iluminó entusiasmado ante la perspectiva.

—Nosotros —comenzó—, en un imperio como el nuestro, debemos prestar atención a las lecciones de otro imperio…

El único consuelo de que nadie te prestase atención ni te pidiese un baile era poder observar. Juliet consideraba el baile de los Churchill la oportunidad perfecta para estudiar al resto de invitados, era de esperar que su situación la reconfortase más de lo habitual. Pero el que nadie la hubiese escogido también dolía. Juliet observó desde un lado el salón de baile, mientras Jonathan dirigía a Grace a través del Sir Roger de Coverley, hablando con ella más de lo que había hablado con nadie, al menos en el tiempo en el que Juliet le conocía. Pero ella se negaba en rotundo a ofenderse. No ayudaba que Sir Roger de Coverley fuese uno de sus bailes favoritos…

A menos que creas que Jonathan o Grace Churchill son los culpables, entonces no te ayuda el observarles, se dijo. *Céntrate en observar al resto hasta que puedas marcharte a la biblioteca.*

Fanny Bertram, cuya carta habían quemado, estaba sentada en el borde de la pista de baile, mirando a los bailarines desinteresada. Su marido, Edmund, observaba a su mujer con una curiosidad que Juliet no podía entender. No podía detectar afecto o aversión en su expresión. En cambio, lo que veía era… confusión. Incertidumbre. ¿Es

que su mujer había hecho algo que no entendía, o es que sospechaba que lo había hecho?

Los Darcy, en cuya chimenea había ardido la carta, hablaban con Frank Churchill. Aunque la señora Darcy solía estar animada, Juliet podía entrever la preocupación en su postura y en la de su marido. Sin duda sabían que Churchill estaba usando esta oportunidad para evaluar su carácter.

Anne y el capitán Wentworth estaban bailando, así como Marianne y el coronel Brandon. Los Wentworth parecían estar disfrutando de su baile mucho más de lo esperado, dado el carácter sombrío del capitán. ¿Era una alegría desmedida señal de otra secreta, incluso vergonzosa, satisfacción? Los Brandon, por el contrario, bailaban sin alegría. ¿Era su falta de diversión también una señal?

Juliet suspiró frustrada. El baile no estaba siendo útil para investigar, al menos no de momento. En cambio, era un baile más, uno en el que no estaba bailando, lo que lo hacía de los peores.

Pero siguió con su tarea. El señor Knightley estaba en el lado contrario del salón, sonriendo y asintiendo mientras la señorita Bates hablaba sin parar de algo o de todo a la vez. Pero ¿dónde estaba la señora Knightley?

—¿Señorita Tilney? —Juliet se volvió, encontrándose con Emma allí, con un atractivo joven a su lado—. Permítame presentarla a Arthur Cole, el hijo de unos amigos nuestros. Señor Cole, esta es Juliet Tilney de Gloucestershire.

Sin duda Arthur Cole había oído hablar del escándalo que rodeaba a Donwell Abbey, pero no se opuso a la presentación. A Juliet ya le gustaba solo por eso. Así que cuando le pidió ser su pareja de baile, ella aceptó encantada. Podía seguir investigando desde la pista de baile.

—Oh, cielos —dijo Elizabeth. Su marido y ella acababan de librarse de la atención del señor Churchill—. Parece que Jonathan acaba de perder su oportunidad.

El señor Darcy miró hacia la pista de baile.

—La señorita Churchill parece encantada con su conquista del momento.

En realidad, la chica parecía mareada, pero eso no distraería a Elizabeth de su objetivo.

—Sabes muy bien que hablo de la señorita Tilney. Los dos parecen haberse hecho buenos amigos en Donwell. Había pensado que los vería juntos, pero supongo que él tenía que pedírselo a la señorita Churchill. Ciertamente ella quería que lo hiciese, y cuando se da ese caso, ese tipo de situaciones son difíciles de evitar. ¿Nunca le enseñaste cómo conseguiste escapar de las trampas de Caroline Bingley?

—Jonathan no podría distinguir una trampa ni aunque le golpease de frente —dijo Darcy—. Por suerte no es especialmente susceptible a ellas. De lo contrario me estremezco solo de pensar qué clase de chica podría presentarnos como la próxima señora Darcy.

—Yo también lo hago a veces. Por eso esperaba que mirase hacia la señorita Tilney.

—La chica se ha comportado de manera extraña…

—En circunstancias extrañas —insistió Elizabeth—. ¿Es que alguno de nosotros se está comportando como siempre? Todo lo que sé es que es inteligente y alegre, y que su afecto por Jonathan parece intachable. Eso es todo lo que podría esperar. Pero ahora está bailando con otro apuesto joven.

—Mejor para Jonathan —dijo Darcy—. Ya es hora de que aprenda que a veces uno tiene que luchar por lo que quiere.

—Digamos… ¿paseando por sus rutas favoritas esperando «accidentalmente» cruzarse con ella? Recuerdo a un joven que una vez intentó esa estratagema. —El brillo había regresado a la mirada de Elizabeth—. Al final… tuvo éxito.

Darcy también había empezado a sonreír.

—Esperemos que el camino de nuestro hijo hacia el matrimonio no sea tan complicado como el nuestro.

—¿Sabes que una vez juré que nunca bailaría contigo? ¿No mientras viviese?

—Normalmente eres una mujer de palabra —respondió—, pero me alegro de que esta promesa la rompieses. ¿La volverías a romper ahora

y bailarías conmigo, Elizabeth?

Darcy no solía usar su nombre propio fuera de su dormitorio. La sorpresa hizo que Elizabeth se sonrojase. Sin duda, no todo estaba perdido entre ellos, pensó, siempre que el señor Darcy siguiese consiguiendo sonrojarla.

—Sí, Fitzwilliam. Bailemos.

Y si el fantasma de Wickham estaba observando con furia a los invitados del baile de los Churchill, desafiándolos a encontrar algo de lo que disfrutar cuando sabían lo que sabían… que mirara.

Incluso un hombre como él tenía derecho a fulminar con la mirada cuando su asesino se pasaba la noche bailando.

—La sabia reestructuración del Imperio por Domiciano podría haber sido un éxito, si hubiese durado más tiempo… —Jonathan se detuvo—. ¿Se encuentra bien, señorita Churchill?

Le tomó un instante recomponerse, no solo en devolverle su atención, sino que también sus movimientos se habían vuelto más torpes.

—Oh. Sí. Muy bien, señor Darcy.

Ese era el punto de la conversación en la que ella añadiría algo como *por favor continúe*. Pero no lo hizo. Jonathan había aprendido, con dificultad, a reconocer esa señal como que estaba hablando demasiado de un mismo tema y que, por lo tanto, tenía que cambiar de tema.

¡Pero qué complicado era dejar de hablar del libro de Gibbon! Cuando Jonathan empezaba, odiaba parar.

Estamos terminando la pieza, se dijo. *Tendrías que haber parado de todos modos*. Casi obligándose físicamente, dejó pasar el tema. Jonathan usó la frase que su madre le había obligado a memorizar para ese tipo de casos.

—He hablado demasiado.

La señorita Churchill se mordió el labio inferior pero no pudo ocultar su sonrisa.

—Yo se lo pedí, señor Darcy.

¿Se estaba burlando de él o invitándole a disfrutar de la broma con ella? Jonathan no lo sabía. Decidió confiar en su aparente buen carácter… y decidió no hablar más del libro.

Al menos, no por esa noche.

Durante el primer baile, es tradición hacer comentarios sobre las otras parejas, decir que a uno le gusta la canción (o que no) y descubrir algunos aspectos sobre tu pareja de baile si es que no le conocías de antes. Por eso Juliet le había dicho a Arthur Cole que era la hija de un vicario, que estaba visitando a los Knightley, y que creía que Churchill había hecho un trabajo excelente con las decoraciones. Ella había descubierto que su padre era comerciante (y le había gustado más cuando no se había disculpado por ello), y que tenía dos hermanas y un hermano, todos más pequeños. Esto era lo que se solía hacer y, como Arthur también era un bailarín excepcional, uno podría suponer que Juliet se lo había pasado genial.

Sin embargo, lo que contó tenía menos importancia que lo que *no*. Arthur Cole era lo suficientemente educado como para no sacar el tema del asesinato en Donwell Abbey, pero eso también significaba que no habló de Donwell en absoluto. Para Juliet también era imposible sacar el tema. Esto significaba que no podían hablar de sus únicos conocidos en común: sus anfitriones. Tampoco podía él preguntarle qué tal su estancia en Surrey, qué había estado haciendo los últimos días o cualquier otro tipo de preguntas tradicionales que se solían hacer en estas situaciones. Los silencios incómodos hicieron que el baile se volviese incómodo también y Juliet se sintió aliviada cuando terminaron su segundo baile y por fin era libre. Sin duda, Arthur Cole debía sentirse del mismo modo.

Pero ahora volvería a quedarse sola, lo que también la hacía sentirse incómoda, y de un modo mucho peor…

—¿Señorita Tilney? —Por fin apareció Jonathan Darcy—. ¿Me concedería el honor de acompañarme en los dos siguientes bailes?

Intentó no sonreír demasiado por educación.

—Sería un placer, señor Darcy.

Se posicionaron para bailar la cuadrilla. Juliet miró a Grace Churchill, pero parecía tan encantada con su actual pareja de baile como lo había estado con Jonathan Darcy. Bien, nadie les observaría de cerca, ya fuese mientras bailaban o mientras se escapasen más tarde hacia la biblioteca.

(O eso pensaba Juliet, subestimando enormemente el interés general de ver a un joven rico con una joven preciosa).

—El baile está siendo una decepción de momento —le dijo el señor Darcy mientras comenzaban a bailar.

—¿Eso cree? A mí me está pareciendo encantador.

—No hablo de la casa de los Churchill o las decoraciones. Me refiero a nuestra investigación. No he sido capaz de sacar nada en claro del comportamiento de nuestros acompañantes, y parece que el magistrado tampoco.

—Oh, en eso estoy completamente de acuerdo —dijo Juliet, extendiendo su mano. Sus dedos enguantados se encontraron mientras giraban lentamente—. Me temo que solo encontraremos respuestas en la biblioteca.

Él asintió.

—¿Cuándo deberíamos empezar a buscar?

Juliet había tenido mucho tiempo para considerarlo mientras se saltaba el primer baile.

—Cuando empiece la cena, siempre hay mucho alboroto, con toda la charla y movimientos de los invitados…

—Nadie nos echará de menos si nos marchamos.

Por supuesto, es impensable ofrecer un baile sin dar de comer a los invitados. Ese tipo de celebraciones se suelen juzgar por la calidad y cantidad de la comida así como por las habilidades de los músicos. Algunos incluso dirían que la comida es mucho más importante que el número de caballeros presentes; estas son las mismas personas que, en un momento u otro, han tenido que bailar durante horas con el estómago vacío.

Frank Churchill era un anfitrión demasiado generoso como para

fallar en ese aspecto. A última hora de la velada los invitados tomaron asiento para disfrutar de una excelente cena, empezando por una deliciosa sopa blanca. Las cenas en ese tipo de bailes, aunque se siguiesen rigiendo por las normas de etiqueta, eran mucho más sencillas y agradables, y la incomodidad anterior se disipaba rápidamente.

Y, tal y como esperaban, dos invitados fueron capaces de escabullirse sin que nadie se diese cuenta.

Jonathan Darcy y Juliet Tilney, sin mediar palabra, se separaron y se marcharon a extremos opuestos de la sala, para alejarse fácilmente del resto de invitados. Cualquier persona que viese a uno marchar no sabría que el otro se había ido también.

No lo habían hecho a propósito, sino por instinto, algo de lo que Juliet se alegró antes de que llegase a un pasillo oscuro y se diese cuenta de que ahora estaba sola en Medway Hall y no sabía dónde podía estar Jonathan.

No importa, se dijo. *Tenemos el mismo objetivo, y no es una casa tan grande como para no poder encontrar la biblioteca.*

Mientras que el salón de baile y el vestíbulo de Medway Hall estaban iluminados por la luz de las velas y bullían de actividad, el resto de la casa estaba en completo silencio y a oscuras. Juliet deseaba poder tener un farolillo o una vela con la que iluminar mientras caminaba por el largo pasillo. El silencio era tal que incluso podía escuchar el sonido de sus pisadas.

Algunas puertas estaban cerradas, y Juliet no se atrevía a abrirlas; el chirrido de las bisagras sería suficiente para delatarla si es que había alguien cerca. Pero había otras que estaban abiertas, y la biblioteca sería una de ellas. Se asomó por las puertas, encontrando una pequeña sala de estar y un salón hasta que, al final del pasillo…

—¿Señor Darcy?

Estaba de pie junto a un ventanal, con un libro enorme en las manos. Cuando levantó la vista hacia ella, corrió a su encuentro, ansiosa por ver qué tenía entre manos. En cuanto llegó a su lado, la luna salió de detrás de las nubes que la ocultaban, revelando su gesto de desaprobación.

Juliet dio un grito ahogado. Había encontrado al señor Darcy que

no era… no al hijo, sino al padre.

Jonathan Darcy se había detenido para pedirle a un sirviente una vela antes de dirigirse a la biblioteca. Este se la había entregado rápidamente y sin hacer preguntas, así que estaba seguro de que solo iba unos minutos por detrás de la señorita Tilney. Mientras caminaba sin hacer ruido por el largo pasillo, echó un vistazo por todas las puertas, sabiendo que terminaría encontrándola. La última sala era la que estaba buscando.

—¿Señorita Tilney? —la llamó.

—Está aquí —dijo una voz desde dentro de la sala, la de su padre.

Jonathan entró y se encontró con la señorita Tilney avergonzada ante su padre, que tenía un pesado libro en sus manos. La expresión de su padre nunca había sido tan imponente.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió Darcy, pasando la mirada de uno a otro—. ¿He interrumpido una *cita*? ¿Es que la señorita Tilney te ha convencido de…?

—No es eso —explicó Jonathan a la carrera—. En absoluto, padre.

Darcy inclinó la cabeza, un gesto que solía acompañar sus preguntas más agudas.

—¿No? Un hombre y una mujer joven se escabullen de un baile, sin compañía, sin carabina, ¿y esperas que me crea que no es por un motivo indecoroso?

—*Es* indecoroso —dijo la señorita Tilney, con tanta calma que ambos Darcy se sorprendieron—. Pero no era una… no era lo que sugiere.

—¿Qué era, entonces?

La señorita Tilney alzó la barbilla.

—Queríamos descubrir si usted tenía algún motivo para ser el asesino.

El silencio que le siguió a sus palabras se extendió durante varios segundos. Jonathan se fijó en el libro que tenía su padre en las manos, que no era otro que el *Debrett's Peerage*.

—Estaba buscando la carta que el señor Knightley dejó como

marcapáginas —dijo Jonathan—. Estaba intentando saber si el conde que se había involucrado en la estafa de Wickham… si era el marido de la tía Georgiana. Pero si no lo sabía ya, entonces… entonces esa no podría haber sido su motivación.

Darcy le tendió el libro a Jonathan.

—Parece que el conde en cuestión era un hombre completamente distinto.

La voz de su padre era tan transparente y afilada como un cristal roto. Sin duda, la página marcada hablaba de otro conde, otro de un condado muy lejano.

—¿Esto te sirve? ¿O sigues pensando que tu padre es culpable?

—No me malinterprete —le rogó Jonathan—. No queríamos demostrar que era culpable. Queríamos demostrar que era inocente.

Darcy volvió su mirada penetrante hacia la señorita Tilney.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Qué habéis estado haciendo juntos?

A la mayoría les resultaba difícil enfrentarse al padre de Jonathan en sus peores momentos. O la señorita Tilney estaba hecha de una pasta mucho más dura, o se le daba mucho mejor esconder su miedo.

—Jonathan estaba en los establos cuando sucedió el asesinato y no pudo haberlo hecho. Y como yo no conocía al señor Wickham de antes no tenía ningún motivo. Sabíamos que ambos éramos inocentes. También sabíamos que el señor Churchill estaba obcecado en culpar a un sirviente o a algún forastero, y eso sería una gran injusticia.

—¿Así que os queríais encargar de hallar la verdad vosotros solos? ¿Usurpar el legítimo puesto del magistrado y de los tribunales? —El tono de Darcy le dejaba claro a Jonathan que habría sido mejor que hubiesen actuado como si eso *hubiese sido* un encuentro romántico—. Vuestras acciones son tan insolentes como imprudentes. Si cualquier otro os hubiese encontrado juntos en esta biblioteca, ¿os dais cuenta de lo que podría haber pasado? El honor de una joven dama quedaría arruinado para siempre, y el joven caballero tampoco se encontraría en una posición mucho mejor. Esta sería una mancha con la que tendríais que cargar el resto de vuestras vidas. Por suerte, tan solo soy yo. Jonathan, tú y yo hablaremos largo y tendido de las maneras en las que se debe proteger la reputación de una joven. Aparte de eso,

espero no volver a oír hablar o ver nada que tenga que ver con esto. ¿He sido suficientemente claro?

Para sorpresa de Jonathan, la señorita Tilney negó con la cabeza.

—No veremos cómo se cuelga a alguien inocente. Así que debe decirnos, si no estaba rebuscando entre los papeles del señor Knightley la noche del asesinato, entonces, ¿a dónde se marchó cuando salió de su dormitorio?

Las nubes ocultaron la luna, haciendo las sombras a su alrededor mucho más oscuras. La vela de Jonathan era la única fuente de luz, suficiente para ver cómo la ira de su padre se tornaba en algo parecido a la vergüenza.

—Estaba buscando entre los papeles de Knightley —admitió Darcy—. Había firmado un aval y, por lo tanto, debía tener algún tipo de documentación sobre la estafa. Fue un acto deshonroso, uno que nunca habría cometido si no fuese por proteger a mi hermana. Así que busqué el nombre del conde, tal y como pensabais. Pero no lo encontré.

—Es inocente, entonces —Jonathan se sintió enormemente aliviado—. Siempre he sabido que sería así, pero teníamos que estar seguros.

La sinceridad que había templado la respuesta anterior de su padre no pudo resistir mucho tiempo a la ira de Darcy.

—Ambos os estáis olvidando de vuestra posición. Jonathan, tú y yo hablaremos de esto más tarde, largo y tendido. Señorita Tilney, debo pensar si les he de hablar de esto o no a los Knightley, como nuestros anfitriones, deben sustituir a la figura de sus padres. Seguramente la enviarán de vuelta a casa, que es sin duda donde debería estar, hasta que haya madurado lo suficiente como para comportarse con mayor decoro.

La señorita Tilney parecía afligida, como no podía ser de otro modo. Cuando Darcy salió de la sala, Jonathan sabía que debía seguirle, cosa que hizo, dejando a un lado el *Debrett's* mientras se marchaba. No era el momento de rebelarse.

Pero odiaba dejar a la señorita Tilney sola.

Juliet esperó unos minutos antes de seguir a los Darcy. Esto era sobre todo para que nadie se percatase de que había estado con ellos, pero también necesitaba un tiempo para recomponerse. Las mejillas le ardían y no podía permitir que la viesen sonrojada.

Lo peor era que el señor Darcy tenía razón. Habían sido irresponsables. Habían arriesgado sus reputaciones, no una, sino varias veces. Sus intenciones eran buenas, pero las intenciones por sí solas no eran suficiente. Juliet se sentía como si hubiesen encendido un farol que arrojase luz por primera vez sobre todo lo que había hecho hasta entonces, y ahora no conseguía reconocerse.

¡Arrogante! ¡Ingenua! Soy ambas y algo peor. Oh, por favor, Señor, haz que el señor Darcy no se lo cuente a los Knightley. Ellos se lo contarían a mis padres y entonces me moriría de vergüenza.

No importaba que Jonathan Darcy también hubiese estado con ella, ya que parecía que ella le había incitado más aún a cometer esta estupidez.

Cuando regresó a la mesa, nadie se había dado cuenta de que se había marchado con el parloteo general. Juliet comió sin disfrutar, asintiendo sin escuchar, y se negó en rotundo a mirar hacia Jonathan Darcy.

El baile no terminaba tras la cena, pero para ella, aquello ya no parecía una fiesta.

Capítulo veintiuno

El carruaje de vuelta de Medway Hall parecía lo más normal de esa fiesta desde la llegada de Wickham. Aunque algunos estaban tensos, Brandon se fijó en que Wentworth, Darcy y su hijo parecían tener la cabeza en otra parte, otros estaban muy animados. La señora Knightley hablaba felizmente con el señor Bertram, a quien, aunque no le encantaban los bailes, sí que apreciaba ver a la gente bailar.

Marianne se unió a su conversación a ratos, aunque no como solía hacer hace tiempo. Seguía… agobiada. Brandon deseaba poder negar la verdad, pero esta se volvía más clara a cada día que pasaba.

Llegaron a casa unas horas antes del amanecer. Brandon escoltó a Marianne a su dormitorio. Antes les habían dicho a los sirvientes que no requerirían sus servicios para que no se quedasen despiertos, él era perfectamente capaz de ayudar a su mujer a quitarse el vestido.

—Al menos sigo pudiendo bailar hasta que salga el sol —dijo Marianne mientras él se ocupaba de las lazadas de su corsé—. Aunque no sea con la misma alegría.

Quizá esa alegría terminará por regresar a ti, pensó Brandon. Pero no lo dijo, porque él tampoco terminaba de creer que fuese así.

Con tan solo su camisón puesto, Marianne se fue hacia un rincón de la alcoba para lavarse la cara. (Viajaba con tantas cremas y potingues que uno podría creer que era una viuda desesperada por aferrarse a su juventud, en vez de una chica que aún no había cumplido los veinte). Brandon se sentó en la silla frente a su pequeño escritorio, desatando su corbata, esperando que esa noche al menos pudiese dormir sin que nadie le despertase, entonces vio el borde de una carta escondida bajo varios papeles en su escritorio. Brandon

conseguía leer tan solo algunas palabras desde ahí, pero conocía demasiado bien esa caligrafía. Uno no olvidaba la caligrafía que le había retado a un duelo hacía tiempo.

Su esposa tenía una carta de Willoughby.

Brandon movió un libro para que la ocultase por completo. De ese modo Marianne no se preocuparía más tarde al preguntarse si él la había visto.

No tenía sentido leer la carta o siquiera mencionarla. Si Marianne hubiese querido hablarle de ello, lo habría hecho. Sabía que ella no había empezado a cartearse con él, conocía el carácter de su mujer lo suficiente como para estar seguro de ello. Lo que Brandon no sabía era si ella respondería a la carta.

No se podía engañar sobre lo que sabía que su mujer sentía por él: gratitud, honor y aprecio. Tampoco podía mentirse sobre lo que ella sentía por Willoughby. Había estado enamorada locamente de él como cualquier otra mujer que Brandon había podido ver en varios años, como cuando su Eliza, hacía tantos años, le había amado a él.

Un amor así no moría tan rápido. En su caso y en el de Eliza, nunca lo había hecho. Brandon no era tan tonto como para pensar que sería distinto con Marianne y Willoughby.

Sin duda él quiere verla la próxima vez que visite a su tía, pensó Brandon. Una parte de él quería enfadarse por ello, prohibirlo como fuese, decirle a Marianne que no podía volver a ver a un hombre a solas nunca más. Pero Brandon sabía mejor que nadie que el amor arde mucho más fuerte cuando es prohibido.

La lealtad de Marianne no valía nada si tenía que ordenárselo. La decisión era solo suya.

Se desvistió y se metió en la cama. Cuando esta le siguió, él fue incapaz de dedicarle una sonrisa.

El día siguiente fue tranquilo, como solía pasar tras un evento así. Se bailaba hasta casi las cuatro de la madrugada y al día siguiente todos estaban doloridos. Sin embargo, el día después del baile, Frank Churchill cumplió su promesa de registrar Donwell Abbey.

Emma lo sobrellevó lo mejor que pudo. Era innegable que el registro era necesario; aunque debiese haberse hecho antes, y su casa al completo estaba patas arriba, al menos se encargaría de supervisarlo todo alguien al que consideraba un buen amigo.

Pero, ¿cómo podía uno ser optimista mientras veía a dos alguaciles de clase inferior registrando su ropa de dormir?

—Las pruebas importantes pueden estar escondidas en cualquier parte. —Frank Churchill intentaba animarla mientras ella estaba de pie en el pasillo fuera de su propio dormitorio, viendo cómo revolvían su ropa interior—. El lugar que menos elegiría una persona decente, el mejor lugar donde el asesino podría haber escondido algo. ¿No cree?

—Supongo —dijo Emma—. Pero es de lo más irritante verlo.

—Entonces no lo veamos. Venga conmigo.

Sin embargo, no se pudo consolar dando un paseo por la casa. Había otros invitados a los que ya habían registrado: los Wentworth y los Bertram, que evidentemente no estaban de buen humor. Aquellos a los que aún no habían registrado tampoco estaban mucho más animados.

Y uno de nosotros, pensó Emma, *tiene algo que ocultar de verdad…*

—No esperamos encontrar un arma —le confesó Frank mientras se dirigían hacia las escaleras—. O esperamos que la que encontramos en su colección sea la correcta. El mazo es probablemente el arma homicida.

Estaban pasando en ese momento frente al dormitorio de Juliet Tilney, que estaba de pie cerca de la puerta. Al escuchar las palabras del señor Churchill, abrió la boca como si fuese a decir algo, después se giró de golpe. Emma se preguntaba si la joven se sentía inquieta, y si era así, por qué ahora. Nadie sospechaba de ella, obviamente, y de momento había sido la más valiente de todos.

Además, la señorita Tilney debía sentirse triunfante esa noche. Jonathan Darcy había bailado tres veces con ella, y solo dos con Grace Churchill. Puede que los jóvenes no llevasen la cuenta, pero Emma sí.

Aunque si pensaba en ello, no parecían tan contentos después de que terminase el baile. ¿Es que habían discutido?

Se volvió de nuevo hacia Frank.

—Si sus alguaciles no están buscando el arma, ¿entonces qué

esperan encontrar? No parece probable que el asesino haya escrito una confesión y la haya dejado por ahí.

—Están buscando cualquier cosa, algo fuera de lugar, por ejemplo. —El porte seguro de Frank habría engañado a cualquiera que no le conociese tan bien como Emma; consideraba su puesto como magistrado como algo ceremonial. Este era uno de los primeros casos en los que de verdad se había interesado y probablemente había descubierto todo lo que había mencionado en los últimos días—. El asesino puede haber escondido una prenda ensangrentada, por ejemplo, o alguna carta u objeto que muestre algún tipo de vínculo entre el señor Wickham y él que desconozcamos…

—¡Señor Churchill! —le llamó uno de los alguaciles—. ¡Tiene que ver esto!

Emma y Frank intercambiaron miradas sorprendidas, y volvieron juntos sobre sus pasos. Los alguaciles estaban en el pasillo, sujetando orgullosos una paleta de jardinería con manchas de barro seco. Su significado estaba claro. Era la paleta que habían usado para enterrar el pañuelo. El mismo que habían usado para limpiar la sangre. No había ningún otro motivo para que esta estuviese en la primera planta, así que la debían de haber escondido allí. Y la persona que la había escondido debía ser el asesino.

¿Por fin tenían respuestas? ¿Había terminado esta pesadilla?

Frank Churchill sonrió a sus hombres.

—Buen trabajo. ¿Dónde la han encontrado?

—En el armario al lado de esta puerta —dijo el alguacil Cooper—. La encontramos en cuanto empezamos a registrar este dormitorio.

Señaló hacia el dormitorio en cuestión. En la entrada estaba una sorprendida y temblorosa Juliet Tilney.

—No es mía —dijo Juliet.

La sorpresa le había robado el aliento, y apenas pudo dejar salir esas palabras como más que un susurro. ¿Eso la hacía sonar más culpable? ¿Qué sonaba culpable? Había estado intentando encontrar la respuesta para ello en los últimos días, pero estudiando al resto,

nunca estudiándose a sí misma.

—Por favor, créame, señor Churchill, nunca en mi vida había visto este objeto.

Frank Churchill la miraba tan sorprendido como receloso, pero no se le convencería tan fácilmente.

—Nos dijo que no conocía al señor Wickham de antes. ¿Era verdad, señorita Tilney?

—Lo era, lo prometo. Le conocí cuando apareció en Donwell Abbey, un día antes de su muerte. Apenas hablamos. Cualquier otro aspecto que sé de él es porque me lo contaron los demás.

Juliet había pensado que el altercado con el señor Darcy padre en el baile era la mayor vergüenza que podría sentir. Había estado tan equivocada. Esta vergüenza, este terror, era mil veces peor.

Emma Knightley le puso la mano sobre el hombro para reconfortarla.

—El señor y la señora Tilney dejaron claro que su hija apenas había salido de Gloucestershire.

—No hay motivos para que el señor Wickham no hubiese podido tener negocios en Gloucestershire —dijo el señor Churchill.

Para ese momento todos habían aparecido ya en el pasillo: el coronel Brandon; el señor Knightley; y, el peor de todos, el señor Darcy. Sin duda este último se alegraría de verla así. No había forma de que Juliet ocultase su vergüenza, que hacía que sus mejillas se sonrojasen cada vez más como si alguien las estuviese pintando de rojo…

Pero entonces el señor Darcy fue el primero en hablar.

—Parece improbable que una joven dama de buena procedencia, de cualquier tipo de procedencia, la verdad, pueda llegar a ser una asesina.

Su mirada se encontró con la suya brevemente. En su rostro pudo ver que seguía sin perdonar su insolencia… pero el mayor de los Darcy aún podía ser justo con ella.

—La juventud nos lleva a cometer imprudencias, ¿no es así? —respondió Frank Churchill—. Los jóvenes tienen un temperamento mucho más variable, son más bruscos en sus decisiones, más propensos a actuar sin pensar, sin importar si se es hombre o mujer…

—Eso no demuestra nada, señor. —La voz del coronel Brandon era cortante—. Es una mera suposición.

La gratitud que sentía Juliet estaba mareándola. O quizás ese mareo se debía al horror de un descubrimiento así. O incluso al simple disgusto de descubrir que una de las mayores pruebas había estado siempre escondida en su dormitorio, ¡y que ella no había sido la que la había encontrado! Cualquiera de ellas por sí solas eran suficiente motivo para desestabilizarla; las tres juntas la ponían enferma.

—Han pasado varios días desde la muerte de Wickham —dijo el señor Knightley—. Podrían haber escondido allí la paleta en cualquier momento, cualquiera podría haberlo hecho. Esto es preocupante y seguramente esté conectado con el asesinato, sí. Pero la conexión de la señorita Tilney con este es poco convincente.

—Quizás —dijo Frank Churchill, estudiando el rostro de Juliet. Ella se preguntaba qué estaba viendo allí, o imaginándose, ya que si no podía ver que era inocente, entonces estaba ciego—. Quizás no. Pero quizás sí.

El resultado inmediato del registro fue bastante decepcionante. Mientras que los alguaciles se llevaron la paleta, la señora Knightley le pidió a Juliet Tilney que se tumbase en su cuarto y ordenó que le llevasen una taza de té. El repentino final de ese registro había dejado a todos los habitantes de la casa tanto sorprendidos como inseguros.

—No creo que la señorita Tilney sea la responsable —murmuró Anne Wentworth, observando por la ventana cómo se alejaban los carruajes—. Así como tampoco creo que nadie lo piense. Ni siquiera este señor Churchill.

No estaba tan segura de esto último. Perspicaz como siempre, Anne había notado algo de desprecio en las menciones del hombre por parte del señor Knightley. ¿Es que no podían confiar en Churchill?

El capitán Wentworth se sentó en la única silla del dormitorio. Parecía cansado, disgustado.

—Nadie lo creerá. Recuerda mis palabras. Está claro que es ridículo. No se ha hecho ningún daño.

—¿De verdad lo crees? —Anne no estaba de acuerdo. Sin embargo, se reservó el ponerse a discutir con su marido para algún conflicto mayor, uno que no tardaría en llegar—. Espero que la señorita Tilney no se deje vencer por la impresión.

—Confieso que hasta a mí me ha sorprendido —respondió Wentworth—. Ese hombre, Churchill, iba a por mí desde el principio. No sé por qué sospechaba de mí, pero lo hacía. Cuando anunció este registro esperaba que solo fuese una tapadera, una excusa para que pudiese poner todas las pruebas en mi contra. Parece que fue un error de juicio.

Anne estudió a su marido a la luz de la mañana. A veces podía ver retazos del joven del que ella se había enamorado; otras veces esa persona parecía estar completamente perdida. Este era uno de esos momentos en los que no conseguía encontrarla.

—Tu ira hacia el señor Wickham ha estado clara desde el principio, todos podíamos verla, Frederick. No me sorprende que el señor Churchill sospeche de ti, si es que lo hace.

—¿Y por qué no debería estar enfadado? Después de lo que hizo Wickham, robándome mi orgullo, nuestro futuro, nuestra seguridad…

—No hizo tal cosa. —Anne se cuadró de hombros y se enfrentó a él —. Wickham te robó tu dinero. Nada más, pero tampoco menos.

Wentworth la miró si entenderla.

—¡Son lo mismo!

—¡No, no lo son! Tu orgullo nunca ha sido tu dinero, y espero que nunca lo sea. Ese se debe a servir a tu país y a haberlo hecho con honor y méritos. Nuestro futuro no es uno de privaciones y necesidades, solo con mi dote tenemos suficiente. Y nuestra seguridad depende solo de nosotros, de nuestro matrimonio, y de nuestro amor por nuestra hija. El dinero que robó Wickham, aunque estuviese mal, no tenía nada que ver con estos aspectos. ¡Piensa a qué extremo nos ha llevado esa pérdida!

Su marido no se rendiría tan fácilmente.

—Tu dote no puede mantenernos toda la vida. Anne, tenemos que saber que si la muerte de Wickham no acaba con nuestra deuda, ¿deberemos volver al mar?

Anne no se pudo contener. Sonrió.

—¡Me encantaría!

—Pero… las condiciones en las que tenías que vivir…

—No eran nada que no pudiese soportar, y un pequeño precio a pagar por las otras muchas alegrías de esa vida. Ver tierras tan lejanas, cada día era distinto al anterior, siempre con alguien nuevo al que conocer, ¡todas esas nuevas aventuras! —Anne no pensaba que fuese extremadamente aventurera, pero ¿quién no se emocionaría por ver por primera vez el Mediterráneo o avistar a las marsopas, por poder pisar por primera vez la costa de África?

Wentworth negó con la cabeza.

—Era una vida demasiado dura para una mujer, normalmente me culpaba por habértelo pedido. Recuerdo cuando enfermaste en el mar, tan gravemente que temíamos por tu…

—Yo no tenía miedo por mí misma.

—Pero… —Se esforzó tanto por hablar que ella supo de inmediato lo que iba a decir; solo había una cosa que acarrease tanto dolor para ellos—. El hijo que podríamos haber tenido…

—Nuestra pérdida habría sido igual de dolorosa si hubiese ocurrido en tierra. —Anne no conseguía volver a mirar hacia el mar, ni siquiera después de semanas o meses en el océano, sin recordar a su primer hijo que había muerto allí—. Nada habría hecho que esa carga fuese menos pesada. Pero la soportamos *juntos*.

—¿No crees que fue el mar embravecido el culpable?

¿Es que se había estado culpando a sí mismo y a su profesión durante todo este tiempo? Anne se sintió conmovida y le tendió la mano.

—No, querido. El mar no estaba tan embravecido. A veces esto… pasa. No hablamos demasiado de ello, ni siquiera entre las mujeres, pero no es poco común.

¿Había logrado que la entendiese? Quizá no, porque Wentworth negó.

—Te mereces más que eso, Anne. Algo más que un camarote más pequeño que una despensa, algo más que un panecillo y embutido para comer.

—Lo que me merezco, en mi opinión, es la oportunidad de vivir mi vida junto a mi marido. La mejor parte de todos esos viajes era que

estaba a tu lado. Que nunca nos separamos. Éramos uno tanto en alma como en nuestros actos. ¿Cómo no puedes echar de menos esos días, Frederick? Yo sí lo hago. Los echo de menos enormemente.

Wentworth siguió callado. Ella esperaba que pensase en ese tema durante un tiempo y se lo permitiría, todo el tiempo que necesitase, siempre que terminase considerándolo todo.

—No sabía que pensabas así —dijo finalmente.

—Sabías lo mucho que me gustaba esa vida —respondió Anne—. Pero lo has olvidado. Todo este tiempo pensaba que estabas ciego por todo ese brillo del oro que habías ganado. Si no era así, si tan solo lo hacías por protegerme, entonces debías dejarlo ir. No hay nada que nos proteja del destino. Debemos construirlo juntos, lo mejor que podamos, de forma que nos haga felices a ambos.

Tal vez, pensó, se habían equivocado al enfadarse con el señor Wickham. Si Frederick podía al fin volverla a ver, Wickham en realidad les había hecho un favor. Si el precio habían sido veinticinco mil libras, Anne pensaba que era una ganga.

A Jonathan le habían dicho, no con estas palabras, que dejase a Juliet Tilney sola durante todo el tiempo que les quedase a los Darcy en Donwell Abbey. Su padre había estado tan cabreado que Jonathan no había dicho ni una palabra para contradecirle, ni siquiera había señalado lo obvio: que era imposible no encontrarse con una persona con la que se suponía que tendrías que comer. Probablemente la sentencia de su padre terminaría por suavizarse con el tiempo. Pero Jonathan se había resignado a no volver a hablar con la señorita Tilney en absoluto por al menos unos días.

Eso era antes de que toda la casa supiese lo que los alguaciles habían descubierto. En cuanto Jonathan se enteró, sabía cuál era su deber. Juliet Tilney necesitaba su apoyo para soportar esta carga. Si hacía que su padre se enfureciese, que así fuera.

Habiéndole reprendido por la imprudencia que sería llamar a la puerta de la habitación de la señorita Tilney, de todos modos Jonathan no se atrevió a volverlo a hacer. Así que se vio obligado a

esperarla.

Ella surgió unas horas más tarde, poco antes de la hora del té. La señorita Tilney estaba pálida y se sobresaltó al verle al final del pasillo.

—¡Oh! ¿Me estaba esperando?

—Por supuesto. Desde que Churchill y sus hombres se marcharon.

—Pero… de eso hace horas. —Suavizó su rostro, aunque le seguía siendo imposible sonreír, esa expresión se le asemejaba bastante—. ¿Ha estado en el pasillo todo ese tiempo?

Jonathan asintió.

—Se me han ocurrido varias explicaciones plausibles por las que podría estar aquí de pie, si es que alguien me preguntaba. Nadie lo ha hecho.

—Me gustaría escuchar esas explicaciones —dijo—. Algún día. Pensaba que le habían prohibido volver a verme.

—Técnicamente no —dijo Jonathan. Contarle más sería preocuparla más de lo necesario.

La mente de la señorita Tilney seguía ocupada con temas más importantes.

—¿Qué quería decirme? ¿Ha descubierto quién puso esa cosa en mi cuarto?

—No, eso sigue siendo algo que desconozco. Tan solo quería decirle… está claro que nadie en Donwell Abbey cree que sea culpable. Así que si eso le preocupaba, por favor no lo piense más.

Relajó los hombros levemente o eso le pareció a Jonathan.

—Uno de ellos sabe que soy inocente, ya que fue esa persona la que lo escondió.

—Sin duda. Puede que merezca la pena preguntarle al servicio si vieron a alguien saliendo de su dormitorio. A alguien más quiero decir.

—Es muy amable por preocuparse tanto por mí. Pero desde que el señor Churchill se marchó, me he convencido de que no me arrestarán. Esa no es una de mis preocupaciones. Sin embargo, escuché hablar al señor Churchill y a la señora Knightley antes del registro y me hicieron dudar sobre cómo deberíamos actuar.

—¿Qué dijeron? —Jonathan esperaba que no fuese convincente.

No quería parar de investigar… ni de reunirse con la señorita Tilney.

—Aún creen que el arma homicida era el mazo —explicó—. No saben nada acerca de la carta que encontraron en la chimenea de sus padres. Habíamos pensado en presentarles una solución, pero al no compartir la información que tenemos, tan solo lo hemos complicado todo. Pensábamos que mantenerlo en secreto nos permitía trabajar con mayor libertad, pero ya no es un secreto. —Agachó la cabeza—. Ahora que ya he probado un poco de lo que se siente cuando te culpan por error, se me hace más complicado soportar que acusen a alguien por error. No podemos dejar que eso pase.

Jonathan no podía negar que sus palabras eran justas.

—Muy bien, entonces. Le contaremos al señor Churchill lo de la carta y el busto. Sobre nuestra investigación. Puede que nos deje trabajar con él.

—Lo dudo —dijo la señorita Tilney—. Pero eso no significa que debamos parar. No, señor Darcy, no podemos parar.

Capítulo veintidós

Al final, Jonathan decidió que no podían hablar abiertamente de su investigación hasta que les hubiesen preguntado a sus padres sobre la carta que había aparecido en su chimenea.

—Aún sigo sin poder creer que alguno de los dos sea culpable —le confesó a la señorita Tilney—. Especialmente después de lo que descubrimos del conde anoche. Pero es una pregunta difícil de formular, así que es mejor que se la haga yo que el magistrado.

—Eso es razonable y justo —dijo.

—Si… admitiesen cualquier cosa, se lo contaría a usted.

—Lo sé —respondió simplemente, y era uno de los mejores cumplidos que le habían hecho.

Jonathan se preparó mentalmente para ese enfrentamiento lo mejor que pudo. Aunque le latía el corazón con fuerza mientras caminaba hacia el dormitorio de sus padres, con tanta fuerza y tan rápido que bien podría haber estado galopando con Ébano. Por lo que le sorprendió cuando su madre abrió la puerta justo antes de que llamase.

Elizabeth Darcy le sonrió, una sonrisa triste y extraña.

—Sabía que vendrías a verme pronto.

A sus padres les habían dado la mejor habitación de invitados en Donwell Abbey, una con un amplio ventanal con un banco donde sentarse y un rincón agradable con un escritorio. La repisa de su chimenea era tan elegante como las de la primera planta, tallada en mármol verde con vetas de oro y marfil. Elizabeth guio a Jonathan hacia el banco al lado del ventanal, que proporcionaba la luz necesaria para leer en caso necesario, pero si su madre se había dado

cuenta de ello antes, lo hubiese reconocido.

Él sacó el trozo de papel quemado de su bolsillo.

—Madre, ¿por qué estaba esto en vuestra chimenea?

—Estaba ahí porque yo lo quemé.

Una respuesta directa que le sorprendió.

—Oh. Oh. Pero… ¿por qué? ¿Cómo la consiguió?

Elizabeth estaba más tranquila que nunca.

—La encontré entre las cosas del señor Wickham, poco después de su muerte.

—¿Quiere decir que usted fue la que saqueó su dormitorio? —Jonathan nunca podría haberse imaginado algo así. ¿Tan mal había juzgado a sus padres? ¿Qué más habrían hecho?

—No, no fui yo. —Elizabeth se detuvo—. Quiero decir, busqué en los aposentos de Wickham, pero estoy segura de que fui la primera en hacerlo. Me escabullí al piso de arriba justo después de que estuviésemos seguros de que estaba muerto. Pero cuando lo hice, fui rápida y con un objetivo en mente. Sabes, en ese momento, cuando todos estábamos sorprendidos y nadie pensaba con claridad, me pregunté si tu padre habría, bueno, hecho algo que no debería. —Bajó la cabeza aparentemente avergonzada por haber dudado de su marido —. La enemistad entre ellos era tan grande, tan antigua, por todas las injusticias atroces que el señor Wickham había cometido. Debería haberme dado cuenta de que ni siquiera eso sería capaz de impulsar a tu padre a cometer un acto tan atroz, aunque a veces casi fuese motivo suficiente para impulsarme a mí.

—¿Así que fue a la habitación de Wickham para ver si sus suposiciones eran ciertas? —preguntó Jonathan.

—No. Fui para ver si había alguna prueba que condenase o pusiese en peligro a tu padre. No encontré nada en especial aparte de esta carta tendida sobre la cama, como si Wickham la hubiese estado estudiando poco antes de morir. Es lo único que robé y la escondí bajo mi chal cuando bajé de vuelta con el grupo, para que no me echasen de menos.

Eso había sido muy inteligente. Jonathan sabía que tenían suerte de que su madre fuese una mujer tan sobresaliente, ya que había sido lo suficientemente ingeniosa como para que nadie dudase de ella.

—Pero la carta no era de tu padre ni iba para él. Parece que era una carta que le habían escrito a la señora Bertram.

Elizabeth pasó los dedos sobre las únicas palabras que seguían legibles: *Mi querida Fanny*.

—Sí, lo era. Pude leer lo suficiente de la carta para saber que tampoco era el señor Wickham quien la había escrito. Era una correspondencia privada de… de algo que la señora Bertram querría mantener en secreto. Dicho de otro modo, estoy segura de que tu difunto tío estaba intentando chantajearla.

Jonathan no conseguía entenderlo.

—Pero la señora Bertram es una mujer amable y piadosa. ¿Qué podría haber hecho para que la pudiesen chantajear con ello?

—Oh, mi niño. —Elizabeth le acarició el brazo—. No todos los secretos que guardamos nos pertenecen.

—Así que era sobre alguien a quien ella había…

—No hablaremos más de esto. Estaba y estoy segura de que una persona tan gentil como la señora Bertram no puede ser culpable de algo tan horrible como un asesinato. Así que quemé la carta, o pensaba que lo había hecho. Al parecer, no fui lo suficientemente minuciosa.

—Ahora es imposible saber lo que la carta decía —respondió Jonathan—, tan solo se puede ver a quién iba dirigida. Así que diría que fue lo suficientemente minuciosa. Sin duda, la señora Bertram le estaría agradecida si lo supiese.

Elizabeth no estaba del todo segura.

—No lo sabe, y estoy segura de que no consigue descansar por ello. Quizás mi error fue no devolverle la carta. Eso habría sido admitir que sabía… bueno. Que lo sabía. Creí que sería demasiado para ella, pero quizás, pensándolo en frío, habría sido la mejor opción.

Jonathan creía a su madre. Estaba claro que la carta no les daba ninguna pista. Así que la depositó en la mano de Elizabeth.

—Se la puede dar ahora, si lo desea.

—Creo que debería.

La experiencia de Juliet no era suficiente para consolarla en ese momento.

Seguía pensando en lo que habían encontrado en su dormitorio. Tan ridículo como era imaginar que ella era la asesina, ¡una chica de diecisiete años! ¡Que apenas conocía al hombre!, nadie en Donwell Abbey la volvería a mirar de la misma manera. La seguridad de Jonathan y su propia razón eran lo único que la tranquilizaba de momento. Incluso si el resto dudaba de lo que habían encontrado los alguaciles del señor Churchill, las dudas la marcaban a ella también. La mancha que dejaba la vergüenza le daba más pánico que la idea de compartir casa con un asesino: el asesino desconocido no parecía querer volver a actuar, mientras que la vergüenza podía afectar a una joven toda su vida, arruinando todas sus perspectivas y esperanzas.

Registró su dormitorio con mucho más ahínco que los alguaciles. Mientras que ellos habían estado buscando pruebas del asesino, ella buscaba pruebas que pudiesen revelar quién había dejado la paleta en su alcoba. Ese individuo quería incriminarla, probablemente para ocultar su propia culpabilidad. *Un asesino se ha metido en mi cuarto*, pensó Juliet temblando. *Esa persona ha estado donde yo estoy ahora. Esa persona sabe dónde duermo*.

Encontró algunas cosas, aunque no le decían nada. Una hoja marchita de un arbusto o de una flor que yacía bajo su cama, ¿pero eso podría haber salido de una de las rosas que había en su mesilla? Parecía que sí. Un trozo de un trenzado dorado estaba dentro del armario donde habían encontrado la paleta, rasgado como si lo hubiesen arrancado al quedarse enganchado en la parte áspera de dentro de la puerta, pero eso podría llevar allí días, años o incluso meses. ¿Habían desvalijado sus útiles de escritura? Todo parecía desordenado, pero de nuevo, ¿cuándo lo había tenido ella ordenado?

Se llevó una mano a la frente y suspiró. Solo saber que el asesino había entrado había hecho que temiese cada objeto de su dormitorio. ¿Podría volver a dormir allí?

Lamentarse por ello no ayudaría. Juliet se sentó en su escritorio y observó las tres pruebas que tenía.

Papel y un limpiaplumas fuera de su sitio: nada nuevo. Juliet no podía saber si alguien había tocado sus útiles de escritura o no, así que

no le merecía la pena seguir preguntándose por ello.

La hoja caída: casi seguro que venía de las flores en el jarrón. Las cambiaban cada pocos días, y sería completamente normal que se cayese una hoja de vez en cuando. Y como cambiaban las flores mientras limpiaban su cuarto, el servicio probablemente no se habría fijado en ella hasta el día siguiente. Juliet estaba prácticamente segura de que habían cambiado las flores el día anterior.

Pero el trenzado dorado… eso podía significar algo.

No es probable que pertenezca a nadie del servicio, razonó Juliet, *y los sirvientes lo limpiaban todo después de la estancia de cada huésped en esta habitación. Así que lo habrían quitado antes de que llegase. Deben haber dejado el trenzado allí después de mi llegada. Y parece rasgado, no cortado. Como si hubiese sido un accidente de alguien que tuviese prisa y no se hubiese dado cuenta de que su vestido se había rasgado.*

Todas habían llevado vestidos elegantes al baile de los Churchill, ¿pero qué vestido había estado adornado con una trenza dorada?

No conseguía recordarlo. Como cualquier otra joven en un baile había estado demasiado preocupada por su propio vestido como para preocuparse por el del resto.

¿Cómo puedo descubrirlo? Porque tengo que hacerlo… cuanto antes.

Juliet tenía un enemigo, y debía descubrir la identidad de esa persona antes de que volviese a intentar incriminarla.

Elizabeth tuvo problemas para encontrar a la señora Bertram. La mujer era tan silenciosa como un ratón, y apenas salía de su alcoba más allá de las comidas. Además, era vital encontrarla en un sitio donde pudiesen estar solas, ya que para su próxima conversación —que, además, sería la primera—, era esencial que estuviesen a solas.

Elizabeth consiguió encontrarla cuando miró a través de una ventana y vio una figura delgada con un vestido lila cerca de los olmos. Se había imaginado que la señora Bertram sería alguien que preferiría quedarse en el interior, que le gustaba cabalgar, sí, pero que solía preferir permanecer dentro de casa, donde pudiese estar resguardada tanto del calor como del frío, demasiado frágil para salir

al exterior. Parecía que se había equivocado.

Tardó unos minutos en llegar hasta allí, pero a Elizabeth le encantaba caminar, sin importar la distancia; llegó hasta la señora Bertram fácilmente. Hizo ruido deliberadamente mientras se acercaba, pisando ramas y rozando hojas, para que Fanny Bertram no se sorprendiese al verla.

No lo hizo, aunque tampoco parecía encantada.

—Oh. Señora Darcy. No pensaba que usted… —Dejó la frase colgando, insegura sobre qué decir.

A Elizabeth se le daba mejor conversar.

—¿Que apreciaría el encanto de la naturaleza? Le aseguro que sí. Podemos dar un paseo juntas, a menos que lo considere una molestia.

—En absoluto. —El rostro de Fanny se iluminó, mucho más animada de lo que Elizabeth la había visto nunca—. La naturaleza nos ofrece el más puro de los consuelos, ¿no cree? Estoy segura de que nunca he estado más en calma que cuando estoy rodeada de árboles verdes y con el cielo azul sobre mi cabeza?

—Ciertamente. Es un consuelo que no nos puede robar nadie, excepto la lluvia, e incluso esa carencia es temporal. —Elizabeth intentó encontrar una buena forma en la que empezar a hablar, sin éxito, así que se limitó a ir al grano—. Señora Bertram, debo confesarle que encontré algo que le pertenece hace unos días y lo he… dañado irreparablemente.

La expresión de incredulidad de Fanny se transformó en miedo cuando Elizabeth le mostró el trozo de papel quemado.

—*Oh*. Oh, ¿dónde lo ha…?

—Quizás fuera mejor que no preguntase dónde lo he encontrado —respondió Elizabeth—. Así como las preguntas con respecto a su contenido.

Elizabeth había leído lo suficiente como para comprender por qué la tenía el señor Wickham. Eso era suficiente. Aunque su contenido fuese impactante, Elizabeth Darcy sabía de qué merecía la pena preocuparse y de qué no. El comportamiento de cierto William Price de la marina no debía preocuparla entonces ni nunca. Si su hermana quería protegerle, entonces no había motivos para no dejarla hacerlo.

Fanny seguía con dudas.

—No se lo ha dicho a nadie… ¿no lo contará?

—Nadie aparte de mí sabe de qué hablaba la carta, e incluso yo misma no lo sé todo —dijo Elizabeth—. Lo poco que leí no lo contaré. Eso se lo prometo.

—Gracias —murmuró Fanny. Le dio la mano a Elizabeth, sorprendiéndola con su fuerza—. Muchísimas gracias.

Elizabeth se alegró.

—Quería destruir todo tipo de pruebas, pero hice un trabajo horrible, como puede ver. Y me di cuenta de lo preocupada que debía estar usted, sin saber que la había destruido. Así que le traigo lo que queda y la verdad. Haga con ello lo que crea conveniente.

—Es una buena persona —dijo Fanny—. No pensé que fuese tan elegante. —Se calló de golpe, con los ojos bien abiertos por el horror de haber dicho aquello.

Por suerte para ambas, el ingenio de Elizabeth no se podía apagar con un comentario así.

—Después del espectáculo que di hace unas noches, ¡no me extraña que pensase que no tenía sentimientos! No me juzgue por aquello, por favor. Tenemos temperamentos muy diferentes, usted y yo, pero creo que nuestro carácter no difiere tanto.

—Ya lo veo. Nunca más lo olvidaré —prometió Fanny con una pequeña sonrisa.

Fanny nunca había estado tan agradecida con alguien como lo estaba ahora a Elizabeth Darcy. Le perdonó todos sus descaros y su agudo ingenio al instante. *No debería juzgar tan rápidamente*, pensó Fanny mientras corría de vuelta a la casa. *De ahora en adelante no asumiré que el comportamiento de alguien sea signo de una moral débil. ¿No dicen que las apariencias engañan?* Sin duda, la señora Darcy había sido increíblemente amable al haber leído aquello, saber lo que sabía y, aun así, responder con piedad.

Era una amabilidad que su marido no le había demostrado.

Nunca antes había tenido que pensar si perdonar o no a Edmund. Nunca había asumido que su propio sentido de lo que era correcto era

mejor que el de él. Nunca se había encontrado en una situación en la que no estuviesen de acuerdo y ella no estuviese dispuesta a dar su brazo a torcer.

Bueno. Edmund la había impulsado brevemente a aceptar que el señor Henry Crawford la cortejase, hacía cinco años. Él había tardado más tiempo en descifrar a los Crawford. Pero incluso entonces, había apoyado que fuese ella quien tomase sus propias decisiones.

Fanny no quería el perdón de Edmund ahora. No sentía que lo necesitase. Después de semanas sufriendo por William y dudando sobre lo que debía hacer, por fin estaba segura.

Por un momento recordó al señor Wickham en su última conversación, en la galería, poco antes de su muerte. Le había ofrecido su anillo, este lo había tomado, pero no le había devuelto nada más allá que su sello roto, que se había quedado en la carta de una de las muchas ocasiones en las que la había vuelto a sellar para proteger el secreto de William. Ni siquiera había conseguido agarrar el sello cuando este se lo había lanzado, y lo había perdido en la oscuridad. Aún recordaba la risa cruel del señor Wickham.

¿Era esa la última vez en la que se había reído, por malicia en vez de alegría? Triste epitafio para una vida, el más triste para el señor Wickham.

Mantenían el fuego encendido tenuemente en Donwell Abbey durante el día, al menos durante el verano, pero las brasas brillaban en la chimenea del dormitorio de Fanny y Edmund. Ella se arrodilló ante la lumbre y tiró lo último que quedaba de la carta de William, observando cómo se convertía en nada más que polvo y cenizas.

El señor Churchill regresó el lunes por la mañana, sombrío y formal.

—Me temo que debo hablar con la señorita Tilney —les dijo a los Knightley.

Antes de que sus anfitriones pudiesen objetar por ella, Jonathan intervino.

—Hace falta una conversación, sin duda, señor Churchill. Pero ambos queremos hablar con usted, juntos.

Churchill los miró sorprendido. Al igual que los Knightley. Y el capitán Wentworth, que acababa de bajar por las escaleras. Por suerte, el padre de Jonathan no estaba allí, sino, puede que se hubiese opuesto, evitando una conversación muy necesaria. Juliet Tilney dirigió a Jonathan una mirada que revelaba lo mucho que apreciaba ese gesto. Eso le llenó de un calor extraño…

—Está bien —dijo el señor Churchill—. Ambos, al estudio del señor Knightley. Acabemos con esto.

Sonó bastante brusco al decirlo. Jonathan no tenía ni idea de qué esperaba escuchar Frank Churchill viniendo de ellos. Lo que quiera que fuera, no era lo que le contaron.

—¿Investigar un asesinato? —Frank Churchill los miró como si le hubiesen contado que intentaban viajar a la luna—. ¿Sin ningún derecho? ¿Un joven que acaba de salir de la escuela y… y una *chica*?

—Teníamos que hacerlo —explicó Jonathan con seriedad—. Sus suposiciones iniciales sobre el caso eran erróneas. Temíamos que alguien del servicio o un gitano fuese condenado si es que no hacíamos algo.

La señorita Tilney miró a Jonathan de tal manera que, más tarde, se dio cuenta de que quizás esa no era la forma más delicada de plantear las cosas. Jonathan no solía tener mucho tacto, pero incluso él podía ver que era un problema.

Por suerte, Frank Churchill era un hombre amable.

—Me debería enfadar si es que no me hubiese dado cuenta ya de que no iba por el camino correcto. No, el asesino es uno de los invitados. ¿Pero qué les dio la idea de que podían descubrir todo esto por su cuenta?

—Disculpe, señor Churchill, pero creo que hemos descubierto algunas cosas que podrían resultar esclarecedoras —dijo la señorita Tilney.

Empezó a explicar todo lo que habían descubierto:

- Que George Knightley había firmado un aval por la deuda de su hermano, involucrando a su familia con la desgracia de John (un hecho que Emma Knightley no había sabido cuando Wickham murió).

- Que el señor Wickham había estado intentando chantajear a Fanny Bertram por el contenido de una carta robada que había sido destruida ya pero que había estado en la galería en la noche del asesinato, lo que se podía demostrar por el pedazo de sello de lacre.
- Que ambos Darcy habían salido de su dormitorio la noche del asesinato, aunque hubiesen dicho lo contrario (eso le dolió a Jonathan, aunque no lo contradijo).
- Que el señor Darcy había estado buscando información que hubiese podido darle un motivo para herir al señor Wickham pero que no había encontrado nada y, por lo tanto, tampoco tenía ningún motivo.
- Que una mujer (era imposible reducirlo más allá de eso) había dejado la paleta incriminatoria en el dormitorio de la señorita Tilney el día del baile en Medway Hall, como tapadera para ella o su marido, y que había dejado un pedazo rasgado de un trenzado dorado a sus espaldas.
- Y que el arma del crimen no era ningún mazo medieval sino el busto de Lord Nelson.

El señor Churchill dejó que le guiasen hasta el busto, que estudió con gran interés.

—Diré que puede que tengan razón en esto.

—Hemos encontrado el arma —dijo Jonathan—, y múltiples motivos. Pero seguimos sin saber la identidad del asesino.

—Debería decirles a ambos que dejasen de meterse en asuntos que no les incumben —dijo el señor Churchill—. Pero… no puedo negar que han descubierto muchas cosas. No a pesar de sus posiciones sino gracias a ellas. Todos tienen mucho cuidado conmigo, pero no con ustedes.

La señorita Tilney sonrió por primera vez desde que habían registrado su dormitorio.

—¿Entonces podemos seguir investigando?

Frank Churchill alzó una mano en señal de cautela.

—Sin carácter oficial, por supuesto. Y sobra decir que esto debe quedar entre nosotros tres. Cualquier cosa que descubran, cuéntenmela. Entonces actuará la justicia.

—Para que pueda arrestar al asesino —dijo Jonathan. Eso tenía sentido, lo que quiera que pasase después estaba fuera de su control o del de la señorita Tilney.

—Sí —dijo el señor Churchill—. Pero también es por su seguridad. El culpable ya ha matado una vez. Saber que ustedes están a punto de descubrirle podría ser motivo para volverlo a hacer.

Jonathan y la señorita Tilney se miraron. Él pudo ver el miedo en su mirada, pero también mucha más determinación.

—Confíe en nosotros —le dijo él al señor Churchill—. Acudiremos a usted cuando descubramos algo más.

—Que descubriremos —añadió ella.

Frank Churchill sonrió.

—¿Saben?, creo que así será.

Capítulo veintitrés

Por mucho que hubiese aprendido Juliet últimamente del arte del engaño, sabía que aún no era una experta. Por eso fue un alivio poder practicar su siguiente maniobra con un objetivo completamente consciente de ello y dispuesto.

—No es que *desee* adquirir práctica engañando —explicó Juliet a la paciente Elizabeth Darcy—. Pero en un caso como este…

—Discernir lo que es correcto y lo que no se vuelve más difícil —terminó Elizabeth por ella—. Sería fantástico poder pensar que la honestidad absoluta nos sirve en todo tipo de situaciones, pero por desgracia no siempre es así.

El interrogatorio de Jonathan a su madre con respecto a la carta quemada le había permitido comprender la investigación que tenían entre manos, y el papel de Jonathan y Juliet en ella. Juliet se preguntaba si el señor Darcy también le había informado a su mujer de su comportamiento pero, si lo había hecho, Elizabeth no parecía estar tan en contra. En cambio, cuando se acercaron a ella en busca de ayuda, ella había respondido de buen grado.

Parecía estar pensando por un momento, pero antes de que Juliet pudiese preguntarle, Elizabeth había vuelto a la normalidad.

—¿Recuerda todos los vestidos de la noche del baile? —dijo Juliet. La memoria de Elizabeth para ese tipo de detalles podía ser mejor que la suya; si recordaba el trenzado, entonces terminarían con eso rápidamente.

Pero Elizabeth negó.

—Me temo que el único vestido que recuerdo al detalle es el que llevaba una mujer de Highbury, y tan solo porque me parecía horrible.

Así que la memoria por sí sola no nos sirve. ¿Quizá pueda empezar pidiendo ver los vestidos y fijándose en los bordados? Es algo que le puede pedir a todas las damas.

Juliet pensó que eso podía parecer adulador, pero era la única alternativa si es que no quería meterse en habitaciones ajenas sin permiso. No tenía ninguna intención de volver a pasar por la misma vergüenza por la que había pasado durante el registro de Churchill al ser considerada una ladrona. Así que a adular se había dicho.

—Sí, será la manera más rápida.

—Muchas damas se apresurarían a mostrarle sus galas —dijo Elizabeth—, pero nuestra compañía es mucho más modesta y razonable. Aun así, dudo que nadie se niegue. Ciertamente yo no lo haré. —Hizo un gesto señalando su vestidor, dándole permiso.

Dudosa, Juliet empezó a observar las prendas cuidadosamente dobladas y colocadas en los estantes del vestidor de la señora Darcy. Sus vestidos parecían muy sencillos, lo que los hacía elegantes eran sus telas y la mano experta de los sastres que los habían confeccionado. Había algo de encaje en sus vestidos más elegantes, y lazos decorando otros, pero nada de trenzados, ni dorados de ningún tipo.

—Compruebe los sombreros y las cofias —sugirió Elizabeth—. Creo haber visto trenzados en algunas cofias, de hecho, yo tengo…

—Tiene. —Juliet tomó el turbante de terciopelo que había llevado la señora Darcy al baile de los Churchill—. Hay un trenzado pequeño en la base de la pluma. Pero es plateado, no dorado, y no está rasgado.

Elizabeth sonrió ampliamente.

—¡Entonces estoy libre de culpa! ¿No es algo increíble lo aliviados que nos sentimos al que nos declaren inocentes, incluso cuando nosotros mismos hemos sabido todo el tiempo que lo somos?

Juliet recordó el rubor de vergüenza que había sentido extendiéndose por sus mejillas cuando los alguaciles le presentaron la paleta que habían encontrado en su dormitorio.

—Espero poder saberlo pronto.

Elizabeth nunca había dudado que su hijo se casaría, lo atractivo que era y su herencia considerable serían suficiente. (De hecho, Caroline Bingley tenía una hija de dieciséis años a la quien le estaban enseñando a conseguir todo lo que su madre no había podido: convertirse en la señora de Pemberley). Pero al igual que Elizabeth había querido más para ella que una pareja por dinero, quería lo mismo para Jonathan. A veces se preguntaba cuál sería el mejor modo para que este conociese a una joven de tal modo de que ella le amase simplemente por quién era él, no por la riqueza que traía consigo.

Por muchas tácticas que hubiera ideado, nunca habría concebido que Jonathan cooperaría con una chica en una investigación de asesinato.

Allí, sentada en la biblioteca y con un libro entre manos cuyas páginas bien podrían haber estado en blanco para el caso que les había hecho, Elizabeth se detuvo a pensar. Sus fantasías se estaban apoderando de ella. *No debo comportarme como mi madre, emparejándole con cada candidata aceptable que se le acerque. Me dejaré en ridículo y no conseguiría nada. ¡A este paso terminaré enviando a Jonathan a montar a caballo bajo la lluvia esperando que se resfríe!*

Eso es lo que había hecho la señora Bennet con la hermana de Elizabeth, Jane, que había cogido un catarro terrible, tal y como esperaba la señora Bennet, y se había visto obligada a quedarse en la casa de Bingley, Netherfield, durante unos días hasta que tuviese fuerzas suficientes como para regresar. Elizabeth había ido a cuidar de ella, temiendo que las frías hermanas de Bingley no cuidasen bien de ella. Fue entonces cuando Elizabeth conoció mejor al señor Darcy, y aunque eso no cambió nada en lo que ella sentía, lo que él sentía se transformó por completo.

Pero… si Darcy no se hubiese interesado por ella en Netherfield, tampoco le habría propuesto matrimonio de manera tan desastrosa esa primera vez. Si no lo hubiese hecho tan mal entonces, ella nunca le habría reprendido por cómo había tratado a Jane. Si no le hubiese reprendido, entonces él no habría sido más cortés con ella después. Sin esa cortesía, nunca le habría confesado lo de la boda secreta de Wickham y Lydia. Y Lydia, Elizabeth, Jane y sus otras hermanas habrían quedado arruinadas. Ninguna se habría casado. Si nos

remontábamos al principio, lo que las había salvado de ese destino había sido… que Jane se había resfriado cabalgando.

Madre siempre había tenido razón. Pensó Elizabeth por primera vez en su vida. Una carcajada brotó en su interior y no la contuvo. El resto de los presentes en la biblioteca la miraron, pero nadie dijo nada. Darcy la miró más tiempo que nadie, y en su rostro pudo ver la sombra de una sonrisa. Le complacía su felicidad, como siempre había hecho.

A Elizabeth nunca se le había hecho fácil soportar la distancia entre ellos que se había acrecentado tras la muerte de Susannah. Pero ahora estaba dispuesta a asumir su parte de culpa. Darcy no era del todo inocente, pero no podía culparle por sus errores sin enfrentarse a los suyos propios. Si no lo hacía, se extendería el rencor y el enfado. Ellos eran capaces de hacerlo mejor.

—Usted siempre se viste tan bien, señora Knightley. —Juliet Tilney sonrió a Emma, toda ilusión y dulce disposición—. Quiero que me hagan mis vestidos parecidos a los suyos, ¿podría echarles un vistazo?

Esa era una petición extraña, pero no descortés, y Emma no vio motivos para negarse. Sin duda la joven necesitaba distraerse después del horrible descubrimiento de los alguaciles.

—Por supuesto. Venga a ver.

Emma llevó a la señorita Tilney hasta su dormitorio, agradeciendo que su vestidor estuviese a un costado y no estuviese obligada a mostrarle algo tan íntimo como su cama de matrimonio. *Aunque, pensó, después de todos los registros y nuestros paseos nocturnos, a todo el grupo le falta decoro*.

—Aquí estamos. ¿Hay algún vestido en particular que le gustaría ver?

—Me gustaría verlos todos, si puedo —respondió Juliet animada —. Su gusto es impecable, señora Knightley.

Algo que, en opinión de Emma, era innegable. ¿Y es que no había invitado a la joven con la esperanza de mostrarle más cosas del mundo, presentarle a más gente, más sofisticación? Sin duda, mejorar

su vestimenta sería un buen paso en el camino adecuado.

(No era que la señorita Tilney vistiese mal, simplemente que, al haber llegado a una edad casadera, sin duda le gustaría añadir alguna decoración más a sus prendas).

Juliet empezó a examinar los vestidos, halagando cada uno de ellos. Aunque no se saltó ni uno, Emma se dio cuenta de que se fijaba en los trajes más elegantes. Eso no la sorprendía. Una chica de esa edad llevaría con gusto un saco de patatas durante una semana si eso significaba que podría tener el vestido de sus sueños para una fiesta.

—Qué bonito cordón —dijo Juliet, tocando el terciopelo melocotón que había en uno de los vestidos viejos de Emma—. ¿Alguna vez utiliza trenzado dorado también?

Emma se encogió de hombros.

—Nunca me ha gustado demasiado. En mi opinión, el poco brillo que puede exhibir una dama debe proceder de sus joyas. Un trenzado brillante no puede distraer más que eso.

—Sabe qué, estoy de acuerdo. —Juliet salió del vestidor—. Me ha dado tantos ejemplos y me ha educado tanto en cuanto a vestidos, señora Knightley. Muchísimas gracias.

Qué chica más rara, pensó Emma justo después de que Juliet se hubiese marchado. No era una asesina, nunca creería eso, hubiesen encontrado la paleta o no en su dormitorio, pero era rara. De nuevo, ¿quién podría culparla por admirar a Emma Knightley?

Ciertamente Emma no.

Edmund nunca había visitado la capilla de Donwell Abbey a solas, pero esa tarde lo hizo. Había hablado tan libremente de la voluntad de Dios; lo mejor sería que estuviese completamente seguro de ello antes de volver a hablar con Fanny. Sus plegarias duraron lo suficiente como para que los últimos rayos de sol se filtrasen por las vidrieras, reflejándose en el muro.

En ese instante abrió los ojos, decidido, y como si fuese una señal del cielo, la puerta de la capilla crujió. Edmund volvió la vista a su espalda para ver cómo Fanny entraba para su propia devoción. Estaba

sorprendida por verle allí, y no era una sorpresa agradable, al parecer.

—Fanny —dijo, alzándose—. Perdóname. No pensé que fueses a venir hoy. Por favor no dejes que te moleste.

—Eso sería tan poco propio de ti. Sin duda aún podemos rezar juntos, ¿no?

—Siempre, mi querida Fanny. —Entonces Edmund se acercó a ella —. Debemos hablar de nuevo de tu hermano.

Ella se quedó blanca pero alzó la barbilla, decidida a mantener su postura. ¿La había visto alguna vez tan decidida?

—No abandonaré a William. Ni siquiera por ti.

—Yo no te lo pediré.

Fanny le miró tan sorprendida por escucharle decir aquello como Edmund habría estado al decirlo en voz alta unos días antes. Había tenido que rezar y pensar mucho para llegar a esa decisión, una a la que Fanny había llegado justo tras leer la carta de William.

—No puedo condenar el comportamiento de William —continuó —. Pero tampoco puedo defender las leyes individuales de Dios sin honrar el espíritu que las sustenta. La religión debe respaldar los vínculos de la familia y el amor, en vez de ir en su contra, si quiere simbolizar el amor de Dios por el hombre. Algunos deben abandonar a sus familiares pecadores para su propia paz y para evitar corromperse por su influencia. Pero tú, Fanny, si tú has hecho las paces con los actos de William, tu buen corazón es casi incorruptible como ningún alma en la tierra puede serlo. Siempre que desees que William permanezca en tu vida, que así sea.

La mirada de Fanny se iluminó esperanzada, pero no estaba del todo segura.

—Deseo que siga en mi vida. Siempre lo he querido. No es algo que se pueda discutir, así que si piensas…

—No, Fanny. Ya te he hablado demasiado de este tema.

—¿Y puedo visitar a William cuando atraque en un puerto?

—Por supuesto que sí.

Ella respiró profundamente.

—¿Será bienvenido en nuestra casa?

Eso era difícil de aceptar. Pero Edmund había permitido que su hermana María les visitase el año pasado y ¿es que sus pecados eran

menos atroces? El amor debía conquistarlo todo.

—Lo que tú quieras.

Su esposa le rodeó el cuello con los brazos y Edmund la abrazó con fuerza.

—He rezado y rezado porque al final estuvieses de acuerdo tanto… pero nunca habría soñado…

—¿Qué podría hallar suficiente humildad para ello? No te culpo. —Porque la humildad era el centro de todo: el reconocimiento de uno mismo como pecador, y la voluntad de entregarse ante el juicio final —. Además, el Nuevo Testamento deja claro que el sacrificio de Cristo deroga algunos de los principios más estrictos de los Antiguos, ¿verdad?

Fanny le sonreía ampliamente, con lágrimas de alegría en su mirada.

—El perdón no es lo contrario de la fe. No puede serlo.

Edmund nunca se había sentido tan agradecido de la adoración de su mujer, de la pureza de su corazón.

—Quizás deberías ser tú el vicario y yo el feligrés, listo para aprender.

—Oh, Edmund, todos somos alumnos del Señor.

La señora Knightley vestía muy bien, y la señora Darcy mejor. Ambas seguían la moda a una distancia prudencial, sin parecer nunca anticuadas o pasadas de moda, y siempre con los mejores tejidos. Marianne Brandon, cuyas prendas de casada apenas tenían un año, iba a la última, y por eso Juliet había decidido dejarla en último lugar, mejor poder pasar más tiempo admirando sus vestidos. Eso significaba que sus próximos objetivos eran dos mujeres a las que no les importaba demasiado la vestimenta.

Fanny Bertram sería la más difícil, juzgó Juliet, así que probó suerte primero con Anne Wentworth.

—Es muy amable por su parte que admire mis prendas —dijo Anne, en un tono que intentaba no sonar incrédulo—. Pero, sí, claro, puede echarles un vistazo.

—Gracias. —Juliet se volvió a sentir un tanto avergonzada de aprovecharse de la confianza del resto, especialmente en ese momento, cuando el registro de los alguaciles había puesto en entredicho que ella fuese de confianza. Pero tenía el permiso del magistrado para seguir adelante, lo que era más bien como si te pidieran que hicieses cumplir la ley, si uno lo miraba de ese modo, aunque le estaba costando creérselo.

Los vestidos de Anne Wentworth, aunque no eran tan elegantes como los de las dos primeras damas, seguían estando muy bien hechos. Juliet pasó la mano por un pelele verde esmeralda hecho de un tejido mucho más grueso de lo que sería necesario llevar en verano.

—Este es precioso, ¿pero no será demasiado caluroso?

—Lo es, pero es mi favorito, así que siempre lo llevo conmigo esperando que surja una ocasión en la que ponérmelo. —La sonrisa de Anne parecía arrepentida—. Me lo suelo poner cuando estamos en la costa, o en el mar, ya que en el océano hace mucho frío.

—Me olvido de que ha estado en el mar. Debe de haber sido maravilloso ver tanto mundo. Yo nunca me he alejado tanto de casa como ahora.

—Es un privilegio poco común para una dama —aceptó Anne—, y uno del que estoy orgullosa. Aunque mi orgullo viene de ser la esposa del capitán, de saber que cuidarle ayuda a que él sirva mejor a nuestro reino. Esa es la vida en la Marina Real. —Dudó, aunque luego siguió hablando, con una sonrisa mucho más ancha—. Puede que volvamos al mar después de todo. Quizás en unos meses. No me importaría visitar las Indias. Al menos, no me importaría ver todas las maravillas de las que me han hablado. Pero aparentemente la esclavitud es algo normal allí, y ver ese tipo de crueldades será muy difícil. Aunque prefiero saber la verdad, para hablar con más fundamento en su contra.

La familia de Juliet también era antiesclavista; su padre incluso había tratado varias veces con William Wilberforce. Así que en cualquier otro momento se habría quedado hablando alegremente con Anne Wentworth sobre el tema y seguramente habría aprendido muchas cosas.

Pero Juliet no le preguntó, porque había dejado de prestar atención en cuando Anne había mencionado a la «Marina Real».

No solo los vestidos de las damas tienen detalles en trenzados dorados. También los uniformes militares. ¡Y tanto el coronel Brandon como el capitán Wentworth han traído sus casacas! Ambos las llevaban puestas en el baile de los Churchill, la noche en la que alguien entró en mi dormitorio…

—Discúlpeme —dijo Juliet—. Acabo de recordar que… debo irme. ¡Pero muchísimas gracias!

Anne frunció el ceño confundida viendo cómo la chica se marchaba a la carrera.

A Jonathan le habían convencido de jugar una partida nocturna de brisca, algo que estaban lamentando enormemente el resto de los jugadores.

—No puede saber las cartas que tenemos tras solo una ronda —protestó el capitán Wentworth mientras Jonathan hacía un truco más—. Es imposible.

—A mí me parece obvio —dijo Jonathan. Los números y las probabilidades siempre se le habían dado bien. Con esa ventaja, en cuanto uno entendía las reglas de la brisca, y si los otros jugadores eran competentes, la ronda inicial era la clave—. Cuando era joven, no comprendía que los demás *no* lo sabían.

Emma Knightley parecía enfadada, aunque exageraba su expresión para dejar claro que se estaba divirtiendo.

—Creería que es un fanfarrón, joven Darcy, si no fuese por el hecho de que nos ha vuelto a ganar.

El compañero de Jonathan, el señor Knightley, empezó a barajar para la siguiente ronda.

—Como su triunfo también es el mío, debería alegrarme de su astucia. Pero me siento humillado por lo mucho que aún me queda por aprender.

Ese tipo de reacciones era lo normal cuando Jonathan jugaba a las cartas, por eso jugaba poco. Nunca estaba seguro de si aquellos en la

mesa se lo estaban pasando bien o estaban escondiendo su frustración. Al menos en este momento no se estaban jugando nada de dinero. Jonathan había cometido el grave error una vez de ganar cincuenta libras en el colegio, lo que le había convertido en una especie de paria social desde entonces.

En la entrada pudo ver a Juliet Tilney, que abrió los ojos de par en par y le hizo un gesto, claramente ansiosa por hablar con él. Jonathan no lamentaba tener que irse.

—Me temo que debo dejar pasar la siguiente ronda. Si alguien pudiese liberarme y tomar mi lugar…

—Yo lo haré —dijo su padre, quien por suerte no había visto a la señorita Tilney en la puerta a su espalda. Al señor Darcy no le gustaban demasiado los juegos de cartas, pero podía jugar lo suficientemente bien como para quedar cuarto en cualquier evento social.

—Entonces *todos* nos sentimos liberados. —El juego de palabras del señor Knightley hizo sonreír a su mujer, que le dio una palmada divertida en el brazo. Jonathan no corrió a encontrarse con la señorita Tilney. No necesitaban hablar para que él supiese que le estaría esperando en la sala de billar.

O casi, estaba justo en la puerta de la sala cuando él la alcanzó. Estaba tan emocionada que no esperó a que estuviesen dentro para murmurar.

—Hay otra respuesta para lo del trenzado, una que no había considerado antes…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jonathan.

—Uniformes militares. —Jonathan supo la verdad al momento, pero la señorita Tilney siguió hablando—. ¡Tanto las casacas del ejército como de la marina están adornadas con trenzado dorado!

—El capitán Wentworth —dijo Jonathan. Había estado entre sus principales sospechosos desde el principio—. Claro que también tenemos que considerar al coronel…

—Pero tiene razón —le interrumpió Juliet—. Brandon no tenía ningún motivo para confesar que conocía a Wickham. Sin duda no lo habría confesado si hubiese sido el culpable. Mientras que Wentworth… su temperamento, su odio profundo hacia Wickham,

incluso la forma en la que habla del asesinato… todo le apunta a él.

Jonathan asintió.

—Entonces debo encontrar un modo de volver a ver la casaca del capitán Wentworth. —Pretender que la admiraba no le serviría—. O se lo podemos explicar al señor Churchill para que él pida ver…

—Eso no será necesario —dijo la voz grave de un hombre.

Ambos se volvieron para ver al coronel Brandon de pie a unos pasos de ellos, con las manos unidas tras la espalda. Su rostro, que nunca había sido demasiado expresivo, estaba completamente ilegible.

—El señor Churchill puede ver mi casaca si quiere —continuó el coronel—, pero no viene al caso. No seguiré con este engaño. Me disculpo por haber llegado tan lejos.

Juliet sacudió la cabeza como si no pudiese creérselo.

—¿Qué quiere decir?

—Que soy culpable y debo afrontar mi castigo —dijo el coronel Brandon—. Yo fui quien asesinó al señor Wickham.

Capítulo veinticuatro

Una cosa es sospechar algo y otra muy distinta que te confirmen tus sospechas. Juliet tan solo había estado ilusionada por tener una nueva pista que investigar cuando se había reunido con Jonathan Darcy, pero ahora, con el coronel Brandon ante ellos, un asesino confeso, sentía mil cosas distintas: miedo, sorpresa, arrepentimiento, incluso vergüenza, como si, de algún modo, su búsqueda del asesino fuese lo que lo hubiese convertido en un asesino. Tonterías, y aun así, no podía disipar el terror que sentía. No podía ni moverse. Tan solo podía mirar fijamente al coronel Brandon, que seguía pálido e impasible como una estatua de mármol.

Por suerte, Jonathan estaba más calmado.

—Creo, señor, que lo mejor sería que repitiese su confesión ante nuestros anfitriones.

El coronel Brandon asintió con rigidez.

—Por supuesto. Creo que el señor Knightley está jugando a las cartas.

Así era, aunque rápidamente los acompañó a su estudio para escuchar lo que tenían que decir. Juliet estaba de pie junto a Jonathan Darcy, observando mientras Brandon repetía textualmente lo mismo que les había dicho antes. El señor Knightley empalideció, hasta que parecía tan horrorizado como lo había estado la noche del asesinato.

Knightley no dijo nada al principio. Después se inclinó y tiró de la cuerda de una campana. Cuando apareció un sirviente tras ellos en el umbral de la puerta, Knightley por fin acertó a hablar de nuevo.

—Envíe a alguien a la villa inmediatamente, a Tom, por ejemplo. Quien quiera que esté listo para partir de inmediato y a toda

velocidad. —Su mirada nunca se apartó de Brandon—. Traiga al señor Churchill aquí de inmediato… y hágale saber que debe venir con sus alguaciles.

Ninguno abandonó el estudio; nadie sabía qué decir. Tras unos segundos de silencio tenso, Knightley señaló la silla.

—Tome asiento. Yo apenas puedo mantenerme en pie.

—Gracias —dijo el coronel Brandon, tan educado como siempre. (¿Pero era posible que alguien fuese *educado* y un asesino al mismo tiempo? ¿Qué era más *maleducado* que asesinar a alguien? Juliet no lo sabía)—. Perdóneme por estos días de suspense, señor Knightley. Debería haber acudido a usted inmediatamente.

—Sí, debería —respondió Knightley—. Al menos ahora podemos hacer lo correcto.

El joven Darcy cruzó la sala y Juliet le siguió. Se quedó de pie en un rincón, volviéndose todo lo invisible posible, para que nadie pudiese decirle lo que podía o no escuchar una dama. Darcy, más seguro de que no le dirían nada, se quedó en medio del estudio. ¿Por qué se había movido? Entonces Juliet se dio cuenta de que ya no bloqueaba el camino hacia la puerta. Era un pequeño acto de cortesía por su parte, mostrándole al coronel Brandon que aún confiaban en él lo suficiente como para que nadie le impidiese físicamente huir. Pensaba que descubrir que alguien era un asesino terminaría con la confianza que tenían por esa persona, pero una confesión tenía que valer algo. Brandon nunca intentó huir.

Frank Churchill llegó más rápido de lo que era posible.

—Estaba de camino —explicó a la carrera, entregándole su sombrero al sirviente—. Tom me encontró a medio camino. ¿Supongo que es usted, entonces, coronel Brandon?

—Sí —respondió el coronel Brandon—. Soy culpable y acepto mi destino.

Todos intercambiaron miradas. Churchill fue quien rompió el silencio.

—Cuéntenos qué pasó.

—Supongo que recuerda lo que le conté cuando hablamos por primera vez —dijo el coronel Brandon.

Jonathan lo recordaba bien, y eso hizo que le surgiese una pregunta. Pero obviamente no era un buen momento para que la formulase.

Podía ver el perfil de coronel, y había algo en su rostro que no terminaba de encajar, pero si Jonathan lo estaba interpretando bien, no había ira o vergüenza en su expresión, sino una especie de ternura que aumentaba a medida que Brandon seguía hablando.

—Mi Eliza murió hace muchos años. Antes de que supiese el papel que había desempeñado George Wickham en su vida; en el pasado incluso le busqué, no enfadado, sino esperando que quisiese conocer a su hija. Parecía haber quedado tan atrás esa época hasta que llegó a Donwell Abbey. Cuando descubrí quién era, mi ira regresó como… como si Eliza hubiese muerto ayer. Me dije que no era bueno revivir el pasado. Mi nueva esposa se merece algo mejor. —Brandon se detuvo, quizá reuniendo fuerzas—. Pero al final, todo volvía hacia lo que habría querido su hija. Si se reunía con su padre, ella y su hijo podrían vivir mucho mejor. Así que decidí hablarle de ello a Wickham, solo por ese motivo.

—¿Pasada la medianoche? —preguntó Frank Churchill—. ¿En la galería?

El coronel Brandon bajó la cabeza, esforzándose por responder.

—No puedo explicarlo. Si nos hubiésemos reunido de día, puede que esto no hubiese ocurrido.

—¿Qué pasó? —El señor Churchill volvió a mojar su pluma en el tintero del señor Knightley, escribiendo los detalles de su confesión.

—Nos reunimos —dijo Brandon—. Hablamos. Él apenas recordaba a Eliza, una mujer que le había amado, que había dado a luz a su hija, ¡que había perdido la vida por su culpa! Esto, Wickham lo había olvidado como si no hubiese sido nada. Cuando le hablé de su hija, dijo que esa niña podría haber sido de cualquiera e insinuó que Eliza había tenido mala reputación. Eso me indignó. Actué sin pensar y cometí un grave error. Lo correcto es que pague por ello.

Todos intercambiaron miradas. La pena para el asesinato era la muerte. El coronel Brandon se acababa de condenar a la horca.

Esto no puede estar pasando, pensó Marianne. *No puede.*

Se sentía febril, histérica, casi trastornada. Marianne no se había sentido más lejos de su yo racional desde esos primeros días después de que Willoughby la hubiese dejado dos años antes. Aunque sabía que no debería hacerlo, no podía dejar de *sentir* que si lo deseaba con todas sus fuerzas, con las palabras adecuadas, podría hacer que nada de esto hubiese pasado. Comprendía por qué la gente había creído alguna vez en la brujería: cómo podían creer que un dolor y un miedo tan poderoso pudiesen darle poder a las palabras y pensamientos de uno, incluso podían remodelar el mundo entero.

Pero no creemos en las brujas, se imaginó que le diría su hermana Elinor. Habría agradecido poseer su misma fría racionalidad. Marianne no conseguía pensar, estaba lejos —quizás para siempre— de la única persona de su vida que la animaba a dejar de lado a su yo más salvaje y menos decente.

—Él no debería habérselo contado —susurró Marianne mientras se sentaba en su alcoba, con un pañuelo empapado de lágrimas contra su rostro—. Si tan solo hubiese hablado antes conmigo… le podría haber detenido, sé que habría podido…

En cambio, la noticia de la confesión del coronel Brandon se estaba extendiendo por Donwell Abbey. El servicio que debería haber ido a su dormitorio la había dejado completamente sola. ¿Cómo reaccionaría el resto de los invitados? ¿Nadie defendería a Brandon? ¿Pero por qué defendería alguien a un asesino confeso?

—Que George Wickham se vaya al infierno —murmuró, un poco tarde, ya que el destino de Wickham en el más allá probablemente ya estaba decidido para ese entonces. Sin embargo, si quedaba cualquier duda, deseó que Dios la escuchase y decidiese enviarle al infierno.

Su querido marido pronto estaría muerto también.

No dejaré que eso suceda, pensó Marianne. *Puedo hacer como si esto nunca hubiese ocurrido.*

Tal y como Marianne había adivinado, el rumor se había extendido por Donwell Abbey a una velocidad alarmarte. Una noticia como esta no se podía anunciar ante todo el mundo, pero si era tan impactante como en este caso, encontraba un modo de hacerse saber.

—¿El coronel Brandon? —Anne se dejó caer sobre el asiento—. No puede ser.

—A mí también me cuesta creerlo, aunque tampoco lo hubiera pensado de cualquiera de nosotros. —El capitán Wentworth llevaba mejor la noticia—. Pero es un oficial del ejército, uno que ha visto el clamor de la batalla. Me temo que le comprendo, aunque sea difícil quitar una vida la primera vez, incluso cuando esa vida pertenece a un enemigo de la Corona, el acto se vuelve más sencillo con el tiempo. Quizás, para Brandon se volvió demasiado fácil.

—Pero seguro que él no podría… —Anne se calló—. ¿Debería ir a ver a su mujer? No, aún no, es muy pronto. Pero iré a verla esta noche para quedarme con ella, si te parece bien.

—No esperaría menos de tu buen corazón.

Fanny y Edmund Bertram se habían enterado de a noticia juntos. Animados por su fe como por su recién descubierta confianza mutua, eran más optimistas que el resto.

—Debemos rezar por la señora Brandon —dijo Edmund—. Debe estar terriblemente consternada. Algunos querrán castigarla por asociación, pero eso es anticristiano. Sí, debemos rezar por ella de inmediato.

—También por el coronel Brandon. —La mirada clara de Fanny nunca había parecido estar tan segura—. Necesita el amor y el perdón de Dios más que nunca.

¿Siempre le tendría que recordar que la fe requería piedad? Fanny decidió que no importaba, si Edmund siempre se lo tomaba tan bien como entonces. Él asintió firmemente y le tendió su brazo.

—Vayamos a la capilla. Esta noche, si la señora Brandon quiere, puede unirse a nosotros. Hasta que tenga fuerzas para rezar, lo haremos por ella.

—¡Bueno! —dijo Emma—. No me lo puedo creer.

Knightley asintió. Estaba sentado ante su escritorio, más apenado por el asesino que lo que había estado por la víctima.

—Yo tampoco. Brandon no parecía el tipo de hombre…

—¡Que asesinase a alguien en la casa de otra persona! —Emma alzó los brazos sobre su cabeza—. ¡Es el colmo de la descortesía! ¿Te lo imaginas?

Su marido tardó un momento en responder.

—¿Pensarías que sería menos despreciable si hubiese cometido el asesinato en su propia casa?

—Seguiría yendo en contra de los mandamientos de Dios —insistió Emma—, pero al menos no haría que el resto le temiese o sospechase de él. Eso es peor, ¿verdad?

—Por poco. —Knightley la miró sorprendido—. Lo que dices no va en serio.

—No, claro que no. —Pocos veían el lado sombrío de Emma Knightley, pero ahora había salido a relucir—. Es algo trivial. En estos momentos, es tentador fijarse en las nimiedades porque las podemos entender. El asesinato, en cambio, no.

Jonathan Darcy había estado entre los primeros que habían escuchado la confesión, pero aún no la había aceptado. La confesión del coronel Brandon había sido minuciosa, y la había hecho sabiendo que confesando se condenaba a la horca. ¿Eso no era prueba suficiente para saber que estaba diciendo la verdad? Ciertamente sus motivos tenían sentido, era algo que Juliet Tilney y Jonathan habían considerado bastante.

Pero había algo que le preocupaba y que no le permitía creerlo de verdad.

El señor Churchill no sabía nada de la relación del coronel Brandon con el señor Wickham hasta que Brandon lo confesó justo después del asesinato.

¿Pero por qué confesarlo si intentaba esconder el crimen?

—Debería sentirme más apenada —dijo Elizabeth. Darcy y ella

estaban juntos en la biblioteca, solos; todos los huéspedes de Donwell Abbey habían ido a buscar un sitio tranquilo donde poder enfrentarse a la noticia—. Sin importar lo que fuese Wickham, seguía siendo el marido de Lydia y el padre de Susannah. A veces podía entreverla en sus rasgos. Antes siempre intentaba negar el parecido. Ahora me arrepiento de haberla podido entrever alguna vez en su rostro, aunque solo fuese un instante.

La copia de *Sir Charles Grandison* quedó olvidada en su regazo.

—Yo debería sentirme menos apenado de lo que lo estoy —admitió—. Desde la muerte de Wickham he estado pensando en él como hacía muchos años que no pensaba, como el amigo de mi niñez. Hubo un tiempo en el que era igual de ingenioso y encantador como antes de morir, pero que seguía siendo amable. Un tiempo en el que George Wickham se podría haber convertido en un hombre muy distinto, y aun así no puedo evitar preguntarme cómo podrían haber cambiado las cosas. Podría haberlo cambiado todo, para todos nosotros, incluso para Susannah, si es que hubiese sido mejor persona.

Elizabeth se sorprendió ante sus palabras, no solo por lo que decía, sino por su naturaleza. Su marido nunca le había hablado tan abiertamente desde la muerte de Susannah. Ya era hora para que ella también fuese sincera.

Me dijiste que tenía que abrirme a mi marido, Mary, pensó, como si se lo dijese a su hermana. *Al fin hago caso a uno de tus consejos. Cuando te lo cuente, espero que no te mueras de la sorpresa.*

—Había pensado… —A Elizabeth se le quebró la voz. Inspiró hondo y volvió a empezar—. Había creído que no llorabas a Susannah tanto como yo.

Su mirada dolida fue prueba suficiente para que desease no haberlo dicho nunca.

—¿Cómo pudiste pensar eso?

—Nunca lloraste —dijo—. Nunca perdiste tu corazón. Seguiste como si nada hubiese pasado. No sabía cómo podías hacerlo. Aún no lo sé.

—Tenía que seguir. Pemberley me necesitaba. Nuestra familia, tú necesitabas que fuese fuerte. Si no todo se habría derrumbado.

Los ojos de Elizabeth se anegaron de lágrimas.

—Necesitaba que fueses fuerte. Pero también necesitaba que me consolases. Me sentí como si estuviese sufriendo sola, que nadie podía entenderlo, ni siquiera nuestros hijos.

—Nunca estuviste sola. —Las manos de Darcy cubrieron las suyas —. Perdóname si te abandoné…

—Perdóname si no te entendí.

Aunque estaban solos, seguían estando en una sala pública, y a pesar de lo que sentían, los Darcy tardaron varios segundos en rendirse a la necesidad de abrazarse. Elizabeth apoyó la cabeza en el hombro de su marido, respiró su esencia, y por primera vez en ocho meses sintió cómo su corazón pesaba un poco menos.

—Nunca debería haberla dejado marchar. —Elizabeth nunca había escuchado la voz de Darcy temblar tanto—. Tenías razón, debería haber prohibido el viaje, decirle a Wickham que nos denunciase y al infierno con…

—No, no, no. —Le besó las mejillas, la frente—. El doctor dijo que podía viajar. Tú solo querías terminar con ello, para que Wickham le permitiese volver con nosotros más rápido. No podías saber lo que pasaría. Ninguno podía.

—Pero lo permití, y por eso Susannah está muerta.

Elizabeth negó.

—Susannah murió por una fiebre pútrida. Por eso y nada más. Ya es lo suficientemente malo sin tener que culpar a nadie.

Darcy la observó con dulzura.

—Solía desear haberte podido dar una hija. Entonces empecé a pensar que quizás era mejor dejarlo todo como estaba, porque si hubiésemos tenido una niña nuestra, probablemente no habríamos acogido a Susannah tan rápido. Incluso con todo el dolor que sentimos cuando se murió, no cambiaría ni un día con ella.

Elizabeth ahogó un sollozo.

—Yo tampoco. Ni un solo día.

Tal vez sea mejor dejarles aquí, en la intimidad de sus sentimientos. Basta con saber que la distancia entre ellos, por fin, ya no estaba. No era el último malentendido que tendrían los Darcy, eran demasiado distintos como para estar perfectamente en paz, pero nunca se volverían a alejar del otro.

Jonathan decidió que tenía que plantearle su duda a Frank Churchill. Probablemente había algún tipo de solución, una que todo el mundo podía ver menos él.

Cuando buscó al señor Churchill, sin embargo, se lo encontró frente a la casa hablando con sus alguaciles. La carreta de la prisión estaba frente a Donwell Abbey, un espectáculo sorprendente e insondable, con barrotes esperando a llevar a un prisionero a la cárcel y después a la muerte.

—¿Señor Churchill? —empezó Jonathan—. ¿Podría hablar con usted?

—No tengo tiempo, chico. —Frank Churchill miró a su espalda, hacia la entrada, donde pudo ver a los demás salir de la casa.

El coronel Brandon estaba junto al señor Knightley, que le guiaba a lo largo del camino en lo que probablemente era el deber más extraño de un anfitrión. Brandon estaba pálido pero no se encogió, ni siquiera cuando los alguaciles fueron a su encuentro con las esposas en la mano.

—¿Son necesarias? —dijo Knightley señalándolas—. No puede creer que se vaya a escapar o que vaya a hacer daño a nadie más.

El señor Churchill les hizo un gesto a los alguaciles para que diesen un paso atrás.

—Supongo que no. Sin importar lo que sea el coronel Brandon, sigue siendo un caballero y debemos tratarle como tal.

—Gracias. —Brandon inclinó la cabeza y caminó hacia la carreta, tan solo para detenerse cuando alguien gritó desde la entrada.

—¡Esperen! —Juliet Tilney bajó a la carrera—. Discúlpeme, señor Churchill, pero hay algo que necesito preguntarle al coronel Brandon.

—¿Qué le queda por preguntar? —El señor Churchill parecía más desconcertado que molesto—. ¿Qué preguntas le podrían quedar por hacer?

Quizás no conseguía imaginarse qué más se podía preguntar tras una confesión así. Pero Jonathan sí. Y la señorita Tilney, de nuevo, estaba de acuerdo con él. ¿Es que había aprendido a ver el mundo como él, o es que él ahora podía verlo como ella?

—Solo una —dijo Jonathan—. Pero es importante.

Dejó que fuese la señorita Tilney quien formulase la pregunta.

—Señor Churchill, tiene que preguntarle al coronel Brandon con qué arma cometió el crimen.

—Maldita sea, ya sé con qué arma, gracias a vosotros dos… —Debían de haber pillado a Frank Churchill con la guardia baja como para que dijese *maldita* rodeado de gente.

—Sí, lo sabe, y nosotros también —dijo Jonathan—. La pregunta es, ¿y el coronel Brandon? Si de verdad es el asesino, debe saberlo.

Como de pasada, esperando la respuesta obvia, el señor Churchill hizo la pregunta.

—Muy bien. Coronel Brandon, ¿qué arma usó para asesinar al señor Wickham?

—Yo… —Brandon abrió los ojos de par en par, sorprendido—. El mazo de la armería, usted mismo lo dijo.

Frank Churchill se quedó clavado en su sitio. Jonathan compartió una mirada con la señorita Tilney. ¿Por qué un hombre confesaría un crimen que no había cometido?

En ese instante, desde el interior de la casa, alguien gritó.

—¡No! ¡Esperen, paren!

Marianne Brandon salió corriendo, sin ninguna cofia puesta, con mechones escapándose de su moño y las mejillas sonrojadas y surcadas de lágrimas. Knightley fue hacia ella y la detuvo antes de que pudiese lanzarse sobre su marido.

—Señora Brandon, sé que esto es duro pero… debe hacerse justicia.

—Sí, debe.

—Marianne. —Brandon negó lentamente mirándola—. Por favor, no lo hagas.

—Tengo que hacerlo. Debe hacerse justicia y no se hará si se lleva a mi marido a la cárcel. ¡Es inocente!

—Marianne —repitió Brandon más alto. Ella no le miró. El resto sí, observando desde las ventanas o desde la entrada; incluso los Bertram que estaban volviendo de la capilla presenciaron toda la escena.

Frank Churchill miró fijamente a la señora Brandon.

—Hay motivos para dudar de la culpabilidad de su marido, pero

ninguno que él haya dicho, ya que ha confesado el crimen.

—Miente —dijo Marianne—. Está mintiendo para protegerme. Porque yo… yo…

Jonathan dio un paso atrás. Había considerado esa posibilidad pero nunca en serio, y ahora lo entendía todo, estaba tan claro como si hubiese sido testigo del asesinato.

—Fui yo —terminó Marianne—. Yo asesiné al señor Wickham.

—Mentira. —La voz de Brandon estaba más afilada que nunca—. Tan solo es una niña. No puede creerle, señor Churchill.

—Ya no sé qué creer —dijo este, pasando la vista de uno a otro.

Entonces la señorita Tilney intervino.

—Pregúntele a la señora Brandon qué usaron para matar al señor Wickham. El coronel no lo sabe, pero si ella es la culpable, entonces lo sabrá.

Marianne dio un paso adelante, tendiendo sus muñecas a los alguaciles.

—Un busto de la galería. De Lord Nelson, creo, aunque es difícil de saberlo con certeza en la oscuridad.

Jonathan y la señorita Tilney compartieron una mirada de dolor. Pocas veces se habían sentido tan tristes por tener razón.

Capítulo veinticinco

El salón de una casa es el escenario tradicional para numerosas interacciones sociales. Aunque rara vez acoge una confesión de asesinato. Sin embargo, ese día, el de Donwell Abbey se prestó a tal escena.

Marianne sabía que todo el grupo se había reunido a su alrededor, el señor Bertram mirándola como si no lo pudiese creer, la señora Wentworth proyectando toda su amabilidad, pero no importaba. Ninguno importaba. Su vida había acabado, sacrificada por su preciada sensibilidad. Nunca antes había deseado tener una mente más fría. Pero lo hecho, hecho estaba. Su marido no moriría por su crimen. Eso era lo único por lo que Marianne podía preocuparse.

Juliet Tilney le tomó amablemente la mano y la dirigió hacia uno de los sillones. Marianne no se dio cuenta de que se estaba aferrando a los dedos de la joven con fuerza hasta que Juliet tomó asiento a su lado en vez de marcharse. El pequeño contacto la ayudaba, y Marianne estaba agradecida, pues la única otra fuente de consuelo que podría haber esperado era la mirada de su marido, y eso parecía atormentarla más que consolarla.

El señor Knightley se sentó frente a ella. Echando un vistazo a la habitación antes de empezar a hablar.

—Tal vez… fuese más sencillo para la dama si esto no se llevase a cabo en público…

Los otros empezaron a marcharse antes de que Marianne les interrumpiese.

—No. Por favor, los que quieran quedarse, quédense. He ocultado la verdad demasiado tiempo. Todos han soportado que sospechen de

ustedes por mi culpa. Se merecen saberlo.

¿Entendían lo mucho que ella quería que se quedasen? Puede que sí, porque nadie se marchó. Aunque a Marianne no le gustase hablar de un tema tan personal y vergonzoso delante de tanta gente, estaba decidida a arreglar todo lo que pudiese antes de que su vida llegase a su fin.

—Señora Brandon —dijo el señor Knightley—, por favor cuéntenos lo que pasó.

Marianne encontró las palabras lentamente, después en un torrente, como una cascada helada que se descongela al llegar la primavera.

—Nunca había visto a George Wickham antes de que llegase a Donwell Abbey. Mi marido tampoco. Pero había algo que nos unía a él, como todos saben, debido a la inmensa crueldad de Wickham hacia una mujer de la que mi esposo había estado enamorado hace mucho tiempo. Mi marido quería enfrentarse al señor Wickham para decirle que… que había algo que debía saber.

—Saben lo de la niña —dijo Brandon en voz baja.

Al menos ella no tenía que hablar de *eso.* Un pequeño consuelo.

—Le rogué que no hablase con Wickham. Todo lo que sabíamos gracias a los Darcy era motivo suficiente para mostrarnos que al hombre no le importaba prácticamente nada una hija que sabía que tenía, ¿qué podía entonces importarle una hija que nunca había conocido? Y mi marido, bueno como es, estuvo de acuerdo. Más por mi bien que por cualquier otro motivo, el coronel Brandon no le habló a Wickham del pasado que compartían.

De reojo pudo ver cómo los Darcy se miraban, seguramente recordando a la niña que murió. Marianne esperaba que no se culpasen por su franqueza. De esa forma, al menos, Brandon había evitado una conversación que tan solo podía herirle más.

Pero no era nada comparado con el daño que *ella* había causado con su acto imprudente y miserable.

—Pero, temiendo que Brandon terminase viéndose arrastrado a esa confrontación, presté atención al señor Wickham, que malinterpretó enormemente la causa de mi interés. Empezó a intentar cautivarme. Dicho de otro modo, a intentar seducirme. Debería haberle reprendido

por su descaro de inmediato, pero al principio… al principio no podía creer que incluso un hombre como Wickham se comportase de forma tan grosera. Cuando intenté ponerle en su sitio, él pensó que solo estaba coqueteando. No sé qué hombre de bien puede tomarse la negativa de una mujer como un impulso, pero Wickham lo hizo.

¿Cuántas veces en esos últimos días Marianne había pensado en esas primeras noches en Donwell Abbey, en aquellos primeros instantes en los que Wickham se fijó en ella? Se había imaginado comportándose de forma diferente, más fría, negándose incluso en mirar en la misma dirección que el hombre. Si lo hubiese hecho, Wickham seguiría con vida, y ella no sería una asesina.

Había llegado el momento para contar la última y peor parte.

—En la noche del… esa noche, me desperté y no pude volverme a dormir. En el pasado había descubierto que darme un pequeño paseo antes de volver a la cama a veces me ayudaba. Así que me puse mi chal y me fui a pasear por los pasillos. Mi paseo me llevó a la galería, donde escuché hablar al señor Wickham. Pero no estaba hablando con mi marido. Estaba con la señora Bertram. —Marianne le dedicó a Fanny una mirada de disculpa. La peor parte de lo que había escuchado sin querer se lo llevaría a la tumba, eso era lo único por lo que Marianne estaba dispuesta a mentir, por el bien de Fanny y no por el suyo—. Ella es inocente, tan solo le estaba pidiendo algo que le había robado, un anillo de amatista, creo. No pude escuchar toda la conversación con claridad. Wickham estaba siendo un bruto, negándose a dárselo, y ella estaba demasiado asustada como para enfrentarse a él directamente.

—Señora Bertram, ¿puede confirmarlo? —preguntó Frank Churchill.

Fanny se había puesto tan pálida que Marianne pensó que se iba a desmayar. Ella misma sentía que se iba a desmayar. Sería una bendición, que el mundo se oscureciese y alejase…

—Yo puedo confirmarlo por ella —dijo Anne Wentworth, dando un paso adelante inesperadamente—. O, al menos, puedo confirmar lo que siguió a eso. Me desperté esa noche por el sonido de alguien llorando en el pasillo y salí de mi dormitorio, para ayudar en lo que pudiese. Allí encontré a la señora Bertram en un estado horrible.

Aunque no me confesó el motivo de su malestar, me permitió consolarla antes de que regresase a su dormitorio.

—Sí —se las apañó para añadir Fanny—. Es cierto.

—Debo añadir —dijo Anne—, algo que debería haber mencionado antes de que detuviesen al coronel. Yo sabía que él no era culpable. El coronel Brandon no habría tenido una oportunidad para matar al señor Wickham. Ya que estaba en mi dormitorio, hablando conmigo.

Todo el mundo la miró boquiabierto, especialmente el capitán Wentworth.

—¿Disculpa? —dijo.

—Muchos estábamos despiertos esa noche —dijo Anne—. Poco después de haber enviado a la señora Bertram de vuelta a la cama, me encontré con el coronel Brandon. Intercambiamos algunas palabras solo para hacer de esa situación algo menos raro, pero después seguimos hablando sobre su vida en el ejército, sobre los costes y las ventajas que traía consigo. —Sonrió a su marido, cuya expresión parecía recordar a una conversación que habían mantenido sobre este tema, no hacía mucho tiempo.

Al menos un matrimonio ha salvado las distancias, pensó Marianne. ¿Compensaba eso una separación eterna?

Aunque el señor Churchill parecía querer hacer más preguntas, terminó volviéndose a fijar en Marianne.

—Siga, por favor.

Marianne solo quería parar de hablar. Pero para salvar a su marido tenía que hacerlo.

—Me escondí tras la escalera, no quería que me viesen ni ver nada más. Quería volver a nuestro dormitorio antes de que Brandon se despertase y me echase de menos. Entonces escuché pasos en la escalera, y creí que Wickham y la señora Bertram se habrían marchado. Así que salí de mi escondite y casi me choqué con Wickham. Él… él pensó que había ido a buscarle con fines ilícitos. Le dije que estaba equivocado, le golpeé la mano e intenté alejarme de él, lo que me llevó hasta la galería…

Su voz había empezado a temblar. No intentó contener las lágrimas.

—Le dije que sabía el tipo de hombre que era. Le hablé sobre el

papel que había jugado en la muerte de Eliza. Y él… él se rio. La llamó cosas horribles, inmencionables…

No hay nada mejor que una puta barata. ¿Sabes lo que es una puta, verdad, querida? ¿Debería mostrártelo?

—Y entonces me di cuenta de que él había sabido quién era mi marido todo este tiempo. Eliza le había hablado de él en el pasado. Del único hombre que le había importado. Wickham reconoció su nombre cuando les presentaron. Pensó que era una broma pesada que se conociesen así. Pensó que… que importunándome lo convertiría todo en un juego…

Ya tuve a una de sus mujeres, y ahora me vas a entregar otra, ¿verdad?

—No pude soportarlo más —dijo Marianne—. Perdí la cabeza. Agarré el objeto más cercano, el busto de Lord Nelson, y le golpeé con todas mis fuerzas. En realidad esperaba hacerle daño, pero no creía que le mataría. Pero cuando cayó, pude ver a la luz de las velas que estaba muerto. Su alma… se había ido. Uno sabe cuándo el alma abandona un cuerpo. Entonces supe que había asesinado al señor Wickham.

»El miedo me sobrepasó. Tomé su pañuelo, limpié el busto y lo volví a colocar en el pedestal. Se me apagó la vela y subí las escaleras a oscuras, intentando hacer como si nada hubiese pasado. —Mariane miró a Brandon, no pudo evitarlo. Él se había despertado esa noche, había ido a buscarla al ver que no estaba, pero no había dicho nada al regresar a su dormitorio y encontrársela allí, y tampoco había dicho nada después de que hubiesen descubierto el cadáver. Había momentos en los que podía *sentir* cómo las preguntas que no habían pronunciado quemaban entre ellos, ardiendo como una llama, pero ninguno las hizo. Hubo una conversación en la que casi las dijeron, pero al final no. Él había entendido todo, aunque ella no lo hubiese confirmado. Por eso pudo seguir hablando—. Mi marido no sabía que era culpable. Recé porque pensasen que había sido un intruso, alguien a quien no pudiesen encontrar, pero siempre he sabido que si terminaban acusando a alguien, confesaría. Si no sería responsable de una segunda muerte, una incluso más horrible que la primera. No podía imaginar que mi marido confesaría para protegerme, pero lo

hizo. Así que hablé.

Después de un silencio, Churchill volvió a preguntar.

—¿Y la paleta?

Marianne se limpió las lágrimas.

—Fui a enterrar el pañuelo al día siguiente y uno de los jardineros casi me pilla, tuve que correr y me llevé la paleta conmigo ya que si no me habrían visto esconderla. Eso habría suscitado preguntas que deseaba que nunca se formulasen. Entonces anunció que registrarían nuestros dormitorios y sabía que me tenía que deshacer de ella. Perdóneme, señorita Tilney, la puse en su cuarto porque sabía que era la última persona a la que culparían del crimen. Nunca quise ponerla en peligro. Esa, se lo juro por mi alma, es toda la verdad.

El coronel Brandon había pensado que su corazón no se podía romper más. Había estado tan equivocado.

Churchill se marchó para hablar con sus alguaciles; los otros ya se habían marchado para dejar que Brandon tuviese los últimos momentos a solas con su esposa. Él se sentó a su lado, aferrando sus manos.

Había sospechado la verdad desde el principio. Cuando volvió a la cama aquella noche y se encontró a Marianne arropada, temblando pero incapaz de hablar, Brandon había estado seguro de que algo horrible había pasado incluso antes de saber el qué. Marianne y él habían jugado a evitar el tema desde entonces, lo suficiente como para poder alegar ignorancia con cierto grado de honestidad. Brandon lo había soportado esperando que nunca se conociese la verdad, ni él ni nadie. Cuando escuchó a los jóvenes hablar, sus peores temores se confirmaron, o lo que él pensó que serían sus peores temores. Ahora, les esperaba un futuro más oscuro aún.

¿Por qué no dejaste que yo asumiese la culpa? Si me lo hubieses contado, te habría protegido. Wickham no se habría ido de rositas tras herir a otra mujer a la que amo. Brandon lo pensó pero no dijo nada. Sonaría demasiado a protesta. Eso no era lo que Marianne necesitaba ahora. La conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de

que el remordimiento la carcomía.

—Me has salvado la vida a un precio que yo no estaba dispuesto a pagar —dijo en cambio.

Marianne sollozó. Estaba sonrojada por la vergüenza.

—Yo soy quien debe pagar por esto. Nadie más, y mucho menos tú. Te he amado tanto como soy capaz de amar a nadie más.

Una confesión tan dulce debería haberle atravesado el corazón. En cambio, solo estaba confuso.

—Somos unos recién casados…

—¿De verdad creías que me casé contigo sin amarte?

Sí, lo pensó, aún lo pensaba.

—Me tienes cariño —susurró—. Cada vez más. Eso lo he visto. Pero sé que mis mejores cualidades no suscitan el afecto de una mujer joven. No soy el tipo de hombre que podría… con quien podrías…

—Quieres decir que no eres igual que Willoughby. —Marianne dijo el nombre del hombre con el que casi se había casado con más facilidad de la que nunca habría creído posible—. No, y mejor. Ahora no es nadie para mí, comparado contigo.

—Pero… —La verdad que nunca había querido decir terminó escapándosele—. Te escribió.

—Willoughby hace lo que quiere, sin pensar en las consecuencias o en lo que es lo correcto. ¿Es que no lo sabemos ya?

Él la miró fijamente, confundido.

A pesar de lo angustiada que estaba, Marianne se apañó para mostrar una media sonrisa.

—Siempre había querido casarme con un héroe romántico. Willoughby lo parecía, con su comportamiento apasionado y su hermoso caballo y sus trajes encantadores, pero no sentía nada de verdad. Ningún héroe romántico abandonaría a una mujer simplemente porque otra era más rica. Pero tú, Christopher —Marianne pronunció el nombre de pila de Brandon por segunda vez en su vida, la primera había sido en el altar—, tú recorriste el mundo por tu amor perdido. Cuando la encontraste, arruinada y desamparada, no la abandonaste; la cuidaste en sus últimos días. Criaste a su hija hasta que fue adulta. Defendiste el honor de esa niña hasta el punto de tener que batirte en duelo. ¿Qué es eso si no el comportamiento del héroe

más romántico de todos? Lo que creía que era Willoughby, es lo que tú eres. Siempre había soñado con un hombre como tú. Ahora que nos hemos encontrado, yo he echado todo a perder, todo, por mi locura y por precipitarme…

Mientras las lágrimas la sobrepasaban, Brandon estrechó a Marianne entre sus brazos. Las palabras que un tiempo le habrían llenado de alegría tan solo le apenaban incluso más en el día en el que había perdido a su mujer, a su mundo, para siempre.

Jonathan Darcy no podía comprender lo diferente que se suponía que era el caso y lo que realmente era.

Siempre había sabido que el asesino era uno de los Knightley o alguno de sus invitados. Juliet Tilney le había convencido de que era posible que fuese obra de una mujer. Pero las conclusiones racionales no le ayudaban a comprender que la joven y encantadora señora Brandon, que no le llegaba más que a los hombros, era quien había acabado con el señor Wickham.

Se suponía que las mujeres eran mucho más apacibles que los hombres, o eso decían, a pesar de todas las pruebas de lo contrario. Se suponía que jamás cometerían un acto tan horrible, al menos las mujeres nobles. Así que cuando Jonathan se intentó imaginar el momento en el que Marianne Brandon había tomado el busto de bronce y dado el golpe mortal a Wickham, no pudo.

Todo el grupo estaba sumido en el caos, sentados o de pie donde pudiesen, sin pensar en lo que dictaba el decoro. Jonathan estaba de pie en el pasillo, pensando en la carreta de la prisión que estaba aparcada fuera. Pronto se llevaría a la señora Brandon.

—Es horrible, ¿verdad? —La señorita Tilney apareció a su lado, debía de estar increíblemente distraído como para no haberse percatado de que se estaba acercando—. Queríamos descubrir la verdad, pero no había pensado en lo triste que sería.

—Queríamos justicia —dijo Jonathan—. ¿Esto es justo?

—Ciertamente, no lo parece —respondió, y él se dio cuenta de que estaba de acuerdo.

Poco después de que Juliet y Jonathan Darcy hubiesen empezado a hablar, el señor Churchill salió, su expresión mucho más sombría de lo que la había visto nunca. Se dirigió al salón donde los Brandon esperaban a solas. Juliet le siguió, casi sin darse cuenta. Jonathan también. Los Knightley y el señor Darcy intercambiaron miradas cuando Juliet pasó frente a ellos, después les siguieron también. Cuando Frank Churchill se volvió hacia ellos, Juliet había esperado que les dijese que se marchasen, en cambio, les llamó.

—¡Todos! ¡Toda la casa! He tomado una decisión y es conveniente que la escuchéis.

Al poco rato, todo el grupo estaba reunido de nuevo en el salón. La señora Brandon estaba aún más pálida que antes, sentada junto a su afligido marido.

—Después de escuchar la confesión de la señora Brandon —comenzó el señor Churchill—, he tomado una decisión. Pero quería planteársela al señor Knightley y al señor Darcy antes de hacer nada. Como parece, los tres estamos de acuerdo, y como todos han podido escuchar la confesión no les sorprenderá saber que aquí no se ha cometido ningún crimen.

A Juliet eso la pilló desprevenida. El resto también se sorprendieron, los Bertram y el capitán Wentworth, al menos. Pero otros, incluyendo la señora Darcy, asintieron comprendiendo algo que Juliet aún no había llegado a comprender.

Marianne tampoco.

—Pero… pero le maté. Saben que lo hice.

—*Se defendió* —dijo el señor Knightley—. La ley lo permite.

Incluso con su salvación al alcance de la mano, parecía que Marianne no podía comprenderlo.

—El señor Wickham no estaba intentando matarme. Aunque fuese malvado, nunca pensé que intentase eso.

El señor Churchill se aclaró la garganta.

—Eh. Lo que… eh… no se suele oír es hablar de lo que pasa cuando una mujer se ve envuelta en… en un aprieto como el suyo, en el que la… importunasen *a la fuerza*… en ese caso tiene derecho a

defenderse como si la estuviesen amenazando de muerte. Usted lo hizo como pudo. —Tenía las mejillas sonrojadas por tener que mencionar algo así, y no era el único que pensaba que acababa de terminar con todo decoro. Pero Juliet pensaba que eso era culpa del señor Wickham por haber actuado como lo hizo, no del señor Churchill por tener que mencionarlo—. Muchos de los presentes conocían al señor Wickham; algunos incluso desde hace años. ¿Tienen alguna duda de que el señor Wickham fuese capaz de cometer un acto tan vil?

—Era más que capaz, señor —dijo el señor Darcy—. No era la primera vez que había intentado hacer daño a una joven. No es de extrañar que una tuviese que defender su honor tan ferozmente como defendería su vida.

Marianne abrió los ojos como platos.

—Entonces… ¿entonces se acabó?

—Debería multarla por ocultar pruebas —respondió el señor Churchill—. Pero en vista de las circunstancias no puedo culparla por estar asustada y, al final, no ha hecho daño a nadie más. El señor Wickham murió a manos de Marianne Brandon por lo que la justicia considera defensa propia. Y ahí se acaba el caso.

Todos los que se reunieron a su alrededor tenían opiniones distintas sobre lo que habían oído. Aunque todos estaban de acuerdo en algo crucial: la historia de la señora Brandon y su comportamiento, por lo tanto, era lícito; pero cada uno tenía sus propios pensamientos.

Edmund Bertram rezó por la señora Brandon, porque la perdonasen, y por el resto de perjudicados por el señor Wickham, que Edmund estaba seguro de que eran demasiados como para mencionarlos a todos. Fanny Bertram también rezó por todos ellos, aunque una pequeña y culpable parte de su mente se preguntaba si era indecentemente pronto como para pedirle al señor Churchill que le devolviese su anillo.

Anne Wentworth se sintió un tanto avergonzada porque la hubiesen pillando manteniendo una conversación bien entrada la noche con un hombre que no era su marido, aunque esta hubiese sido

del todo inocente y valiosa para poder demostrar la inocencia de dicho hombre en este caso. Aun así, prefería haber dicho la verdad. Al final, lo había hecho justo en el momento en el que el resto tenían más cosas en las que pensar. El capitán Wentworth estaba ansioso por saber si la muerte del señor Wickham eliminaba también sus deudas y había decidido hablar con un abogado pronto, aunque no ese día. Ya habían tenido que enfrentarse a demasiadas cosas ese día.

Los Knightley también se preguntaban lo mismo, y Emma se lo dijo a su marido en cuanto salieron del salón.

—El problema de los herederos del señor Wickham se ha vuelto más complicado. Cómo afectará al caso, no lo sé. Lo descubriremos pronto —respondió Knightley.

—Yo ya he descubierto una cosa —dijo Emma—, y lo tendré bien en cuenta en el futuro.

—¿A qué te refieres?

—A que las fiestas en una casa dan muchos más problemas de lo que merecen la pena. Así que nunca, jamás, volveremos a dar una.

Knightley sonrió.

—En eso estamos de acuerdo.

Lo que Jonathan sentía por todo lo que había pasado era mucho más complejo de lo que sentía la mayoría. El cariño que le había tenido de niño al tío George ya no era más que un recuerdo de su infancia, como los soldaditos de juguete que seguía guardando en una caja de madera en su baúl. Sin embargo, al igual que de vez en cuando sacaba los soldaditos para echarles un vistazo, ahora recordó los buenos momentos que había pasado con el hombre: su tío dándole a hurtadillas un trozo de tarta antes de la hora del té, cabalgando con él atravesando la niebla matutina cuando la hierba crujía por la escarcha, mostrándole a la bebé Susannah para que la aprobase con lo que, al menos en aquel momento, había sido verdadero orgullo paternal.

Hay aspectos que le podrían haber hecho un buen hombre, pensó Jonathan, *si hubiese sido lo que el señor Wickham hubiese querido.*

Pero Jonathan también tenía otros recuerdos: Wickham gritando a la tía Lydia hasta que esta estallaba en llanto, su frialdad en el funeral

de Susannah, la manera despectiva en la que les había hablado a todos, incluso a Jonathan, cuando llegó a Donwell Abbey. Aunque le resultase difícil aceptar que ese era el hombre que Wickham había elegido ser, es lo que había pasado.

Jonathan quería hablar con sus padres, cuyas emociones serían más intensas que las suyas. Sin embargo, cuando se volvió a buscarlos, vio que caminaban dándose la mano, mirándose a los ojos con algo que no había visto en ellos desde la muerte de Susannah. Había alegría, comprensión incluso, su matrimonio era una fortaleza que ni todos los problemas del mundo podrían derribar, ni siquiera en un día como este. Era, en resumen, como había sido antes.

El matrimonio de sus padres también era una fortaleza que protegía a Jonathan y, en ese momento, se volvió a sentir casi a salvo de nuevo.

Aún no lo saben todo, se recordó.

Sabían que uno de los primos de Susannah había sido el responsable de traicionarles contándole a Wickham que la pequeña había llamado a Darcy «Papá» y, al hacerlo, dejó caer las primeras piezas para desencadenar un efecto mariposa que llevó hasta su muerte.

No sabían que ese responsable era Jonathan.

La culpa volvía a ahogarle, tan insoportable como había sido cuando se había dado cuenta de ello por primera vez. Si se lo contaba a sus padres, ¿lo entenderían? ¿O le culparían? A veces pensaba que no le culparían, pero otras Jonathan se los imaginaba echándole de Pemberley, desheredándole, sin poder amarle nunca más.

Lo que sucedería en realidad probablemente se encontraba entre ambos extremos. Jonathan sabía que, con el tiempo, tendría que descubrirlo por sí mismo. No podía ocultárselo a sus padres para siempre.

Pero había guardado el secreto durante ocho meses y podía guardarlo un poco más. Sería cruel contárselo hoy, cuando por fin habían podido hallar algo de felicidad en la compañía del otro. El resto podía esperar.

Marianne Brandon no podía alegrarse del todo por haber escapado de

la horca; el espantoso recuerdo de Wickham muerto a sus pies le negaría esa alegría durante mucho tiempo. Pero el terror mortal que había sentido ya no se apoderaba de ella, y tras aquello, el agotamiento terminó por reclamarla. El coronel Brandon la ayudó a subir las escaleras para meterse en la cama.

—¿Es descortés echarse una cabezadita en medio del día? —Marianne no había conseguido dormir apenas desde el asesinato, y el cansancio acumulado le pesaba a cada paso que daba.

—Dadas las circunstancias —dijo Brandon—, creo que nuestros anfitriones lo entenderán.

La metió en la cama, arropándola antes de tumbarse a su lado. Brandon le pasó el brazo por encima para que si mientras dormía tenía pesadillas pudiese saber que él estaba allí y que la protegía. Que estaba a salvo.

Epílogo

Nadie impugnó las conclusiones del magistrado con respecto a la muerte del señor Wickham. Los cotillas de la villa estaban suficientemente horrorizados y escandalizados por los rumores de los «indecentes actos de Wickham hacia una mujer noble» para abandonar sus sospechas de los invitados de Donwell Abbey, lo que hizo que sus siguientes visitas a la villa fuesen mucho más agradables. Sin embargo, no hicieron demasiadas excursiones después de que Frank Churchill les dijese que podían marcharse, ya que todos estuvieron de acuerdo en que era hora de terminar con esa desafortunada fiesta.

Juliet pensaba que había tenido una experiencia extraordinaria, mucho más educativa de lo que había creído posible. Además, había conocido a Jonathan Darcy, de una manera un tanto distinta a la que había pretendido su anfitriona, pero mucho más significativa. Solo por eso la visita había merecido la pena.

Sin embargo, prácticamente todos los presentes parecían pensar que había salido perdiendo.

—Las jóvenes tienen tan pocas oportunidades para salir de sus burbujas y conocer el mundo —se lamentó Emma Knightley mientras ayudaba a Juliet a hacer las maletas—. Es injusto que su primera oportunidad se haya arruinado así.

—No se ha arruinado —insistió Juliet—. Honestamente, cuando no era aterradora, era bastante interesante.

¿Debería haberlo admitido en voz alta? Probablemente no. La mirada comprensiva de Emma sugería que *ella* entendía lo que Juliet quería decir… aunque no todo el mundo lo entendería.

—Nos gustaría que nos volviese a visitar algún día —dijo Emma

como respuesta—. O podemos pasar parte del invierno en Londres, ¿ha estado alguna vez en Londres?

—En absoluto. —Juliet no pudo evitar ilusionarse al pensar en ello. ¡Londres! Era la cima de todos los sueños, la fuente de inspiración infinita. A una chica le podía ocurrir cualquier cosa en Londres. Y si ya se las había apañado para investigar un asesinato, la ciudad no tendría miedos que no pudiese vencer.

—Más invitaciones —suspiró Knightley cuando Emma se lo contó poco después—. Si no hubiese sabido ya que tu hambre por la sociedad y el alboroto es insaciable, esto lo habría demostrado.

Emma se reclinó en su asiento, una postura en la que ningún invitado de Donwell Abbey la vería nunca.

—No puedes decir que hemos cumplido con nuestro deber con la chica.

—Bajo estas circunstancias, diría que lo hicimos bastante bien. —Knightley lo pensó por un momento—. Dicho eso, la señorita Tilney demostró un gran ingenio. Mayor del que debería poseer una joven, pero con buenos resultados. No me importaría conocerla mejor. Creo que será una mujer formidable en el futuro.

—¿Entonces estás de acuerdo con mi invitación? —Emma sabía que sí, pero no podía resistirse a saborear su triunfo cuando podía.

Knightley lo sabía, por eso sonrió.

—Sí. Pero antes de que volvamos a jugar a ser anfitriones, y ciertamente antes de marcharnos a pasar una temporada a Londres, me gustaría disfrutar de la soledad, silencio y comodidad de mi propia casa por unos días. Semanas. Quizás meses.

Había esperado que Emma se opusiese a ello, pero esta simplemente le dedicó una sonrisa cansada.

—Puede que me esté convirtiendo en mi padre porque… eso suena fantástico.

Quizás habría sido más prudente que Fanny Bertram esperase antes de responder a la carta de su hermano. No tenía dudas acerca de los Knightley, ni pensaba que caerían tan bajo como para leer su correo, y su servicio parecía honesto y agradable, pero cuando se trataba de algo tan delicado, tan peligroso, Fanny no podía evitar tener miedo.

Había terminado entendiendo que debía permitirse tener miedo de vez en cuando. Era una especie de impertinencia, una falta de confianza a la providencia del Señor. Fanny necesitaba su fe más que sus rezos y su obediencia. Necesitaba la valentía que traía consigo la fe.

Mientras que Edmund se encargó de los preparativos para la entrega, ella tomó papel y tinta y se sentó en el pequeño escritorio de su alcoba.

Mi querido William:

Tu carta me sorprendió enormemente, como probablemente supieses que pasaría. Me pediste que te entendiese y, he de admitir, que no puedo,

Fanny no lograba comprender cómo dos hombres conseguían mantener relaciones sexuales, y tampoco quería saberlo.

pero sigues teniendo mi cariño, siempre, sin importar lo que pase.

Me demostraste que confiabas en mí sobremanera al escribirme sobre eso, y quiero que sepas que no depositaste mal tu confianza. La única persona a la que se lo he contado es Edmund, quien sigue queriéndote como a un hermano. Nadie más lo volverá a oír saliendo de mis labios, y la carta ha sido destruida.

Alguien más lo sabía: Elizabeth Darcy, y, por supuesto, mencionar el viaje que había emprendido la carta en esas últimas semanas no serviría más que infundir miedo incluso a alguien tan inquebrantable como William. Fanny pensó que contárselo le alarmaría más que consolarle. Cuando se volviesen a encontrar, le contaría toda la historia de la maldad y la muerte del señor Wickham. Para entonces, William ya sabría que estaba a salvo.

Por supuesto, eso suponía que tenía que confiar en Elizabeth Darcy. Aunque Fanny había descubierto que, a pesar de los elegantes vestidos y el satírico ingenio de la señora Darcy, en el fondo era una mujer de buen corazón. Confiar en la providencia llevaba a confiar en la gente también. El mundo parecía tan distinto cuando uno dejaba de acobardarse y se enfrentaba a él.

Sé que tu deber cerca de Santa Elena te mantiene lejos de Inglaterra. Pero cuando regreses, estate seguro de que nuestro hogar te recibirá con los brazos abiertos, con nuestros corazones abiertos, te sigo queriendo tanto como antes, y eso es quererte mucho.

Todo mi amor,
Tu hermana, Fanny

Mientras echaba serrín sobre la carta para secar la tinta, Edmund regresó a su dormitorio.

—Me temo que no podremos marcharnos hasta esta noche. Ese es el siguiente carruaje que podemos permitirnos. Los Darcy se han ofrecido para llevarnos la primera parte de nuestro recorrido, pero les desviaríamos mucho de su camino.

Fanny odiaba viajar de noche; se le hacía imposible quedarse dormida. Edmund lo sabía. Sin embargo, también sabía que odiaría más tener que molestar a los Darcy. Le sonrió.

—Entonces tenemos tiempo para que envíe mi carta.

—Por supuesto. —Edmund no le preguntó a quién iba dirigida, pero debía saberlo. Su cálida sonrisa era tanto un alivio como una promesa—. Ahora, pasando a las buenas noticias. El señor Churchill ha venido para devolvernos una prueba del caso, una que te pertenece.

Dicho eso le tendió su anillo de amatista.

—¡Oh! —Fanny no podía creerlo—. Pero no preguntaron qué era lo que… por qué el señor Wickham podría…

—No lo preguntaron —dijo Edmund pacientemente—. Tanto la señora Brandon como la señora Wentworth confirmaron lo suficiente de tu historia como para que no necesitasen saber el resto. Tu secreto está a salvo, Fanny, al igual que tu anillo.

Lágrimas de alegría anegaron los ojos de Fanny mientras le tendía la mano. Edmund le colocó el anillo en su dedo como había hecho cuatro años atrás.

Con Hartfield todavía en mal estado, los Wentworth no tenían ningún hogar al que volver. Sin embargo, accedieron a hacer una breve visita a Londres. La disposición final de los bienes del señor Wickham influiría mucho en su fortuna, y por eso el capitán Wentworth pensaba que era prudente que siguiesen el caso de cerca, aunque eso supusiese que tendrían que soportar lo incómoda que era la ciudad en verano.

—Además —razonó Anne Wentworth esa última mañana en

Donwell Abbey—, el bullicio de Londres no puede compararse con los eventos de los últimos días.

Eso le hizo reír al capitán Wentworth. Ya estaba sonriendo más fácilmente, riéndose más a menudo. La herida que el señor Wickham había infligido a su orgullo estaba empezando a curarse.

—¡La ciudad parece el cielo en comparación!

Anne no estaba tan segura, aunque no lo mencionó; odiaba las ciudades, y cuanto más grande, peores. Londres, por supuesto, era la más grande de todas. Pero solo serían unas semanas. Podía soportar casi cualquier cosa en un periodo tan corto. Además, Londres supondría un cambio en todos los sentidos, y el cambio era algo que creía que ambos necesitaban.

—Por cierto —añadió el capitán—, mientras estemos en Londres me gustaría ir a visitar el Almirantazgo.

Anne no se atrevía a tener esperanzas.

—¿Te destinarán a otro barco? —preguntó.

¡Cuánto había echado de menos la sonrisa de su marido!

—Sí, independientemente de cómo se resuelvan las deudas. En el primero que tenga sitio para nosotros, ya vaya a Antigua, o a Amberes o a recorrer el Cabo.

—Cualquier lugar en el mundo será mi hogar mientras tú estés a mi lado.

Marianne se miró fijamente al espejo mientras la doncella terminaba de arreglarle el cabello, colocándole después su cofia de encaje. Era exactamente como había sido cada mañana desde que se había casado, y, aun así, cada instante le parecía irreal. ¿Podía estar pasando de verdad? ¿O era un sueño que estaba teniendo mientras estaba hecha un ovillo en una celda, esperando a que la condenasen?

Todos parecían estar de acuerdo en que el ataque a Wickham estaba justificado. Marianne recordaba lo aterrada que había estado, pero también lo enfadada que estaba. ¿Seguía considerándose defensa propia cuando el acto derivaba de tanto miedo como ira? ¿Es que Wickham habría sido realmente capaz de intentar tal atrocidad con

todo el mundo en el piso de arriba? ¿Pensaba que ella gritaría?

Pero ella no había gritado. Wickham había sabido que no lo haría. Y había pasado lo peor, después, si es que Marianne era lo suficientemente valiente para contárselo a alguien, le preguntarían por su silencio. Asumirían que su silencio significaba que ella estaba de acuerdo, que no la habían asaltado, sino seducido. Eso era algo que Marianne no creía poder soportar.

Pero me han castigado, pensó Marianne. El recuerdo del cadáver de Wickham nunca la abandonaría. La culpa, el remordimiento y el miedo que había sentido le habían dejado cicatrices que nunca desaparecerían. *Algún día Dios decidirá si esto es castigo suficiente.*

La doncella salió de la alcoba al mismo tiempo que el coronel Brandon regresaba. Este la sonrió, como hacía cada mañana, pero su cariño era diferente ahora. La distancia entre ellos había desaparecido para siempre. Ambos entendían mejor el amor que se profesaban y todo lo que estaban dispuestos a sacrificar por él. Era una prueba a la que no todos los matrimonios sobrevivían, pensó Marianne, pero una que había reforzado el suyo.

¿Cómo se las habría apañado Willoughby en una situación similar? Marianne no podía imaginárselo. Pero además se dio cuenta de que tampoco quería imaginarlo. No tenía sentido hacerlo.

El coronel Brandon posó una mano sobre su hombro y ella la cubrió con la suya.

—¿Estás lista para marcharnos, Marianne?

—Casi. Hay alguien con quien tengo que hablar primero.

—¿Ir a Devonshire? —No era de extrañar el asombro de Juliet Tilney. Marianne había pasado de dejar pruebas incriminatorias en su dormitorio a pedirle que fuese a visitarles en un plazo de solo tres días. Eso sería motivo suficiente para negarse, por supuesto.

Pero Marianne insistió.

—Me avergüenzo de mi comportamiento de estos últimos días, y si ya no quiere seguir conociéndome, entonces he de respetar sus deseos. Pero nos estábamos haciendo amigas, antes de que llegase el señor

Wickham, y me gustaría conocerla mejor bajo unas circunstancias más propicias. Así como me gustaría presentarle a mi madre y a mi hermana y su marido. ¿Vendrá?

—Yo… —La señorita Tilney parecía no poder encontrar las palabras—. Ya me han invitado los Knightley a que les visite de nuevo.

—¿Ahora mismo?

—No, para la temporada londinense. ¡Es demasiado! Después de no haber salido nunca de casa sin mis padres a tener tantas invitaciones…

—La mía puede que no sea la mejor, lo sé. —La señorita Tilney negó con la cabeza, pero Marianne siguió hablando—. Pero me gustaría tener la oportunidad de hacerla justicia. Para enmendar mi comportamiento, si es que es posible. ¿Lo considerará al menos?

Marianne se preparó para la negativa que estaba segura de merecer. En cambio, la señorita Tilney asintió.

—Creo que me gustaría visitar Devonshire.

—Tenemos que invitar a la chica Tilney a quedarse con nosotros en Pemberley —dijo Elizabeth Darcy mientras su marido se tomaba su café en el comedor, temporalmente a solas—. Ella y Jonathan parecen haber tenido un inicio prometedor.

Darcy aún no se había decidido sobre lo que pensaba de Juliet Tilney. Había decidido informar a los Knightley sobre sus intromisiones antes de que las sospechas recayesen en ella tras el registro; después no se había visto capaz de añadirlo a sus problemas. Al parecer, la investigación que habían llevado a cabo Jonathan y ella, aunque imprudente, había dado sus frutos, evitando que un hombre inocente terminase en la horca. Así que ya no se oponía a Juliet Tilney. Sin embargo, hacía falta algo más que la ausencia de desaprobación para ganarse la aprobación de Darcy. A todos les vendría bien conocer mejor a esa chica que había captado la atención de su hijo.

—Entonces así será.

Elizabeth no pudo esconder por completo su sonrisa. Darcy sabía que su esposa era una mujer demasiado sensata como para estar imaginándose ya a su hijo en el altar, pero tenía esperanzas. Con el tiempo suficiente, suponía, sus esperanzas se convertirían en realidad o desaparecerían.

De hecho, con sus siguientes palabras, su esposa cambió sabiamente de tema.

—Sin embargo, supongo que deberíamos esperar un tiempo para asegurarnos de que todo lo que tenga que ver con el patrimonio de Wickham esté en orden.

Darcy frunció el ceño.

—Ya no estamos preocupados por ese tema, ¿verdad?

—Pero, si no tiene herederos, entonces es posible que, como la familia de su esposa, seamos las únicas personas capaces de gestionar ese tema.

—Te olvidas, mi querida esposa, que sabemos que Wickham sí que tiene herederos vivos: la protegida del coronel Brandon y su hijo.

—¿Cómo puede haber pasado? Una joven, la única hija de Wickham y por lo tanto…

—Por lo tanto no podemos heredar ninguna propiedad que le perteneciese —dijo Darcy—. Que, hasta donde yo sé, no hay ninguna. Sin embargo, los herederos ilegítimos pueden heredar otras cosas, como las deudas. Debemos esperar que esta joven no se quiera aprovechar del engaño de otros.

—En cualquier caso, los deudores de Wickham o sus herederos se beneficiarán. —Elizabeth no pudo evitar sonreír—. ¿Pensarías que soy una insensible si dijese que esta fiesta, aunque interrumpida burdamente, puede haber hecho más bien que mal?

—Siempre y cuando sigas recordando que se ha hecho algo malo —dijo Darcy, y esa fue censura suficiente.

—Sabes que no lamento la muerte de Wickham, pero tampoco me alegra —dijo—. Era lo último que nos quedaba de Susannah, y de Lydia. Quizás incluso de mi locura de juventud, que nos deberían recordar a todos constantemente, no sea que la repitamos en el futuro de peor manera. Pero sigo bromeando. —Elizabeth dulcificó su expresión—. Fitzwilliam, ¿te has dado cuenta de que… esta chica,

Beth, es la medio hermana de Susannah?

Mientras que sí que lo había pensado, solo pudo asimilar por completo sus palabras en ese momento. Si alguna vez conocían a la protegida del coronel Brandon puede que viesen a Susannah reflejada en su rostro, en su comportamiento, en su sonrisa. Daría tanto por poder vislumbrar siquiera esos pequeños ecos de la niña que habían perdido.

—Puede que podamos hablar con ella algún día —dijo Elizabeth—. Contarle algo más de su historia, si es que quiere saberlo. Seguro que el coronel Brandon lo dispondría para nosotros, si es que puede soportar recordar estas situaciones tan desagradables.

—No hay nada de lo que alegrarse por lo que ha pasado —respondió Darcy—. Eso no significa que no podamos alegrarnos de seguir adelante.

Darcy posó la mano brevemente sobre su antebrazo. Después de más de veinte años de matrimonio, ese toque aún tenía el poder de volver a hacerles sentir mariposas.

—De eso no me cabe duda —dijo él.

Compartieron un momento de comodidad y satisfacción, la sencilla armonía del matrimonio, de la que se habían privado demasiado tiempo.

—Cuando acabemos de desayunar nos iremos pero… ¿dónde está nuestro hijo?

La sonrisa de Elizabeth podía ser muy astuta.

—Creo que tenía que despedirse de alguien.

Jonathan encontró a la señorita Tilney sola en la biblioteca, con un libro en su regazo aunque sin leer.

—¿La molesto? —preguntó.

Su respuesta fue una sonrisa.

—Por supuesto que sí, y me alegro de ello. Leer es fantástico, pero fingir que lees, mientras tu mente está en otra parte, es inexplicablemente agotador.

Sentarse en el diván junto al suyo sería demasiado atrevido.

Jonathan pensó que el sillón frente a ella sería mucho más adecuado y se sentó allí.

—¿Dónde estaba su mente?

—En Devonshire. Los Brandon me han invitado a que les visite. Tan solo puedo imaginarme lo que dirán mis padres cuando les cuente que quiero visitar a una asesina. —La señorita Tilney negó—. Espero que pueda hacerles entender esta situación, para que me dejen ir.

En su lugar, Jonathan no habría accedido tan rápido. Sin duda, las acciones de la señora Brandon, aunque no fuesen criminales, sí que habían violado la decencia. De nuevo, la decencia poco tenía que opinar con respecto al asesinato.

—¿Cuándo tendrá lugar esa visita?

—Pronto, creo. En unos meses —añadió después de pensarlo—. Echo de menos a mis padres, pero acabo de probar lo que se siente al visitar nuevos lugares y quiero más. ¡No todos pueden ser tan accidentados!

—Estoy seguro de que se merece una visita más agradable que esta. —Jonathan quería pedirle que visitase Pemberley, pero esa invitación no le correspondía. Quizá podría convencer a sus padres. Sospechaba que su madre no requeriría mucha persuasión—. Nos marcharemos pronto. Tan solo quería despedirme.

—¡Oh! —La desazón en el rostro de la señorita Tilney le calentó el corazón a Jonathan, aunque no entendía el porqué—. Supongo que debería decir lo típico de que ha sido un placer conocerle. Pero la aventura que hemos vivido juntos parece exigir algo más, ¿no cree?

—Sin duda —respondió Jonathan—. Y ha sido un placer haber emprendido esta aventura a su lado.

El brillo en su rostro le hizo darse cuenta entonces de que, aunque sus palabras no las dictaba ningún protocolo que él conociese, había dicho justo lo correcto.

Todas las esperanzas de los deudores de Wickham acabaron al revelarse que, de hecho, este tenía herederos: Beth, la protegida del coronel Brandon, y su hijo. A Brandon le dolía tanto la idea de obligar

a aquellas personas a que pagasen sus deudas, al haber sido estafados tan vilmente. Su dolor era incluso mayor cuando había amigos entre ellos. Pero Beth era una mujer joven y soltera, con un hijo. Aunque Brandon la mantuviese, era normal que Beth sintiese que necesitaba asegurar el bienestar de su hijo como pudiese. Cuando él le contó lo que había sucedido en Donwell Abbey, dejó claro que la decisión era suya, y tan solo suya, y que si decidía cobrar toda la fortuna en aras del bienestar de su hijo, ni él ni nadie la juzgaría.

Era un horrible rompecabezas para una madre primeriza, vulnerable por primera vez a las preocupaciones y responsabilidades de la maternidad. Lo consideró durante muchos días. Sin embargo, al final, su buena conciencia no la dejó cobrar todos los fondos.

—Mi padre parece haber sido un villano —le dijo a Brandon—, y yo no me convertiré en una tan solo por el recuerdo de un padre que nunca quiso conocerme.

Beth observó a su hijo mientras decía eso último, incapaz de imaginarse la falta de sentimiento necesaria para abandonar a un hijo.

Así que todo quedaba en manos de John e Isabella Knightley, los Wentworth y todos aquellos que pudiesen demostrar que eran víctimas de los engaños financieros de Wickham para que recuperasen lo que creían haber perdido. Pero Beth y su hijo también se llevaron algo, ya que se reveló que Wickham tenía una gran suma de dinero además de la que había robado con sus estafas, de procedencia desconocida. Como no pudieron identificar a los deudores, esos fondos los heredó la hija de Wickham, y demostraron ser más que suficientes para darle una mejor vida a Beth y su hijo de la que Brandon podría haberles ofrecido.

Los Wentworth ya no necesitaban volver a la mar, pero querían hacerlo, zarparon a principios de otoño con Wentworth como capitán del *Mantícora*. Y por lo tanto Hartfield, reparado, quedaba disponible para la familia de John e Isabella Knightley, pero se aseguraron de mantener su casa de Londres para siempre.

Aunque la fiesta en Donwell Abbey hubiese sido un tanto incómoda, aquellos que la vivieron se sentían muy conectados. Quizás no hay base más segura para cimentar una amistad que un tiempo compartido lleno de dificultades. A pesar de todo, esas familias

siguieron en contacto los años siguientes, y sus lazos se estrecharon gracias a numerosas cartas y visitas.

Solos dos miembros de ese grupo no podían contactar con el otro directamente: Jonathan Darcy y Juliet Tilney. Solo en aras de la verdad habían intercambiado una nota en Donwell Abbey; en ninguna circunstancia podían mantener correspondencia dos jóvenes solteros de distinto sexo sin ir en contra de lo que dictaban las normas. Así que fue una suerte para ellos que los amigos y las familias implicadas se las ingeniaran, en un acuerdo tácito, a través de diversas invitaciones y visitas, para hacer que se volviesen a encontrar.

Agradecimientos

Trabajar en este libro ha sido un absoluto placer, por el que le tengo que dar las gracias en primer lugar a mi maravillosa editora, Anna Kaufman. Ella vio el potencial que esta historia tenía desde el principio y gracias a su trabajo ha hecho que este libro sea mucho mejor de lo que habría sido de otro modo. El resto del equipo: Kayla Overbey, Martha Schwartz, Julie Ertl, Annie Locke, Zuleima Ugalde y Lara Hinchberger, han dado todo de ellos mismos y por eso les estoy enormemente agradecida.

Gracias también a mi asistente, Sarah Simpson Weiss, que me salva de mí misma prácticamente cada día; a mi antigua agente, Diana Fox, a la diseñadora de la portada Perry De La Vega; y a mi agente, Laura Rennert, y a su equipo en Andrea Brown.

Como siempre, quiero darles también las gracias a mis padres por apoyarme, a mi familia y a mis amigos. La primera vez que hablé de esta historia fue en Nueva Orleans, en el grupo de escritura Peauxdunque, y fue su entusiasmo el que me animó a retomar esta idea, que había estado dando vueltas en mi cabeza durante *años,* y convertirla de un sueño en una novela.

Quiero agradecer especialmente a Kimberly VanderHorst, quien me proporcionó una lectura de sensibilidad auténtica centrada en el personaje de Jonathan Darcy. El libro es mejor gracias a su visión y claridad; cualquier fallo respecto a esto es solo responsabilidad mía.

Hace algunos años, organicé una fiesta de Jane Austen con otros austenitas que conocía, llena de juegos, comida de la época (los *syllabub* tienen *mucho más* alcohol del que pensaba), etc. Un amigo de mi círculo resultó ser fan de Austen también. Él no solo vino a la

fiesta, sino que preparó una partitura de música de la época para tocarla, el mismo tipo de entretenimiento que Jane o sus personajes habrían disfrutado en una velada. Este hombre es hoy mi marido. Paul me apoya en todo lo que escribo, pero en el caso de *El asesinato del señor Wickham* también me ayudó a resolver problemas de caracterización y de la trama como solo otro devoto de Austen podría hacer. Gracias por todo, cariño.

Mi última y mayor deuda de gratitud es, por supuesto, para con la propia Jane Austen. ¿Qué pensaría de las cosas que hacen sus personajes aquí? No puedo ni imaginarlo. Pero espero que tuviese claro, como espero que tengan claro los lectores, lo mucho que amo sus libros y a sus personajes. Me han dado infinitas alegrías a lo largo de los años, y siempre lo harán. Así que gracias, Jane, por toda la alegría que has traído a mi vida y a la de tantos otros.

Guía de lectura para
El asesinato del señor Wickham

Preguntas escritas por Claudia Gray

1. *El asesinato del señor Wickham* reúne a la mayoría de los protagonistas de las novelas de Jane Austen, siguiendo con sus historias después del final de sus historias originales. ¿Cuál de los «futuros» resultó más creíble? ¿El más interesante? ¿Alguno de los futuros parecía falso y, en caso de que sí, por qué?

2. Hoy en día, Jonathan Darcy sería considerado neurodivergente. ¿Qué pensarían de él el resto de los personajes de la Regencia, incluyendo al propio Jonathan? ¿De qué forma las diferencias entre la época de Jonathan y la nuestra hacen su vida más difícil o quizá más fácil?

3. El señor Wickham está profundamente resentido con los otros personajes, sobre todo con los Darcy. ¿Qué crees que se esconde detrás de ese resentimiento?

4. Muchas de las parejas del libro tienen problemas por guardarse secretos: George Knightley le oculta a Emma su relación con Wickham, Juliet Tilney se enfada cuando Jonathan no le cuenta información importante sobre su familia, y Fanny Bertram se resiste a revelarle el secreto de su hermano a Edmund. ¿En qué personaje, si es que hay alguno, sientes que estaba más justificado su silencio? ¿El

silencio de qué personajes podría haber perjudicado más su relación?

5. Fanny no está segura de cómo reaccionar a la relación romántica de su hermano William con otro hombre. ¿Cómo influyen en sus pensamientos y conclusiones la época y la cultura en la que vive?

6. El matrimonio de los Darcy era tenso en los meses inmediatamente anteriores a los acontecimientos de *El asesinato del señor Wickham*. ¿Cómo muestra cada personaje su dolor por la muerte de Susannah? ¿Cómo pueden las diferentes maneras de pasar el duelo causar problemas en una relación?

7. Juliet Tilney es una joven tradicional de la alta burguesía inglesa de 1820 en muchos aspectos… pero no en todos. ¿Cómo se aleja de las expectativas de la sociedad? ¿De qué manera sus diferencias hacen su vida más difícil? ¿Más interesante?

8. Los personajes viven en un mundo con unas expectativas, unas normas y unos horarios muy concretos, una vida mucho menos flexible que la que podemos vivir ahora. ¿Te parecería agobiante esta vida? ¿O unas pautas más definidas harían la vida menos incierta?

9. A través de los puntos de vista de los distintos personajes, descubrimos un poco de lo que les pasó a algunos de los personajes secundarios de las seis novelas de Austen, como a Mary Bennet, John Willoughby o la señora Smith. ¿Sobre cuál tienes más ganas de saber más? ¿Qué otros personajes de Austen te hubiese gustado que se mencionasen con más detalle?

10. Todos los personajes principales pertenecen a la alta

burguesía, lo que ahora conocemos como clase alta inferior, o están relacionados con la nobleza. ¿Hasta qué punto tienen en cuenta los personajes los pensamientos y necesidades de aquellos con menos dinero y una posición social más baja, desde el servicio de Donwell Abbey hasta los habitantes de Highbury?